CIENCIA FICCIÓN DURA

EL PORTAL

BRANDON Q. MORRIS

TIM L. REY

EL PORTAL

Ciencia Ficción Dura

BRANDON Q. MORRIS

TIM L. REY

Traducido por

MIGUEL NÚÑEZ

Índice

El Portal
Nota del autor Tim L. Rey
Al abrigo de la hoguera
Otros títulos de Brandon Q. Morris
Extracto: La Fragua de Dios

El Portal

Chac Mool, 3 de mayo de 2045

Frente a Adriana se despliega una fantástica cortina de pura luz solar en las profundidades. Al tocarla vibra como si sus dedos estuviesen cargados de electricidad. Mueve un instante las aletas y, con un ligero impulso, se desliza a través de ese ondulante telón de luz que oculta la vista a un antiquísimo castillo como en los cuentos de hadas; con almenas y torres, tras cuyas ventanas brillan de vez en cuando peces de múltiples colores.

Adriana se gira. ¿Dónde está George? Hace un momento estaba justo detrás de ella. Se da un toque junto al oído y cierra brevemente los ojos.

«Clong, clong, clong».

El intervalo entre tonos se alarga, por lo que la fuente de la señal se está alejando de ella. Y el sonido viene de abajo. ¡George debe estar debajo de ella! ¿Qué le había dicho sobre bucear juntos? Adriana sacude la cabeza. Estos americanos ricachones siempre creen que las normas no se han hecho para ellos.

Adriana desciende. El ritmo del eco se acelera. Ese radar de personas vale su peso en oro. Al principio se resistió a adquirirlo, porque el equipamiento para un típico grupo de cuatro submarinistas no queda por debajo de los dos mil. Pero ya que la mayoría de los seguros insisten en que se disponga de uno, no tuvo más remedio que comprarlo.

«Clongclongclong».

Alguien se le está acercando. Esa persona lleva el mismo traje de neopreno azul oscuro que ella. Su cabellera corta se dispersa en el agua y utiliza las mismas gafas de buceo que con las que su padre realizaba las excursiones por las cuevas sumergidas. Es su reflejo en la haloclina, la capa limítrofe entre el agua dulce de lluvia, que penetra en la cueva desde arriba, y el agua salada que llega desde abajo por entre las grietas de las rocas, presionada por el cercano mar del Caribe. La haloclina parece un lago dentro de un lago.

Adriana atraviesa su imagen reflejada e ilumina a su alrededor con el foco. Allí está. Se asusta, porque George parece abatido o desmayado. Es imprescindible que el turista llegue sano y salvo a la superficie; si no, el seguro la demandaría hasta dejarla en bancarrota. Cuando lo agarra por el cinturón, George levanta instintivamente el brazo para golpearla. Adriana ya contaba con esa reacción y esquiva a tiempo el movimiento. Entonces se da cuenta de que George parece haberse aflojado el cinturón de lastre. ¿Será estúpido? Habrá intentado modificar la presión de su traje. ¡Pero si eso se hace en el mismo chaleco!

Ahora, al menos, George sabrá qué va a pasar. El hombre se gira y se lleva las manos con pánico al cinturón. Pero para él ya es demasiado tarde. Saldrá disparado hacia la superficie... ¡desde trece metros de profundidad! Consigue contrarrestarlo con las aletas. Adriana lo suelta un

instante. Dos golpes de aletas y alcanza el cinturón de plomos. Nota su peso, pero la adrenalina la obliga a un rendimiento máximo y tras cuatro paladas con mucha fuerza alcanza a agarrar la aleta izquierda de George. Este se defiende brevemente, pero luego se da cuenta de que ella lleva su salvación en las manos.

Adriana expulsa algo de aire de su chaleco. Ya flotan de nuevo. George se abandona en las manos de ella, que le vuelve a colocar el cinturón de lastre. Luego lo suelta para comprobar el nivel de tarado del traje. Desciende lentamente, así que aumenta la cantidad de aire dentro del chaleco. Adriana le hace la señal de OK y él responde con el mismo gesto. Entonces se da cuenta de que también lleva mal el trimado. El torso está más bajo que las piernas. ¿No había dicho George que había hecho ya más de cien inmersiones? Pues para eso está cometiendo muchos errores de principiante. Adriana hace que se detenga y le señala su mala posición. Esta vez al menos entiende de inmediato lo que quiere y desplaza el cinturón de lastre algo hacia abajo hasta que su posición vuelve a ser horizontal.

Uff. Adriana señala hacia delante. En principio debería suspender ahora la inmersión. George le ha mostrado su certificado de buzo de cuevas Nivel I, expedido por la NAUI. Con él puede bucear en cuevas sumergidas y debería bastar para explorar los pasadizos que salen del cenote. Con los treinta metros que autoriza la licencia pueden verse aquí muchas cosas..., y experimentar alguna que otra sorpresa. Chac Mool no es un zoológico submarino, sino una cueva de origen natural y en parte derrumbada, que aún hoy sigue transformándose. El aumento del nivel del mar presiona cada vez más agua salada a su interior creando nuevas cavidades con sus corrientes.

Adriana hace que George se detenga. Tras el cristal de las gafas parece tener unos ojos gigantescos. Según el pasaporte, George tiene 54 años, pero está muy en forma a pesar de su edad. Solo la barriga comienza a destacar algo más que el resto. En la superficie le dio una buena impresión. Tampoco se aterrorizó cuando le dijo que se había sentado sobre una tarántula. Es el truquito de psicología casera que suele usar para ver con qué nivel de tensión reaccionan sus clientes ante las sorpresas.

Y lo más importante: paga bien. Tanto, que estuvo de acuerdo en bucear sola con él. Si ahora cancela la excursión, intentará reducir la factura y ya podrá olvidarse de futuros contratos con él. Pero Adriana necesita el dinero para pagar la escuela de su hermano.

Adriana forma un círculo con pulgar e índice. George confirma el gesto imitándolo. Entonces ella cierra la mano, la gira y señala con el pulgar hacia abajo.

ALGUIEN PARECE HABER CONSTRUIDO EMPALIZADAS EN LA GRUTA QUE ATRAVIESAN. PERO LOS troncos no son de madera, sino de piedra caliza. Innumerables estalactitas y estalagmitas se acumulan a derecha e izquierda. El pasillo por el que nadan debió estar seco hará solo cincuenta años. Pronto se estrecha mucho. Adriana se ilumina la mano derecha con el foco y realiza un movimiento con la palma extendida en forma de una U muy plana. George confirma el mensaje con una repetición del gesto.

Realmente el pasillo parece acabar delante de ellos. Pero no es así: se dobla hacia abajo. Aquí debió derrumbarse algún día parte de la cueva, por lo que el agua tuvo que buscarse otro camino. Pasan por debajo de la zona hundida. El radar de personas emite ahora sus *clongs* con un ritmo constante. Eso significa que George la sigue ahora obediente. De vez en cuando, Ariadna puede ver la luz de su casco moverse erráticamente de un lado al otro.

El desvío transcurre de nuevo un poco hacia arriba y acaba finalmente en la continuación de

la gran cueva. Adriana se detiene tras un suave giro a la izquierda. Debe estar por algún lugar de aquí. Hace tiempo que no pasa por esta zona; la mayoría de los visitantes suelen tener solo un carné de buzo normal, por lo que este gigantesco laberinto les queda vedado. Allí está. El templo conta de un agujero cuadrado y un marco de troncos de madera. Adriana enfoca la luz hacia el interior, pero levanta un puño con la otra mano, como signo de peligro. George obedece de inmediato y se queda algo por detrás de ella. Hasta ahora no se ha permitido cometer más errores.

Adriana avanza un poco más. El marco cuadrado no representa peligro alguno; solo se trata de la entrada al templo en sí. Los antiguos habitantes adoraban aquí a saber a qué dioses; tampoco es que Adriana sepa mucho al respecto. Y es que de eso hace ya mucho; incluso ya antes de su nacimiento estaba esta zona inundada de agua.

Hace un gesto a George. No puede pasar nada si le deja echar un vistazo al templo. Se acerca muy lentamente a la abertura sin tocar el marco, que debe estar más que podrido, e ilumina el interior con el foco. En el otro extremo de ese espacio, más o menos del tamaño de un aula escolar, hay un pedestal sobre el que reposa un bloque de piedra a la altura de la cadera. Por lo demás no hay decoración alguna. En el suelo, delante del bloque, hay un objeto redondo que brilla a la luz del foco: seguramente una bandeja o plato de latón. Adriana se imagina a los indígenas sacrificando aquí a mujeres vírgenes, o a prisioneros de guerra. Seguramente sea algo muy distinto. No sabe casi nada de los mayass. A fin de cuentas, no son sus ancestros.

Adriana retrocede medio metro y hace un gesto a George para que se acerque. Echar un vistazo por la entrada es el premio por haberse portado tan bien hasta ahora. Pero, tras un vistazo a su computadora de buceo, señala a su cliente que es hora de continuar la excursión.

«CLONG – CLONG – CLONG».

George se ha vuelto a quedar algo atrás. Debe estar ya algo cansado. En la cueva por la que están pasando, la corriente es inusualmente fuerte y tienen que nadar con fuerza para superarla. Al menos el camino de regreso será más sencillo. Adriana baja el ritmo para que George pueda alcanzarla.

Poco después ve la gruesa estalagmita que sirve de indicador para la atracción de esta excursión subacuática. Su extremo está redondeado y con forma de seta, lo que ha creado la leyenda de que se trata del pene de un temido dios que fue pillado in fraganti por un colega mientras le ponía los cuernos a su esposa. Historias que se cuentan los buzos entre sí.

Adriana se para y señala hacia la piedra caliza. George hace la señal de OK y ella señala con el pulgar hacia arriba. No ascienden en vertical, sino un poco en diagonal. Pronto se va iluminando más el entorno. Cuando George parece querer adelantarla, Adriana hace un gesto con la mano abierta y la palma hacia abajo. Eso significa «más despacio», y George reacciona en seguida. Adriana espera un momento hasta que las burbujas de aire que expulsan sean más rápidas que ellos y luego sigue ascendiendo.

Salen a la superficie casi al mismo tiempo. Este espacio recibe merecidamente el nombre de la Sala de la Luz. Tiene el techo abierto como la cúpula de una iglesia. Por los orificios de la cueva, que recuerdan a ventanas, entra agua dulce formando cortinas brillantes que llegan hasta la superficie del lago para pulverizarse en vapor que se extiende como una nube mágica a sus pies. George gira en círculo como una foca loca de alegría. Adriana ha estado aquí ya muchas veces, pero aun así se siente profundamente conmovida por el espectáculo. Seguramente sea el

contraste con la oscuridad lo que cause este efecto en ella. A ello se añade el denso verde de las plantas que asoman sus hojas y tallos por las ventanas de la cueva. No hay forma de llegar a pie desde allí arriba hasta este lago subterráneo, lo que tiene la gran ventaja de que solo pueden llegar a él submarinistas con carné para cuevas. Adriana siempre ha estado aquí sola con su grupo.

GEORGE NO PARECE TENER PRISA ALGUNA POR INICIAR EL REGRESO. LLEVAN MÁS TIEMPO DEL planificado, pero no hay nadie en casa que la espere. Así que Adriana se pone de espaldas y se deja llevar. Las cortinas de agua iluminada se mueven por una ligera brisa, mientras se oye a lo lejos el romper de las olas del Mar Caribe contra la costa.

Luego, las cortinas pierden su inicial belleza y se convierten en chorros de agua que ya no parecen tan delicados. Su computadora de buceo vibra. La presión atmosférica ha bajado de golpe. Hace un gesto a George para comenzar el regreso y lo une a la señal de sumergirse rápido. Está llegando una tormenta tropical y sería muy recomendable que no les pillara en la cueva.

Pero la tormenta no les hace ese favor. Lo nota en la corriente. No es que tenga problema con ello, pero George tiene treinta años más que ella y se queda atrás con frecuencia. El clong – clong – clong es una gran ayuda, ya que lo percibe constantemente. A medio tramo, George le pide con los gestos correspondientes que le lleve de la mano. No es buena señal. Incluso los buzos en muy buen estado físico pueden entrar en pánico cuando se ven bajo presión. Ella le aprieta la mano con fuerza. Eso significa *No te voy a abandonar*. George asiente. Ella cree ver agradecimiento en sus ojos. Adriana tira de él a su lado siempre que es posible. Tiene fuerza suficiente para los dos. ¡Suerte que no se ha traído a más clientes en esta salida!

Alcanzan la zona estrecha. Su esperanza de que el camino fuera aquí más sencillo se desvanece. La tormenta debe haber vertido tanta agua por encima de la tierra cárstica que empuja el agua de mar con mucha fuerza hacia atrás. Tiene que empujar a George por delante de ella para poder atravesar ese estrecho pasaje. Luego incluso ella tiene que descansar un momento. Y aún les queda cruzar la zona más crítica. Suerte que George no sabe nada de ello, ya que le hace el gesto de OK y parece alegrarse por el último tramo tranquilo de regreso.

Pero es que tampoco sabe que uno de los pasadizos se convierte en una cascada cuando llueve con fuerza. Tiene una ligera pendiente y normalmente está lleno sólo en una cuarta parte, por lo que puede cruzarse fácilmente nadando. Pero cuando el agua fluye desde la jungla circundante como por un desagüe gigantesco, las cosas cambian mucho. Adriana ya lo nota. Hay un segundo pasadizo alternativo, pero es muy difícil de pillarlo porque se pasa junto a la entrada con demasiada velocidad, empujados por la corriente. George se gira hacia ella y le muestra dos dedos, índice y corazón, dando vueltas. Se está mareando. ¡Solo faltaba eso! Adriana señala hacia delante. Deben salir cuanto antes de aquí.

La corriente aumenta. George se abandona a ella. Adriana se frena, pero luego pierde el contacto con su cliente, por lo que tiene que acelerar. ¡Allí está el pasillo alternativo! Logra agarrarse a él, pero George se le resbala entre los dedos. Por un instante, el subconsciente de Adriana toma el control y la convence de que debe ponerse sola a salvo, pero logra controlar ese instinto de supervivencia. Si pierde al cliente estará económicamente en la ruina; tanto ella como la familia que depende de ella. No lo puede permitir, así que se lanza en la corriente, agarra a George y el pasadizo los escupe juntos en la cueva principal del cenote, donde Adriana puede sujetarse a una barandilla.

—Ha sido brutal —dice George en inglés mientras se están cambiando en la furgoneta.

—Una tormenta muy fuerte —dice ella—. Pero lo tenía todo controlado.

George mira al cielo, donde aún surcan algunos relámpagos. Pero no dice nada. Adriana ya temía que le echaría en cara el error. Debería haberse dado cuenta antes de que se acercaba la tormenta. La computadora de buceo se conecta por radio con la central meteorológica. Si la denunciara a la policía de turismo perdería su licencia. Incluso ya pensaba en ofrecerle su cuerpo, con tal de que no haga nada que la perjudique.

Pero no parece ser necesario. Ella le sonríe y él le devuelve la sonrisa.

—La cúpula esa..., ha sido fantástico —dice George con los ojos irradiando felicidad.

—Sí, es mi lugar favorito —comenta Adriana.

—Gracias por haberme sacado de allí.

Su tono se vuelve de nuevo muy serio.

—Pues claro que sí, es mi trabajo —responde ella.

—¿Lo es? Me he dado cuenta de que se paró en un desvío. ¿Había otro camino más seguro?

¿Se ha dado cuenta? Parece que ha subestimado a George.

—Entiendo. No hace falta que diga nada, Adriana. Agradezco inmensamente lo que ha hecho.

George mete la mano en el bolsillo de los tejanos, que aún no se ha puesto, y saca su cartera. Busca un poco en el interior y saca un billete de cien.

—Tenga para usted. Invite a su novio y disfruten de una hermosa velada.

Adriana asiente y se guarda el billete. No tiene novio, pero siempre dice a sus clientes que está prometida.

—¿Qué hay de la excusión al cenote del Arco Iris que tenía pensado para el domingo? —le pregunta.

—Oh, lo siento mucho, pero tengo que ...

Su computadora de buceo vibra. Alguien intenta hablar con ella por el móvil. Solo hay dos personas que tengan su número privado, así que tiene que responder de inmediato. Adriana da la vuelta a la furgoneta, abre la puerta del acompañante y saca el teléfono del suelo bajo el asiento.

Es un número desconocido.

—¿Bueno? ¿Quién llama?

—Este es el Colegio Kambes Dante Alighieri. Soy María Fernanda. ¿Es usted la señora Flores Ramírez?

—Sí, soy yo. ¿Se trata de Diego?

—Así es. Tiene que pasar a recogerlo de inmediato.

¿Qué dice? Si ni siquiera ha llegado el fin de semana. ¿Por qué paga una cara escuela privada a su hermano si no puede confiar en que allí estará bien cuidado?

—¿Está enfermo? —pregunta.

—No, se ha peleado con dos compañeros de clase y eso no lo podemos tolerar.

—Seguro que hay un malentendido.

—No, y no ha sido la primera vez. La escuela ha decidido excluirle de las clases durante dos semanas. Parece que necesita tiempo para pensar.

—Pero eso...

—Señora Flores Ramírez, como su madre debería platicar un poco con su hijo. La violencia

no puede ser manera de solucionar problemas. Igual iría bien hacer terapia familiar. Pero en eso no la podemos ayudar. ¿Cuándo pasará a recoger a Diego?

Adriana traga. ¿Qué puñetas ha hecho ahora su hermano? Siente como le sube el enfado por la espalda. Ya le gustaría ser su madre. Igual entonces le haría más caso. Pero ella no es más que la tonta hermana que le paga los estudios.

—Estaré allí a las 6 de la tarde —dice y corta la llamada, para guardarse luego el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—¿Problemas? —pregunta George.

Ella le mira, pero George parece realmente interesado. ¡Si al menos su padre le preguntara alguna vez algo así!

—La escuela de mi hermano. Tengo que estar a la seis en Playa del Carmen para recogerlo.

George mira su reloj. —Pues aún nos queda algo de tiempo. ¿Puedo invitarla a un café?

Normalmente, Adriana no permite que haya contacto personal con sus clientes, pero con George tiene como una buena onda. Incluso se ha dado educadamente la vuelta cuando ella se ha desvestido y no ha hecho hasta ahora ningún comentario obsceno o desatinado.

—Está bien —dice—. Un poco de distracción me iría de perlas.

ADRIANA SE MUEVE INQUIETA SOBRE EL TABURETE DEL BAR. JUSTO DELANTE DE ELLA SE acarician entre sí los lujosos yates amarrados al pontón. Hace mucho calor, pero el toldo cuadrado ofrece una sombra agradable.

—Aquí les traigo la empanada de atún —dice la camarera.

—Es para mí, gracias —dice Adriana.

—¿Y el batido de fresa?

—También.

—Entonces la cerveza será seguramente para el caballero.

—Exacto —dice George.

Adriana muerde con ansia la empanada caliente. Hace mucho que no come en una cafetería. Es algo que normalmente no se puede permitir. Le resulta extraño. Para el gringo este debe ser pan de cada día. ¿Por qué nacería como hija de su padre y no de este señor?

—¿Tiene hijos? —le pregunta.

—Sí, pero viven con mi ex en Canadá.

—¿No es usted norteamericano?

—No, canadiense. ¿No vio el pasaporte, cuando se lo enseñé?

Ella solo se fijó en sus datos personales. Pero ahora sí que se acuerda de que el pasaporte tenía otro color.

—Lo pasé por alto. ¿A qué se dedica?

—Soy ingeniero, especializado en tratamiento de aguas residuales.

—¿Podría reparar entonces nuestro inodoro?

—Je je, no, más bien no. Asesoro a empresas sobre cómo depurar sus aguas residuales.

—Pues seguro que aquí hay mucho que hacer al respecto.

—Así es. El negocio va muy bien. Ahora mismo tenemos un proyecto en el hotel Barceló. ¿Y usted? ¿Qué tal le va?

Adriana sacude la cabeza.

—Pues regular. Demasiada competencia.

—Igual debería especializarse. Usted es experta en bucear por cuevas, no hay mucha gente con esa experiencia.

—Pero también hay pocos clientes que quieran bucear por cuevas.

—Seguramente. Pero esos pocos también pagan más por ello. Un momento —George escribe algo en su teléfono móvil—. Un buzo de cuevas gana de media entre 3.500 y 8.500 dólares al mes, pone aquí.

—Yo no llego a los mil quinientos —dice Adriana—. Y mil se los lleva ya la escuela de mi hermano.

—¿No podría ir a una escuela pública?

Adriana arquea las cejas y suspira.

—No conoce a Diego. Es un chico simpático, pero a sus diecisiete años no consigue motivarse. En la privada hay gente que se ocupa de eso. Además, está solo con demasiada frecuencia.

—Sus padres...

—Mi madre murió cuando tenía trece años y mi padre trabaja en obras por todo el país, así que tuve que hacerme cargo de Diego.

—Lamento oír eso. Necesita urgentemente algo que esté mejor pagado. ¿Sabe qué? Anteayer estaba sentado en el bar del hotel Barceló y oí a un americano explicarle a otro que investiga cuevas científicamente.

—Espeleólogos, sí, de esos hay algunos —dice Adriana—. Pero eso fue importante hace tiempo. Cuando se vio que gran parte de las cuevas se inundarían, las repasaron todas de nuevo para recuperar todo el patrimonio cultural de los mayass que pudiera estar en peligro. El templo que hemos visto ahí abajo, por ejemplo, estaba en su día decorado con muchos objetos. Pero ahora ya casi nadie se interesa por ello.

—Si lo he entendido bien, este se financia él mismo las expediciones y quiere proceder de la forma más exhaustiva posible. Intentaré conseguir su número, ¿okey?

Adriana asiente, aunque no se lo cree mucho. En su experiencia, los investigadores privados o son unos tacaños que invierten su pensión en alguna actividad dudosa o ricos idiotas que se creen que con su dinero son capaces de demostrar las teorías más absurdas. Adriana mira el reloj. Son casi las cuatro. Muerde rápido un trozo más de empanada.

—Debo ir a por mi hermano —dice y se despide—. Si aún quiere visitar el cenote del Arco Iris...

George hace un gesto con la mano. —Cuando llama la familia, hay que ir.

Adriana asiente. Aunque no se vayan a volver a ver, George cuenta ya entre las personas más agradables con las que ha hablado últimamente.

—Oye, lo siento —dice Diego.

¡Al fin, sus primeras palabras! Llevan ya diez minutos parados en pleno atasco en la 307. No sirve de nada instarle a que hable, así que ha aprendido a llenarse de paciencia. Respira hondo.

—¡No chingues, Diego!

Con esas palabras ya expresa todo lo que siente. Y es que tampoco sabe qué más decirle. Diego pone su mano sobre la de su hermana, que descansa sobre la palanca del cambio automático. Adriana pulsa el botón en el volante que deja el control al sistema automático, se gira y le pasa la mano por los cabellos. Como siempre desde pequeño, Diego inclina la cabeza

para dejarse acariciar. Ya solo faltaría que ronroneara para ser el gato perfecto.

Los gatos también son famosos por su testarudez.

—En serio, lo siento mucho —dice Diego.

—¿Qué ha pasado?

—Esos dos chaparros llevaban tiempo fastidiándome porque llevo las deportivas equivocadas. Y no puedo ignorar eso. Son cosas que acaban con la autoestima de cualquiera.

—Así que les tuviste que zurrar.

—Exacto.

Adriana suspira. ¡Si la vida fuera tan sencilla! Le rompería las narices a cualquier gilipollas día sí y día también.

—Ya sé que no es comportamiento de adulto —dice Diego—, está claro. Así que aún tengo que aprovechar que todavía no soy un adulto.

Ja ja, brillante silogismo.

—Diego, debes ir a la escuela para aprender algo.

—¿Es que te ha servido a ti de algo? Incluso estudiaste para bióloga marina, ¿y ahora qué?

—Yo he ... No pude ...

No, así no puede empezar. No pudo buscarse un trabajo decente por culpa de Diego. Pero eso es algo que no puede decir. El chico incluso piensa que su madre se metió en el agua por culpa de él.

—Tengo el mejor trabajo del mundo —dice—. Puedo sumergirme cada día en una cueva superinteresante.

Como mamá, completa la frase en silencio.

—Como mamá —dice Diego.

—¿Y qué hacemos ahora contigo? Tienes que quedarte dos semanas en casa.

—Pues me llevas contigo a los trabajos. Te llevo las bombonas, limpio el equipo, ...

La melodía de llamada del teléfono les interrumpe.

—Aceptar llamada —dice ella.

Se establece la comunicación y se oye carraspear a alguien.

—¿Hablo con Adriana? pregunta un hombre en español, aunque con fuerte acento.

—Sí, soy Adriana —dice ella en inglés— ¿Qué puedo hacer por usted, señor? Podemos hablar en inglés, no hay problema.

—Vaya, ¿tan malo es mi español? Pues bien. He oído que es usted una buzo de cuevas excepcional.

—La mejor —dice Diego.

—Perdone, ese es el bocazas de mi hermano.

—Ya me gusta un poco de autoestima. Pues mire por dónde estoy buscando precisamente a la mejor. Deberíamos conversar. ¿Le parece bien mañana a las ocho de la mañana en su casa?

¿En casa? Ni hablar del peluquín. Pero eso no debe decírselo aún.

—De acuerdo, nos vemos a las ocho en la calle Pez-Leopardo, casa 12. Está entre la Glorieta y Los Departamentos, en Puerto Aventura, evidentemente. Lo mejor es salir de la 307 a la Calzada Puerto Maya y luego a la izquierda en la calle paralela Calzada del Sol.

—Esa es la panadería —susurra Diego y Adriana asiente.

—Perfecto, todo anotado —dice el hombre y cuelga.

Ahora se da cuenta de que ni siquiera se ha presentado. Así que debe pertenecer a la categoría de «rico idiota».

—¿Qué quiere ese hombre de ti? —pregunta Diego.

—Supongo que querrá contratarme.
—¿Y de qué te conoce?
—Ni idea, ¿será que mi fama corre de boca en boca?
No tiene ganas de contarle aún nada de George.
—Pues mañana será mejor que vaya contigo. Alguien tiene que protegerte.
Adriana quiere decirle ya que no, pero entonces se acuerda de que Diego se quedaría solo.
—De acuerdo —dice ella.

En Puerto Aventuras, 3 de mayo de 2045

LAS PLANTAS TREPADORAS CUELGAN DE LAS RAMAS EN LA ESPESURA DE LA JUNGLA Y ACARICIAN los brazos desnudos de Tyler mientras saca el equipo de buceo del Jeep y lo lleva a la escalera de bastos tablones de madera. Por ella se accede a la entrada del Cenote. El aire cargado de humedad lo hace sudar, pero Tyler Drake no tiene problema alguno con el sudor. Normalmente está acostumbrado a las suites de Nueva York, convertidas en auténticas neveras por el aire acondicionado, pero su corazón late solo por la jungla y la aventura. Puede que la Gran Manzana sea una jungla moderna en la que se acumule todo tipo de aventuras, pero Tyler no se siente vivo allí. En Nueva York es más como un robot que ejecuta cada día el mismo programa: desayuno, gimnasio, reuniones, trabajo de oficina, toma de decisiones, etcétera, etcétera y etcétera.

Pero hoy tampoco es que se sienta realmente vivo. Aterrizaron hace tres días en el aeropuerto de Cancún, recogieron su coche de alquiler, fueron en él hasta Puerto Aventuras en el este del Yucatán y se alojaron en el hotel Barceló para comentar las dos expediciones que tienen planificadas. Las habitaciones son agradables, limpias y sin bichos, al menos mientras se prescinda de la pésima idea de llevarse comida a la habitación. Esa mejor comerla en el restaurante y luego hacerla bajar en el bar del lobby. Allí pasaron todas las veladas charlando sobre la expedición, y ayer incluso bebieron demasiado. Eddi empezó con esa mierda y luego los pinchó a todos hasta que Tyler y Julia también pidieron cervezas. Una botella de Dos Equis por un puñado de pesos. Un chiste comparado con los abusivos precios de Nueva York. Así fue como la cervecita se convirtió en dos, luego en tres, y finalmente acabaron siendo seis. Y luego el camarero, un mexicano bajito y siempre de buen humor con su diente de oro, les sirvió unos Jelly Shots; pudines blandengues de color verde brillante cargados con licor de alta graduación. La última vez que Tyler se permitió tal pecado fue en su época de estudiante, así que se dejó arrastrar, además, por un instante de inexplicable sentimentalismo. Debería habérselo imaginado...

Tyler alza la vista hacia un cielo cargado de nubes que asoma a través del denso follaje. El radar del tiempo avisaba de una tormenta en la región, pero tan cerca de la costa nunca se sabe cuándo ni dónde descargará. Aun así correrán ese riesgo, sin duda alguna. Tienen un plan que cumplir. Aunque no parece que ese cielo nublado vaya a despejarse pronto, lo que habría sido aconsejable para su expedición. Quieren sumergirse en el cenote Xaman-ha para estudiar un templo maya que hay allí, y para un buen buceo en cenotes es importante que haya suficiente luz.

A Tyler se le acelera el corazón nada más pensar en que se meterá pronto en esas aguas color turquesa para descender a las profundidades. En su imaginación ve alucinantes formaciones de estalactitas y estalagmitas, así como alguna que otra columna. Entonces se abre una puerta, de

miles de años de antigüedad, creada por los mayas, y pasa a través de ella ...

Bucear en cenotes es algo extraordinario y no se puede comparar con el submarinismo en mar abierto, con arrecifes tropicales de coral, como en la Gran Barrera de Coral en Australia. En las cuevas subacuáticas, Tyler se siente como en otro mundo. Y precisamente eso es lo que está buscando: nuevos mundos, también en el Yucatán. Uno en particular: Xibalbá.

El «Lugar del Miedo», como llamaban también a Xibalbá en la lengua de los mayas, hace que Tyler recuerde su juventud. Lleva toda una vida buscando lugares mágicos. De adolescente se entusiasmaba con las novelas de Arturo y Avalon, de los Nibelungos, de Narnia y todas las de ese tipo. Luego cayó en la cuenta de que en casi todos los círculos culturales y religiones se habla de otros mundos, de cielo, infierno, Walhalla, Avalon, Hades y muchos más. ¿Cómo es posible que, independientemente entre sí, se hayan creado tantas historias sobre lugares místicos? ¿Casualidad? Tyler no cree en casualidades. Prefiere los números y las probabilidades. Y es más probable que exista al menos uno de estos mundos que no que no existan en absoluto. Solo falta encontrarlos ...

Y él los encontrará. Siente que esta vez está muy cerca de ello. Los mayas tenían una conexión con uno de esos mundos, con el inframundo de Xibalbá. Tyler está convencido de ello; y lo puede incluso demostrar.

Un trueno retumba en la lejanía.

Eddi suelta un gruñido y deja en el suelo una pesada caja.

—Si además ahora se pone a llover, regreso al hotel.

Tyler resopla.

—Eso ni se te ocurra. Quien puede pillar una cogorza también puede trabajar.

—¿Es que me he quejado de la cogorza?

—No, pero un poco de lluvia tampoco puede ser tan malo cuando se va a bucear. Además, estás acostumbrado al mal tiempo. Solo tienes la cabeza a punto de estallar. ¡Así que deja de protestar!

Eddi se limita a soltar otro gruñido y lleva la caja por los tablones de madera hasta el agua.

Tyler alza una resignada mirada al cielo. Eddi ha pasado la mayor parte de su vida en Chicago antes de cruzarse en el camino con Tyler en un encuentro sobre entusiastas de los mayas, y desde entonces forma parte del equipo. Sus casi cien kilos de peso son puro músculo. Un amigo bromeaba diciendo que Eddi parecía más un Pitbull humano, el hombre ideal para la fuerza bruta que siempre debería estar presente en expediciones. Pero Tyler no está ya muy seguro de eso. Desde que subieron al avión en Nueva York, Eddi solo se queja y refunfuña. Y luego la sesión de borrachera de ayer noche. Totalmente fuera de lugar y seguro que solo era una estrategia de compensación. Pero ya es demasiado tarde para lamentarse.

Julia, al menos, parece haber sido una buena elección. Es la pragmática del equipo y una excelente arqueóloga, y Tyler ha tenido la suerte de poder contratarla para la expedición.

—Por mí ya puede llover —dice Julia resoplando pesadamente mientras arrastra consigo una caja de equipamiento no menos pesada que la de Eddi—. Me importa un bledo. Lo que importa es que empecemos pronto y pueda bajar a ese templo.

—Sí, yo también quiero llegar allí sin darle más vueltas al asunto. —Tyler deja su caja al borde de la entrada al cenote y empieza a desempaquetar el equipo. Trajes, botellas de oxígeno, sonar. Por suerte no hay nadie más aquí; ni turistas ni gente local. Le ha costado una pequeña fortuna conseguir eso, pero prefiere estar tranquilo. No le apetece nada tener a un puñado de buzos turistas a su espalda. Si realmente encuentran el paso a Xibalbá, necesitarán tranquilidad y tiempo. Solo espera que los organismos y las empresas de buceo respeten el acuerdo; y eso, en

México, es casi como jugar a la ruleta. Aún no sabe si todo el dinero que ha pagado ha llegado realmente a los organismos responsables o si se ha quedado en el bolsillo del intermediario, un ex policía de unos cuarenta años llamado Arturo que tiene una agencia de buceo deportivo y fue el único punto de referencia que encontró. Tyler cree que podría haber obtenido los permisos por mucho menos dinero, pero tendrían que haber esperado años. Si se quiere que algo vaya rápido en México, hay que tener contactos. Aunque en América tampoco sea distinto, por mucho que nadie quiera admitirlo.

Retumba otro trueno. Caen las primer gotas sobre el follaje. Oyen como un cuchicheo por todas partes.

—Fantástico —dice Eddi—. ¡Daos prisa, a ver si entramos de una puñetera vez!

—Tranquilo, Eddi, no me pierdas los nervios —advierte Tyler—. Vamos a hacerlo todo según lo planificado y con el debido cuidado.

Eddi silba entre dientes y hace un gesto negativo con la mano.

—Deberías haber contratado mejor a un guía buzo experimentado de aquí, y no a ese fracasado.

Tyler entrecierra molesto los ojos.

—¿Qué culpa tengo yo que ese tío nos haya cancelado esta mañana el encargo por su consumo excesivo de tacos y se haya convertido en adorador de la blanca taza del inodoro? Yo también habría preferido a un guía experimentado.

—¿No pudiste localizar a esa tal Adriana? —se inmiscuye Julia, a la vez que desempaqueta su propio equipo y prepara la computadora de buceo—. Nos contaste que es una buceadora de cuevas con mucha experiencia.

Tyler suspira.

—Sí, pero su centro de buceo me rechazó la petición por email al tener ya reservado el día. Y no la he podido localizar por teléfono.

—La reputación de Adriana Flores Ramírez impresionó realmente a Tyler, a pesar de tener los veintiséis años recién cumplidos. Pero bueno, ahora ya no tiene remedio. Entrarán solos. Tampoco será muy complicado. El cenote consta de una cueva principal con dos ramales. Solo les interesa el ramal derecho, en cuyo final hay un acceso al templo en el que los mayas realizaban sacrificios, antes de que el nivel del mal ascendiera tanto que todo quedara sumergido. Y Tyler quiere llegar precisamente a ese templo.

A los mayas.

A Xibalbá.

—¿Vamos ya? —pregunta Eddi de los nervios, mientras observa otra vez el cielo que se oscurece excepto por el brillo de los rayos.

Tyler sacude levemente la cabeza con resignación.

AL FIN SE HAN METIDO EN EL AGUA CON SU EQUIPO Y SE SUMERGEN. TYLER APENAS SE LO PUEDE creer. Flota en perfecto equilibrio entre cinturón de lastre y chaleco de flotación. Cierra los ojos por un instante y disfruta de la sensación de ingravidez.

Pero no han venido aquí para eso. Tienen un plan muy estricto. Así que Tyler mira a su alrededor en la cueva, se orienta y asume el puesto de guía. Dirige con gestos de las manos a Eddi y Julia por el túnel de la derecha. Allí hay una cuerda de cenote que los buzos pueden utilizar para orientarse mejor en caso de emergencia. Aunque el cenote es bastante espacioso, no

hay que menospreciar los peligros. Desde arriba entra agua dulce, y por abajo penetra agua salada del mar, a través de la porosa roca caliza. Con eso se crea un lago dentro de un lago, separado por la haloclina. También hay diferentes corrientes y las condiciones cambian día a día. Pero no hay nada ahora que resulte una distracción para los ojos de Tyler.

Le da en silencio la razón a Eddi. Un guía habría estado bien, aunque solo fuera para vigilar a Julia y Eddi, que no son precisamente forofos del submarinismo. Tampoco podía prever que su buzo profesional les cancelara esta misma mañana. Esa cancelación le cogió a Tyler totalmente por sorpresa. Pensó que por el horrendo precio que pagó no podía pasar nada, aunque solo sea por la avaricia de los mexicanos.

Ya probará luego con la otra experta, esa tal Adriana, si es que hoy no encuentran nada y deben visitar el otro cenote, Chac Mool. Pero Tyler tiene la esperanza de que no hará falta. Ha limitado su selección a estos dos cenotes, y lo ha hecho con buenas razones.

Muy buenas razones.

Tyler recuerda brevemente el hallazgo que cambió su vida, pero aparta ahora esos pensamientos. Al bucear no hay que tener la cabeza en ningún otro sitio.

Alcanzan la cuerda que lleva al interior del túnel. Tyler pregunta con gestos si todo va bien. Eddi y Julia responden que sí. Bien. Pues en marcha. Nadan en fila india con suaves golpes de aleta al interior del túnel.

Todo se va oscureciendo a su alrededor. Las sombras en las escabrosas paredes se vuelven más profundas. Solo sus focos iluminan el entorno.

Tyler nota la suave succión de la corriente. Seguramente por la tormenta en el exterior. Si entra al cenote mucha agua de lluvia del entorno, se repartirá por los túneles.

Da unos golpecitos contra el radar de personas para comprobar la distancia a Julia y Eddi. Siguen detrás de él sin cambios. Estupendo.

Avanzan metro a metro con suaves movimientos de las piernas. Tyler no para de mirar a ambos lados para orientarse, pero ahora ya reina una oscuridad total. ¡Sensación completa de espeleólogo! Solo cuando mira hacia arriba descubre de vez en cuando domos o cámaras de aire. Allí podrían emerger porque el aire filtrado por la roca caliza es normalmente respirable. Pero Tyler prefiere no probarlo.

Mira de nuevo hacia delante y se desliza por la oscuridad. Se imagina cómo debía ser el túnel hace decenios, cuando aún no estaba inundado. Cómo los mayas llevaban aquí a sus prisioneros de guerra para sacrificarlos en el templo. ¿Por qué precisamente aquí? ¿Para abrir el portal a Xibalbá?

Ese es también un tema repetitivo en muchas historias sobre lugares místicos: Hay que ofrecer un sacrificio para conseguir el acceso; a menudo, la propia vida.

Tyler no tiene intención de dar su vida por ello. Entonces ya no podría demostrar que existe otro lugar. Tampoco cree que sea realmente necesario, sino que aquellos que sabían cómo funcionaba lo ocultaban y tomaban el pelo a los demás. Unos creyentes aterrorizados eran la mejor protección para que te dejaran en paz. Quien temía la ira de los dioses, tampoco sentía la tentación de profanar un templo sagrado. O al menos eran muy pocos los atrevidos.

El cono de luz de Tyler pasa por algo claro y se pierde luego en la lejanía.

¡El acceso al templo!

Tyler ralentiza el avance y espera a los demás. No caben todos a la vez, porque el túnel es demasiado estrecho, y la corriente que reina ahora tampoco es despreciable. Así que les señala que han llegado al destino y espera los «Okeys» de sus compañeros antes de entrar. Fija para ello su propio cabo a la cuerda de turistas, por si acaso, y se introduce en ese pasadizo secundario.

Para junto a columnas de roca clara. Al cabo de unos metros, el túnel se abre para dar acceso a una cueva algo más profunda. Eso lo sabe Tyler de sus investigaciones. Los mayas debían haber tenido entonces una escalera para poder bajar.

Nada hacia un lado y espera a los otros dos. Mientras tanto enciende algunos focos adicionales que lleva en su chaleco y los fija con garras flexibles a la tosca pared de la cueva.

El templo va surgiendo en todo su esplendor con cada punto de luz que conecta.

Tyler nota cómo el corazón se le va acelerando. Y es que el espectáculo es sobrecogedor. Del suelo se alza un pedestal en forma de pirámide. Por debajo del acceso que han utilizado hay escalones que llevan hasta la plataforma elevada, donde se debían realizar los rituales de sacrificio sobre una especie de altar. Y justo al lado se encuentra el objeto que tanto deseaba encontrar Tyler.

Un círculo oscuro en la pared de la cueva. Visto de lado, no parece siquiera un círculo, pues la pared de la cueva convierte los bordes en líneas angulosas. Pero justo frente a él puede verse la perfección del esa circunferencia.

Julia flota junto a él y contempla anonadada el templo. También Eddi se suma a ellos, pero solo parece tenso y comienza de inmediato a instalar focos.

Tyler señala al círculo y Julia asiente. Nadan juntos hacia allí y admiran de cerca la oscura superficie. Tras un largo momento, Tyler se atreve a tocarlo, pero solo nota piedra lisa bajo sus dedos.

La decepción pretende inundarle, pero Tyler no se rinde. ¿Y qué esperaba? ¿Un efecto fulminante como en las películas de Matrix? ¿Que la piedra se deforme? ¿Que se abolle como mercurio líquido?

No puede ser tan fácil. Entonces habrían encontrado el portal mucho antes, cuando se escudriñó la cueva a fondo hace decenios, antes de ascender el nivel del mar y sumergirla. Aunque los científicos por aquél entonces solo tenían ojos para los objetos mayas de valor, que ya fueron sacados al exterior. Y en aquella época, tampoco sabían lo que Tyler sabe hoy.

El portal solo se volvía activo en determinados días. Días que los mayas habían calculado en sus calendarios Haab.

Eran los cinco días epagómenos del mes maya Uayeb.

Los llamados días de infortunio.

Y hoy era el primero de los cinco días de infortunio para este año.

En el descubrimiento de Tyler se decía que en esos innombrables días se abría el portal a Xibalbá para los atemorizados. Los innombrables no era más que una forma de llamar a esos cinco días. Y los atemorizados eran los sacrificados que se enviaban al inframundo con el rito de su muerte.

¡En esos días innombrables, el portal a Xibalbá estaba abierto para los atemorizados!

Tyler puede ver frente a sus ojos el texto original. También recuerda cómo el corazón parecía querer salírsele del pecho cuando encontró aquél códice. Un códice maya desconocido, ocultado en un oculto doble fondo de un cuenco que Tyler compró para su salón. Se la tiró al suelo la mujer de la limpieza al pasar la aspiradora. ¡Dios, cómo se cabreó Tyler! ¿Cómo podía tirarse un artefacto maya al suelo? Pero entonces encontró el papel de amate y lo sacó del todo de ese doble fondo.

No tenía ni idea de lo valioso que era. En todo el mundo no existen más de cuatro códices mayas, y ahora, con el suyo, son cinco. El de Madrid, el de Dresde, el de París y el de México. Como se supone hoy, los manuscritos mayas eran seguramente manuales para los sacerdotes. Contienen descripciones de rituales, cálculos astronómicos y datos de calendarios.

Tyler necesitó casi dos años para traducir su códice, y otros dos años más para encontrar los dos cenotes de los que muy probablemente se habla en el códice. Al menos de uno de ellos.

¡En esos días innombrables, el portal a Xibalbá estaba abierto para los atemorizados!

Tyler aparta los recuerdos y se centra de nuevo en ese disco negro. ¿Es este el portal a Xibalbá? Y si lo es, ¿cómo se abre? ¡Debe funcionar de alguna forma! ¡Está completamente seguro!

Echa un vistazo a la computadora de buceo para comprobar la situación. Les quedan tres horas hasta que se les agote el oxígeno y vuelvan a aparecer turistas por aquí.

Excepto si la tormenta continúa rugiendo allí arriba. Según el radar, está justo encima de ellos, pero se retirará en los siguientes treinta a sesenta minutos. Si es así, cuando acabe el tiempo que ha reservado seguro que se encuentran con turistas. Deben haber acabado antes.

Tres horas para descifrar el acertijo.

¡Tres horas!

Pues no queda otra. ¡Manos a la obra!

La computadora de buceo lleva rato ya enviando avisos. Tyler no puede ignorar más la vibración. Sabe igualmente lo que significa ese aviso: es les acaba el tiempo. Deben iniciar el regreso.

Eddi también ha notado hace rato la vibración y ha comenzado a desmontar los focos para fijarlos a su cinturón.

Con cada foco que quita, mayor es la oscuridad en la cueva... y en el corazón de Tyler.

No han encontrado nada. Absolutamente nada. Piedra, rocas y agua. Y Eddi lo ha documentado todo cuidadosamente con dos cámaras sumergibles para que los organismos oficiales no puedan luego fastidiarles.

Tyler no se lo puede creer. Estaba tan seguro.

Un poco más oscuro de golpe, otra vez. Eddi nada hacia él y señala hacia los focos que ya ha desmontado. Tyler asiente, triste, y comienza a recoger los suyos.

Clic. Más oscuro. Clic. Más oscuro. Clic. Más oscuro.

Queda un último foco, apuntando aún hacia el círculo negro ante el que flota Julia, pero no hay nada allí. Han tomado dos muestras de roca, pero ¿qué sacarán con ellas? El análisis en los Estados Unidos tomará semanas. Hasta entonces habrán finalizado ya los días innombrables.

Tyler respira profundamente y apaga el último foco.

Clic. Oscuridad total. Ya solo cortan la oscuridad los focos de sus cabezas.

Julia nada hacia él. Tyler puede ver lo decepcionada que está a través del cristal de la máscara. Julia se encoge entonces de hombros, agarra el cabo y se dirige hacia la salida. Eddi asiente hacia Tyler y sigue a la arqueóloga.

Tyler espera un par de segundos más. Su foco de luz pasa por los escalones del altar y por el círculo negro. Es como si la piedra negra absorbiese la luz, como un agujero negro. Tyler piensa por un momento que igual se trata de eso, pero no. Lo ha analizado, tocado y palpado durante horas. Solo es piedra negra.

Con un profundo suspiro se gira y sigue a los demás fuera de la cueva. En el pasillo principal le pilla la corriente, más fuerte de lo esperado, pero sin que suponga aún un problema. Desprende su cabo y sigue el instalado fijo para los turistas. Seguro que ya hay todo un grupo esperando en la entrada para poder empezar la inmersión. O igual ya están buceando por la cueva principal.

A Tyler le da lo mismo. Se siente vacío y agotado. Toda esa preparación para nada.

Regresa por el túnel acompañado de ese vacío. En algún momento distingue frente a él las siluetas de Eddi y Julia. También empiezan a verse rocas y estalactitas.

Luego salen del túnel y nadan por la cueva principal. La haloclina ha ascendido mucho y se encuentra como un espejo de gelatina vibrante unos cinco metros por encima de ellos. Es una visión fascinante por la que buzos de todo el mundo pagan mucho dinero por cruzarla una vez en la vida, aunque Tyler no parece mostrar interés alguno por ella. Tampoco por el brillo diamantino del agua de lluvia, que cae al cenote como una pequeña cascada cuando emergen a la superficie. Y mucho menos aún por los turistas.

Tal y como esperaba, están ahí plantados como los tubos de un órgano de iglesia. Un grupito de cuatro está ya con su guía de buceo en el agua. Tyler cree reconocerlo de algunas fotos. Es El Flaco. Al parecer, es el mejor cuando se trata de bucear en los cenotes del Yucatán, pero a Tyler le pareció ya demasiado viejo con sus sesenta años. Pero ahora que lo tiene justo aquí delante, podría preguntarle si lo acompañaría a Chac Mool. El segundo cenote es mucho más grande y ramificado. Algunos dicen que es un auténtico laberinto. Allí le sería muy útil contar con un guía. Seguro que Eddi insiste en ello.

Así que Tyler se quita la máscara y hace un gesto a El Flaco.

El mexicano arruga la frente, dice algo a sus clientes y se acerca nadando. Puede tocar pie en el borde.

—¿Nos conocemos? —le pregunta en inglés.

—No personalmente. Solo he oído que es usted el mejor buzo de cuevas de la región.

—¿Y usted es ese arqueólogo que paga precios abusivos por medio día solo aquí? Si me hubiera preguntado a mí, y no a Goldie, lo habría logrado por la mitad de precio.

Tyler muestra una sonrisa amarga.

—¿Tendría tiempo pasado mañana?

—¿Para qué?

—Chac Mool.

El Flaco resopla.

—¿Quiere investigar también ese cenote?

—Sin lugar a duda.

—Si le divierte...

—¿Eso es un sí?

—No, tengo toda la semana reservada. Un grupo grande. A no ser que ... —El Flaco deja la frase sin acabar, pero Tyler ya le entiende.

—¿Cuánto quiere usted?

—Cinco mil, por persona y día —y se le acerca y susurra—; y tendrá conmigo una excursión muy especial que seguro que le interesará.

Tyler mira al buzo con curiosidad.

—¿Excursión especial, para qué?

—Para el auténtico templo de los mayas. No esa placa dorada que han instalado para los turistas. —El Flaco sonríe como sabedor de un gran secreto y quiere girarse cuando Tyler le sujeta por el brazo.

—¿No me estará tomando el pelo?

—No. —El Flaco aparta la mano de Tyler con decisión—. Solo le tomo el dinero porque es un gringo. Pero va en serio. Hay un gran templo escondido muy abajo en las profundidades de los pasadizos de Chac Mool. Vale mucho la pena verlo, se lo aseguro. No lleva solo cincuenta

años bajo el agua, sino mucho, mucho más. Y desde luego que no es nada fácil de encontrar. El acceso está muy bien escondido, por pasadizos estrechos, con muchas corrientes y ramificaciones. Hay innumerables cámaras y altares de sacrificio. Muchas rejas y pasillos sin salida. Hay huesos en cámaras talladas a mano, pozos redondos llenos de calaveras y discos de piedra negra que flotan en la oscuridad como portales. —El Flaco se ha puesto muy serio—. Es muy digno de ver, pero también muy peligroso. Hasta ahora solo me he atrevido a llegar hasta allí con un puñado de personas en los últimos treinta años. Pero usted parece que no se echaría para atrás ante una aventura de este calibre. Así que, si quiere, por cincuenta mil más le enseño el auténtico tesoro del Yucatán y el gran secreto de los mayas. —El Flaco deja ahí sus palabras y se marcha para que no protesten sus clientes.

Julia se le acerca al borde del agua. Las gotas resbalan por su cabello. —¿Qué quería ese?

—Mostrarnos el auténtico tesoro de Chac Mool.

—Ah, vale. Y seguro que por una hermosa cantidad de dinero —Julia resopla, se agarra la coleta y la retuerce para quitarse el agua—. No me gusta ese tipo. Es un fanfarrón que solo quiere lo mejor para si.

Tyler asiente y da finalmente la espalda a El Flaco, que aún le está mirando.

Cuando sale del agua junto a Julia, es esta la que ahora le sujeta a él. —En serio, Tyler. Ese tío no me gusta nada. Tiene algo muy falso en su mirada.

—Como todos los mexicanos cuando huelen a un americano rico al que pueden exprimir.

Julia mueve la cabeza pensativa.

—¡Olvídate de los prejuicios! Hay mexicanos y mexicanos. Si realmente hay un segundo templo, lo conocerán todos los buenos buzos de la región. No solo ese.

—Seguramente, sí.

Y por eso intentará de nuevo contactar con esa Adriana. Aunque duda que esté también tan abierta a aventuras de este tipo. En su perfil del centro de buceo ponía que es una persona de familia.

Y las personas de familia no suelen bucear por estrechos pasadizos arriesgando su vida.

A no ser que pague una ingente cantidad de dinero.

Puerto Aventuras, 4 de mayo de 2045

—Dos cruasanes, por favor —dice Adriana.

—Aquí los tiene.

Un joven con delantal blanco le entrega los dos cruasanes sobre un plato de cartón. Es Diego. No lo ha reconocido de inmediato porque lleva la gorra blanca con la visera naranja muy bajada sobre los ojos. Enrique, que es quien trabaja aquí, tiene más o menos la misma edad y estatura que su hermano.

—¿Qué carajos haces aquí?

—Vigilarte. Como pastelero llamo menos la atención. Enrique se ha mostrado de acuerdo si me hago cargo del turno hasta el mediodía.

Adriana ya se preguntaba dónde se había metido Diego. Es normal que no esté en casa, pero normalmente no resulta fácil sacarlo de la cama a esas tempranas horas. Mira a su alrededor. La panadería está vacía. La mayoría de la gente del barrio ya está de camino a sus trabajos en los hoteles y restaurantes.

—Pues si no tienes mucho más que hacer, el lugar este necesitaría una buena limpieza.

—Sí, sí —dice Diego—. Serán ...

—Anótalo en mi cuenta.

Se nota bastante que el dueño de la panadería es un hombre. No hay ninguna decoración, ni en mesas ni en paredes, y tampoco está todo realmente limpio. Pero Enrique es un buen panadero. El pan dulce que hace es delicioso, los cruasanes perfectos y las empanadas tienen un relleno fantástico. Adriana podría alimentarse aquí el día entero, si se lo pudiera permitir.

Inspira como si estuviera probando el bouquet de un vino caro y se sienta en una mesa junto a la ventana. Espanta una avispa con la mano. Su pie comienza a moverse solo y se da cuenta de que su hermano habrá subido el volumen de la radio. Una emisora de salsa, claro. Diego tamborilea con los dedos sobre el mostrador.

Una sombra pasa frente a la ventana. Está tan llena de polvo que solo puede ver la silueta del coche, pero no la marca. Poco después suena la campanilla de la puerta y entra un hombre. Se ve de inmediato que es americano, como si llevara tatuada la palabra «Gringo» en la frente. Entrenado como un antiguo soldado, se lleva dos dedos a la frente tras haber mirado a su alrededor y reconocer a Adriana como la única posible opción para este encuentro.

Adriana se pone en pie. Pero la sonrisa del americano es auténtica y muy cautivadora. Le gusta la gente que sabe acercarse con tanta desenvoltura a los demás, porque es algo que no cuenta entre sus virtudes. Le ofrece la mano.

—Hola, soy Tyler Drake —dice—. Y perdóneme, porque creo que no le había dicho mi

nombre hasta ahora. Usted debe ser Adriana. George ha hablado maravillas de usted, profesionalmente hablando, claro.

—Y por eso no estamos en mi casa —dice Adriana—. Pero mi familia vive aquí cerca. Se los presentaré encantada. Mi tío está en la Guardia Nacional.

Eso es mentira, pero a ese hombre le importa una mierda que, en el fondo, esté sola.

—Gracias, pero no tengo intención de contratar a su familia. Lo único que me importa es que sea usted quien dicen que es, y no una estafadora. Eso a veces se ve mejor en el tipo de casa que tiene la gente. Yo me imagino, por ejemplo, que guarda las botellas de buceo en el salón y tiene el armario ropero con trajes de neopreno.

Su casa solo tiene dos habitaciones y no son extremadamente grandes. El equipo lo guarda fuera, bajo un tejado de chapa ondulada. Drake quedaría muy decepcionado.

—¿Quiere un cruasán? He pedido dos.

Drake muestra por un instante una mirada asqueada, pero logra controlar de inmediato su expresión.

—Gracias, pero yo sigo una dieta muy estricta y equilibrada de hidratos de carbono, proteínas y albúmina.

—La albúmina es proteína.

Drake se pone como un tomate.

—Tiene razón quería decir proteínas y grasas.

Adriana sonríe, pero no dice nada.

—Le gusta desconcertar a la gente —dice Drake.

Su tono es neutro, por lo que no sabe si eso es un cumplido o una crítica. Adriana debe tener cuidado. A fin de cuentas, quiere que ese tipo pague bien para poder enviar a Diego medio año a la escuela. Seis meses sin problemas de gastos, eso sería genial.

—¿Qué puedo hacer concretamente por usted? —le pregunta.

—Un café, solo, estaría bien.

Adriana traduce el encargo al español.

—Ya le había entendido —protesta Diego en su lengua materna—. ¿Con azúcar?

—Sin azúcar, muchas gracias —responde Drake, esta vez en español.

El café sale borboteando de la máquina. Cuando Diego pone la taza frente a Drake, este le sujeta la mano. Diego da un respingo y mira hacia su hermana en busca de ayuda.

—¿Qué es esto? —pregunta Drake—. ¿Son tatuajes de un clan? ¿Eres de la mafia?

—No diga burradas, la mayoría de los chicos llevan hoy tatuajes —dice Adriana—. Y ahora suéltele el brazo al panadero o tendrá problemas con su jefe.

—Ja ja, ese ha sido bueno —dice Drake.

El gringo este es un tipo extraño y parece arrastrar consigo algún que otro cliché. Pero es que él mismo es un cliché con patas, así que van a juego.

Drake toma la taza de café y sorbe el líquido caliente. El aroma llega hasta ella y a Adriana se le abre el apetito. Pero sale más barato tomarse el café en casa. Ese hombre aún no le ha hecho ningún encargo.

—Pues bien, lo que quiero de usted... —comienza Drake y parece estar buscando las palabras —. Necesito a alguien que conozca bien Chac Mool. Bueno, más que bien, a la perfección. ¿Conoce ese cenote como si fuera su propia casa?

—Ojalá tuviera una casa tan grande como el cenote, eso se lo puedo asegurar.

—Je je, es usted chistosa; un punto a su favor. Pero en serio, ¿hasta qué punto conoce el cenote?

—Mejor que cualquier otra persona que pudiera contratar en la región. No puede decir que conozca absolutamente cada rincón, porque el sistema de cuevas varía constantemente. Pero puede usted dejarme en cualquier lugar del cenote que sabré encontrar la salida.

—¿Es usted entonces mejor que El Flaco?

El Flaco, ¿hace cuánto que no escuchaba ese mote? Su propietario es Juan Pablo García Aspe y posee una pequeña agencia especializada en el buceo de cenotes. Él mismo bucea ya poco; el sobrenombre se lo ha ganado por haber buceado los pasadizos más estrechos. Hace mucho que no lo ve, pero tampoco le había parecido tan flaco.

—¿Es mi competencia?

—Si quiere llamarlo así, es en todo caso el segundo nombre que me han dado por aquí cuando se trata de contratar al mejor.

—Juan debe tener ya cincuenta y muchos.

—Cincuenta y nueve. Pero tiene unas dos mil inmersiones más que usted en su haber.

Experiencia contra condición física y habilidad. Adriana ya se temía que no le resultaría demasiado fácil.

—Pregúntale qué pinche cosa quiere —dice Diego en español.

—No, gracias, no necesitamos nada más —responde ella en inglés.

—¿Puede decirme de qué va todo esto? —pregunta ella entonces.

Drake sacude la cabeza.

—Solo se lo podré decir cuando sepa quién de ustedes dos es realmente el mejor.

—¿Y cómo puedo convencerle de que yo soy la mejor?

—Me ha dado usted una idea —dice Drake—. Cuando ha dicho que siempre sería capaz de encontrar la salida. Eso sería muy importante para nuestra expedición. Así que me gustaría invitarles a una pequeña competición. Les levamos a Chac Mool y vemos cuál de los dos es capaz de salir antes.

—Está usted loco.

Drake sonríe.

—Me lo dicen mucho. Así que algo de razón tendrán. Pero si no quiere participar, el encargo se lo llevará El Flaco.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—50.000 dólares

Detrás del mostrador se oye el tintineo de cubiertos que caen al suelo.

—Para que vea que hablo en serio, le dejo aquí estos mil dólares a cuenta. Considérelo los honorarios para el día de mañana. Con mil bastará, ¿no?

—Sí, es mi honorario habitual para un día entero.

—Bien. Entonces puede considerarlo como un dinero fácilmente ganado. La llevaremos como máximo a una hora de distancia en el sistema de cuevas. Si sale al cabo de otra hora, habrá sido una buena tarifa por horas.

Adriana expulsa el aire de los pulmones. Ese hombre está totalmente majara, pero lo hace con tanto arte que no le queda más remedio que aceptar el desafío.

Chac Mool, 5 de mayo de 2045

Es una sensación de mierda ser llevada a través de una cueva inundada con la cabeza metida en una caja. No debería haberse apuntado a esta locura. Adriana se lleva la mano izquierda hacia la caja. Fuera, antes de meterse en el agua, le pareció un instrumento medieval de tortura, pero sea quien sea quien lo haya ideado, ha invertido bastante sesera en ello: la caja tiene un agujero por abajo, lo suficientemente grande para meter dentro la cabeza con máscara de buceo, y otro arriba para que salgan las burbujas de su respiración.

De repente nota un fuerte golpe en la cabeza. ¡Mierda! Debe haberse golpeado contra la pared de la cueva. Adriana intenta soltarse, pero su guía la tiene firmemente sujeta por la mano derecha. Algo toca su hombro. Seguramente pretenda tranquilizarla con eso. Es la segunda vez que su guía no presta suficiente atención. Cuando salga de aquí le pateará el culo a gusto. Como mínimo. Aunque por estúpido que parezca, no sabe en manos de quién ha dejado Drake su vida.

Seguramente en las de su amigo Eddi. Ese agarre tan firme debe ser suyo. Nota su muñeca como encajada en una prensa de tornillo. ¿O es el mismo Drake? Al ponerse el traje de buzo pareció muy rutinario, casi profesional, por lo que ni siquiera le ha pedido su carné de buzo. Ni tampoco lo hará. Cuando alguien paga cincuenta de los grandes por un curro, no se hacen preguntas. Si Drake se sobreestima es su problema.

Pero seguro que ganará esta estúpida competición. Ayer tarde aún se preocupaba un poco. Pero esta mañana, al ver a El Flaco al borde del cenote, estaba ya segura. Juan parece la muerte en vida. Puede que sea bueno en organizar inmersiones en cenotes para turistas, pero en su estado no parece servir para otra cosa que no sea conducir el camión.

No debes subestimarlo, le dijo Diego. Su hermanito listo, que no acaba de controlar su propia vida, pero que suele dar consejos la mar de buenos. Lo que no debe subestimar es esta cueva. Llevan unos cuarenta minutos de camino, según el indicador de la bombona que se muestra en su máscara de buceo. Los demás sensores, brújula, radar, medidor de distancias y demás, se los ha quitado Drake. Al final incluso le quitó la tarjeta SIM de la computadora de buceo, lo cual incumple todas las normas, porque en caso de emergencia ya no podrá pedir ayuda. Y, además, se queda sin conexión en línea.

Al menos le ha dejado el profundímetro. Enviarla sin él habría sido asesinato. Como buzo debe saber siempre cuantos metros de agua tiene encima. Ese indicador lo tiene siempre a la vista y le ha dado ya un par de informaciones importantes. Por ejemplo, que nunca han estado a más de veinte metros de profundidad. Así que su guía no la ha llevado por la derivación Montero del sistema de cuevas, por lo que no se trata del camino hacia la Sala de la Creación, porque para llegar allí hay que descender, al menos veintidós metros.

Algo toca de nuevo su hombro. Tiene la mano derecha libre. Adriana siente la tentación de darle una buena bofetada a su guía, pero logra controlarse. Debe ser la adrenalina. Odia la violencia bajo condiciones normales.

La caja se mueve. Ajá, parece que han llegado. Aprieta la manguera del respirador contra el cuello para que no se enganche con la caja. ¡Al fin logra ver algo! Cuando su guía gira la caja, salen un par de burbujas. No es Eddi, sino el tipo que ha traído El Flaco consigo. Ni siquiera se lo han presentado. No es buena señal. Drake parece tan ingenuo que parte del hecho de que alguien del grupo de Juan la trataría con honestidad.

El hombre activa su computadora de buceo y le muestra a ella la pantalla. Allí se ve una marca en verde. Demuestra que el hombre ha hecho su trabajo y la ha dejado en el lugar correcto. Luego levanta primero el índice y luego todos los dedos. Claro. Debe esperar diez minutos, tal y como acordaron. Si no, sería muy fácil simplemente siguiendo al hombre hasta la salida. Su guía se despide con la señal de OK, se gira y se lleva la mano al cinturón donde se enrollará la fina cuerda que lo llevará hasta la salida.

ESTÁ MUY OSCURO. NI UN FOTÓN ALCANZA SU RETINA. PERO LA OSCURIDAD TOTAL NO LE DA miedo. Al contrario, le gusta estar rodeada de ella un rato. Puede mover brazos y piernas, notar cómo se tensan los músculos, pero la oscuridad lo absorbe todo en su negrura. Es como estar fundida con la cueva. Solo los latidos del corazón y la respiración regular revelan que aún vive.

Adriana enciende el foco del casco y mira su computadora de buceo. Han pasado nueve minutos y medio. Lo ha estimado bastante bien. Ahora comienza siguiendo a su desconocido guía. El pasillo se bifurca tras un giro a la derecha. ¿Hacia arriba o hacia abajo? Una cosa está clara: La meta está en la superficie. Ahora está a diecisiete metros, así que debería tender a ir subiendo.

Pero ese pasillo resulta no tener salida. Era de suponer. El sistema de cuevas alrededor de Chac Mool tiene una cierta lógica, pero es complejo. Aquí han dejado sus huellas las corrientes de agua marina, el agua dulce a contracorriente, la erosión natural, el aumento del nivel del mar a principios del siglo XXI y algún que otro terremoto.

Si Adriana no tiene ni la más remota idea de dónde está la salida, sigue la regla más simple que hay: nadar siempre hacia la izquierda. De esta forma puede salir de cualquier laberinto, aunque no de la forma más rápida. Y precisamente esa es la que hoy importa. De momento no tiene ni idea, así que elige en cada bifurcación el pasillo de la izquierda o el de arriba.

Al cabo de diez minutos se encuentra con las primeras estalactitas. No tienen estalagmitas que sobresalgan del suelo. Esto significa que en este pasillo estuvo una vez solo el suelo inundado; si no, no podrían haberse formado las estalactitas. No hay muchos pasillos de este tipo, así que debe estar al norte de la sala de la coronación, o la han llevado al sudoeste, a la sala de las serpientes. Esos nombres no constan en ninguna guía de buceo. Fue su madre quien se los enseñó en las pocas excursiones que hicieron juntas. Su padre se enfadaba: *¿Cómo puedes llevar a una adolescente tan dentro de un sistema de cuevas?* Pero para Adriana, esos son sus más queridos recuerdos.

Debe ser la sala de las serpientes. Coincide con la distancia a la salida. Entonces estuvieron más de una hora de camino, pero tampoco nadaban tan rápido como nada hoy. Adriana suelta con fuerza el aire de los pulmones. Su respirador expulsa un montón de burbujas de aire que ascienden al techo y se desplazan en la dirección que señala hacia arriba. Bastaría con seguir las

burbujas, pero esas le van hoy muy lentas. Debe ser más rápida que El Flaco; si no, se arriesga a perder cincuenta mil dólares.

No debes subestimarle. Su madre seguramente también se lo habría dicho. Pero ahora mismo no puede representar ningún peligro para ella, porque está en algún lugar de este laberinto buscando la salida, como ella. Drake tampoco es tan tonto. Parece que quiere encontrar aquí dentro algo muy importante para él. Pero sabe que, si encuentra algo, es solo la mitad del trabajo, pues también tiene que ser capaz de encontrar el camino de regreso. Y para eso solo pueden ayudarle los mejores.

La cantidad de dinero que ofrece es casi obscena para ella. Aunque para él igual es solo calderilla. Ya conoce a estos gringos. Conoce a una prostituta que busca clientes en los hoteles caros y gana más que ella con sus esforzados buceos.

El pasillo medio inundado que sale de la sala de las serpientes acaba en una grieta. Adriana se acuerda mientras pasa las manos por la roca lisa. Un terremoto abrió aquí la tierra hace mucho. La grieta le parece como un corazón partido. La sigue hacia arriba. Así consigue subir casi ocho metros. La salida está a solo cinco metros más de altura. Igual encuentra otra salida. No iría contra las reglas del juego recorrer el resto del camino hasta Chac Mool a pie por la superficie. Drake es muy pragmático para eso.

Pronto encuentra Adriana la primera ocasión. Un estrecho pasillo lleva casi derecho hacia arriba. Podría tratarse de una depresión formada por un riachuelo en la roca caliza. Adriana se mete dentro, pero encuentra un tapón de tierra y ramas. Cree oír a pájaros piando allí arriba, pero solo es su imaginación.

Deja de pensar en ello. La siguiente ocasión aparece en forma de un ligero brillo. Lo sigue por un pasillo plano, cuyo suelo está plagado de pequeñas estalagmitas. Debe haber sido bastante nuevo cuando fue inundado, igual solo quinientos y no mil años, como muchas otras partes de la cueva. Pero el pasadizo acaba en un derrumbe. Allí se han quedado encajadas rocas como canicas de un metro de diámetro que cayeron sin llegar a romper la cueva.

Media vuelta. Eso es muy normal. Hasta ahora han pasado cuarenta minutos y parece estar muy cerca de la superficie. Adriana nada a toda velocidad. No pasa nada si se esfuerza un poco más. Sonríe en el respirador cuando descubre a su derecha la pista de carreras. En algún momento del pasado se hundió aquí toda una ladera y dejó una superficie lisa e inclinada. No lleva hasta la entrada, pero tras ella sí que hay un camino que lleva hasta la sala principal.

Adriana nada al interior. El pasillo es estrecho, como si El Flaco en persona lo hubiera perforado. Su bombona rasca constantemente contra el techo, pero es de metal muy resistente. No tiene que preocuparse por eso. Acelera sus movimientos natatorios. Cuatro metros de profundidad y comienza a entrar luz... ya casi ha llegado.

De repente oye un ronroneo. Cree primero que es cosa de su estómago, pero luego nota que viene del exterior. Una nube oscura viene hacia ella desde delante, plagada de superficies lisas y pétreas. ¡Un derrumbe! Debe dar media vuelta, pero el pasillo es demasiado estrecho para hacerlo. Se desplaza como puede hacia atrás, pero la nube llega inexorablemente hasta ella. Recibe un golpe en la frente y se hunde en la oscuridad.

SE DESPIERTA AL NOTAR UNA MANO EN SUS PIES. ADRIANA TIENE FRÍO Y SE RODEA EL TORSO CON los brazos. Parece que está de una pieza. ¡Ha tenido suerte! Alguien tira de ella por el pasillo. Sigue sin haber espacio para dar media vuelta y no se siente molesta por apartarse del derrumbe,

así que no se resiste. Hasta que el pasillo se ensancha.

—Eh —dice ella, y un grupo de burbujas salen de su respirador. Un buzo se le acerca. Reconoce su cara cuando flota justo frente a ella. Es Diego. Lo abraza, aunque debería soltarle la bronca. ¿Cómo puede correr este peligro? ¡Si ni apenas tiene experiencia en cuevas!

Diego hace la señal de OK y ella responde con el gesto de que aún está mareada. Él no parece aceptarlo y responde con la señal de «nadar más rápido». ¡Tiene razón! Debe ganar la competición. Pero entonces ve el display en su máscara. Debe haber estado casi una hora desmayada. Por eso tiene tanto frío. Hace un fuerte movimiento con manos y aletas y se pone delante. Desde aquí no solo hay el estrecho pasillo, sino otra cueva más por la que puede bucearse bien con un grupo de principiantes. Adriana la reconoce por la cantidad de estalactitas y estalagmitas.

Un par de peces dorados nadan frente a ella. Podría haber sido una bonita excursión con su hermano, si no tuviera en mente que ha perdido la competición. Parece que el derrumbe llegó en un momento muy oportuno para Juan. Nada tan rápido que Diego tiene que pedirle clemencia con un gesto. Aun así, en el punto de salida ya no hay nadie cuando sale a la plataforma de roca y se tumba a descansar.

No solo está agotada, sino también decepcionada y se pone a llorar. Diego se sienta a su lado con mirada triste y la acaricia el cabello mojado. Ese gesto la conmueve tanto que aún llora más, hasta que Diego deja de acariciarla irritado. Pues menuda forma tiene su hermano de entender el cariño. Adriana se tranquiliza. Mientras se tengan el uno al otro, todo estará bien. No debería haberse prestado a esto.

Adriana se levanta y comprueba el equipo. Han dejado sus cosas dobladas y ordenadas con una piedra encima y un fajo de billetes de cien dólares. Y bajo el dinero, un papelito.

Hola, Adriana: Casi me da un poco de pena que no lo hayas logrado. Me gusta darles una oportunidad a los jóvenes talentos, pero esta vez parece haber ganado la experiencia. Y desde luego que cumplo mi palabra. ¡Que tengas mucho éxito con tu negocio! Tyler Drake.

—Será chingao —dice ella—. Hijo de puta.

—Creo que tampoco es tan malo —dice Diego—. El chingao es El Flaco.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué ha salido beneficiado de que tuviera mala suerte? No le puedes echar eso en cara.

—Estuve espiándole a él y a su gente. Le preguntó a uno de sus ayudantes si había traído el accesorio de pesca.

¿Accesorio de pesca? Seguro que El Flaco no quería ir a por peces con una caña y anzuelo. Debía ser un juego de palabras refiriéndose a los peces dinamita.

—Lo has hecho genial —dice Adriana, aunque se le encoge a la vez el pecho por el miedo que ha sentido por Diego. Incluso habrá seguido al delincuente ese.

—¿Cómo has ...?

—Entré por el agujero que una vez me enseñaste. Si no, habría llamado la atención.

—¿Aún recordabas el camino hacia Chac Mool?

—Bueno, tampoco es que lo conociera..., lo busqué. Tampoco es tan difícil.

—Pues suerte que no estaba yo allí, porque te lo hubiera prohibido.

—Pero no podía dejarte en la estacada.

—Y me alegro mucho de eso. Hacemos un buen equipo.

Diego sonríe de oreja a oreja.

—¿En serio? ¿Podríamos organizar entonces excursiones juntos? La escuela es ...

—...lo más importante de todo —le interrumpe—, pero no podrás volver a ella hasta dentro de dos semanas. Así que mañana podrás ayudarme.

—¿A hacer qué?

—Quiero descubrir lo que pretende el gringo ese de Drake. Pagará cincuenta mil al imbécil de Juan. No puede tratarse de buceo normal por cuevas. Igual es uno de esos buscadores de tesoros.

Le acaba de llegar esa idea a la cabeza. Antes de que las cuevas se inundaran hubo casi como una fiebre del oro. Pero de eso hace mucho y Drake es tan rico que un puñado de oro seguramente no le suponga motivación alguna.

—¿Buscador de tesoros? —pregunta Diego—. Sé que hay una arqueóloga en su equipo. Igual se trata de alguna especie de viejo templo.

—Pero todos fueron vaciados hace tiempo por la entrada de agua, y lo que encontraron está en el museo.

—Sí, solo era una idea.

Adriana asiente.

—Debemos saber más de esa expedición. Qué provisiones se llevan y cuántas, qué dispositivos llevan...

—Se me ocurre una idea —dice Diego—. Mi inglés no es muy bueno, pero creo que ese Eddi dijo algo de un traje espacial. Space Suit, es el término en inglés, ¿no es así?

—¿Traje espacial? —Adriana se ríe porque se imagina a un astronauta que se sumerge con su pesado traje como un saco húmedo en el cenote—. Debes haberte confundido. Seguramente discutían sobre cuánto espacio tienen en el camión para sus trajes.

Chac Mool, 5 de mayo de 2045

El Flaco sonríe de oreja a oreja y sacude la mano de Tyler.

—Conmigo ha acertado de lleno en su elección, señor Drake. Ya le dije que era el mejor.

—Sí, eso ya lo dijo usted.

—Y he mantenido mi palabra. Una hora y once minutos. Lo reconozco: más rápido de lo que yo mismo esperaba.

Tyler debe reconocer que tampoco había contado con que El Flaco saliera tan pronto. Pero parece que conoce las cuevas mejor. ¿Habrá sido solo suerte por haberle dejado en un lugar que ya conocía? Lo que es seguro que es que no disponía de ninguna ayuda adicional más que Adriana. Aunque a Tyler le entra algo de tristeza cuando piensa en ella. Le había gustado más Adriana por su humanidad. En una cosa tiene Julia razón: El Flaco es un personaje poco de fiar. Pero es un buzo de primera y justo lo que necesitan para su expedición. Adriana tuvo su oportunidad.

El Flaco hace crujir la musculatura de su nuca.

—Será un placer enseñarle mañana todo lo que le prometí. ¿O igual no quiere ver los auténticos tesoros?

Tyler observa a El Flaco sin expresión ni palabra alguna.

La técnica parece funcionar. Los ojos de El Flaco se vuelven inquietos y se pone a jugar con los dedos.

—¿He ... he dicho algo incorrecto?

—No. Ha conseguido el trabajo de guía. Mantendré mi palabra. Solo me pregunto si el precio para esos auténticos tesoros no es algo excesivo. La señora Flores habría pedido bastante menos.

—La señora Flores no tiene ni idea. Ya lo ve. Aún no ha regresado.

—Lo cual no tiene nada que ver con tener idea —Tyler levanta una mano para frenar cualquier comentario—. He tomado mi decisión. Nos acompañará mañana. Pero quiero algunas pruebas antes de su extraordinaria oferta. Seguro que tiene material fotográfico y vídeos.

El Flaco asiente, aunque con menos autosuficiencia que antes.

—Tengo de eso. En mi oficina. Será...

—...un placer que me los enseñe, sí. No me gusta pagar por supuestos conejos que salen de la chistera. Así que vayamos ahora a su despacho y comentemos todo lo necesario para mañana.

El mexicano asiente de nuevo en silencio. Al hacerlo le sobresalen los músculos de la mandíbula. Entonces da media vuelta y se ocupa de empaquetar el equipo.

Tyler lo observa un momento, antes de descender por la escalerilla hasta el borde del agua. Allí están las cosas de Adriana. Alguien le ha dado un golpe.

Reordena las cosas sin prisa para dejarlas bien colocadas. Saca algunos billetes del bolsillo y los pone encima. De su bolsillo saca una pequeña libreta que lleva siempre consigo y escribe una nota.

Hola, Adriana: Casi me da un poco de pena que no lo hayas logrado. Me gusta darles una oportunidad a los jóvenes talentos, pero esta vez parece haber ganado la experiencia. Y desde luego que cumplo mi palabra. ¡Que tengas mucho éxito con tu negocio! Tyler Drake.

Vuelve a mirar al agua en el cenote y luego su reloj. Adriana lleva ya hora y media dentro. ¿Le habrá pasado algo? Seguro que no. Habrá pillado un par de pasadizos sin salida, lo que hace perder mucho tiempo. Ha tenido mala suerte, eso es todo. Como la vida misma.

Suspira, arranca la nota de la libreta y la añade a los billetes. Entonces da media vuelta y sube las escaleras hacia los demás.

Eddi ya ha cargado las cosas en su Jeep y El Flaco está fijando sus cajas. Julia está apoyada sobre el capó del motor mirando su móvil.

Cuando Tyler se le acerca, levanta la mirada. No parece muy contenta.

—Mañana será el día —dice Tyler y sonríe—. Lo noto.

Julia suelta un bufido.

—Siempre lo notas, pero ¿cuántas veces has acertado con esa sensación?

Sabe muy bien cómo poner el dedo en la llaga.

—Ahora es distinto. Lo noto de veras. Aquí hay una energía ... no sabría decirte lo que es.

—Pues yo solo noto cómo El Flaco se frota las manos muerto de risa.

—Ha sido más rápido que ella.

Julia se encoge de hombros.

—¿Se trata siempre de quién es el más rápido o la más rápida? No estamos aquí para ver carreras, Tyler. Yo preferiría a una experta en buceo con más sentido común. Ya oíste lo que contó ese George en el hotel. Seguramente le salvó la vida. Necesitamos a alguien así, alguien en quien podamos confiar. Pero ya veo en tu expresión que estás decidido. —Julia suspira—. Has dado tu palabra, y bla bla bla. Hombres... —Julia hace un gesto con la mano y se aparta un poco. Levanta el móvil, seguramente para hacer una llamada.

Tyler la mira un momento y deja que sus palabras cuajen un poco antes de acercarse a Eddi.

—¿Te sentirás tranquilo mañana con El Flaco como guía? —le pregunta en voz baja, de forma que El Flaco no pueda oírlos.

Eddi levanta las cejas.

—Parece que Julia no.

—No está lo que se dice entusiasmada, no.

Eddi se encoge de hombros.

—Porque es un tipo desagradable que la mira el culo con lujuria. A mí no me preocupa. Sabe bucear y conoce el terreno. Tiene veinte años más de experiencia que la chica. Al menos dos mil inmersiones más. Así que me sentiré bien con él.

Tyler solo asiente cuando El Flaco dice:

—Estamos listos. ¿Vienen detrás de nosotros?

Tyler está a punto de decir que sí, cuando Julia interviene sorprendida.

—Es que no vais a esperarla?

El Flaco se encoge de hombros a modo de excusa.

—Yo ya me quedaría, pero mañana quieren iniciar su expedición aquí conmigo. Tengo que hacer muchos preparativos antes. Supongo que querrán que todo esté perfecto.

Eddi asiente.

—Yo también quiero ponerme en marcha. Esta mañana llegó una actualización para los medidores de sónar y quiero instalarla.

Julia se queda boquiabierta.

—¿En serio? —Busca la mirada de Tyler—. Incluso le habéis quitado la maldita tarjeta SIM. Si le pasa algo está jodida, realmente jodida.

—Tranquilícese, señora —dice el ayudante de El Flaco—. Yo me quedo aquí y la esperaré.

—Sí hombre, para que no tengas que arrastrar el equipo —dice El Flaco en tono despectivo —. Típico, típico. Pero está bien, quédate y te vienes luego. —Mira a los demás—. ¿Nos vamos?

Tyler observa un instante al ayudante, que le responde con una mirada amable, y luego asiente.

—Vamos detrás de usted.

El Flaco parece tranquilizarse.

—¡En marcha! —Sube al vehículo y arranca el motor.

Julia solo puede sacudir la cabeza, pero sube también al Jeep. Parece que las arqueólogas tampoco cotizan muy alto últimamente. Necesita a Tyler. No, se corrige Drake, necesita mi dinero. Pero Tyler ya está acostumbrado a eso. Todos necesitan solo su dinero. Siempre ha sido así.

Suerte que ha heredado el suficiente para eso.

El centro de buceo de El Flaco está formado por dos bungalós apartados de la carretera. Un rótulo bastante oxidado señala el camino en la jungla. Los edificios se encuentran entre densas palmeras y enredaderas; paredes de ladrillo desnudo con techo de chapa ondulada. Todo orientado a que sea lo más práctico posible: dos sillas frente a los bungalós, una hilera de taquillas, un rótulo bien visible hacia los lavabos.

La instalación refleja la forma de ser de su propietario.

A Tyler le gusta el pragmatismo. No necesita corazoncitos ni tiburones sonrientes de plástico para sentirse a gusto. Si quiere bucear, solo necesita un equipo, un aparcamiento, un aseo y alguien que sepa lo que se hace.

Cuanto más ve de las instalaciones, menos se arrepiente de su elección. Los distintos equipos están ordenadamente clasificados en las estanterías y todo está claramente rotulado. Hay listas de comprobación que se cumplimentan a diario.

Tyler observa brevemente dos de los trajes de buzo que cuelgan para los turistas. Son usados, pero en perfecto estado. Por desagradable que pueda resultar su presencia, conoce bien su profesión.

Y conoce a los americanos.

—La mejor calidad —dice El Flaco al colocarse junto a Tyler frente a los trajes de neopreno —. Como también es la de su equipamiento. Lo vi en seguida. Los modelos más nuevos, ¿no es

así?

—Sí —miente Tyler, pues son trajes especiales creados para un posible cruce a Xibalbá, sea lo que sea lo que haya allí.

—Perfecto. Por suerte no es el equipo barato que a veces traen los turistas consigo.

—Nosotros tampoco somos turistas.

—Ya lo veo. Investigadores. ¿Qué es lo que buscan realmente?

El acceso a Xibalbá.

—Vestigios mayas.

—Entonces son más bien buscadores de tesoros. No encontrará mucho, pero eso ya lo sabía, ¿no?

—No son tesoros lo que busco, sino conocimiento.

—Entiendo. Pero sería útil que me dijeran qué es lo que buscan exactamente.

Se está poniendo serio.

—Buscamos un templo de sacrificio que se menciona concretamente en los viejos códices de los mayas.

—¿Ah sí? No había oído nunca nada de eso.

—No me extraña. Son descubrimientos nuevos, muy recientes.

—Entiendo. Entonces seguro que buscan el templo del que les hablé antes. En Chac Mool no hay ningún otro templo de sacrificios. Y no he exagerado, señor Drake. Allí hay calaveras a millares; y sí, puedo demostrárselo. Venga a mi despacho, por favor.

Allí dentro huele a humo frío de cigarrillos. Sobre el escritorio hay un cenicero que es un cráneo al revés.

El Flaco señala hacia él, mientras saca un cigarrillo del paquete.

—Ese precisamente es del templo.

Tyler frunce las cejas.

—¿Usa un cráneo de sacrificio como cenicero?

—Tiene gracia, ¿verdad? —El encendedor chisporrotea y el tabaco crepita al encenderse. El Flaco exhala el humo con mucho ruido—. No les debo nada a los mayas, señor Drake. No son mis antepasados. Ni tampoco temo la ira de los muertos —sonríe con picardía—. Son los vivos a los que hay que temer —da otra fuerte calada al cigarrillo y saca una llave del bolsillo del pantalón. Con ella abre un cajón y saca una carpeta que coloca sobre la mesa frente a Tyler—. Convénzase usted mismo.

Tyler abre la carpeta. No espera mucho, pero las fotos aceleran su ritmo cardíaco. En la primera página hay tres fotos subacuáticas. Muestran toda la típica arquitectura maya, aunque más detallada de lo que ha visto Tyler hasta ahora. Levanta la mirada.

Los ojos de El Flaco brillan.

—¿Prometí demasiado? Siga ojeando, señor Drake. —El buzo se reclina en su butaca y fuma con mucho placer. Saborea el triunfo en la punta de la lengua y ya ve los cincuenta mil en su cuenta.

Tyler pasa la página y sabe de golpe que habrá valido la pena. El Flaco no ha prometido demasiado. Las fotos muestras pozos llenos de huesos y calaveras. Una gamba está encima de un cráneo y extiende sus antenas hacia la luz del buzo. En otra foto se ve una piedra de altar, mucho más decorada de lo que jamás haya visto Tyler.

Pasa más páginas. Más fotos de decoraciones y escritura maya. Algunas incluso puede Tyler descifrarlas: Señores, Sol, Sombra.

Luego, Tyler entrecierra los ojos y se acerca la carpeta a los ojos. ¿Está viendo lo que cree

estar viendo? ¿No hay allí un patrón de líneas que representan el símbolo de Xibalbá?

—¿Ha descubierto algo interesante? —La voz de El Flaco suena muy profesional, pero Tyler percibe la avaricia.

—No, solo un símbolo que creo conocer de algunos escritos. Sorprendentemente bien conservado —Tyler baja un poco la carpeta. Le tiemblan los dedos y espera que no se dé cuenta —. Realmente interesante —añade luego—. No, no ha prometido demasiado.

Los ojos de El Flaco brillan aún más.

—¿Entonces hay acuerdo relativo a este servicio extraordinario?

Tyler cierra la carpeta y la deja sobre la mesa. Deja pasar tres segundos antes de decir: —Treinta mil.

Un segundo de silencio y luego El Flaco se pone a reír.

—Habíamos quedado en cincuenta mil.

—Y yo le menciono treinta mil. Sabe que sigue siendo una cantidad abusiva, pero usted es bueno y voy a honrarlo. Nos mete dentro y nos saca. Nos apoya. Obedece mis instrucciones.

—En cuanto estemos frente al templo. Pero no de camino por los túneles. Allí deberá usted obedecerme a mí.

—De acuerdo —Tyler extiende la mano, pero El Flaco solo da una calada al cigarrillo. El ascua ilumina su cara.

Luego pregunta el mexicano en voz baja:

—¿Qué hay allí abajo que sea tan importante como para pagar tanto dinero?

—Solo soy un gran aficionado a los mayas.

El Flaco levanta la ceja izquierda. —Señor Drake, no me tome el pelo, que ya estoy muy curtido en estos temas. He visto brillar algo en sus ojos mientras miraba las fotos de la carpeta, que no suele verse en personas adultas.

—¿Y qué cree haber visto?

—Entusiasmo y felicidad. No superficial, sino bastante más profundos. Ha descubierto algo que lleva mucho tiempo buscando. Algo que, sin duda, bien vale para usted los cincuenta mil.

Tyler retira la mano y clava sus ojos en el mexicano. Es un duelo de miradas.

Al final, Tyler pregunta:

—¿Cuenta usted con protección legal?

La pregunta irrita a El Flaco.

—¿Qué dice? ¿Se refiere a si tengo el centro de buceo asegurado? Claro que tengo...

—Me refiero a protección legal.

El Flaco traga.

—¿De qué va esto ahora? ¿Pretende amenazarme? En ese caso ya puede largarse de aquí con viento fresco; así, directamente a su mierda de país en el norte. Le invito aquí a mi casa y usted...

Tyler sacude la cabeza.

—Lo pregunto porque va usted a firmar un NDA si es que quiere los cincuenta mil dólares.

—¿Un qué?

—Un Non Disclosure Agreement. Un contrato en el que los distintos contratantes se comprometen a mantener todos los secretos industriales y de negocio, toda la información y toda la documentación bajo la más estricta confidencialidad.

El Flaco entrecierra los ojos.

—Quiere decir un contrato para mantenerme callado.

Tyler sonríe con frialdad y asiente, a lo que El Flaco aprieta su cigarrillo en el cenicero, se inclina sobre la mesa y pregunta en voz muy baja:

—¿Qué está buscando realmente, señor Drake? —De su boca salen restos de humo.

—Xibalbá. —Tyler lo dice con pleno convencimiento y sabe entonces que El Flaco firmará los contratos. El Flaco puede ser muchas cosas, pero no es supersticioso, por lo que Tyler Drake no es para él nada más que un loco americano con muchísimo dinero.

E igual hasta tiene razón, pero Tyler no se considera para nada un loco. Lo siente en sus entrañas, más que cuando vio antes ese símbolo en la foto. Es el acceso. El portal al inframundo.

Y Tyler encontrará mañana una forma de cruzarlo. Cueste lo que cueste.

Chac Mool, 6 de mayo de 2045

El amanecer tiñe de un intenso rojo el cielo sobre el mar. Es un panorama sobrecogedor ver romper las olas contra la costa, pero El Flaco no parece tener ojos para esas cosas. Conduce como un verdugo sobre la abandonada carretera en dirección al cenote. Entonces gira para salir de la carretera principal e internarse en la jungla.

—¡Anda, ese no es el camino al cenote! —Eddi afloja un poco el pie del acelerador, pero pone el intermitente.

Tyler se encoge de hombros.

—Limítate a seguirlo. Seguramente vayamos a otra entrada.

Julia resopla en la banqueta trasera mientras giran y se meten en un camino estrecho y lleno de baches entre altas palmeras.

—¿Eso es lo que entiendes por trabajo en equipo?

Tyler suspira.

—¿Serías tan amable de guardarte tus comentarios para otro día? Ya sé que no te gusta, pero las cosas son como son. ¡Mejor piensa en lo que vamos a hacer hoy!

Julia aparta la mirada y observa la jungla aún oscura que se desliza a su lado.

Eddi, sin embargo, lanza a Tyler una mirada furtiva.

—¿De verdad crees que has encontrado el portal?

—Sí. La foto que vi ayer puso algo en marcha dentro de mí. —Tyler aún nota una curiosa vibración muy dentro de su corazón.

Eddi frunce los labios y asiente.

—Pues ya veremos. Que no hayamos encontrado nada en Internet al respecto me hizo dudar.

—A mí no. Aquí guardan bien sus secretos.

—Los mexicanos igual sí, pero no los turistas. Podrá decir lo que quiera, pero seguro que ha enseñado esa cueva ya a muchos otros.

Tyler hace una mueca.

—No creo que haya estado mucha gente ahí dentro. Ayer en la reunión pudiste ver la ruta que hay que recorrer. No es nada fácil.

—Pero es factible.

—Cuando se sabe a dónde hay que ir. Ese es el punto. Si no, te pierdes irremediablemente ahí dentro. Las corrientes son cambiantes y peligrosas. Ya será toda una aventura intentar llevarnos hasta allí todo el equipo. El Túnel del Baile, como lo llamó, podría ser un gran problema.

Se trata de un túnel extremadamente estrecho por el que un buzo pasa solo muy justo. El

Flaco ya le dijo a Eddi que debería adelgazar. ¿El pitbull de Eddi..., adelgazar?, jeje.

—¿Hay algo de lo que podamos prescindir? —dice Julia desde atrás.

Tyler se encoge de hombros.

—De hecho, hemos calculado lo mínimo necesario.

—Bueno —dice Eddi—, no necesitaríamos todas las cámaras ni el espectrómetro, ni tampoco todos los taladradores para extracción de muestras. Ni tampoco necesitaríamos todas las burbujas de análisis rápido.

Tyler infla las mejillas.

—Sabes bien que lo tenemos todo muy bien pensado.

—Si se parte del hecho de que accederemos sin saber cómo al inframundo a través de un portal. Hay demasiadas hipótesis en todo esto.

—Hipótesis muy bien pensadas, Eddi.

—No dejan de ser hipótesis. Un portal puede ser cualquier cosa. Podría llevarnos a un mundo imaginario, como en Matrix. O a un exoplaneta muy alejado porque el portal es un agujero de gusano. Si fuera así, deberíamos llevar con nosotros una nave espacial. O al menos trajes espaciales. ¡No, espera, deberíamos llevarlos puestos!

Tyler mira furioso a Eddi.

—¡No te lo estás tomando nada en serio!

Eddi sonríe.

—Lo tomo todo muy en serio, amigo mío. Solo que me gusta mi vida, para que quede claro. Desde un punto de vista lógico, un portal puede ser cualquier cosa y es imposible que lleguemos a estar preparados para cualquier eventualidad. Pero si por este lado hay agua, seguramente por el otro también la habrá. Así que con nuestro equipo de buceo ya vamos bien. Y si entramos en los temas de supervivencia, el material de investigación es lo menos importante.

Frente a ellos aparecen luces rojas y Eddi pisa el freno con fuerza. El Jeep se para justo detrás del vehículo de El Flaco, que se baja del coche y sonríe hacia ellos. Incluso hace gestos con la mano.

—Me cago en ... —masculla Julia desde el asiento trasero—. Esto es ya el colmo de la hipocresía.

—¡Julia!

—Vale, vale —gruñe ella—. Cierro la boca. —Y Julia se baja del coche.

Eddi sonríe cuando cierra la puerta con fuerza detrás de él.

—Será divertido con estos dos.

—Espero que no —dice Tyler y apoya una mano sobre el brazo de Eddi que está a punto de bajarse—. Lo digo en serio, Eddi. Estamos muy, pero que muy cerca. No quiero que nuestra expedición fracase por desacuerdos y peleas del personal.

Eddi se pone serio.

—No fracasará por ello, amigo mío. Julia no soporta a ese tío, pero sabe bien quién la paga. Y quiere esta primicia tanto como nosotros. —Con esas palabras se baja él también del coche y se dirige hacia el buzo experto.

Tyler permanece sentado unos segundos. Las palabras de Eddi resuenan en su cabeza. Ella quiere esta primicia tanto como nosotros. ¿La quiere él? Quiere encontrar Xibalbá, lo cual sería una auténtica locura, pero solo se convertiría en primicia si llama la atención al hacerse público. Y sólo imaginarlo hace que se le pongan los pelos de punta. Llamar la atención es lo último que quiere. Hacerlo público se convertiría en la hecatombe. Millones de personas vendrían a Chac Mool en plan peregrinaje para utilizar el portal.

Sería como la colonización en masa de América.

Hacia un nuevo y hermoso mundo.

Pero los mayas llamaban a Xibalbá el «Lugar del Miedo» por algún motivo.

No; lo último que quiere Tyler Drake es que esto se haga público.

EDDI ESTÁ DE PIE ENTRE DOS MATORRALES Y MIRA HACIA ABAJO, HACIA UN CHARCO DE UNOS sesenta por ciento veinte centímetros en el que se refleja el matutino cielo con sus tonos rosados y dorados. Entonces se gira hacia El Flaco.

—¿Es una broma?

El Flaco deja una caja junto al charco, que en el fondo es un agujero de agua, y sonríe.

—Esta es la mejor entrada si queremos llegar al templo.

Julia también lo mira con mucho escepticismo.

—Más bien parece una locura.

—Para nada, señora Brown. Nos ahorraremos una hora de buceo y tener que pasar por la Serpiente, un túnel lleno de curvas extremadamente difícil de atravesar; sobre todo con todo el equipo que llevan. —El Flaco señala al agujero que tienen frente a ellos—. Desde aquí se desciende a plomo unos catorce metros. Nos sumergiremos despacio hasta alcanzar una pequeña gruta. Allí cruzaremos la haloclina y tomaremos el túnel en dirección al templo. Superfácil.

Eddi sigue con la frente fruncida.

—¿Pasarán por aquí las cajas?

—Tendrán que hacerlo —opina El Flaco—. Ayer lo medimos de nuevo todo. Igual con la caja grande tengamos que hacer un poco de tetris, pero pasará.

—Hacer un poco de tetris —murmura Eddi y sacude la cabeza—, de locos.

Tyler está más que harto. Da unas palmadas con las manos.

—¡No quiero oír más lamentos y protestas! ¿Entendido? Nos concentramos primero en la entrada y luego en la expedición. Ya podemos alegrarnos de no compartir esto con ningún turista.

—Esa es otra gran ventaja —opina El Flaco, que saca de a saber dónde un cigarrillo y se lo encaja entre los dientes amarillos—. Me fumo uno más con tranquilidad y nos ponemos en marcha.

Tyler asiente hacia el mexicano antes de hablar con Eddi.

—Nosotros vamos fijando ya las líneas de transporte para el equipamiento, así como la línea de guía. ¿Hay por aquí puntos fijos de anclaje? —Esa última pregunta la dirige al mexicano.

Este asiente y exhala humo azul hacia el cielo matutino.

—Yo mismo fije líneas hace años. Les muestro dónde. ¡Vengan conmigo! —dice, y desaparece detrás de los matorrales.

Allí, a menos de cinco metros de distancia, hay un saliente de roca que asoma entre la espesura de la jungla. En una grieta hay fijada una argolla de escalada. Si no se sabe lo que se busca, resulta imposible de ver.

Eddi se la mira con ojo crítico y tira fuerte de ella.

El Flaco suspira.

—Está fijada a prueba de bombas. Me he atado a ella cientos de veces. Pueden fiarse de mí en esto.

—La confianza es buena, el control es mejor

—Aun así, fija en la argolla la línea amarilla de seguridad y la azul de transporte. Comprueba nuevamente la fijación y desaparece con los tambores de desenrollado entre el follaje.

Tyler quiere ir tras él, pero El Flaco lo retiene.

—Lo digo en serio —dice, esta vez sin sonrisa alguna en su rostro—. Puede que no les caiga bien, pero cuando bajemos ahí abajo, tendrán que confiar en mí. Vamos todos juntos. No quiero escapadas individuales. No pienso perder a mi primer cliente con los cincuenta y nueve cumplidos. ¿Lo pilla?

Tyler suspira.

—Yo tampoco quiero perder a nadie, Juan. Por eso harán todo lo que usted diga cuando usted lo diga.

—Bien; pues tema aclarado. —El Flaco da la última calada a su cigarro antes de apagarlo con cuidado contra la roca y meterse incluso la colilla en el bolsillo del pantalón, para no dejar basura alguna en el lugar.

—¡Mucho cuidado ahora! —El Flaco ha fijado un trozo de cuerda de escalada a un árbol con cuya ayuda resulta más fácil meterse en el agujero. Eddi entró el primero, seguido de Julia; ahora es el turno de El Flaco y luego del equipo; Tyler bajará el último. En la primera cueva cambiarán el orden, pero para el descenso parecía ser esta la mejor variante.

Tyler observa cómo Julia se mete en el agujero con su equipo de buceo. Durante un instante teme que la chica podría echarse atrás, pero al final sí que se sumerge. Quiere esta primicia tanto como él.

El charco parece hervir de tantas burbujas que salen cuando se sumerge del todo. Entonces asoma un momento la cabeza, hace la señal de pulgar hacia arriba, se hunde, vuelve a salir brevemente y se sumerge del todo hacia las profundidades.

El Flaco suspira aliviado, espera un largo momento, se santigua, agarra la cuerda y desciende con habilidad al pozo. Flota un momento en el agua, se pone las gafas, comprueba el oxígeno y su computadora de buceo, hace la señal de OK y desaparece también.

Tyler mira cómo se sumerge; siempre con una serie de burbujas que explotan con un leve chisporroteo en la superficie. Cuenta mentalmente hasta treinta y comienza entonces a meter en el agujero una tras otra las cajas con equipamiento que han fijado a la línea de transporte. No pierde en ello de vista la línea guía para poder reaccionar de inmediato si El Flaco tira de ella porque hay algún problema.

Pero no hay problemas. Tyler mete la última caja en el agua. Es la más problemática, pero también se hunde lentamente ante sus ojos. Parece que El Flaco sabe muy bien lo que se hace.

Finalmente le toca a Tyler. Comprueba de nuevo que no han olvidado nada antes de meterse también con cuidado en el agujero, sujetando la cuerda de escalada.

El agua le rodea con suavidad y le va quitando poco a poco el peso. Tyler disfruta por un instante de esa sensación antes de meter también la cabeza para aclimatarse.

Al sacarla brilla el cielo dorado encima de él. Es una vista maravillosa entre las plantas verde oscuro de la jungla. Un pájaro trina por algún rincón. A lo lejos se oyen las olas del mar. Huele a sal y a vida.

Tyler hace tres respiraciones profundas, como suele hacer antes de todas las inmersiones, luego se pone la máscara de buceo, fija los cierres y respira la siguiente vez de la botella.

El sabor es fresco y neutro. Incluso le gusta. Para él es sinónimo de aventura.

Y ya va siendo hora de que comience esta.

Un último vistazo al cielo dorado, un giro en el chaleco de flotación y a bajar se ha dicho.

El Flaco encabeza el grupo desde la primera caverna. Llevan treinta y siete minutos bajo el agua. Sin problemas hasta ahora. Tyler solo tiene la sensación de que avanzan muy lentamente, por culpa del equipamiento. Siempre tiene alguien que corregir la posición de las cajas en la línea de transporte. Además, El Flaco tiene que anclar la cuerda en un nuevo punto cada dos por tres. En esta parte del cenote no hay apenas ganchos y los pocos que hay son todos suyos.

Según la charla preparatoria que mantuvieron deberían alcanzar el acceso al templo al cabo de unos cuarenta y cinco minutos. Pero antes hay que cruzar una grieta en la roca y el estrecho túnel.

Tyler comprueba su profundímetro. Están a más de veinte metros y no paran de descender. Eso le sorprende, porque el templo parece estar a una gran profundidad. Pero también coincidiría con el acceso a Xibalbá. ¿Quién pondría el portal al inframundo cerca del Sol?

Tyler se da cuenta de que su mente se pierde en pensamientos y los ahuyenta rápidamente. Estos obedecen sin rechistar.

Ante él aparece finalmente la grieta a la luz de sus focos. Pero Tyler esperaba una V y resulta que la grieta es exactamente el revés: se estrecha por la parte superior.

¿Qué antigüedad debe tener? ¿Será fruto de un terremoto?

El Flaco los está esperando. Les indica con un gesto que deben entrar nadando al revés, para que las botellas no se queden enganchadas en la parte superior más estrecha. Aunque eso ya lo explicó antes de la inmersión, más vale asegurarse. Luego se introduce en el pasadizo, con la cara mirando hacia arriba. Las burbujas salen de su respirador y ascienden en cámara lenta para desaparecer entre la roca.

El Flaco ha desaparecido ya. Solo quedan las dos cuerdas que les indican el camino.

Le sigue Eddi y luego Julia. Tyler se encarga de que el equipo no se encalle y se mete también con la cara hacia arriba en la grieta.

Es una sensación muy extraña desplazarse a lo largo de la roca en esta posición. Solo da impulsos mínimos con las aletas. De vez en cuando debe esperar por estar demasiado cerca de la caja grande. En esos momentos centra su mirada en el interior de la grieta hasta que la luz de su foco ilumina algo. Es solo una deformación alargada de sombras, pero parece demasiado simétrica para haber sido causada por la grieta.

Tyler se acerca un poco y cambia el ángulo de su foco. Entonces toma aire con fuerza. ¡Símbolos mayas; una línea entera a lo largo de la grieta!

Se queda paralizado observándolos. Han sido pulidos por siglos de suave corriente, pero el foco tiene el ángulo correcto para que las sombras sean evidentes.

Tyler incluso conoce esos símbolos. Allí pone: El camino de los señores.

Su corazón se acelera. ¿Cómo puede ser? ¿Es que antes pasaban por aquí reyes y sacerdotes para acceder al templo? Esos símbolos de por sí son ya toda una sensación.

Tyler lleva la cámara submarina fijada al cinturón, como Eddi y Julia. Toma una foto con ella. Sacude la cabeza y sigue avanzando lentamente, pero sin apartar la luz del foco de la pared de la grieta por si aparecieran más símbolos.

Pero el resto del camino está vacío.

De repente llega al final y accede a una cueva más ancha. Nota manos que le tocan en los hombros. El Flaco. Parece preocupado y pregunta con las manos si toda está okey.

Tyler asiente y le muestra a él y a los demás las fotos que ha tomado. Julia y Eddi miran las fotos preplejos, e incluso El Flaco parece sorprendido. Pero es y sigue siendo un nombre de negocios y buceador, así que les insta a seguir avanzando.

Tyler no puede tomárselo a mal. Aquí, detrás de la grieta, nota una suave corriente contra la que debe nadar constantemente. Eso cuesta fuerza y aún necesitan mucha. Así que reemprenden el camino hasta alcanzar la zona más estrecha.

Si El Flaco no se la enseñara, Tyler no la habría encontrado en su vida. Es un agujero casi imperceptible entre las rocas. Solo cuando se pone la mano delante se nota una corriente distinta.

El Flaco indica que ahora deben pasar por ese pasadizo de uno en uno. Entonces, al llegar al otro lado se da un tirón a la cuerda para que entre el siguiente. Él mismo se asegura de nuevo de que todos están listos y desaparece el primero en ese pasadizo tan estrecho.

Eddi señala hacia Julia. Debe ir ella a continuación.

Julia levanta las manos en forma de pregunta. Eddi debería ser el segundo, pero sacude la cabeza y señala de nuevo a Julia.

Esta busca la mirada de Tyler que asiente, así que se coloca frente al agujero. Pasan unos segundos hasta que la cuerda da un tirón. Puede hacerlo, y lo hace. Julia se mete sin dudar en el pasadizo. Sus aletas desaparecen.

Tyler señala ahora al agujero y luego a Eddi. *Ahora te toca a ti.*

Eddi no reacciona.

Mierda. Tyler se da cuenta de que Eddi tiene miedo.

Y el miedo es lo último que se necesita cuando se bucean cuevas.

Se acerca en seguida a Eddi, se coloca justo frente a él y con las manos sobre sus hombros busca su mirada.

Eddi parece algo chafado. Su mirada es inestable, claramente ausente, como si estuviera buscando una forma de huir de allí, pero luego se centra en Tyler, que lo sujeta con fuerza y le devuelve el contacto visual. Todo ok, dice Tyler con los ojos. Estoy aquí. Todo está bien. No te pasará nada. Todo está bien.

Eddi entiende y asiente. Entonces señala a la grieta. Lo intentará. Claro que el pitbull lo intentará. Él también quiere esa primicia. ¡Qué vergüenza pasaría si se rindiera ahora!

Así que levanta el pulgar y se desplaza hacia la entrada. Apenas parece posible que quepa por ese agujero, pero Eddi se agarra a la cuerda guía y se desliza hacia delante. Centímetro a centímetro desaparece de la vista de Tyler, a quien el corazón va a mil por hora. Si Eddi hubiera tenido un ataque de pánico, la cosa podría haber acabado bastante mal. Al bucear hay que estar siempre totalmente concentrado.

Eso recuerda a Tyler que debe sujetar la cuerda para saber cuándo Eddi ha llegado al otro lado.

No transcurre ni medio minuto que nota el tirón.

A Tyler se le cae un gran peso de encima. Si Eddi ha pasado, se aplica lo mismo a él mismo. Pero primero el equipo. Mete una tras otra las cajas en la grieta.

La última toca contra el techo o contra el suelo. Tyler la gira varias veces, pero no quiere entrar. El Flaco se ha equivocado. Mierda.

En la caja hay equipamiento de investigación. Podría abrir la caja y pasar el material pieza por pieza, pero esos aparatos son demasiado caros y sensibles. No soportarían rozar contra las paredes.

Por suerte Tyler es una persona que sabe tomar decisiones. Desengancha la caja de la cuerda guía, saca un mosquetón de su cinturón y la fija al gancho más cercano al túnel. Si necesitan este instrumental, alguien tendrá que volver nadando a por él, pieza a pieza, y Tyler ya sabe a quién le va a tocar. Por algo tienen a uno en su equipo que se llama El Flaco.

Al fin se mete el mismo Tyler en ese estrecho pasadizo, respira hondo y comienza a cruzarlo.

No hay ningún problema. Solo tarda veintisiete segundos. Veintisiete segundos con la sensación de quedar aprisionado entre toneladas de roca. Pero Tyler puede soportarlo. No por nada hace tanto entrenamiento mental.

En el otro lado, el mexicano levanta el pulgar y luego señala hacia las cajas. Tyler le indica que la última no cabía por el agujero. Continúan el viaje sin ella.

Han alcanzado ya los treinta metros de profundidad. Los pasillos son mucho más espaciosos que antes y tortuosos como serpientes a lo largo de la roca.

El Flaco encabeza la marcha. Coloca cada dos por tres un gancho con un taladro para fijar las cuerdas. En esa zona ni siquiera él ha puesto ganchos.

Y entonces llegan a su destino.

Es un rectángulo sin nada que llame la atención en la oscuridad; pero Tyler ve pronto la arquitectura de los mayas. A izquierda y derecha asoman sendas rocas cuadradas un palmo fuera de la pared. Allí se colocaban antes los cuencos con fuego. Se imagina cómo debió ser esto hace dos mil años. Cómo debían sentirse al descender con antorchas a las profundidades hasta alcanzar el templo.

A Tyler le habría gustado ser entonces un gran sacerdote. La mezcla de sabiduría y poder debió ser increíble. Solo los cálculos astronómicos que realizaban los mayas son inimaginables sin la ayuda de ordenadores. Luego los calendarios. O las matemáticas. Los mayas fueron los primeros que calculaban con el cero, mucho antes de que nadie en Europa llega a tener esa idea. Además, tenían libros y domesticaron la jungla. Según simulaciones, las ciudades mayas se extendían por amplias zonas de México, Guatemala, Honduras, El Salvador y Belice. La jungla llegó más tarde, cuando los mayas habían desaparecido.

Tyler ve la gigantesca civilización ante su ojo interior, los templos, las plantaciones de maíz, el pueblo, los dioses y Xibalbá.

El Flaco flota al lado de la entrada al templo y perfora un último gancho para fijar allí sus cuerdas. Mientras tanto, Julia observa las rocas talladas y Eddi arrastra consigo las cajas.

Tyler podría echar una mano a Eddi, pero el portal le atrae mágicamente. Nada con suaves impulsos de las aletas junto a Julia y mira hacia el interior de un pasillo. Es de roca tallada y un par de miles de años de antigüedad. Tyler tiene que nadar contra una ligera corriente. A la luz de su foco flotan pequeñas partículas. ¿Arena? ¿Partículas calcáreas de la roca? ¿O son restos de calaveras descompuestas?

Tyler piensa en esa calavera que utiliza El Flaco como cenicero sobre su escritorio y nota un escalofrío.

Julia le hace un gesto y señala hacia un punto en la roca. A la luz de su foco, Tyler ve un minúsculo símbolo maya. Está aún más desgastado que los que ha visto en la grieta, pero lo reconoce. Señores.

¿Pasaban los señores por este túnel para acceder al templo?

Tyler lo sabrá pronto. Toma otra foto de ese símbolo, así como de toda la entrada al túnel, y luego mira hacia El Flaco y Eddi. Empieza a notar demasiada impaciencia. Quiere ve al fin el auténtico tesoro de los mayas con sus propios ojos.

Pero por suerte han acabado esos dos su trabajo y El Flaco señala, al fin, hacia el túnel. El

mexicano muestra de nuevo una sonrisa pícara detrás de su respirador, pero a Tyler le importa un bledo. El tío ese puede reírse de él todo lo que quiera. A Tyler le importa un carajo la opinión de los demás, y mucho menos la de gente a la que no pediría jamás su opinión sobre algo.

Pero espera obediente a que El Flaco tome de nuevo la delantera y los guíe. Aunque esta vez se pone él segundo y lo sigue pegado a sus aletas.

Chac Mool, 6 de mayo de 2045

El espectáculo es increíble. El Flaco no ha exagerado en sus promesas.

Al final del pasadizo se abre la roca a una galería. Detrás aparece la Sagrada Familia. A Tyler le viene el nombre de golpe, aunque no tenga nada que ver con los mayas. Una vez estuvo en Europa, en Barcelona, y visitó la Sagrada Familia de Gaudí. Recuerda perfectamente el momento en el que entró en esa catedral. Las columnas, dispuestas como un bosque, las coloridas ventanas, la inmensa luz, los arcos y los detalles...

La cueva que tiene ante él no es en nada comparable, pero despierta las mismas asociaciones. Igual por ser precisamente todo lo contrario. Es oscura. Solo la concentrada luz de sus focos corta la oscuridad. Pero lo que iluminan es igual de impresionante. Columnas macizas de estalactitas descienden desde el techo hasta las profundidades. Debieron ir formándose a lo largo de miles de años antes de que la cueva se inundara. Tyler calcula que esto último debió pasar hace solo pocos siglos. Si no, las calaveras de las que hablaba El Flaco ya habrían desaparecido del todo.

Tyler está fuera de sí de tanta sorpresa. Se gira para mirar la galería entera. El camino de los señores. ¿Estaban aquí los poderosos para observar los sacrificios que se hacían más abajo? ¿Aplaudían y gritaban cuando los sacerdotes arrancaban a un prisionero el corazón del pecho a cuchilladas?

Tiene sentido si se imagina uno todo esto sin agua. Lógicamente debería haber un segundo acceso más abajo. El camino de los prisioneros, o el camino de las víctimas.

Tyler lo descubrirá, pero primero necesitan luz. Mucha luz. Así que comienza colocando los focos. Eddi sigue su ejemplo. El Flaco introduce una primera caja con equipamiento en la Sagrada Familia.

Cuanta más luz hay, más sobrecogido se siente Tyler. Los mayas construyeron el templo en la típica forma piramidal como la que se conoce de la famosa pirámide de Kukulcán. Por cada lado hay una escalera que lleva al altar principal, donde finaliza la pirámide.

Tyler nada hacia él, pues ha descubierto algo interesante. Es un maravilloso relieve de estuco en la pared que hay detrás. Flota reverente frente a él y dirige un foco hacia el relieve. No había visto nunca nada parecido. Muestra a una figura humana sentada en el centro y rodeada de intrincados dibujos. Tyler supone que son nubes de tormenta o grandes olas. El cielo está surcado de estilizados rayos. En la parte inferior rodean a este dios, pues no puede ser otra cosa, unos seres de formas muy extrañas. Tyler ve caras alargadas sin boca, miembros demasiado anchos y pinchos o colmillos. Es un relieve que atemoriza, pero adecuado para Xibalbá, el lugar del miedo.

Julia se le acerca nadando y observa también el relieve. Sacude varias veces la cabeza, pues no puede creerse lo que han encontrado aquí.

Tyler tampoco. Que hoy en día se encuentre un tesoro como este es algo que consideraba ya imposible.

Se impregna un poco más del relieve antes de descender hacia la piedra del altar. También está llena de relieves, pero apenas pueden reconocerse por lo pulidos que están los cantos tras los años bajo el agua.

Tyler pasa sus manos enguantadas por encima de la piedra y nota un escalofrío. Aquí sacrificaban los mayas a personas. Aquí los tumbaban mientras les arrancaban el corazón del pecho y los señores, en la galería, levantaban los puños con expresión triunfante.

Tyler siente el impulso de quitarse el guante para tocar la piedra con las manos desnudas. Suelta las sujeciones de los cierres especiales y se quita primero el guante izquierdo y luego el derecho. Quedan flotando junto a él, sujetos por los enganches a prueba de pérdida.

El agua es más fría de lo esperado, pero hace que se sienta más despierto.

Toca con la yema de los dedos el altar, acaricia los dibujos erosionados y la parte superior de la piedra de sacrificio.

La sensación es increíble, como si el altar le electrizara. Casi... como si estuviera poniéndolo a prueba. A Tyler le saltan las lágrimas. No puede retenerlas, simplemente resbalan por sus mejillas.

Sentir esta piedra es un momento sublime. Hay como un chisporroteo, una vibración. No había visto nunca nada parecido.

Una corriente de agua más cálida le saca de su ensimismamiento y Tyler mira curioso a su alrededor, pero no ve nada especial. ¿De dónde viene esa agua?

Observa con atención las partículas que flotan a la luz de su foco alrededor de sus dedos. Deberían ascender de los escalones por la corriente que hay.

Tyler mueve un poco las aletas y desciende más. Nada a muy poca distancia de las rocas, con las manos estiradas hacia delante para avanzar en contra de la corriente cálida.

Se pregunta de dónde puede salir esa agua caliente. Están muy por debajo de la haloclina, así que el mar solo podría empujar aquí agua salada. ¿Cómo es que a esta profundidad hace tanto calor? En el fondo solo podría tratarse de una corriente de agua dulce, pero no tiene sentido alguno. ¿Aguas freáticas que se han colado en el laberinto? ¿De dónde podrían salir?

Tyler comprueba igualmente el profundímetro. Están a más de treinta metros de profundidad. Inexplicable, y por lo tanto motivo suficiente para seguir esa corriente.

Le lleva más y más abajo hasta el último escalón de la pirámide. Aquí hay rocalla y piedras sueltas que cubren el fondo. Debió haber algún terremoto que soltó estas piedras.

Tyler mira a su alrededor y mueve las manos; aquí ya no parece haber corriente, o al menos ya no la percibe.

Busca un poco más y luego regresa, pues allí tampoco detecta calor alguno. Irritado, Tyler gira una vuelta completa en su eje. La luz de su foco recae entonces en un muro curvado y bajo, que no había visto hasta ahora.

Se dirige hacia él con suaves movimientos de aletas. Su luz ilumina un círculo de piedras talladas como ladrillos. En el centro, la luz desaparece en la oscuridad.

Tyler entrecierra los ojos y se acerca a esa especie de túnel vertical. Es tan profundo que su foco solo ilumina oscuridad.

¿Qué será? ¿Una cárcel, como en antiguos castillos donde se tiraba a los presos a un agujero? Tyler desecha esa idea. Están a tanta profundidad que incluso ese pozo debía estar lleno de agua

en la época de los mayas.

Un pozo, entonces.

¿Agua dulce en medio del cenote?

Tyler no sabe cómo explicar algo así. Se acerca al borde y se sujeta al muro. La piedra es sorprendentemente más caliente que el agua. Puede notar la diferencia. ¿Venía de aquí el agua caliente? ¿Se ha calentado en las paredes del pozo y por eso ha ascendido?

¿Por qué están entonces calientes estas piedras? Así, de forma tan puntual, no existe geotermia alguna. El pozo entero no tiene sentido.

A no ser que... sea el acceso a Xibalbá.

Tyler abre los ojos de par en par. Había esperado algo más pomposo, espectacular, y no un simple pozo. ¿Puede realmente ser el acceso?

Ilumina de nuevo el interior, pero su luz no alcanza el final. ¿Es porque el pozo es muy profundo o porque en su final hay un disco negro como el del otro cenote? En el códice se hablaba de un ojo negro. El ojo negro de los señores.

Tyler comienza a sentir un gran nerviosismo, por lo que apenas puede controlarse. Ahora se metería de inmediato dentro, pero uno no se mete así como así en un pozo cualquiera, al menos no sin una cuerda. A saber lo que le espera ahí abajo. Igual un desvío, una corriente traicionera o un estrechamiento.

Así que Tyler hace lo que ha aprendido. Fija una argolla cerca del pozo, enciende la bola LED que lleva la argolla para encontrar el inicio de la cuerda y suelta entonces cuerda de su bobina. Cada uno lleva una bobina de estas consigo. La de Tyler es naranja, la de Julia verde, la de Eddi rosa y la de El Flaco roja.

Tyler debería avisar a los demás de lo que piensa hacer, pero para ello tendría que volver nadando hacia donde están.

No hace ninguna falta, se convence a sí mismo. Ha marcado su posición, así que pase lo que pase le encontrarán.

¡En marcha!

Su corazón va a mil cuando se introduce en el pozo cabeza abajo. El diámetro es, al menos, de metro veinte. Espacio suficiente. Las paredes son sorprendentemente suaves. Sigue sin llevar los guantes puestos. Sus dedos desnudos acarician las paredes. Al tacto son más ásperas de lo que parecen. Cuanto más desciende, más se notan las juntas entre las piedras. Además, tiene la impresión de que las piedras están más calientes.

¿De dónde viene ese calor? ¿Cómo se ha creado todo esto?

Tyler no tiene ni idea. Gira un mando en su chaleco para descender aún más. Su profundímetro muestra ya treinta y nueve metros. Cuarenta. Cuarenta y uno.

Tyler sigue sin ver el final de ese túnel. Mira hacia atrás. Hacia allí puede ver un agujero azul oscuro en el que desaparece su cuerda naranja.

Cuarenta y dos, Cuarenta y tres, Cuarenta y cuatro.

Tyler desciende y desciende y desciende.

La cuerda se desenrolla y se desenrolla y se desenrolla.

¿A dónde le leva este viaje?

De repente nota de nuevo ese chisporroteo como en la roca de altar. Detiene su descenso y se queda ingrávido en el pozo. Su corazón se acelera. ¿Qué ha sido eso?

La luz de su foco sigue sin iluminar fondo alguno. Eso es imposible. ¿Cómo pueden los mayas haber construido un pozo tan profundo?

No tiene ni idea, pero la curiosidad le lleva a seguir bajando. ¿Es este realmente el acceso al

inframundo?

Cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve metros.

Piensa en otros pozos que pueden alcanzar, en parte, los cien metros de profundidad. Y si ese es también aquí el caso, no puede bajar tanto. Con aire comprimido normal no puede bajar más de sesenta metros, pues podría morir por la presión parcial del oxígeno, al superar el límite recomendado de 1,5 a 1,7 bar. La consecuencia sería una intoxicación de oxígeno.

Así que a Tyler le quedan solo diez metros. Los aprovecha al máximo y desciende hasta que realmente su profundímetro indica sesenta. Entonces se para y mira a su alrededor.

Sigue sin ver el fondo. Pero hay algo que crece por las paredes. Finas hojitas oscuras y tallos negros. A la luz de su foco, las hojas brillan un poco.

Tyler vuelve a mirar hacia la oscuridad. Piensa en activar luces LED y dejarlas que bajen con un peso, pero lo mejor sería hacerlas bajar con una cuerda. Para eso tiene que regresar a por una cuerda de repuesto. Esa sería una buena idea. Hacer descender un foco, fijado a pesos y atado a una cuerda. Sí, lo hará así.

Media vuelta, entonces.

Tyler activa la función de autoenrollado de su bobina, da la vuelta, lo cual no es fácil en el estrecho pasadizo, y comienza a ascender lentamente. Por el camino se va enfadando más y más. ¿Por qué no pensó antes en ir a por el equipo adecuado? Ahora tendrá que bajar de nuevo una segunda vez y habrá malgastado un tiempo precioso.

Pero enfadarse tampoco le sirve de nada.

Procura tranquilizarse mientras sigue ascendiendo por el pozo.

El círculo azul oscuro encima de él va creciendo. Las paredes muestran de nuevo juntas.

Y al final se queda Tyler parado de golpe. Algo ha quedado encallado. Tyler suelta un gran número de burbujas que ascienden como lucecitas plateadas.

En un primer momento se siente confuso. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha detenido? Solo puede ser la cuerda.

Y efectivamente, parece haberse quedado enganchada en algo que asoma de la pared. Tyler se gira con cuidado y observa la pared. De entre las juntas asoma algo parecido a una espiga. Un soporte de hierro oxidado.

Tyler lo mira sorprendido hasta descubrir varios más a la misma altura. ¡Al parecer, alguna vez hubo aquí dentro una reja! ¿Para qué? Esto tiene aún menos sentido.

Pero antes de seguir pensando en la reja debe lograr liberarse. Mueve la cuerda, que parece haberse quedado enganchada entre el soporte y la junta. Y muy enganchada.

Tira de ella. Nada.

Entonces da un fuerte tirón. La cuerda se suelta, Tyler se aparta y se corta el dedo con el hierro. No es un corte profundo, pero escuece mucho cuando entra agua salada.

Maldice y se mira el dedo. El corte no es grave, pero sangra formando nubecillas rojas como humo.

Ya solo le faltaba esto. Al menos ha quedado libre.

Da un golpe de aleta y se desplaza en dirección a la salida cuando vuelve a notar ese chasquido.

Algo tira en ese momento de sus piernas y brazos. A la luz de su lámpara puede ver como las pálidas partículas cambian de dirección y van ahora hacia el fondo del pozo. Más y más rápido.

Ahora también desciende él. Su profundímetro así lo indica.

Tyler jadea. La corriente es, de golpe, fortísima. Golpea con fuerza las piernas, lo cual con las aletas profesionales que lleva debería darle una gran fuerza de ascenso, pero aun así sigue

descendiendo.

Cuarenta. Cuarenta y uno. Cuarenta y dos.

Tyler agarra la cuerda y activa el freno en su cinturón, para que no siga desenrollándose.

Vuelve a pararse con un golpe, pero la corriente lo lanza contra la pared, lo aparta, lo lanza de nuevo.

Tyler ilumina involuntariamente hacia abajo. Allí, en la oscuridad del pozo, cree ver un brillo lejano.

¿Qué demonios?

La idea le cruza la mente una y otra vez. ¿Xibalbá?

Tyler mira ese brillo al fondo. Parece blanco, azul y verde. Es maravilloso. Es atrayente. Como en sus sueños; aunque los sueños hechos realidad suelen ser distintos a lo esperado.

Xibalbá.

Y entonces Tyler hace algo supuestamente muy estúpido. Abre el freno de su bobina y de un instante al otro sigue descendiendo. La succión del pozo lo arrastra literalmente hacia abajo. El profundímetro parece haberse vuelto loco.

Cincuenta. Cincuenta y dos. Cincuenta y cuatro. Cincuenta y seis.

Tyler traga e inspira una vez más aire profundamente en sus pulmones. Entonces cruza a toda velocidad el límite de los sesenta metros para dirigirse hacia las brillantes luces al fondo.

JULIA ESTÁ TOMANDO FOTOS DETALLADAS DE LOS RELIEVES CUANDO UNA CORRIENTE LE MUEVE LA cámara. El flash ilumina la zona vacía junto al relieve. En la pantalla, la foto sale borrosa.

¿Qué ha sido eso? Julia mira en la dirección en la que se ha movido la cámara. Solo ve oscuridad al pie del templo.

Entonces mira hacia el otro lado. El Flaco aún está metiendo las cajas de equipamiento una tras otra en la cueva y Eddi las está abriendo. No parecen haber notado esa corriente. No ve a Tyler por ningún lado, y eso no le gusta nada a Julia. Tyler no es de los que se marchan por su cuenta. Siempre ha insistido en que nunca pase algo así. ¿Dónde se ha metido, entonces?

Ahora observa la base del templo con más detalle. Puede que esté detrás de algunos escalones o salientes, pero no ve su foco de luz por ningún lado.

Pero sí ve una lucecita pequeña.

Julia entrecierra los ojos. Luz naranja. El color de Tyler. ¿Ha ido a explorar? En ese caso, ¿ha desencadenado él esa corriente?

Julia siente una gran inquietud. Ojalá no le haya pasado nada.

Engancha la cámara a su cinturón y nada hacia la lucecita. Realmente se trata de un gancho al que está fijada la cuerda de Tyler. El extremo desaparece en un agujero oscuro.

Típico de Tyler, piensa Julia. Metiendo siempre las narices en todas partes. Al menos ha marcado el lugar donde se ha metido...

Flota frente al agujero y mira al interior. Pura oscuridad a los pocos metros.

¿Estás ahí dentro? Menuda locura...

Julia agarra la cuerda de Tyler. Quiere cogerla con fuerza para enviarle una señal en el otro extremo, pero la cuerda sale suelta. Flota hacia Julia en un suave arco.

—¡Mierda! —sale de los labios de Julia. ¡Debe haber pasado algo!

Comienza a tirar de la cuerda metro a metro fuera del pozo. Sale demasiado liviana. Incluso bajo el agua no debería poder moverla con tanta facilidad.

Ya teme que ha pasado algo terrible. Tira de la cuerda con rapidez, tramo a tramo, hasta que aparece el extremo opuesto suelto fuera del pozo. Se ha roto; la cuerda de Tyler se ha roto.

Julia traga con dificultad. «¡Tyler!» La adrenalina inunda su cuerpo y quiere lanzarse de inmediato tras su amigo y jefe, pero sería una idiotez. Debe informar a los otros. Nada de incursiones en solitario. Casi hasta oye la voz de Tyler en su cabeza, cuando dice: Nada de incursiones en solitario.

¡Menudo idiota!

Gira con rapidez, se da impulso y nada hacia Eddi y El Flaco.

JUAN SE PERCATA DE INMEDIATO DE QUE ALGO NO VA BIEN CUANDO VE A LA AMERICANA NADAR hacia él haciendo aspavientos.

Engancha la caja y nada hacia ella. El otro americano también la ha visto y parece alarmado. También se acerca nadando hacia Julia.

Se encuentran justo encima del altar. Juan hace la señal de pregunta: «¿Todo bien?»

Ella sacude la cabeza y señala hacia abajo. Juan ve entonces la lucecita junto a una entrada. Se da cuenta en seguida de que algo ha pasado. Fantástico.

Señala hacia abajo, ella asiente, y los tres nadan hacia el pie del templo.

Juan descubre la cuerda flotando en el agua. No hay ni rastro de Tyler Drake.

La americana señala entonces hacia un agujero oscuro en el suelo, le quita a Juan la cuerda de las manos e introduce un trozo dentro del agujero para luego hacer como que tira de ella.

Juan entiende. Parece que Tyler ha desaparecido ahí dentro.

Mira el agujero con detenimiento. No es más que un soso y aburrido agujero negro. De anteriores inmersiones sabe que hay muchos de estos pozos en los cenotes. Algunos incluso llenos de huesos humanos. Pero este parece estar vacío. ¿Dónde se habrá metido Drake?

Mientras Juan piensa en cuál sería la mejor opción, el otro americano se pone en marcha. Desengancha su propia cuerda de seguridad del cinturón, fija la bobina al mismo gancho en que está el mosquetón de Drake y uno de sus plomos al otro extremo.

Juan hace un gesto de advertencia. Stop, stop. ¡Esperad! Señala hacia arriba, hacia los focos y los demás le entienden; Juan nada entonces con fuertes golpes de aleta hacia arriba.

Siente por primera vez el estrés que le oprime el pecho. Si realmente le ha pasado algo al americano, que Dios se apiade de Juan. Tiene algunas cuotas del seguro pendientes de pago. Quería solucionar el tema con el dinero de Drake, pero si al gringo le pasara algo ahora, podría convertirse en un serio problema.

No quiere pensar en ello ahora. Alcanza uno de los focos y lo agarra. Coge un segundo foco para mayor seguridad. Regresa con ambos hacia los otros dos.

Mientras Juan orienta uno de los focos hacia el pozo, el gringo fija el segundo al peso de plomo.

Entonces los tres se miran, asienten y hacen que el foco en la cuerda vaya descendiendo. Y desciende y desciende y desciende.

Juan sigue primero los movimientos, pero luego mira la bobina y cómo la cuerda se va desenrollando vuelva a vuelta. Tiene claro que eso no puede ser. Es una bobina Explorer, especial para bucear por cuevas y tiene una longitud de ciento quince metros. ¡Ciento quince! Es imposible que el pozo sea tan profundo. Y Drake no puede haber bajado tanto con sus bombonas de aire.

Pero la bobina se desenrolla del todo.

Los tres miran la bobina y luego dentro del pozo. El foco ilumina allí al fondo un trozo de tubo. Ni rastro de Drake.

El gringo vuelve a ser el primero en reaccionar. Señala hacia una botella y forma una X con sus dedos índice.

Juan pone los ojos en blanco y sacude la cabeza. Con botellas de heliox o trimix podría alcanzarse esa profundidad, pero no han traído ninguna. ¿Para qué? Su inmersión no debía bajar más de cuarenta metros. Juan no sabía siquiera que pudiera descender tanto.

El gringo le agarra por los hombros y asiente enérgicamente. ¿Es que han traído bombonas con esa mezcla? Sería la solución. Juan levanta los hombros a modo de pregunta, a lo que el americano asiente y señala hacia las cajas que hay en la entrada. Con los dedos muestra un dos. Caja número dos, debe ser.

Juan levanta el pulgar y asciende. Si al americano le ha pasado algo en el pozo, cada segundo cuenta, si no es que ya es demasiado tarde.

Llega a las cajas y busca la número 2. Aún está cerrada. La abre y sale un montón de aire. Juan espera a que se disipe y entonces lo ve: no hay bombonas ¡Menuda mierda!

Juan va a la otra caja y la abre. Otro montón de aire. Por suerte en la caja realmente hay, junto a otros equipos de inmersión dos bombonas con heliox. Las agarra, se las fija al cinturón y quiere ya dirigirse hacia los otros cuando le llama la atención una caja blanca, del tamaño de un pequeño maletín, sobre el que hay una cruz roja.

También se lleva el kit médico. Esas cosas nunca sobran.

Cuando Juan quiere salir hacia abajo, una de las botellas se traba con la cuerda de transporte. El golpe lo tira hacia atrás algo sisea y ascienden burbujas de aire.

Juan reprime un taco y permanece tranquilo. Los nervios son malos compañeros bajo el agua, incluso cuando alguien está en peligro. Comprueba lo que ha pasado. La cuerda de transporte se ha trabado con el gancho de la bombona. Bastará con soltar el gancho, pero con los guantes puestos no resulta tan sencillo. Juan prueba dos veces, y finalmente se quita el guante para poder abrir el cierre. Lo consigue, pero se pellizca dolorosamente el pulgar. Surge una gotita de sangre, pero no es nada grave.

Al fin está Juan listo y nada con las dos bombonas y el kit de primeros auxilios de regreso a la base del templo. Pero lo que ve al llegar le hiela la sangre.

La americana ha desaparecido y el americano se está metiendo en ese momento en el pozo. ¿Se ha metido la chica realmente para salvar a Drake y Eddi incluso se lanza detrás?

¡Menuda panda de locos!

Juan acelera todo lo que puede.

Solo le faltan tres metros cuando del pozo sale un débil brillo parpadeante.

Al momento siguiente, Juan nota una potente corriente que le arrastra hacia el agujero. Se siente como una hoja de árbol arrastrada por la lluvia hacia una alcantarilla. Se dirige hacia el agujero a una velocidad involuntariamente excesiva, y en lugar de hacer honor a su propio mote, Juan se hace instintivamente ancho y grande. Choca contra el delgado murete y se agarra con todas sus fuerzas.

La succión que quiere arrastrar su cuerpo es indescriptible.

Juan grita en su máscara y el esfuerzo le hace ver las estrellas.

Y al instante siguiente, la succión desaparece.

Expulsa aire resoplando. Se siente mal y mareado. Suelta la roca y mira temblando y con la respiración agitada el interior del túnel. Ya no brilla ninguna luz, ni del foco que han hecho bajar

al fondo ni de la americana y su acompañante.

Solo oscuridad; una negrura oscilante que parece estar gritándole.

Ante esa visión, Juan se acuerda de las palabras de Drake, de que estaba buscando un acceso al inframundo. A Xibalbá.

¿Estará ese portal justo aquí dentro?

Juan nota como le inunda un frío extremo, seguido de un temblor en todo el cuerpo. Es tan fuerte que lo deja anonadado. Juan sabe lo que está sintiendo: Miedo.

Terror

Xibalbá.

El lugar del miedo.

Se aparta con fuertes golpes de aleta y ya solo intenta alejarse todo lo posible. Irse lejos, muy lejos.

Chac Mool, 6 de mayo de 2045

PUTO MOSQUITO… ADRIANA MIRA COMO EL INSECTO ASCIENDE POR SU ANTEBRAZO BUSCANDO EL mejor lugar para hincarle su aguijón. Sopla un poco para espantarlo, pero el insecto no se inmuta. Parece saber que Adriana no debe hacer ahora ningún ruido. Drake y su grupo podrían oírla. Si es que vienen.

Adriana ha ocupado su puesto de vigía subida a un árbol, un palo de Campeche, bastante antes del amanecer. Reprime un bostezo. Poco a poco se va colando el Sol naciente a través del denso follaje. Mueve con cuidado el brazo para que le toque la luz del Sol, pero eso tampoco parece molestar al mosquito. No parece tener prisa alguna. Seguramente se trate de un macho. Solo estos pueden permitirse el lujo de pasear por su piel. No tienen crías a las que alimentar con sangre animal.

Pics. La mierda de bicho al final resulta que sí pica. Adriana desliza la mano con rapidez. ¡Plach! En su brazo tiene a un insecto muerto pegado a la piel en una gota roja. Adriana no tiene piedad alguna. La gota roja es su propia sangre. Adriana lame la picadura y mira a su alrededor. Aún no hay señal alguna del grupo al que están esperando. Diego está sentado por ahí, en otro escondrijo. Se ha ocultado tras un arbusto denso, no como ella en lo alto de un árbol. Ojalá no se lo coman las hormigas. Observa la vegetación del suelo a su alrededor, pero no puede ver a su hermano.

¿Cuándo llegarán? Parecía que Drake tenía prisa. Menudo cabrón. ¡Ni siquiera la esperaron! No creyó que fuera capaz. Ha sido El Flaco, sin duda. Él se rige por la ley de la jungla, como seguramente diría. Comer o ser comido. Mira la computadora de buceo en su muñeca. Ya son las ocho y media. Adriana sacude la cabeza. Puede que El Flaco sea un viejales y no sepa salir de la cama a tiempo, pero tampoco puede ser tan tonto como para dejar pasar medio día.

Se mete el índice y el pulgar en la boca y silba. La respuesta viene de su derecha. Adriana no ve nada hasta que cruje una rama. En ese momento puede ver las claras palmas de las manos de su hermano. En el último segundo se aparta hacia un lado. Un puñado de barro pasa volando junto a su cabeza, choca contra una rama y tiñe la escamosa corteza con un tono rojizo.

—Chingao—dice Adriana y se ríe.

Se lo merecía por no estar lo suficientemente alerta. Diego solo se aprovecha de lo que ella misma le ha enseñado. Está orgullosa de su hermanito. ¡Si al menos se esforzara igual en aprender algo en la escuela!

—Esos hoy ya no vienen —dice Diego mientras sube al árbol con su hermana.

Adriana asiente.

—Déjame tu teléfono.

—Pero si lo dejé en casa, como me dijiste.

—Y un carajo que lo dejaste. Dámelo ya.

Diego rebusca en su pantalón, mete la mano tras el cinturón y saca un objeto de brillo plateado. Debería haberlo dejado en casa, porque difícilmente puede uno llevárselo de buceo. Pero ella ya sabía que no la haría caso.

Adriana introduce el PIN. Es el cumpleaños de su madre, el ocho de diciembre. El teléfono es un modelo barato, de la India, y no funciona ni con huella ni con reconocimiento facial, pero es robusto y aguanta muy bien la perenne humedad de esta zona. Ella utiliza el mismo modelo y pudo aprovechar una oferta de dos por uno.

Pulsa el botón de búsqueda por voz.

—Barceló —dice.

—¿Quiere decir el Hotel Barceló en Maya Beach? —pregunta la voz del teléfono.

—Si, realizar llamada.

El teléfono marca el número sin más mensajes.

—Barceló Maya Beach, habla con recepción. Soy Cristina, ¿qué puedo hacer por usted?

La recepcionista habla en inglés, pero por el acento sabe que se trata de una mexicana.

—Quisiera hablar con George. Está alojado con ustedes —dice en español.

—Lo siento, pero tenemos a varios huéspedes con este nombre. ¿Cómo se apellida?

Adriana maldice en silencio. ¿Cómo se llama George? Hizo que le firmara un contrato, pero se ha quedado en casa, sobre el escritorio. Adriana cubre el micrófono.

—¿Recuerdas cómo se apellida George? —pregunta a Diego.

—Sanderson —le responde.

Claro. Ahora se acuerda.

—George Sanderson, por favor —dice en el teléfono.

Ojalá no sea demasiado tarde. Seguro que George estará trabajando.

—Muy bien, le paso la llamada —dice la recepcionista.

Suena un tono. Una vez, dos veces, tres veces.

—¿Diga? Uaaahh. ¿Quién llama?

Suena a medio dormido, pero sin duda es George.

—Hola, perdóneme, soy Adriana. Su guía de buceo. Espero no haberle despertado.

—Pues sí, pero da igual. Tampoco quería dormir tanto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me recomendó al americano, ese tal Tyler Drake. Quería darle las gracias.

—Fue un placer. Se lo había prometido. ¿Y cómo es que no está buceando con él? Quería salir hoy a primerísima hora. ¿La ha dejado en la estacada?

Mierda. ¿Habrán pasado algo por alto? ¿Salieron ya en plena noche? Pero entonces debería haber encontrado sus huellas.

—Le ha dado preferencia a otro buzo.

—Lamento oír eso.

—No es su culpa. Pero ¿está seguro de que ya se ha marchado?

—Un momento, puedo comprobarlo. Bastará con asomarme al balcón. Tengo que dejar un momento el teléfono.

—Gracias, George.

Clac. Se escucha el ruido de una persiana motorizada, luego ruido de mar que entra en la habitación, y finalmente pasos que se acercan al teléfono.

—Pues la furgoneta ya no está. Ayer la cargaron con unas cuantas cajas y la dejaron dentro del recinto del hotel, por seguridad.

—¿Dijo Drake algo más de a dónde pensaba ir?

—No paraba de hablar del cenote Chac Mool. Por eso estaba yo seguro que se la llevarían a usted con ellos. Quiero decir, ¿quién conoce mejor que usted ese cenote?

—Eso es una larga historia —dice Adriana.

Ahora no tiene ganas de contarle su derrota y mucho menos cómo llegó a ser derrotada.

—Pues hoy tendría tiempo para una historia larga —dice George—. Es sábado y no tengo aún nada planificado. Podría pasar a recogerla y luego...

Siempre es igual con los hombres. Adriana sacude la cabeza e interrumpe sus sueños.

—El fin de semana tengo mucho que hacer. Los turistas, ya sabe. Pero muchísimas gracias por la información. Le debo una.

—¿Qué tal una cena el domingo?

George no se deja espantar así como así. Adriana sonríe. Al menos no es tan primitivo como algún que otro turista, que cree que basta enseñar un par de billetes de cien en la mano para conseguir cualquier cosa.

—Reconozca que acaba de sonreír —dice George en medio de los pensamientos de Adriana.

—No reconozco nada. Pero si el domingo he regresado, será un placer cenar con usted.

—¿Conoces alguna entrada alternativa a Chac Mool? —pregunta Adriana.

—¿Quieres decir, que El Flaco nos ha dado esquinazo?

Diego señala hacia el suelo y comienza a descender. Adriana lo sigue.

—El grupo salió ya del hotel —dice Adriana.

—Eso significa que no quieren que nadie les siga.

—Exacto.

—Lo que lo hace aún más interesante para nosotros.

—Así es, hermanito.

—¿Crees que buscan alguna especie de tesoro? ¿Oro?

Adriana sacude la cabeza.

—Eso ha sido saqueado y vaciado ya mil veces. Creo que se trata de algo científico. Arqueología. Igual hasta algún antiguo templo maya todavía por descubrir. Tyler Drake es de ese tipo de personas. Durante el día baraja millones con acciones y por la noche le da un sentido a su vida, actuando como investigador aficionado.

—Qué pena, me habría gustado que fuese oro —dice Diego.

—Pero un templo hasta ahora desconocido puede suponernos unos atractivos ingresos adicionales. Bastaría con vender la noticia al National Geographic.

—¿Y cómo piensas impedir que la venda el mismo Drake?

—Él no hace esto por dinero. Esa es nuestra ventaja.

—Entonces habrá entrado por el agujero —dice Diego.

Adriana mueve la cabeza de un lado al otro plagada de dudas. El agujero es una cueva estrecha y que desciende casi en vertical, probablemente de origen volcánico, que acaba en una colina cercana y que está lleno de agua.

—El agujero es perfecto.

—¡Pero no cabe el equipo! George dijo algo de tres cajas.

—El agujero es bueno incluso para cajas. Basta con meterlas en vertical y ya han llegado a la planta inferior; y desde allí, el laberinto queda cerca.

Diego tiene razón. El laberinto es decisivo. En las zonas del cenote abiertas al público seguro que no se esconde ningún nuevo tesoro arqueológico. El secreto que busca Drake debe hallarse más allá. Igual hasta ella lo ha visto antes, solo que no debió darse cuenta. Entonces, este agujero que lleva directo al laberinto es, en efecto, el mejor acceso.

Y para El Flaco, solo lo mejor es suficientemente bueno.

—¡LAS CUERDAS! —DICE DIEGO TRIUNFANTE.

Su hermano es muy listo. Adriana comprueba las cuerdas que comienzan en un saliente de roca. Alrededor del agujero, la flora muestra muchas pisadas. Aquí estuvieron las cajas.

—¡Encontré la furgoneta! —grita Diego—. ¿Le pincho las ruedas?

—¡Pobre de ti! —le responde Adriana—. ¿Quieres enemistarte con El Flaco?

—Él casi te mata, ¿ya te has olvidado?

—¿Tienes pruebas de ello? Ahora ven aquí y ayúdame.

El Sol está ya casi en su cénit y la temperatura ha subido sin piedad. Tiene la piel chorreando de sudor y el material de buceo no resbala de forma correcta. A Adriana no acaba de gustarle el agua fría de los cenotes, pero ahora anhela sumergirse cuanto antes.

Diego deja a un lado la bombona y la ayuda a ponerse bien el traje. Luego le pasa el chaleco y comienza a quitarse la ropa.

—¿Que estás haciendo? —le pregunta Adriana.

—Lo mismo que tú.

—Diego, ya es suficiente que yo me ponga en peligro.

—Sí, eso mismo dijiste cuando te metiste en esa pinche competición. ¿Dónde estarías ahora si te hubiera hecho caso?

Uno a cero para Diego. Le salvó la vida. Nadie debería meterse solo en el agua. Es algo que ha inculcado a sus clientes una y otra vez en los cursillos. Igual va siendo hora de atenerse a lo que ella misma predica. Adriana asiente y Diego sonríe con la mirada hacia ella en busca de su reconocimiento. Siempre ha sido así, desde que su madre no regresó.

De repente nota cómo su conciencia le da una patada en el estómago. Pasó en Chac Mool. Hasta ahora nadie sabe qué le pasó a su madre. En aquella época acompañaba a El Flaco. Juan siempre ha fardado mucho de no haber perdido nunca a un cliente. Y es verdad. Pero Floriana Ramírez Sanchez no era una clienta, sino su empleada.

—No puedo —dice Adriana—. Es el Chac Mool.

—Deja ya de pensar en eso. Hace diez años que mamá...

—Aun así. Si aquí te perdiera...

—Tú no eres mi madre. No tienes que decirme lo que tengo que hacer.

—Jolines, Diego, se trata solo de...

—.., de ti, lo sé. Cómo me sentiría yo si desaparecieras en esta mierda de cueva te importa un carajo.

Adriana se detiene y baja la mano que sujeta la máscara. Diego se ha convertido en un hombre joven y fuerte. Es incluso un par de centímetros más alto que su padre. Igual hasta tiene razón. No le gusta estudiar, pero no tiene un pelo de tonto. Se ocupa y preocupa por él como si fuera su hijo, porque así se lo prometió a su madre. Pero ¿qué será de él si ahora incluso tiene que enterrar a su hermana? O lo deja correr todo y se olvida de Drake, o se lleva a su hermano consigo.

—Perdona, Diego. Estaba algo confusa. Claro que vienes conmigo.

A JUAN HAY QUE RECONOCERLE UNA COSA: HA MARCADO EL CAMINO DE FORMA TAN PERFECTA, que pueden seguirlo sin problema alguno. Seguro que el grupo de Drake no lo ha tenido tan fácil. Debieron cruzar sin problemas esa grieta en la roca, que por su perfil de V invertida parece casi artificial. Pero en la cueva siguiente, bastante más grande, se encuentran con algo que ha dejado el grupo tras de sí: una gran caja.

—¡No! —grita Adriana, y como Diego naturalmente no la puede oír, nada rápido tras él, tira de su aleta hacia atrás y hace la señal de «cuidado». ¿Y si la caja está llena de explosivos? De El Flaco podría esperarse cualquier cosa. Pero Diego sacude la cabeza y hace la señal de OK. Adriana respira hondo. Tampoco es que tuviera sentido alguno. ¿Por qué querría el grupo de Drake cerrarse el regreso? No, seguramente se trate de equipamiento que no cabía por el pasaje siguiente.

Pero eso deja abiertos dos interrogantes. Primero: ¿Qué habrá dentro de la caja? Y segundo: ¿Por qué han anclado precisamente aquí este recipiente? La cueva tiene una salida por la que la caja pasaría sin problemas. Adriana señala hacia delante. Diego la sigue. Nadan contra una ligera corriente y acceden a una cueva situada algo más alta y llena de estalactitas y estalagmitas, donde sin embargo no hay cuerdas de guía tensadas.

Ese no es el camino. Adriana da media vuelta. Al llegar a la cueva donde está la caja señala hacia las paredes. Diego entiende lo que pretende decirle y observa con detenimiento la parte posterior de la cueva, mientras ella se ocupa de la anterior. Al poco ve a Diego haciendo señales con su foco.

Acaba de encontrar una grieta minúscula que lleva ligeramente hacia abajo. Adriana ve en seguida que la caja no podía pasar por esa grieta. Pero ¿cómo es que El Flaco no se lo advirtió antes a sus clientes? ¿Ha improvisado la ruta? Eso no va con él. Igual solo se está haciendo viejo.

Entonces oye Adriana un ruido sordo. Se da la vuelta de golpe y ve a Diego golpeando contra la cerradura de la caja con una piedra. Nada hacia él y quiere hacer que lo deje iluminando unas palabras impresas sobre la caja: «Cuidado, instrumentos sensibles». A Diego no parece molestarle en absoluto, así que Adriana le quita la piedra de las manos y Diego al fin se rinde.

Iluminan la grieta con los focos. Esta vez es Diego quien no parece estar muy seguro al inclinar la cabeza hacia los lados. Puede que no sea muy inteligente, pero es el único camino que pueden haber tomado Drake y los demás. Adriana coge una cuerda de seguridad de su cinturón y fija el extremo en el cinturón de Diego. Entonces se acerca a la grieta, indica a Diego que la espere y prueba su suerte.

Solo son un par de metros. Alguien que no baje a diario a estas cuevas tendría la abrumadora sensación de treinta metros de roca por encima de la cabeza, pero Adriana está ya acostumbrada a esto desde hace años. La cueva siguiente al pasadizo no parece tener nada de espectacular, excepto por los ganchos de acero que alguien acaba de colocar allí y que brillan a la luz del foco. ¡Es el camino correcto!

Adriana da tres tirones a la cuerda para señalizar a Diego que debe seguirla. Entonces da media vuelta. ¿No tendrá Diego algún problema con la estrechez de ese pasadizo?

Por un instante deja de respirar, y no lo hace metafóricamente. Dos largos brazos se cierran alrededor de su pecho. ¡Mierda! ¡Ayuda! Golpea la mano que aprieta su manguera de aire, pero no logra soltarla. ¿Qué mierda es esta? ¿Quién pretende dejarla sin aire? Intenta quitarse a ese

salvaje de encima, pero los brazos son fuertes como sargentos. ¿Quién pretende matarla?

Tranquila, Adriana. No se muere uno tan deprisa. Da una patada hacia atrás, pero las grandes aletas le impiden acertar en las partes blandas de ese hombre. Debe ser un hombre pues nota su pecho duro contra la espalda. El traje le resulta conocido. No es uno de los que se prestan a turistas. Las mangas están deshilachadas, pero el material sigue siendo elástico. Esas cosas no se tiran así como así, cuando uno se gana el pan con esta profesión.

El Flaco. Ya tiene a su madre en la conciencia y ¿ahora le toca a ella? ¿Por qué? ¡Si como competidores se las han apañado la mar de bien! Su cabeza se aprieta contra la de ella. Siente como un escalofrío le recorre la espalda. ¿Qué pretende el cerdo este?

—O e esissas.

Intenta hablar con ella. ¡Bajo el agua! Que logre oír algo se deberá a la reverberación por el cuerpo. Pero ¿qué pretende decirle?

—O e esissas.

¿No te resistas? ¿Es eso? ¿Es que debe dejarse matar, así como así? Lanza la cabeza hacia él y ahora sí que acierta. El agarre se debilita. Repite el golpe de cabeza, aunque a ella también le duele. El brazo izquierdo de su atacante la suelta. Adriana intenta salir del abrazo y entonces ve cómo una sombra cae sobre ambos.

¡Diego! El atacante tiene ahora las de perder. Su hermano se ha soltado la bombona de repuesto y golpea con ella contra El Flaco hasta que deja de moverse.

Pero Diego sigue golpeando. Mierda, ¡lo va a matar! Adriana se acerca con cuidado desde atrás y cuando Diego va a dar otro golpe, ella le agarra la bombona. Diego se da la vuelta con el brazo libre levantado a punto de dar un puñetazo, pero se tranquiliza y cae en los brazos de su hermana.

El Flaco. Adriana se desprende del abrazo rápido. Entonces hace la señal de ascender. Diego la repite y se pone en marcha. Ella agarra al hombre inconsciente. Su hermano sacude la cabeza, pero luego la ayuda. Deben sacarlo a la superficie. Aunque la haya atacado, no pueden dejar que se muera.

—Deberíamos haberlo dejado ahí abajo —dice Diego—. Los accidentes de buceo tampoco son tan raros y tendrías a un pinche competidor menos.

—No deberías hablar así, Diego. Ni siquiera deberías pensar en cosas así.

—¡Pero te ha atacado!

—Igual por un ataque de pánico, o sufría la enfermedad del buzo y estaba confundido. Suele ocurrir que las víctimas de un accidente ataquen a su rescatador.

—¿Quieres decir que ahí abajo ha habido un accidente? —pregunta Diego.

En eso no había pensado Adriana. Pero sí, es probable. El Flaco estaba solo allí abajo. Nadie abandona a sus clientes. Debe haberles pasado algo. Pero ¿qué? ¿Quería buscar ayuda?

Hace mucho calor. Adriana se quita la parte superior del traje de neopreno. Entonces se pone de pie y se sienta junto al buzo aún inconsciente, al que han colocado en posición lateral estable. Si no se despierta pronto tendrán que buscar ayuda profesional, pero Adriana tiene la sensación de que eso no le gustaría nada a su tío. Seguro que, como empresario autónomo, no tiene un buen seguro sanitario.

—¡Adriana! —grita de golpe El Flaco al despertarse.

Diego reacciona de inmediato y se coloca encima de él.

—¡Ni se te ocurra!

El Flaco levanta las manos para protegerse.

—No te preocupes. ¿Qué es lo que no debe ocurrírseme?

—Atacarla.

—¡Pero si soy el hombre más pacífico del mundo! Jamás atacaría a una joven tan hermosa como tu hermana.

Menudo macho engreído. Recién despertado del más allá y ya está haciendo lo que parece que todos los hombres de este país tienen que hacer.

—Ahí abajo casi me matas —dice Adriana.

—Sí, si no llego a intervenir...

—Bueno, en el fondo ya te tenía bajo control. Pero los chichones en la cabeza son de la bombona de recambio de Diego.

—¿Chichones? —Juan se toca la cabeza y hace una mueca de dolor—. No me acuerdo de nada.

—Y yo no te creo ni una palabra —dice Diego—. Si vuelve a pasar algo así otra vez, no haré caso a mi hermana y te partiré el cráneo en dos.

—Bueno, bueno. Pues gracias, Adriana, por salvarme.

—Estabas ahí con Drake y su banda. ¿Qué ha pasado? No los hemos vuelto a ver. ¿Los has perdido?

—Jamás he perdido a un... —El Flaco no acaba su frase, seguramente porque ha visto la cara de enfado de Adriana—. Excepto a tu madre, sí. Fue una tremenda desgracia.

—¿Eres responsable de la muerte de nuestra madre? —pregunta Diego y se incorpora con aspecto amenazador sobre el hombre viejo y delgado.

—No, bueno, sí. ¿No se lo has contado nunca? Estábamos ahí abajo con un grupo de turistas. Tu madre me acompañó porque el grupo era bastante grande. No deberíamos haberlo hecho. Pero tu madre era tan cabezota como tu hermana, y cuando se le metía algo entre ceja y ceja... Igualmente necesitaba el dinero.

—¿Quieres decir que fue su propia culpa?

—No, yo era el jefe. Debería haberlo cancelado. Pero yo necesitaba el pinche dinero tanto como ella, así que bajamos con un grupo excesivamente grande. Fue como cuidar de un rebaño de pulgas. Y, de repente, había desaparecido.

¿Desaparecido?

—Si, ya no estaba. La buscamos por todas partes. En aquella época descubrí el pasadizo por el que os habéis metido hoy. Era la única posibilidad que nos quedaba: que se hubiera metido allí por curiosidad. El templo que hay detrás es como un laberinto dentro de un laberinto.

—¿Por qué no me lo contaste nunca, Adriana?

Diego la mira, como si le acabara de clavar un puñal en el corazón.

—No quería que crecieras con rabia contra una determinada persona. La rabia te envenena poco a poco el carácter. Mamá ya no estaba, y eso ya era suficientemente triste.

—Pero tú lo sabías y no te ha envenenado, ¿verdad?

Adriana mira hacia el viejo. ¡Qué enfadada que estuvo con él! Seguramente se diera cuenta y por eso la ha estado siempre evitando todo lo posible. Y eso que es el hermano de su madre. Su tío. Junto con su padre decidieron en aquella época dejarlo fuera de sus vidas. Diego era aún demasiado pequeño para entenderlo. No debería saberlo nunca. Le clava una mirada llena de rabia y Juan asiente. La ha entendido y seguirá desempeñando el papel del hombre de negocios malo.

—Sí que me envenenó —dice al final con un hondo suspiro—. O, mejor dicho, debería haberme envenenado. Pero tenía una misión importante que cumplir y todo lo demás quedó en un segundo plano.

ADRIANA MIRA HACIA EL AGUA DEL AGUJERO, CUYO TONO VA CAMBIANDO PAULATINAMENTE hacia un verde oscuro. Diego está sentado en el borde con las piernas colgando hacia dentro. El agua parece estar más alta que esta mañana. Un par de plantas trepadoras, que normalmente cuelgan por la pared rocosa, forman en la superficie del agua curiosas formas que recuerdan a algún tipo de escritura antigua. Todo imaginación. Ve lo que quiere ver. ¿Qué quería ver Tyler Drake? ¿Y dónde ha ido a parar? Maldita sea.

—¡Eh, chingao! —grita Adriana.

—¿Sí? —responde Juan.

Lleva todo el tiempo dentro de su traje de neopreno cerrado hasta el cuello y tumbado sobre el suelo mirando al cielo, como si fuera un turista a la espera de su grupo que ha ido a bucear. No es inusual; a veces también traen a turistas que se limitan a mirar. En algunos cenotes también se puede nadar y practicar el esnórquel, aunque así no se llega a ver casi nada.

¿No debería estar El Flaco extremadamente preocupado?

—¿Podría ser que hayas perdido a tres clientes? —pregunta Adriana—. ¿Cómo puedes quedarte ahí tumbado sin hacer nada?

—Tienes razón —dice Juan, pero no parece tener intención alguna de levantarse—. No deberías haber impedido que Diego me rompiera el cráneo. Ya estoy de todas formas perdido para siempre.

—Más negocio para nosotros —dice Adriana. En su cabeza, la frase sonaba interesante y adecuada, pero a medida que resuena le resulta tan imbécil como el mismo El Flaco. No debe dejarse llevar por su enfado.

—En serio —dice—. Deberíamos ir a por ayuda y buscar de inmediato a tus clientes. ¡Nosotros te ayudamos!

—¿Estás loca? —pregunta Diego—. ¿En serio quieres ayudar a este megachingao por cuya culpa perdimos a nuestra madre? —Diego saca los pies del agua—. El agua está pinche caliente hoy.

—Hablamos de vidas humanas, Diego —dice Adriana—. ¿Cuánto oxígeno tenían esos tres, Juan?

—Mucho. Debería bastarles para dos o tres días.

—Bien, pues en ese plazo deberíamos ser capaces de encontrarlos, aunque tengamos que bucear hasta la costa.

El laberinto que comienza en Chac Mool se extiende por varios kilómetros cuadrados, pero no es infinito, pues en la costa se encuentra con el Mar del Caribe. Aunque primero tendrían que comprobar las otras salidas. Igual han encontrado hace rato otro camino pero no han podido dar aún señales de vida porque su equipo está aquí.

—Vamos en tu furgoneta a mirar las demás entradas —dice Adriana—. Pero antes llamaré a los servicios de rescate y a la policía de turistas.

—Puedes ahorrarte eso —dice El Flaco.

—¿Qué quieres decir con eso? Si barremos una desgracia así bajo la alfombra acabaremos entre rejas.

—No encontrarán nada ni habrá motivo alguno para demandarnos. Y, en caso necesario, lo arreglo con Alfredo.

—Juan, se trata de gringos desaparecidos. Su embajada presionará. No puedes ofrecer a Alfredo dinero suficiente. ¿O es que Drake te ha pagado por adelantado?

El Flaco se pone en pie y sacude la cabeza. Entonces se acerca al agujero de agua y mete él mismo las piernas. Sigue sin quitarse el traje de buzo. ¿No debería estar sudando a mares?

—Sí que está muy caliente el agua —dice—. Y fijaos en el color..., alguien se ha cagado de lo lindo ahí dentro.

—No cambies de tema. ¿Cómo es que estás tan tranquilo? ¿En serio piensas que podrás ocultarlo?

—Debe ser el letargo previo a la muerte. En el fondo ya estoy muerto, solo que no me doy mucha cuenta.

—No existe tal letargo. Escúpelo ya. ¿Qué te hace estar tan seguro de que nadie encontrará a ese grupo?

El Flaco saca sus largas piernas del agua y se sienta con las piernas cruzadas. Con su cabello despeinado, la barba mal afeitada y la toalla que lleva envuelta sobre el neopreno a la altura de la cintura, parece un monje indio. Pero sabe muy bien que Juan no ha vivido nunca como un monje, a pesar de haberse esforzado siempre en ignorarlo.

—Pues bien. Ya no están, se han marchado. Ahí abajo, un buen tramo después de ese estrecho pasadizo donde nos encontramos...

—Creo que no te he dado lo suficientemente fuerte, chingao de mierda —dice Diego.

—Calla; déjale hablar.

—Como decía, allí, muy al fondo, hay un lugar que hasta ahora solo yo conozco y que oculta un viejo templo de los mayas. Y en ese templo hay un pozo que en su día debió contener agua dulce.

El Flaco deja de hablar. En los pequeños espasmos de su musculatura facial ve Adriana cómo está intentando ordenar sus recuerdos para que tengan sentido.

—¿Y qué más? —insiste Diego.

—Psssst.

Cuando más afectados están los recuerdos, más tiempo necesita el cerebro para restablecer la secuencia correcta. Sin esa labor, las sensaciones y emociones más fuertes se ponen delante; y si se fija en la cara de Juan, seguramente se trate, ante todo, de miedo.

De auténtico terror.

Adriana siente cómo un escalofrío desciende por su espalda. Juan ha experimentado ya muchas cosas en su vida. Dice haber estado incluso en la guerra de Cuba. ¿Qué habrá pasado en la cueva que le afecte tanto?

—Ese pozo... Drake estaba fascinado con él. No me di cuenta en seguida, porque sus dos acompañantes se miraban primero el templo. Yo ya lo había visitado antes, pero para quien no ha estado nunca, todos esos huesos, los relieves, altares y adornos..., la mujer era también arqueóloga, ¿sabes?

—Lo sigue siendo —dice Adriana para tranquilizarlo, aunque no está muy convencida de ello.

—En todo caso, Drake debe haberse metido en el pozo. Bueno, no sé si aquello es realmente lo que se entiende por un pozo. Igual era una cárcel o un almacén...

—O los antiguos mayas vertían en el interior la sangre de sus víctimas —dice Diego.

—¡Déjalo ya, Diego! —le reprime Adriana—. ¿Viste entonces, Juan, cómo se metió dentro

del pozo?

—No, solo encontramos su cuerda. La había fijado bien a la entrada. Pero ya no había ningún Drake en el otro extremo.

—¿La cuerda estaba cortada o deshilachada?

Un seguro puede arrancarse, entonces el extremo de la cuerda se deshilacha, o se puede cortar con el cuchillo de buzo, dejando el extremo con un corte liso y limpio.

—Ya no lo sé. Solo sé que ya no estaba en el otro extremo. Entonces medimos la profundidad del pozo con una cuerda de ciento quince metros. ¡Ni siquiera alcanzó el fondo del pozo!

En ese momento habría sido importante ir a por ayuda. Pero al parecer no pasó nada de eso.

—A esa profundidad, solo llegarían con heliox —continúa Juan—. El tal Eduardo me envió a las cajas que habíamos transportado y allí encontré dos botellas de heliox. Para cuando regresé, los otros dos ya se habían metido en el pozo. Aún llegué a ver cómo Eduardo entraba.

—Y les seguiste.

—Claro, deberían al menos haber cambiado sus botellas por las de heliox. Pero estaban como en pleno pánico. No pude alcanzarles y, de repente, pasó.

El Flaco respira cada vez con mayor rapidez, hasta que ya casi no puede hablar.

—Estás teniendo un ataque de pánico —dice Adriana y le pasa la máscara con respirador. La mayor resistencia del aire hace milagros. Los pequeños ataques de pánico suelen ser frecuentes al bucear por cuevas. El Flaco debería saberlo.

Se tranquiliza de nuevo.

—Fue como una succión. El pozo intentó succionarme. Yo colgaba de un saliente del muro alrededor del pozo y tuve que agarrarme con todas mis fuerzas para no ser arrastrado. Y luego, también de golpe, todo paró. No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve ahí, paralizado, muerto de miedo, colgando dentro del pozo.

Debió ser una experiencia horrenda. Adriana aprieta levemente el huesudo hombro de Juan. Este da un respingo, y eso que ella no ha apretado con fuerza.

—Creo que hemos encontrado el acceso al inframundo de los mayas, al temido Xibalbá.

—¿De dónde sacas tú eso? —pregunta Diego—. Son cuentos de hadas.

—Drake buscaba Xibalbá. Estaba seguro de que es más que una leyenda.

—Drake es un americano ricachón con un curioso hobby —dice Adriana—. No tiene ni idea de la cultura maya.

Adriana debe reconocer que ni ella misma sabe casi nada de los mayas, pero sí sabe una cosa: en esa zona cárstica siempre pueden aparecer corrientes repentinas. Basta con que reviente una cámara hasta ahora llena de aire para que se llene bajo la presión de muchos metros de agua con una repentina y fuerte corriente.

—Créeme, sé de lo que hablo —dice Juan—. He vivido derrumbes de cuevas, y no eran nada comparado con esta corriente.

—Entonces, la cueva que se ha inundado debe haber sido bastante más grande —dice Adriana.

—No, era... ¡Tienes que creerme!

—En el fondo da igual —dice Adriana—. Tenemos que ir a buscar a tu grupo. Se los ha llevado la corriente, eso es evidente. Igual están ahí esperando a que alguien vaya a rescatarlos. Tienen suficiente oxígeno. La presión en sí no les mata, sino solo una descomprensión demasiado rápida. Si están heridos, tenemos que ayudarles.

—Pero es que ya no están ahí. Estoy seguro de eso.

—Qué pedo, ¿dónde estarán entonces? Aunque hayan muerto, necesitas sus cuerpos para demostrar que no los has matado tú.

—Están en Xibalbá —dice El Flaco.

Adriana suspira. Xibalbá, claro.

—¿A qué profundidad crees que estarán?

Juan no responde.

—Ya lo ha dicho antes —dice Diego en su lugar—, al menos ciento quince metros.

Es verdad, la bobina entera. Pero ni siquiera alcanzó el fondo.

—Digamos que doscientos metros. Además, la cueva derrumbada, otros cien metros más y llegamos a los trescientos. Igual es menos, aunque no mucho, pero podríamos contar con cuatrocientos o quinientos metros. Lo mejor para eso sería un traje blindado.

—¿Un traje blindado? ¡Qué chido! Yo también quiero uno —dice Diego. —¿De dónde los sacamos?

—Al sur del hotel Barceló están trabajando en una nueva planta depuradora de aguas en el fondo del mar. Podría ser que tuvieran trajes blindados.

Incluso ya sabe a quién puede pedirlos. Solo que tendría que hacerse con mucha rapidez.

—¡Eso sería brutal! ¿Crees que nos darían dos?

—Darnos no es precisamente la palabra correcta, y puedes estar seguro de que tú no te meterás en uno. ¿O es que tienes algún tipo de formación en eso?

—No, ¿Y tú?

—Yo..., jolines, no se trata de eso.

Ya tienen plan. Ahora solo falta convencer a George para que les ayude a conseguir un traje blindado. Se arregla la parte superior del biquini que había llevado bajo el neopreno. Al menos tiene un buen par de argumentos.

—Deja ya de decir pendejadas —dice El Flaco, al que casi había olvidado ya.

—¿Pendejadas? Tengo un traje blindado casi garantizado —dice sonriendo.

—Un traje blindado no nos ayuda en nada ahí. Los señores de Xibalbá han regresado.

—¿Y esos quién demonios son? ¿Los mandamases del inframundo? ¿Una especie de demonios?

—Lo de demonios podría ser acertado. Me tuve que enfrentar a uno. Parecía algo así como..., como..., una lámpara de aceite cruzada con una pata de gallina y un cuchillo de cocina.

—Virgen santa y apostólica... Quiero uno así de mascota —dice Diego.

—A papá no le gustaría —dice Adriana.

Puede que no sean justos, ya que El Flaco parece que realmente cree en ello. Pero la imagen de cruzar una lámpara con un cuchillo y una pata de gallina es simplemente divertida. ¿No podría haber ideado algo menos exagerado?

—Esa cosa era casi tan grande como mi furgoneta y golpeó con su cuchillo contra mí.

—Con un cuchillo no se golpea, se clava —dice Adriana.

—Iros a tomar por culo, joder. Y si no, dime cómo me he hecho esto.

El Flaco se baja la cremallera de su traje y gime de dolor mientras saca primeo el brazo izquierdo y luego el derecho fuera del traje. Tiene la piel llena de profundas estrías. Mierda, eso debe doler un montón. ¿Cómo lo aguanta este hombre?

—Debemos llevarte de inmediato a un hospital —dice Adriana.

Conoce ese tipo de estrías, aunque mucho más pequeñas. Las causan descargas eléctricas. ¿No hay unos peces capaces de producir estas descargas? Igual ha salido de la cueva derrumbada algún tipo de viejo monstruo marino. Deberían bajar armados con arpones, si es que van en

busca de los desaparecidos.

—¿Me crees ahora? —pregunta El Flaco y Adriana asiente porque Juan ha sufrido ya mucho —. Ha sido uno de los señores de Xibalbá, y de donde viene debe haber muchos más de esos pendejos.

—Pues será eso. Pero estaría bien que no le contaras nada de esos señores al médico al que te vamos a llevar.

En algún lugar, 6 de mayo de 2045

JULIA NO TIENE NI IDEA DE LO QUE HA PASADO. HACE UN INSTANTE ESTABA EN EL ESTRECHO pozo, luego algo la sacude y acaba en algún lugar bajo el agua. La estrechez ha desaparecido. Todo parece muy ancho. Muy, muy ancho. Como si estuviera en medio del mar.

La idea es absurda, pero así es como se siente. Y no puede estar en mar abierto, pues para eso debería haber sido succionada desde el cenote al mar, y allí sería de día. ¿Por qué tiene el foco apagado? ¿Cómo es que está todo tan oscuro? Incluso su computadora de buceo y el manómetro digital no muestran nada.

Julia extiende los brazos a su alrededor y no nota nada. Ninguna pared, ningún pozo, ninguna roca. Sus dedos solo se mueven en el líquido, hasta que agarra la cuerda de su cinturón. Y con la cuerda le llegan otros recuerdos.

Cómo miraba con Eddi el interior del pozo, la luz aquella en el extremo de la cuerda. Cómo Julia creyó ver un movimiento detrás de la luz en esa oscilante oscuridad.

Pensó en Tyler, en quién si no, si igual estaba luchando ahí abajo por su vida. Cómo se estaba envenenando con el oxígeno por esa profundidad. Cómo se asfixiaba inexorablemente.

Pensar en su muerte le resultó insoportable. El instante siguiente estaba dentro del pozo y nadaba con todas sus fuerzas hacia abajo. Aún sintió un contacto en las aletas. Igual fue Eddi, que intentó retenerla; pero ella fue más rápida. Con fuertes golpes de aleta fue descendiendo más y más. En algún momento se golpeó con fuerza la rodilla, pero un par de moratones no pararían su intento de salvar a Tyler.

Una parte de ella sabía que esa acción era puro suicidio. Igual estaba ya sufriendo el mal de las profundidades, creado por la proporción de nitrógeno en el aire. Podría ser. Las consecuencias son pérdida del juicio, comportamiento irracional y adormecimiento. ¿Ha sido antes irracional? Mucho. ¿Perdió el juicio? Totalmente. ¿Estaba cansada? Sin duda alguna.

Los pensamientos eran como una burbuja en la que Julia podía verse, pero le daba igual.

Nadó y nadó y nadó cada vez más rápido hacia la luz. Lógico. Pasó a caída libre. El agua ya no la llevaba hacia arriba y la gravedad ganó la partida. A partir de ese momento fue descendiendo más y más.

A partir de ese momento, a más tardar, su vida corría el máximo peligro. En principio no debería ya ni respirar. El aire en sus pulmones estaba tan comprimido por el aumento de la presión, y su volumen pulmonar tan reducido, que ya solo bajaba.

Hacia Tyler.

Julia recordó que la luz que habían bajado con la cuerda ya no estaba lejos cuando detrás algo empezó a brillar.

¿Había alcanzado el final? ¿Su final? ¿Estaba alucinando? ¿Perderá la conciencia en cualquier momento?

Julia aún realizó que algo pasaba a su alrededor. Se movía aún más deprisa hacia la luz. Además, algo chisporroteaba, como si estuviera bajo corriente.

Debe haber sido el final.

Curiosamente pensó en su madre, fallecida dos años antes, cuya mano sujetó en el hospital, primero aún caliente, luego cada vez más fría y sin vida.

Y entonces llegó ese brillo intenso, un momento de total ensimismamiento, y luego oscuridad.

Allí es donde está ahora flotando, sola y perdida.

Al menos respira, así que no ha muerto.

Pero ¿dónde está? ¿Por qué no funciona la luz?

Julia toquetea con los dedos el foco de su máscara. Parpadea un poco y al fin se enciende el potente rayo de luz.

Julia grita del susto que se lleva.

A su alrededor realmente solo hay agua turbia. ¡Nada más! Agita los brazos a su alrededor, toca la cuerda y se acuerda de que ella y Eddi bajaros unidos por sus cuerdas antes de caer en manos de la locura. Ese recuerdo la devuelve a la realidad. ¿Puede ser que Eddi esté cerca? ¿Que la haya seguido?

Julia agarra la cuerda y tira de ella. Nota una cierta resistencia.

Tira con más fuerza y enrolla la cuerda esperanzada. Se concentra solo en esa chispa de esperanza, pues su cabeza no le permite nada más.

Pero sus pensamientos son maliciosos. Le muestran imágenes de mar abierto. De oscuridad. De los ojos brillantes de Tyler. De cómo susurra con voz ronca: «Xibalbá».

Julia se sacude y sigue tirando hasta que algo se recorta en la oscuridad frente a ella. Es Eddi en su traje de buzo. Parece estar inconsciente. Flota como un muerto medio encorvado hacia ella.

Julia hace un último esfuerzo hasta que detiene a Eddi para que no choque con ella. Lo gira hacia su cara. Sigue llevando la máscara. La cara detrás está pálida. Tiene los ojos cerrados. No puede decir si respira o no.

Lo sacude, pero no reacciona. Al menos está con ella. Ya no está sola aquí, sea donde sea.

Entonces se da cuenta de que su profundímetro brilla. El manómetro muestra curiosamente diecisiete metros de profundidad. No tiene sentido, pues bajaron al menos a ciento quince, pero a Julia le es ahora igual. Agarra a Eddi y nada con golpes de aleta hacia donde supone que debe ser arriba.

Supone bien. El manómetro muestra una profundidad menor.

¡En marcha, pues!

Julia nada y arrastra a Eddi hacia la superficie.

Pero todo sigue oscuro. ¿Cómo es posible? ¿Habrán llegado a una cueva gigantesca? ¿Una cueva debajo de la cueva?

Le cuesta mucho poder imaginar algo así, pero el sistema de cuevas podría ser mucho más grande de lo que pensaban. Julia no quiere pensar mucho ahora, pues nota la cabeza algo abotargada. Asciende los últimos metros y ve brillar algo, aunque esta vez es de un tono rojizo. Como puntos de luz que se encienden y desaparecen. Parece casi un enjambre de luciérnagas. ¿Luciérnagas bajo el agua? ¿Qué malas pasadas quiere gastarle su cerebro?

Entonces aparecen formas extrañas bajo la luz de su foco. Julia cree ver cuerpos pálidos, brazos y piernas que se entrecruzan y surgen de algo, pero algo le hace pensar en que más bien

parecen raíces.

Raíces.

Julia traga con dificultad.

¡Sí, raíces!

¡Raíces pálidas!

Entre las raíces se mueven hilillos negros y entre ellos de nuevo ese brillo rojo. Julia ya se imagina que no son luciérnagas, sino un brillo detrás de una barrera de raíces a la que está llegando ahora. En el reloj de Eddi puede ver que están a solo cincuenta centímetros de la superficie. ¿Están esas raíces flotando en el agua, arrastradas por la corriente?

Julia toca esas formas pálidas. Las nota suaves y resbaladizas, casi como zanahorias tras demasiado tiempo en la nevera.

El contacto le produce un asco enorme. De adolescente estuvo nadando en un lago y acabó en un campo de algas. Esas lianas largas y resbaladizas se agarraron a sus desnudas piernas, la tocaron donde hasta entonces nadie la había tocado, y todo aquello fue más que repugnante. Al ver esos hilos negros le vuelve con fuerza ese recuerdo y Julia ya solo quiere salir del agua cuanto antes. El impulso es tan grande que comienza a tirar y apartar esas raíces.

Estas oscilan y vibran, pero dejan pasar cada vez más ese brillo rojo. Ilumina las oscuras aguas con un brillo infernal. Los hilillos negros se mueven gelatinosos frente a su cara.

Julia resopla y lucha para abrirse camino hacia el agujero que ha abierto en esa alfombra de raíces. Tira, empuja y consigue abrirse camino. Una mano sale a la superficie. La siente fuera. Ya no hay resistencia del agua.

Con un gruñido inserta el brazo entero en el agujero y asciende todo lo que puede. Con la otra mano arrastra a Eddi detrás de sí.

Nada más sacar la cabeza fuera del agua, Julia se olvida de Eddi. Los últimos hilillos se apartan del cristal de su máscara y al fin se le aclara la vista.

El corazón de Julia se para un instante, para seguir luego al doble de velocidad. Cree que está a punto de abrirse camino entre sus costillas.

Pero es que la visión es demasiado extraña.

Sobre ella no hay ni roca ni techo de cueva que valga. Sobre su cabeza solo hay un cielo que brilla en un tono rojizo. En la lejanía cuelgan unas densas nubes de tormenta como oscuros castillos. Dentro de ellas brillan relámpagos. De vez en cuando, uno de los relámpagos baja hasta el horizonte. También puede ver un par de estrellas desperdigadas por el cielo.

La mente de Júlia se niega a comprender lo que está viendo. Está en México, en el cenote de Chac Mool, cerca de Puerto Aventuras. Y allí no hay cielos rojos sobre un océano negro, a no ser que desde que entraron en las cuevas se haya hundido el mundo entero; lo cual es bastante improbable.

Tan improbable como un portal al inframundo.

Julia se lleva las manos a las sienes y aprieta con fuerza. Logra aliviar un poco el dolor de cabeza, pero el cielo sigue siendo rojo y el entramado de raíces flota suavemente hacia la lejanía.

No hay nada más. Ni montañas, ni masas de tierra, ni skylines como la de Nueva York..., nada. Allí donde alcanza la mirada solo hay raíces y agua.

¡Raíces repulsivas y agua asquerosa!

JULIA SE HA TRANQUILIZADO. SU PARTE RACIONAL HA TOMADO EL CONTROL.

Primero intenta salir del agua, pero la alfombra de raíces es inestable y resbaladiza. No hay forma de encontrar un lugar de apoyo. Así que ha sacado al inconsciente Eddi por el agujero y lo ha fijado con ganchos a las raíces, para que su cabeza quede fuera del agua y pueda verlo.

Entonces comienza a unir raíces con su cuerda para fabricar algo parecido a una balsa, muy rudimentaria, pero al menos lo suficientemente estable para soportarlos a los dos encima. Luego intentará sacarlo del agua para finalmente subirse ella a la improvisada balsa.

No sabe si es buena idea o no. El agua, al menos, está caliente. El termómetro integrado en el traje indica entre los veinticinco y los veintisiete grados. La temperatura del aire es algo mejor, pero también oscila con mayor rapidez.

Así que lo aconsejable sería continuar en el agua, pero tiene que ver si Eddi está lesionado. Lleva demasiado tiempo inconsciente. Además hay un aspecto psicológico que a ella le resulta muy importante: nadar en un océano negro y extraño y no saber, por no decir ya poder ver, lo que pasa bajo ella, es algo que la vuelve loca. Así que prefiere estar sobre una balsa y temblar de frío, aunque los trajes pueden compensar bastante bien la temperatura. El frío debería ser el menor de sus problemas, mientras se mantenga constante. Será más bien todo lo demás, lo que se convierta en un problema.

Julia no quiere ni pensar en los posibles riesgos. Se le ocurren espontáneamente vapores tóxicos, ausencia de oxígeno, virus, bacterias, esporas de moho, radiación radiactiva, corrientes, seres extraños y olas gigantescas.

Al pensar en ello se le va la mirada hacia el horizonte, por si algo aparece por allí, alguna banda oscura, pero todo sigue igual. Julia respira profundamente y sigue construyendo su balsa.

Cuando ya ha desenrollado toda su cuerda, fija todo con un par de ganchos y sale del agua. Es muy difícil, pero lo consigue.

Primero se queda un momento resoplando por el esfuerzo y tumbada sobre esa alfombra de raíces, blanda y resbaladiza. Está agotada y podría quedarse dormida de inmediato, pero falta Eddi. E igual por algún rincón incluso Tyler...

Julia se incorpora con gran esfuerzo y se permite tres grandes respiraciones antes de agarrar a Eddi por las axilas. Tira con fuerza, pero no logra sacarlo del agua. Pesa demasiado para ella. Tiene que poder clavar los pies en algo.

Pero las aletas se lo dificultan, así que las saca de sus fijaciones. Por primera vez se alegra realmente de que Tyler haya hecho fabricar trajes especiales que ofrezcan algunas ventajas para una expedición a mundos extraños. Estas aletas desprendibles son una de ellas.

Con los pies liberados, Julia puede clavar los talones contra otras raíces y sacar a Eddi del agua entre sus piernas abiertas. Se esfuerza al máximo, gime y protesta, pero al final consigue subirlo a la balsa.

Lo tumba a su lado y ella se deja caer exhausta a su lado. Eddi sigue inconsciente, pero su pecho se levanta y desciende. ¡Al menos sigue vivo! ¡Gracias a Dios, Eddi vive!

Julia lo gira a una posición lateral estable, al menos a una especie de posición lateral estable en la medida en que oscilante suelo de la balsa lo permite. Entonces se pone de rodillas y piensa en qué podría hacer.

En muy poco: sencillamente nada.

No tiene ni idea de lo que pasaría si se quita la máscara o se la quita a Eddi. No tiene ni idea de lo que pasará si se abre el traje y entra en contacto con el agua y las plantas. No lleva medicinas ni apenas herramientas. Solo un cuchillo al cinto, su lámpara y un par de ganchos, la cuerda, parches para el traje, el manómetro, el sonar de personas, su computadora de buceo con los sensores y...

¡La computadora de buceo!

Julia intenta activarla de nuevo y realmente parece funcionar. Tarda unos largos segundos en cargar todas las apps, pero al final indica que está en servicio.

No hay recepción. Claro. Habría sido demasiado bonito.

Pero los sensores muestran primeros valores. Su pulso está en noventa y cuatro, la presión sanguínea en ciento cuarenta y ochenta y cinco. Todo dentro de buenos márgenes. La profundidad es lógicamente de cero y la presión exterior es sorprendentemente de 0,6 bar. La temperatura se ha estabilizado en veinticuatro grados. El contenido de nitrógeno en sangre es demasiado alto, pero es que la computadora estuvo desconectada. Así que no da importancia a esos valores. Tampoco puede cambiarlos.

Su mirada recae de nuevo en Eddi. ¿Se mueve?

Julia se inclina hacia él y así es: mueve un brazo. Respira entrecortadamente y gira de la posición lateral para ponerse tumbado de espaldas. Sale un gemido de su máscara y luego abre los ojos.

Julia lo mira e intenta sonreír tras la máscara, pero en su lugar le brotan lágrimas. Se desprenden sin más de sus ojos, resbalan por las mejillas y desaparecen en su máscara.

Eddi sigue mirándola, claramente confundido, y luego esboza una ligera sonrisa. Su mirada pasa de su cara hacia el cielo rojo, lo que hace que desaparezca su sonrisa.

Sin apartar la mirada, tantea con la mano en busca de la mano de Julia. La encuentra y la aprieta con fuerza. Julia le devuelve el apretón y eleva también la vista al cielo.

Un círculo mate, con manchas, cuelga sobre ellos en la lejanía. Un grupo de nubes se arremolinan a su alrededor. Además tiene anillos como Saturno.

Necesita unos momentos para darse cuenta de que es una luna o un planeta. Pero ninguno que haya visto antes.

La presión de los dedos de Eddi se incrementa.

Se cruzan las miradas.

Señala hacia arriba con la otra mano y se incorpora un poco para mirar a su alrededor, con la cara pétrea tras el cristal.

Julia le da tiempo y espera a que haya visto por sí mismo y procesado todo un poco. Al menos el primer shock, pues su cerebro trabaja a marchas forzadas, aunque prefiere pasarlo por alto para no volverse loca. ¿Cómo pueden haber llegado ella y Eddi a un planeta lejano con océano negro y cielo rojo, solo a través de un pozo en la Tierra?

Claro que conoce una posible respuesta; la que Tyler y Eddi han comentado tantas veces: un portal entre mundos.

Julia no había creído en ello hasta ahora. Para ella, Tyler Drake era, en este asunto, un loco; pero un loco amable y que pagaba muy bien. Jamás la habían pagado tan bien como arqueóloga. Por ese dinero sí que podía asentir obediente cuando se hablaba del portal.

Levanta de nuevo la mirada al planeta, un círculo con manchas grises en el cielo, al menos cuatro o cinco veces más grande que la luna de la Tierra. *¿Es esto auténtico?*, se pregunta y piensa en las posibles explicaciones científicas que Tyler le comentó un día.

El portal podría funcionar mediante entrelazado cuántico. Podría haber partículas subatómicas en un estado que les permita transmitir información de forma instantánea a cualquier distancia. El portal utiliza este entrelazado para crear un puente entre la Tierra y ese exoplaneta. Eso sucede con la generación de entrelazados cuánticos artificiales, que permiten transportar materia e información entre las dos ubicaciones.

Una segunda teoría es la del agujero de gusano, un hipotético túnel en el espacio y el tiempo,

que permite cruzar grandes distancias en un tiempo mínimo. El portal sería entonces un sistema de agujeros de gusano creado artificialmente y que permite a viajeros acceder de un punto al otro.

Y finalmente Julia recuerda las teorías de cuerdas y multiversos. El portal podría funcionar de forma que cambia entre distintos mundos o universos paralelos, donde cada universo tiene una realidad diferente.

Julia no se cree ninguna de las explicaciones. No ha ido a parar a un planeta lejano a través de un portal. O ha muerto y esto es el infierno, o se encuentra en un estado mental totalmente trastornado que le hace ver una realidad totalmente falsa. Pero de una forma extremadamente real.

Nota la oscilante balsa bajo sus pies, el calor que asciende desde el agua. Saborea la mezcla de gases y oxígeno y ve lo que está viendo. Y luego está Eddi.

Vuelve a mirarlo y sacude la cabeza. Entonces cierra los ojos y deja caer la cabeza. Una honda respiración hace que su pecho suba y baje. Otra más. Y una tercera.

De repente, Eddi se golpea la cabeza con los puños, como si le fuera a reventar. Golpea y golpea para dejarse caer luego sobre la balsa.

Julia le toca suavemente el hombro.

Eddi no se mueve, pero ella nota su respiración bajo los dedos. Mantiene el contacto y nota cómo la desesperación quiere hacer mella en ella, pero no se lo permite.

¡No ahora, no aquí, no hoy!

Debe estar inconsciente en algún lugar del cenote en México, mientras su conciencia se ha retirado a un mundo de fantasía. Y Eddi no es más que fruto de su inconsciente, para que no se vuelva loca del todo..

Será eso. Y si sigue pensando con lógica, en Chac Mool aún estará El Flaco. Ha visto dónde ha desaparecido Tyler y quería ir a por las botellas de heliox. Cuando vea que se han metido en el pozo, los sacará o irá a por ayuda. Él mismo ha dicho que jamás ha perdido a un cliente en todos los años que lleva como buzo guía. No se lo puede permitir. Los salvará; Julia está segura de eso. Solo tiene que esperar hasta que lo logre. Y en esa maldita cueva puede que tarde bastante.

Un parpadeo a unos doscientos o trescientos metros de distancia le llama la atención. Entrecierra los ojos y descubre, en efecto, una luz que se enciende y apaga. Se enciende y apaga. De forma irregular, no rítmica. Brilla naranja, como las luces de los ganchos de Tyler.

¡Tyler!

Julia levanta el brazo y gesticula en esa dirección. Con la otra mano llama la atención de Eddi para que vea la luz. Eddi nota su nerviosismo y mira en la misma dirección hasta que también lo ve.

Su cuerpo se tensa. Se incorpora un poco más y mira a la lejanía.

Entonces se encuentran sus miradas. No hace falta decir nada, ya se entienden. Si es Tyler, deben ir a por él. ¡Si ha conseguido activar una luz, es que está vivo!

Eddi está ya sentado en el borde de la balsa y se deja caer al agua.

Julia quiere hacer lo mismo, pero Eddi sacude la cabeza y da golpecitos sobre la balsa. Debe quedarse aquí, en lugar seguro. El viejo macho.

Julia muerde con fuerza el respirador, pero luego asiente y ve como Eddi activa su foco frontal y se hunde en el negro océano.

Eddi calcula la distancia en unos doscientos metros. Son unos cuatro minutos bajo el agua. En su entrenamiento de natación cruzaba la piscina de 25 metros en unos treinta segundos, sin aletas.

Decide sumergirse dos minutos y luego reorientarse. Así que se hunde en el agua y comienza a nadar en la dirección de esa lucecita. Entonces empieza a contar: uno, dos, tres, cuatro, ...

Lo que ve le genera un cosquilleo en la columna. Unas pálidas raíces cuelgan desde la superficie hasta un metro de profundidad. Entre ellas flotan hilillos negros que no están unidos a las raíces. Se separan cuando pasa los brazos por ellos nadando. ¿De qué se tratará? Le recuerdan a esporas de hongos.

Eso bien podría ser. El entorno húmedo y cálido en la superficie puede ser una excelente base nutritiva para hongos. Igual todas esas raíces son una especie de hongo.

Pero ¿existen hongos en entornos de agua salada? Eddi no se lo puede ni imaginar. Demasiada sal seguro que es tóxico para los hongos. En algún lugar leyó que los hongos son organismos eucarióticos que dependen de la existencia de agua en su entorno. Y la sal extrae el agua y daña las células. Eddi lo sabe por cuando cocina. Si quieres saltear unas setas ricas, échalas a la sartén caliente sin aceite. Debe evaporarse más agua en la sartén de la que sueltan, para que las setas se caramelicen y no queden hervidas. Así que si las salas antes, sueltan demasiada agua y se convierten solo en una masa asquerosa. Es como los caracoles. Eddi piensa en esos horrendos bichos marrones que tenían sus padres siempre en el jardín y que se lo comían todo. Siempre les echaban sal encima para que se murieran.

Así que con sal es improbable. ¿No estará nadando entonces por un mar de agua dulce?

Aparece una raíz especialmente gruesa frente a él de entre la semioscuridad, que llega al menos a dos metros de profundidad. Eddi decide colocar allí una luz y emerger. De tanto mirar se ha olvidado de seguir contando. ¡Menudo idiota que estás hecho, Eddi!

Aparta ese pensamiento y acelera para alcanzar de nuevo la raíz. Entonces suelta un gancho del cinturón, fija una luz a él y lo clava en la blanda raíz.

Para su sorpresa sale de dentro una masa como si hubiera reventado un grano purulento. Eddi siente asco ante esa visión y agita las manos. Entonces tira de la luz y constata que ha quedado bien fijada. El gancho ha quedado clavado en la piel de la raíz. Estupendo. O no. ¡Ahora arriba!

Eddi asciende por la raíz y sale a la superficie. La luna está inmensa sobre él. A unos cien metros de distancia ve a Julia sobre la balsa. Mueve una luz de un lado al otro.

¡Buena idea! Eddi activa una segunda luz y hace el mismo gesto hacia ella. Julia se para y levanta el pulgar. Lo ha visto y señala con el brazo hacia la posición de Tyler.

Eddi asiente, se sumerge de nuevo y comienza a nadar. Esta vez se centra en contar los segundos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco ...

...Cincuenta y ocho. Cincuenta y nueve. Sesenta.

Deja de nadar y mira a su alrededor bajo el agua, pero todo parece exactamente igual. No ve ninguna luz naranja.

Quiere salir a la superficie cuando percibe un movimiento por el rabillo del ojo. Como una sombra en la oscuridad.

Eddi da un respingo. Nota un escalofrío por la espalda. ¿Ha sido un movimiento de los hilos negros o ha visto otra cosa?

La idea lo deja intranquilo. Recuerda que está en algún lugar en un planeta lejano, muy lejos de la Tierra, pues ¿dónde podría estar si no? Y la fauna y flora aún le son totalmente desconocidas. No hay certeza sobre qué seres vivos puede haber en este gigantesco océano. ¿Hay vida aquí?

Eddi comienza a sentir mucho miedo. Mira nervioso a su alrededor, pero solo ve esos hilos negros.

¡Tranquilo, Eddi! ¡Cálmate!

Se traga el nerviosismo y nada hacia la superficie. Allí busca donde agarrarse a una gruesa raíz y saca la cabeza del agua, que resbala por la máscara y la cara. Quedan un par de hilillos que aparta con la mano. Entonces busca una raíz estable y logra salir del todo del agua.

Lo ha calculado bastante bien. La luz naranja brilla a solo unos tres metros de él. Ha sido clavada allí con un gancho a una raíz. Justo al lado hay una figura con el traje de buzo azul de su expedición. Tiene un trozo de cuerda naranja enrollado alrededor del brazo y fijado a la raíz con otro gancho. La computadora de buceo brilla igual que el indicador en la máscara. Pero la máscara no está en la cara de Tyler Drake, sino que cuelga torcida sobre su hombro. El agua oscura chapotea contra la barbilla de Tyler. Sobre su piel hay algunos hilillos pegados como si fueran pelos negros.

A Eddi se le encoje el estómago. ¿Estará vivo?

Ya que no puede hablar con el respirador, grita lo más fuerte que puede: —¡Dmmmmmmler! ¡Hyyyy! HMMMMMmmmm...

Como Tyler no reacciona, Eddi está a punto de sumergirse de nuevo cuando percibe al fin un movimiento de Drake, que abre los ojos, lo reconoce, sonríe y susurra: —¡Lo encontramos, Eddi! ¡Lo hemos encontrado! —Tose, escupe saliva y carraspea un poco—. Siempre supe que existían otros mundos. Lo sabía. ¡Xibalbá!

Vuelve a escupir, levanta el brazo libre hacia Eddi como si quisiera darle la mano, pero luego pone los ojos en blanco y vuelve a caer inconsciente.

Chac Mool, 7 de mayo de 2045

—En menudo marrón me estás… —dice George.

Adriana suelta la palanca de cambio de la furgoneta y la apoya sobre la rodilla de George que calla de golpe. ¿Es una buena idea? Hasta ahora, George la ha ayudado sin pedir nada a cambio. Un bache en la pista sin asfaltar la obliga a poner de nuevo la mano en la palanca. Lo intenta en primera. El motor aúlla de forma desagradable y la furgoneta asciende con esfuerzo por el suelo arenoso.

—Lo siento —dice Adriana—. Pero es imprescindible que tengamos el exotraje. Y no hay otra manera de conseguirlo.

—No me refiero a esta pequeña aventura. Solo espero que no acabéis matándoos con eso.

—Prometo que regresaremos sanos y salvos.

George murmura algo que ella no entiende, pero no pregunta ya que la luz de los faros iluminan un portón. Apaga todas las luces y golpea en el cristal a su espalda, mientas la vieja furgoneta de El Flaco se detiene del todo. Suerte que su padre la enseñó a manejar coches con cambio manual. Este debe ser el último ejemplar de este tipo en todo Yucatán. *Con esta furgoneta aprendió a conducir tu madre*, le dijo El Flaco cuando lo ingresaban en la clínica estatal.

Algo hace ruido afuera. Debe ser Diego que está bajando de la plataforma trasera. Se ha traído un cortapernos. Adriana sigue su sombra que ahora llega al portón. George le ha asegurado que por la noche no hay guardias en esta zona. Ante los precios de este tipo de trajes le pareció a Adriana muy poco probable, pero al parecer tenía razón: Nadie, excepto la empresa de mantenimiento para los tubos subacuáticos, necesita por aquí un trasto tan aparatoso. La sombra abre primero la hoja izquierda y luego la derecha del portón y se coloca al lado. A medida que la furgoneta se acerca, la sombra se convierte de nuevo en Diego que levanta triunfante el cortapernos. Ojalá no le coja el gusto como futura actividad; no es precisamente la carrera que ella tenía en mente para él.

Cuando cruzan el portón, la furgoneta pasa a una pista asfaltada. Parece que, en el interior de las instalaciones, los caminos están asfaltados. Al menos hacen así menos ruido. George la dirige hacia un cobertizo de aspecto aburrido. Todo el almacén se compone de estas casetas bajas, con ventanas provistas de persianas metálicas.

Adriana se baja de la furgoneta y va hacia atrás, donde Diego está acercando el carrito de transporte que han traído al borde de la plataforma. El traje blindado debe pensar como un piano pequeño, así que se dejaron recomendar en una tienda especializada en transporte de pianos. Adriana agarra el carro, que pesas sus buenos treinta kilos, y lo baja al asfalto con un resoplido.

—Aquí —susurra George.

Adriana se alegra de haber convenido el contrato con él hace un par de días, a pesar de las dudas que tenía sobre sus capacidades para bucear en cuevas. Sin él, les resultaría imposible conseguir el equipamiento necesario. Intentó recurrir a los ahorros de Juan, pero El Flaco le aseguró de forma creíble que está hasta el cuello de deudas y que solo por ello se había esforzado tanto, en sus palabras, por conseguir ese encargo.

Esforzado... Cuando dijo esa palabra estuvo a punto de darle un par de buenas bofetadas. Pero eso habría molestado a la enfermera que lo estaba tratando. ¡El gilipollas habría dejado pudrirse a su sobrina en el laberinto! Dijo que sabía que Diego la vigilaba en secreto y confió en él. Pero no se lo cree.

—¿En qué estás pensando? Te veo muy distraída —pregunta George.

—Ups, perdón.

Cruza la puerta que George mantiene abierta.

—¡Ualaa! —dice Diego.

Su hermano apunta con la linterna hacia una especie de muñeco gigante que parece como un astronauta algo demasiado gordo. El torso tan redondeado le confiere un aspecto simpático, como si no pudiera hacer daño a nadie. Solo el visor del casco, de un brillante negro, tiene el aspecto del ojo de un insecto. Debajo hay un rótulo escrito con caracteres extraños.

—¿Es eso... griego? —pregunta ella señalando hacia el rótulo.

—No, es cirílico —dice George—. Compran estos trajes blindados a la empresa rusa RB.

—Siempre pensé que AlphaOmega eran los fabricantes de los mejores equipos de buceo —dice Diego.

—Sí, pero el precio también es un tema importante —dice George—. No hace falta tener siempre lo mejor; lo que importa es que cumpla bien su función. Pero no estamos aquí para chalar un rato. Vamos, llevémonoslo. Quiero salir de aquí antes de que amanezca.

—No te preocupes. Tú nunca has estado aquí —dice Adriana y le pone la mano sobre el hombro, a lo que él reacciona con un respingo. Sí, heredó las manos calientes de su madre.

El traje de buzo está sobre una especie de armazón y tiene algunos cables conectados. George separa los cables con habilidad.

—Está totalmente cargado. Si usas los motores con cuidado y economizas energía, aguantará unos dos días.

—¿Y luego?

—Luego se queda rígido. Sin los motores no puedes mover las articulaciones.

—¿Qué hay del aire?

—En la espalda hay una conexión estándar para dos botellas. Según la profundad, cada una de ellas da para ocho horas. Si quieres aprovechar al máximo el tiempo de la batería, deberías llevarte cuatro botellas de recambio.

Adriana hace los cálculos. En casa de El Flaco encontraron ocho botellas llenas y a ella aún le quedan seis. Suficiente.

—A la de tres —dice Diego—. Uno, dos, tres.

El traje se inclina lentamente hacia delante. Diego empuja por detrás mientras Adriana y George frenan la caída por delante. El muñeco de metal se apoya suavemente sobre el carro de transporte. Con él se desplazan entonces hacia la plataforma de carga de la furgoneta.

Ahora viene lo más difícil: deben levantar el pesado traje más o menos un metro y medio hacia arriba.

—¿No podría meterse uno dentro y hacer que suba él solo con los motores? —pregunta

Diego.

—No, con eso lo romperías. Los motores están pensados para su peso bajo el agua, con unos cuatro a ocho kilos menos.

—Qué pena; pues nada, lo subimos a mano.

Diego se sube a la plataforma y se pasa por la nuca una correa que ha pasado por debajo de los brazos del traje. Adriana y George agarran cada uno una pierna.

—¡Una, dos y tres! —dice Diego.

Adriana se arrodilla y a la de tres empuja con todas sus fuerzas la pierna del traje hacia arriba. ¡Se mueve! Está a punto de volar hacia atrás. La pierna sale disparada hacia delante. Salta justo a tiempo a un lado.

—¡No lo sueltes ahora! —dice Diego.

Adriana empuja la pierna hasta que el traje queda entero sobre la plataforma.

—Lo conseguimos —dice George—. Ya podéis marcharos. Yo voy a recoger esto un poco y a borrar nuestras huellas.

—Gracias —dice Adriana y le da un beso en la mejilla—. Eres un tesoro.

En las primeras luces del amanecer ve cómo George se sonroja. ¡Hombres!

—Vamos, hermanita —dice Diego—. Tenemos que rescatar a un par de buzos.

Adriana no dice nada, aunque ya ha decidido que Diego lo seguirá todo desde la superficie. No piensa perderlo también a él.

Los primeros instantes dentro de Bobby son horrorosos. Ante sus ojos se deslizan múltiples mensajes. Tiene los brazos embutidos en los del traje, al que ha bautizado con el nombre de Bobby, por lo que no puede quitarse el sudor que le baja por la frente. Entonces se obliga a pensar en lo que le ha explicado George. Puede influir en los mensajes sobre el visor centrando la mirada en ellos.

Así que comienza justo por el centro hasta que sólo aparece una indicación: la profundidad. Se queda fija en diecisiete cuando Bobby se apoya en el fondo. Adriana flexiona automáticamente las rodillas y, al volver a incorporarse, Bobby da un salto. Los amplificadores de fuerza parece que funcionan. ¡Si al menos aquí dentro no hiciera tanto calor! En el fondo tampoco es que le guste mucho el agua fría del interior de las cuevas, pero Bobby se está pasando con la calefacción. Cambia en el visor al menú de ajustes y aumenta el aire acondicionado. Una brisa fría pasa por su frente. Mucho mejor.

Se coloca panza abajo. La sensación es muy extraña porque la cabeza de Bobby no es tan móvil como la suya. Rasca el fondo con los dedos, pero no siente nada excepto una ligera resistencia. Es como si ni siquiera estuviera en el agua; como si Bobby la invitara a una visita guiada como turista. Pero ese es un pensamiento peligroso, pues aunque no lo sienta así, las toneladas de agua que tiene por encima podrían chafarla en cualquier momento. Ese es un peligro que no se da con un traje de neopreno.

Adriana sigue el gancho que ha colocado El Flaco. Ya conoce el camino, pero como pasajera dentro de Bobby parece nuevo y desconocido. Los pasos estrechos pierden su aspecto amenazador, aunque también se siente desagradablemente separada del entorno. Con los instrumentos de Bobby puede medir las corrientes, la distinta composición de las paredes, los cambios de temperatura de agua o la intensidad de la luz, pero no siente nada de ello.

—¿Todo bien? —pregunta Diego.

—De maravilla. Ya he llegado a la V invertida.

La conexión por radio al exterior es una de las grandes ventajas de este traje. No porque pudiera necesitar ayuda o porque le guste hablar, sino porque así sabe que Diego no va a hacer ninguna tontería, mientras le responda.

—Ya me dirás si necesitas algo.

—Prometido.

Se desplaza por la grieta en la roca. Le cuesta utilizar el término de «bucear» porque más bien se siente como viajando en un submarino.

En esa cueva encontraron la caja grande que los hombres de Drake dejaron aquí. Sigue estando en una esquina. El candado muestra un rasguño de brillo plateado bajo la luz del foco. Allí debe haberse dado Diego con la piedra.

—Estoy en la cueva con la caja —dice por radio.

No hay respuesta. Ojalá sea por el escaso alcance de la radio. Adriana mete a Bobby por el estrecho pasillo que El Flaco se había guardado para él como un secreto personal. Hace que el traje ilumine el interior. No se ve nada excepto paredes de roca con conchas y pequeñas plantas peludas. ¿O son animales? Bajo el agua nunca se sabe eso a ciencia cierta, pues aquí las diferencias son difusas, mientras que en tierra firme son más evidentes. Aquí, incluso las sombras se convierten en monstruos que parecen atacarte.

No puede evitar recordar las heridas sobre la piel de El Flaco. Al menos eso no era ninguna fantasía. Adriana busca con la mano el arpón que han enganchado a la espalda de Bobby. No lo necesitará, porque se supone que el traje la protegerá de cualquier descarga eléctrica, pero se siente más segura con él en la mano.

Bobby emite un mensaje. El traje ha detectado un aumento de la temperatura. Aquí abajo, donde debería hacer más frío que en la superficie, la temperatura parece estar tres grados por encima que la de arriba. ¿Será que la compensación de presión por la cueva derrumbada ha hecho que llegue agua de mar más caliente al laberinto? Pero el contenido en sal se ha reducido un poco. Un misterio que ya se ocuparán otros de resolver.

Adriana se inclina hacia delante y pone en marcha el motor. Sin mover brazos ni piernas, Bobby se desplaza hacia el pasadizo estrecho. Enhebra el cuerpo entre las masas de roca y se mueve lentamente hacia delante. Solo son un par de segundos. De arriba le llega un ruido de roce. Corrige el rumbo. Ahora es la panza del traje blindado la que roza contra el suelo. Adriana mete la barriga hacia dentro, pero no sirve de nada. A ello se añade ahora un roce por la espalda y, de golpe, se queda encajada.

Mierda. Adriana patalea con brazos y piernas, pero no sirve de nada. Pasa el motor a máxima potencia. Bobby avanza un poco para quedar simplemente más encajado aún. ¡No puede ser verdad!

—¿Diego? Tengo un pequeño problema.

Su hermano no responde. ¡Solo faltaba eso! Aquí abajo, dentro de este estrecho pasadizo, la conexión por radio ha quedado totalmente cortada. *Tranquila, Adriana. Si no emerges pronto, vendrá a mirar*. Ni siquiera se lo ha prohibido; pero es que tampoco lo habría cumplido.

Dirige el foco de Bobby hacia delante. Ya casi puede verse del todo la sala que hay a continuación. Ayer no tuvieron ganas de inspeccionarla con detenimiento. Pero Adriana está ya impresionada cuando ve una cantidad inusualmente alta de restos de arquitectura maya. El Flaco no exageró.

Se le acerca una sombra de formas irregulares. Conecta el foco del brazo izquierdo de Bobby para ver mejor ese objeto, pero ha desaparecido de inmediato. No debe dejarse confundir por los

cuentos de hagas de El Flaco. La sombra de ese objeto no era la de una manta raya, pero se acuerda de cuando era pequeña; de las extrañas formas que podrían llegar a tener las sombras, con un poco de fantasía.

De repente recibe un golpe y se asusta tanto, que olvida estabilizar la posición de Bobby. El mundo gira a su alrededor mientras el traje blindado da una voltereta. La pared del extremo opuesto frena el movimiento. Adriana ve un pez debajo de ella. Ah, no; es Diego, que le hace la señal de okey y ella lo confirma, aunque no le parece okey en absoluto que la haya seguido sin habérselo pedido. Pero ya discutirán sobre eso cuando hayan encontrado a Drake.

Adriana se acuerda de la sombra. Diego no está tan bien protegido como ella, así que señala hacia las paredes y añade la señal de «peligro». Diego coge la linterna e ilumina las paredes de forma sistemática mientras ella lo sigue. El resultado es tranquilizador: Estás solos. Su fantasía debe haberla jugado una mala pasada.

Siguen las señales de El Flaco y llegan hasta un pórtico con platos para fuego a ambos lados. No hay nada en este laberinto que esté tan bien conservado como esto. Detrás, el camino señalizado gira sorprendentemente y lleva hacia un túnel. Aquí se nota una ligera corriente. Diego se agarra a Bobby que con su propulsión supera sin dificultad la corriente.

Al salir de túnel se deslizan al interior de una cueva más grande; una auténtica sala. Los focos recortan un majestuoso templo de la oscuridad del fondo, que asciende con innumerables escalones y está rodeado de estalactitas y estalagmitas. Los arquitectos las incluyeron en su diseño del templo de forma que pareciera como si ese edificio ceremonial hubiera crecido a lo largo de los siglos junto con esas columnas naturales. Adriana ni había visto jamás un templo como este dentro de los cenotes; ni siquiera en fotos. Para los mayas debió ser enormemente importante, considerando la profundidad a la que lo construyeron. En aquella época seguramente tampoco habría un acceso por el que llegar sin mojarse hasta cierto punto los pies.

Gira su foco hacia el lado y se da cuenta entonces de que falta un haz de luz. ¿Dónde se ha metido Diego? Si hace un instante estaba allí con ella. ¿No se le habrá ocurrido...? Se desplaza a máxima velocidad hacia el pozo que mencionó El Flaco e ilumina el interior. Excepto un par de cuerdas de colores no hay nada. Se da la vuelta y ve que sale luz de otro pozo. ¿Diego? Bobby la lleva allí y se lanza como un ave de presa en el agujero. Está lleno de calaveras y huesos pero no puede ver ninguna silueta humana. Excepto la de Diego que está removiendo entre los restos. ¿Qué puñetas le pasa? Le pregunta con gestos cómo está y él le enseña una vieja botella de aire.

Okey, no son los primeros aquí abajo. ¿Por qué está Diego tan preocupado? ¿Habrá visto al monstruo? Adriana señala hacia arriba, pero él hace un gesto contrario y señala de nuevo hacia la botella de aire. Adriana centra su atención en ella. Conoce el logotipo. Pertenece al centro de buceo que dirigía su tío hacía tiempo, antes de independizarse. El Flaco debió descubrir este lugar ya en aquella época. ¡Y jamás dijo nada sobre ello! Igual logró con ello embolsarse algún que otro dólar de más. Aunque seguramente fuera lo mejor para todos, pues si hubiera notificado su hallazgo, Chac Mool se habría cerrado al público y habría perdido parte del negocio.

Aunque Diego no parece contento, porque sigue señalando enérgicamente hacia el cierre de la botella oxidada. Allí hay un nombre escrito: «Flori». ¿Se referirá Flori a Floriana? Adriana sacude la cabeza. ¿Qué significaría eso? Los buzos pierden a menudo sus botellas de repuesto. Pero ahora ya entiende por qué Diego ha estado rebuscando entre los huesos de este pozo. Al parecer, no ha encontrado nada. Adriana le hace la señal de OK y él la repite. Debe entrar en el otro pozo. Para eso han venido.

Bobby recibe en ese momento un fuerte golpe desde arriba. Puede frenar el traje justo a tiempo antes de chafar a Diego. Los amplificadores de fuerza de los brazos han resultado ser por

primera vez muy útiles. Diego la mira extrañado. Seguramente no se haya dado cuenta de lo que acaba de pasar, así que solo señala hacia el motor principal en su espalda. Será mejor que piense que aún no domina del todo la técnica.

Se asoman juntos por el borde del pozo y miran el interior. La luz de sus focos no llega ni de lejos hasta el fondo. Había calculado que debe tener unos doscientos metros. Eso significa que Diego no puede seguirla bajo ningún concepto. Adriana repite la señal de peligro y Diego se la confirma. Parece que esta vez será algo más sensato, aunque está segura de que solo durará si no regresa pronto de su descenso. Ha decidido estar solo una hora ahí abajo, en lugar de las dos que habían convenido. Además, le pone a Diego el arpón en las manos. La sombra, ese fuerte empujón de antes, las estrías en la piel de Juan..., es evidente que no están solos aquí abajo.

Sin embargo, alcanza el fondo del pozo al cabo de solo diez minutos. Está cubierto de una fina capa de lodo, huesos y restos de plantas y su equipo marca una profundidad de 185 metros. Aquí no hay ninguna cueva que se haya derrumbado, y desde luego no hay ni rastro de los buzos desaparecidos. Todo esto le resulta muy extraño. ¿Será que se han equivocado de pozo? Durante el ascenso, Adriana observa las paredes con detenimiento. Lo único que llama su atención es la presencia de un tipo de planta que parece fluorescente a la luz del foco, pero que debe tener hojas y tallos negros. Seguramente ni siquiera se trate de plantas, ya que aquí abajo no hay fotosíntesis que valga. ¿Serán hongos? Adriana no ha visto jamás nada parecido en otras cuevas, pero podría deberse a que nunca ha buceado a tanta profundidad.

Cuanto más asciende, más nueva y estable parece la mampostería que reviste las paredes del pozo. En un saliente encuentra un trocito de material elástico negro. Eso coincide con la descripción de El Flaco. Pero ¿de dónde salió esa corriente tan fuerte? Algo hay aquí que no cuadra.

Su sospecha se convierte en certeza cuando alcanza el borde del pozo. Diego ha desaparecido. Junto al reborde del pozo está la funda del arpón. Está rota, pero la cuerda que se une a la punta del arma parece intacta. Lleva desde la funda hacia la oscuridad.

Adriana duda, Pero no debería dudar. El ser que atacó a El Flaco no puede hacerle nada a ella. ¿Habrá atacado ahora también a Diego? Sale rápido del pozo y mira a su alrededor, con los focos de ambos brazos al mismo tiempo. Pero está sola. El corazón se le acelera. ¿Dónde estás, Diego? ¿Por qué has disparado el arpón? Deja que Bobby descienda hasta el suelo, coge la cuerda y la sigue. ¿Qué longitud tienen estas cuerdas? Nunca ha pescado con un arpón.

La cuerda la lleva hasta el pasadizo estrecho donde antes casi quedó encajada. Tira de la cuerda Y alguien responde. Adriana ilumina dentro de la grieta. Al otro lado aparece también una luz. Poco después aparece Diego en la apertura y ambos se abrazan. Diego se rebela con movimientos asustados y Adriana ríe. Debe haberle parecido como si Bobby lo fuera a estrujar. Da un paso atrás para dejarle más espacio y hace la señal de okey. En lugar de confirmarla, Diego señala primero al arpón y luego a su brazo; momento en el que aparta hacia atrás la manga. Reconoce las mismas estrías que en la piel de El Flaco, pero aquí solo hay una. ¿Se habrá defendido Diego?

Le coge con cuidado la punta del arpón de las manos y busca por la cueva un lugar donde el suelo esté cubierto de arena. Encuentra una estructura circular que parece un pozo lleno de arena. Es la superficie perfecta para escribir. Utiliza la punta del arpón para escribir su pregunta en el

suelo.

«¿Qué pasó?»

Le entrega a Diego el arpón que utiliza primero para borrar la pregunta.

«Eso me atacó», escribe.

Adriana dibuja un interrogante sobre «Eso».

«No sé. Nada sólido. Negro», escribe Diego.

«¿Cómo te atacó?»

«Apéndices. Golpes. Eléctrico».

«¿Te defendiste?»

Diego asiente y señala al arpón.

«¿Lo heriste?», pregunta ella en la arena.

«Arpón atravesó la cosa. No le hizo nada».

«¿Y luego?»

«Esconder»

«¿Tú?»

«Primero eso, luego yo»

Adriana señala al «yo» y luego a la estrecha grieta. Diego asiente. Luego señala Adriana la palabra «eso».

«¿Dónde?»

Diego gira en círculo y señala por toda la inmensa cueva.

«Por todas partes. Se disolvió»

«No temas», responde ella.

Pero eso es mentira. Siente cómo le sube un escalofrío por la espalda. Adriana le cree. Diego parece más centrado de lo que estaría ella tras un ataque así. El Flaco tenía razón. Pero eso significa que igual tenía razón en todo. Si el grupo de Drake realmente ha desaparecido a través del pozo, solo queda una explicación: Debe haber una salida oculta. Igual tiene todo esto más que ver con esas viejas historias de Xibalbá de lo que le gustaría. Ahora se arrepiente de no haber escuchado mejor a las personas que hablaban de estas leyendas.

«En pozo debe haber salida secreta», escribe ella en la arena.

Diego borra la palabra «salida» y escribe «puente» encima, y luego «portal».

«¿Cómo lo sabes?», le pregunta Adriana.

«Leído. Escuela. Leyenda. Xibalbá».

«¿Ponía cómo se abre el portal?»

Diego sacude la cabeza.

«Debe haber un abrepuertas», escribe.

Adriana asiente, aunque su hermano no pueda ver su cara tras el visor. Al parecer, el grupo de Drake encontró ese abrepuertas.

«Debemos buscar botón. Juntos», escribe ella en la arena.

Diego asiente. Inspeccionan, sin separarse, la inmensa cueva entera, tocan cada relieve, presionan cada símbolo que encuentran al estilo de las antiguas películas de Indiana Jones, pero no logran nada. Adriana lleva a Diego consigo de nuevo a su improvisado cuaderno para mensajes. Su corazón se le acelera cuando ve lo que hay allí escrito.

«No temas».

¿Es una broma? Adriana señala hacia Diego que sacude enérgicamente la cabeza. De hecho, ha estado todo el tiempo a su lado, así que no puede haber escrito eso. Adriana respira lo más hondo que puede. ¿Quién está jugando con ellos?

En el fondo ya sabe la respuesta: debe ser esa extraña sombra, el ser sin estructura, que atacó antes a El Flaco y hace un rato a Diego. Pero ¿cómo se combina eso con el mensaje? ¿Entenderá lo que ha escrito? Y ¿cómo no van a tener miedo, si esa cosa intenta matarlos con descargas eléctricas?

Diego borra esas tres palabras.

«Abrepuertas».

Tiene razón. La presencia de ese ser no es precisamente de ayuda. Si no hay un botón físico, el portar debe abrirse con algún otro método. En los cuentos decían «Ábrete, Sésamo». Una palabra clave bien podría haber funcionado con los mayas, pero no ahora que la cueva está inundada. El Flaco también habló en el hospital de dos golpes de presión. Debió ser algo que se puede desencadenar dos veces seguidas sin querer. ¡Si al menos Juan hubiera podido mirar con más atención lo que hacían sus clientes en el templo...!

«Abridor debe funcionar tanto en agua como en aire», escribe Adriana en la arena.

Necesita tres líneas para tanto texto. Diego estudia el texto y asiente. Luego lo borra.

«Electricidad. Química. Presión». Borra la última palabra y añade «Luz».

A Adriana tampoco se le ocurre nada más. Aunque con la luz ya lo han probado sin querer, mientras presionaban sobre todos los símbolos en relieve. ¿Y si hace falta otra longitud de onda? Pero ¿conocían los mayas este concepto? Probablemente no. Además, el grupo de Drake no llevaba ninguna lámpara especial.

«Ya probamos con luz», escribe ella.

«¿Ultravioleta?», escribe Diego en la arena.

«Nada que no tuvieran los mayas».

Diego asiente. Así que ya solo queda la electricidad y estímulos químicos. Los mayas no tenían luz eléctrica, pero sí que debían conocer el efecto de la corriente eléctrica. En el Caribe hay muchas templaderas. Suena improbable, pero ¿por qué no tener algunas de estas rayas eléctricas enjauladas? Los ataques de este curioso ser también apuntan hacia esa posibilidad. Y el agua conduce la electricidad. ¿Y si Tyler fue atacado por esta cosa y con ello se abrió el portal? Pero la segunda vez, Juan fue testigo de eso y no contó nada de un ataque.

«¿Mayas tenían química?», pregunta Diego con la punta del arpón.

«Mucha. Cocinar es química. Armas envenenadas».

«Líquidos corporales», añade Diego.

El Portal de las Lágrimas. ¿Sale eso en alguna leyenda? El Portal del Sudor. El Portal de la sangre. La Puerta del Esperma. El Pasadizo del escupitajo. Ah, no, se dice saliva. ¿Qué les falta? ¿Líquidos linfáticos? ¿Licor? ¿Mocos? Casi nada de eso funciona bajo el agua sin querer. La máscara de buceo retiene las lágrimas y la saliva. Pero ¿qué hay de la sangre? Tyler debió lastimarse, y luego Eddi o Julia. Pero con la fuerte corriente habrán desaparecido todas las huellas. Aunque valdría la pena comprobarlo.

Adriana mira a su alrededor. El ser se mantiene escondido. Si realmente puede disolverse así de fácil, puede estar en cualquier parte. Igual flotan partículas suyas ahora directamente sobre ella. ¿No está el agua allí curiosamente arremolinada? Estira el brazo, pero solo hay agua.

«Probaremos con sangre», escribe en la arena.

Entonces se gira hacia el pozo. Diego la sigue. Adriana señala hacia el estrecho pasadizo, pero su hermano sacude la cabeza. Adriana se lleva a Diego hasta la arena.

«Tú miras desde lugar seguro», escribe.

Él sacude de nuevo la cabeza. «Voy contigo. No puedes impedirlo».

«O te quedas aquí, o ...»

«¿O qué?»

Ya... No debería escribir amenazas vanas. Julia y Eddi también fueron absorbidos juntos por ese portal. Si la descripción de El Flaco es correcta, y ahora debe partir de eso, las fuerzas de arrastre que se generan deben ser muy fuertes. Diego solo tiene que ir un par de metros detrás de ella. Eso no podrá impedírselo.

Bueno, sí, evitando que se abra ese portal.

Drake y compañía pueden quedarse donde Jesucristo perdió la zapatilla. Si es que la perdió algún día. Ni siquiera tiene idea de a dónde llevará ese portal. Hay gente que piensa que hay una segunda Tierra debajo de nosotros; que la Tierra es hueca. Pero son una panda de tarados. Seguramente se trate de una cueva debajo de la cueva. Los antiguos mayas debían enviar allí a sus delincuentes o prisioneros de guerra. Seguramente no sabían nada del lugar al que iban. Sí, una segunda cueva, seguramente sea eso. Oscuridad eterna y la muerte. ¿Puede dejar que el grupo de Drake sufra ese destino? Puede, si con ello salva la vida de su hermano.

«Si no, nos vamos a casa», escribe ella.

«No puedes obligarme», responde Diego sobre la arena; coge la punta del arpón y nada hacia el templo. Allí se levanta la manga del traje y se aprieta la puta contra la muñeca.

Adriana suspira. No, no puede obligarle. Incluso hasta le necesita, por si la entrada a esa jodida Xibalbá realmente se abre con sangre. ¿A quién se le ocurriría esa idea? Ella está encerrada en el traje blindado y no puede ni sacar un dedo para pinchárselo. Tendrán que verter la sangre de su hermano.

Un momento. Aparta el brazo con el que su hermano sujeta la punta del arpón. Él intenta defenderse, pero gracias a los amplificadores de fuerza, ella gana. ¿Y si la puerta se abre solo para Diego, porque es su sangre la que se ha vertido? Aunque eso contradice la versión de los hechos relatados por El Flaco. Julia y Eddi fueron arrastrados a la vez al otro lado.

Vuelve a soltarlo, pero no del todo. Si debe ser así, Adriana debe tener también el control. Mueve el brazo derecho de Diego de forma que el arpón no toque la muñeca sino la yema de un dedo. En la muñeca corre el peligro de tocar una arteria importante. Las yemas de los dedos también sangran mucho, pero seguro que no tanto. Diego parece entender lo que se propone, porque ahora levanta el dedo índice. La punta metálica se acerca y con un rápido movimiento le abre Adriana ligeramente la piel. Sale una gotita roja que se disuelve casi al instante en el agua. Luego sale una segunda y luego una tercera. Todas son arrastradas por una ligera corriente.

Diego da un respingo. ¿Qué le pasa? Adriana se gira. Diego está algo asustado, pero por lo demás parece estar bien. Adriana le hace la señal de OK y él la confirma. ¿Y ahora cuándo empezará el viaje? La cueva no parece responder mucho a esa poca sangre. Calcula el volumen. La concentración es realmente mínima. Los mayas seguramente cortaban cabezas para abrir el portal. ¿Querrá decir eso que Drake se hizo una herida muy grave?

Coge a Diego por la mano. Juntos nadan hasta el pozo. Nada parece haber cambiado. ¿O sí? Apaga el foco. Diego sigue sujetando la punta del arpón en la mano. Igual deben verter la sangre en el pozo. ¿Qué será eso que brilla allí al fondo? Adriana inspeccionó antes el pozo en toda su longitud. Drake no había instalado allí lámpara alguna. Esas luces deben tener otro origen. ¿Deberán nadar hacia ellas? Diego intenta decidir por ella, pero Adriana no lo suelta. Primero quiere...

Una fuerte corriente la empuja. Tiene una fuerza impresionante. Adriana intenta contrarrestarlo con el motor, pero es arrastrada al interior del pozo. Diego es cada vez más pesado. No tiene motor. Con las aletas no tiene posibilidad alguna. La succión es tan potente que hará daño a Diego si no lo suelta. No quiere hacerlo, pero no le queda más remedio. Adriana

afloja la mano y Diego da vueltas descontrolado hacia abajo. ¡Ojalá sobreviva!

Bobby también desciende a toda velocidad hacia las luces. Hace que el traje grabe todo lo que ve a través del visor. El software muestra automáticamente la distancia hasta lo que parece ser un obstáculo. Baja a gran velocidad. Adriana no tiene ni un segundo para observar el portal en todo su hermoso esplendor esférico.

Entonces lo cruza y se hunde en una total oscuridad.

Xibalbá, 7 de mayo de 2045

JULIA SE RASCA LA CABEZA. SE ESTIRA PARA INTENTAR VER A EDDI A LO LEJOS, PERO NO HAY indicio alguno de él. Desde que hizo señales desde esa gran raíz, no ha vuelto a salir. Eso hace que Julia se desespere. Ha tardado uno o dos minutos en llegar hasta allí y ahora no ha vuelto a salir en tres minutos. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Quince? A Julia le parece una eternidad.

Suelta aire con fuerza en su máscara y se estira de nuevo, pero solo ve raíces, raíces y más raíces.

Las nubes de tormenta a lo lejos parecen ser ahora más oscuras y grandes. Hay más rayos. Pero no se oyen truenos.

Aun así, Julia tiene la sensación de que la tormenta se está acercando lenta pero inexorablemente hacia ellos. ¿O solo se lo estará imaginando? No nota viento alguno. Pero también lleva un traje de cuerpo entero con máscara. ¿Cómo va a notar viento con eso?

Un movimiento a sus pies la asusta. Hay algo en el agua. Algo oscuro. Ve como algo pasa por debajo de su balsa.

El corazón se le dispara. ¿Qué ha sido eso?

Julia traga con fuerza y se colca en el centro de su improvisada balsa. Intenta sujetarse a algo, pero no hay nada donde agarrarse. Así que envuelve los brazos alrededor del cuerpo y se queda mirando los agujeros de agua entre las raíces. Le tiemblan los dedos. *Tranquila*, se dice a sí misma. *No pierdas la calma, Julia. Allí no hay nada. Igual son Eddi y Tyler, si es que Eddi lo ha encontrado.*

Joder, ¿dónde estará Eddi?

Se atreve a acercarse de nuevo al borde de la balsa y mira hacia el agua turbia. Entrecierra los ojos. ¿No hay algo que brilla ahí abajo? Ve hilos negros que se mueven suavemente con el agua, así como trozos de raíces. ¿Lo había visto antes igual o solo vio la oscuridad negra del océano?

No debe ser una luz. Algo va ganando forma. De nuevo un movimiento. Nota el corazón como casi se le sale del pecho.

Algo sube hacia la balsa.

La luz va y viene. ¡Algo se está acercando!

Una mano. Un brazo. Un cuerpo.

Luego una cara pálida. Luce como una isla en la oscuridad. Es Eddi, que finalmente saca la cabeza rodeado de sus propias burbujas.

Julia estira al mano que él agarra para salir. Y realmente lleva a Tyler consigo. Eddy lo arrastra hacia el agujero entre las raíces y lo empuja para que Julia pueda sujetarlo. Parece que

Tyler está inconsciente, pues su cuerpo no tiene tensión alguna.

Intentan subirlo a la balsa; Julia tira mientras Eddi empuja desde abajo. Juntos consiguen sacarlo del agua.

Al final, Julia queda sentada junto a Tyler, respirando con dificultad, y lo gira de lado. Se da cuenta de que no lleva los guantes. Cuelgan aún de las muñecas por sus soportes, pero no los lleva puesto. Entre sus dedos hay hilillos negros. También los hay en el cuello y en la barbilla, como ve bajo la máscara.

Cuando Eddi se sube a la balsa y hace que esta oscile con fuerza, Julia alza la mirada. Eddi parece compungido, pero señala a la máscara de Tyler. Julia lo mira confundida. ¿Quiere quitarle la máscara a Tyler? ¿Se ha vuelto loco? Sería un suicidio, pero Eddi realmente lleva las manos a la sujeción en el cuello.

Quiere impedírselo, horrorizada, pero él sacude la cabeza y suelta la sujeción. Se oye un silbido y le quita a Tyler la máscara de la cabeza y cierra la salida de oxígeno.

Julia no se lo puede creer. Se cruzan las miradas. Ella levanta las manos, pero Eddi no responde, sino que señala hacia su propia máscara. Y Julia tiene que ver cómo Eddi se suelta también la sujeción del cuello, la desplaza hacia un lado y se quita despacio la máscara. Aparece su cara sonrojada. Las juntas de goma de la máscara han dejado claras marcas sobre la frente, las sienes y mejillas. Gotas de sudor resbalan por la cara de Eddi.

Cierra también la salida de oxígeno de su botella, cierra los ojos y respira un par de veces profundamente.

Julia sigue sin creérselo. ¡Eddi se ha quitado la máscara! ¡Y ahora señala hacia la suya pidiéndola que haga lo mismo! ¡No! ¡Se ha vuelto totalmente loco! ¡No puede quitarse la máscara! ¿Y si el aire está envenenado? Si el oxígeno en el aire es demasiado bajo, o el monóxido de carbono demasiado alto... ¡Igual pierden el conocimiento al cabo de pocas respiraciones!

Solo pensarlo se queda sin aire, a pesar del respirador en marcha. No puede evitar imaginarse a los tres tumbados en esta balsa en medio del océano mientras estalla la tormenta sobre ellos. Mientras los rayos caen al mar a su alrededor, destrozan raíces y levantan columnas de espuma contra ellos. Cómo vientos huracanados ponen el agua en movimiento, sacudiéndolos y lanzándolos al final al agua sin las máscaras puestas.

Nota la mano de Eddi cogiéndole la suya. Se la sujeta y aprieta suavemente. La mirada de Julia gira hasta encontrar la cara de Eddi. Sonríe con amabilidad, pero también con decisión. *Quítate la máscara*, dicen sus ojos.

¿En serio?, pregunta ella en silencio y él asiente.

Julia traga y lucha contra una resistencia interior; no quiere quitarse la máscara, pero entonces levanta los brazos y ella misma se suelta el cierre. En sus oídos cruje y chisporrotea algo, luego un fuerte silbido cuando se abre el cierre especial, une el hueco interior estanco con la atmósfera y se produce un equilibrio de presión.

Contrae la cara con dolor cuando algo cruje en sus oídos, pero luego desaparece.

Julia coge aire con fuerza antes de quitársela del todo. Un aire saturado de humedad le acaricia la cara. No se atreve a coger aire, pero Eddi vuelve a apretarle la mano y al final lo hace. Huele a humedad y tiene un curioso sabor a setas. Julia no puede describirlo de otra forma, pero piensa en esos champiñones, crudos, que su exnovio le añadía a la ensalada. Esos tan odiados champiñones. Esas asquerosas cosas blanditas.

Nota como se le llena la boca de saliva pegajosa y escupe con fuerza. Otra vez.

Entonces ve cómo Eddi cierra la salida de oxígeno de su botella. —¡Respira! —le dice.

Entonces Julia se percata de lo que realmente acaban de hacer y siente como un fuerte puño le agarra el corazón. Inspira con fuerza el aire con olor a champiñón, tose, toma más aire, no llega a expulsarlo y vuelve a tomar aire.

—¡Respira! —la insta Eddi por segunda vez, pero Julia no puede. ¿Y si se está envenenando? ¿Y si eso es su sentencia de muerte?

Solo puede inspirar, llenarse los pulmones de esa mezcla de gases de apestosa humedad hasta lo más profundo. Y no puede sacarlo. Solo inspira, inspira, inspira.

—¡Julia! —grita la voz de Eddi—. ¡Esa es tu última inspiración, luego lo expulsas! ¿Me oyes? ¡Suelta el aire. Suelta el aire!

Quiere, pero no puede. Solo puede inspirar. Jadea. Los pulmones le van a estallar. Además, solo quiere largarse de aquí, fuera de la balsa.

Quiere saltar, pero Eddi la sujeta. Eddi, el pitbull, siempre imperturbable al pie del cañón.

—Tranquila..., tranquila. ¡Aguanta la respiración, Julia; aguántala. Bien, muy bien. Y ahora suéltala, toda, a fondo, expulsa todo el aire que puedas. —Él le muestra cómo hacerlo y respira entre los labios abiertos despacio y largo, como si quisiera apagar una vela.

A Julia le cosquillean los dedos de tanto aire que ha cogido, pero consigue imitar a Eddi y logra expulsarlo. Suelta el aire del todo, nota cómo se le contrae el pecho y su vientre se aplana, hasta quedarse sin aire en los pulmones.

Eddi sonríe.

—¡Bien hecho! Ahora inspira lentamente.

Julia asiente e inspira muy despacio. Ahora incluso nota más el aire bochornoso y con aroma de setas, pero ya no entra más en ese jadeo impulsivo con hiperventilación.

—Lo estás haciendo muy bien. —Eddi suelta sus manos y se quita el sudor y las gotas de agua de la frente—. Muy bien, Julia, sigue así. Perfecto. Voy a ver cómo está Tyler mientras tú sigues respirando. ¿Okey?

Julia solo asiente y vuelve a soltar el aire a fondo.

Mientras, Eddi se inclina sobre su jefe. Pega el oído a su boca abierta, le levanta con cuidado los párpados y observa sus pupilas.

Parece que Julia ya se ha recuperado, porque escupe de nuevo y pregunta:

—¿Cómo está?

Eddi se encoge de hombros.

—Lo encontré así. Se había atado con la cuerda a una raíz y no llevaba la máscara puesta. Respira muy superficialmente, pero respira. —Eddy pone dos dedos en el cuello de Tyler y siente sus pulsaciones—. Su pulso también es normal. Calculo que unas setenta pulsaciones por minuto. Y con fuerza. Al parecer, esta atmósfera no parece ser inmediatamente tóxica. —Eddi hace una mueca lejanamente parecida a una sonrisa.

Julia suelta el aire con un gran suspiro. No tiene ganas de reírse de un chiste tan malo. Y sus dedos siguen temblando demasiado, aunque ahora ya algo menos.

—¿Ya sabes que sin las máscaras estamos corriendo un riesgo enorme?

—El riesgo no es mayor que llevarlas puestas. —Eddi mira su computadora de buceo y dice: —Nos queda oxígeno para escasas cuatro horas. Y con eso tenemos que cruzar el portal, o lo que fuera eso que hemos cruzado antes. ¡Y antes tenemos que encontrarlo! No tengo ni idea de si nos estamos moviendo con la corriente o no. No nos quedará más remedio que bucear y a saber hasta dónde, activar el portal, sea como sea que funcione, y luego salir al cenote donde igualmente estaremos sumergidos. ¡El viaje de ida nos tomó más de una hora!

—¡Pero en el cenote tenemos botellas de recambio! —Alega Julia—. El oxígeno debe

durarnos hasta el portal.

—Okey, en eso tienes razón. Pero necesitaremos todo el oxígeno posible para poder encontrar el portal bajo el agua. Con esta especie de sopa turbia no se llega a ver más allá de dos metros. Encontrar aquí un pozo es una auténtica locura.

Si es que hay un pozo, claro.

Antes de que Julia pueda decirlo en voz alta, Eddi la interrumpe.

—¿Nadaste todo recto hacia arriba, cuando llegaste aquí?

Julia se encoge de hombros.

—Supongo que sí. Pero no podría jurarlo, ya que te estuve buscando. —Julia se acuerda entonces de algo y levanta la mano—. ¡Diecisiete metros!

—¿Cómo dices?

—Me acuerdo aún de diecisiete metros de profundidad. ¡Aún me extraña cómo indicaba diecisiete y no más de ciento quince! Eso fue justo después de acercarte a mí. Y desde ese momento nadé hacia arriba.

—Diecisiete metros —murmura Eddi—. Entonces tendremos que bajar a unos veinte o más. Y aun así no sabemos si esta alfombra de raíces se mueve o no. ¡Menuda mierda! ¡Una mierda gigantesca! —Eddi arranca un trozo de raíz y la lanza como una manzana lo más lejos que puede. El trozo vuela en una parábola inesperadamente plana hacia el agua, como si la gravedad fuera aquí mayor que en la Tierra.

Julia apenas se percata de ello, pues tiene la cabeza centrada aún en su llegada y el encuentro de Eddi en el agua. Con la mirada ausente, murmura:

—Pues deberíamos sumergirnos cuanto antes para intentar encontrar el portal, antes de que esto nos arrastre demasiado lejos.

Eddi se limita a asentir con los ojos clavados en el horizonte.

Julia también alza la mirada, pero la baja de nuevo hacia esa agua tan oscura. Pensar en el regreso la hace temblar. Volver a meterse en esas aguas turbias, donde algo parecía moverse hace un rato, le parece una auténtica locura. Pero también tiene claro que no pueden quedarse sobre esa improvisada balsa. No tienen ni comida ni agua ni equipamiento alguno. Así que tendrán que regresar cuanto antes y buscar el maldito portal.

Eddi suspira con fuerza.

—¿Qué hacemos con Tyler? No podemos llevárnoslo inconsciente.

—¿Por qué no? Si lo llevamos atado a una cuerda entre nosotros, podemos arrastrarlo sin problemas.

Eddi no parece estar muy de acuerdo.

—No creo que sea una buena idea. Igual tenemos que bucear un buen rato si es que esta alfombra de raíces se ha movido. No podemos arrastrar a Tyler todo el tiempo con nosotros. Tiene que despertar.

Julia frunce los labios y asiente.

—Seguramente tengas razón. Tampoco nos queda ya mucha cuerda. A no ser que desmontemos antes la balsa.

—Eso sin duda sería lo primero. Debemos mantenernos atados para no perdernos ahí abajo.

Julia siente un nuevo escalofrío. Observa el agua, pero allí solo hay oscuridad entre las raíces. Una oscuridad chapoteante, húmeda y que apesta a setas.

Un soplo de aire fresco la hace levantar la mirada y arrugar la frente.

—¿Has notado eso?

—¿Notado qué?

—¡El soplo de viento!

Eddi sacude la cabeza y centra su atención de nuevo en Tyler, pero Julia sigue mirando hacia las nubes del horizonte. Han crecido y su aspecto es aún más amenazador. Julia calcula que aún están a varios kilómetros de distancia, pero que se acercan a bastante velocidad.

—¡Se acerca la tormenta! —dice con un leve susurro.

Eddi mira al fin en la misma dirección de que ella. Las comisuras de sus labios se contraen. Luego mete los dedos en el agua y los levanta al aire. Los mantiene un instante muy quietos y con los ojos cerrados, y luego mira hacia Julia.

—El viento viene de allí —señala hacia la tormenta—. Nos está trayendo esas nubes.

Julia vuelve a sentir esa suave brisa en la cara. Es más fresca que antes. Con la máscara no la había percibido. Comprueba el termómetro exterior de su traje y se asusta.

—La temperatura cae.

—¿Cuánto?

—Bueno, antes teníamos veinticinco grados. Ahora ya solo son veintidós. No, veintiuno coma ocho.

Eddi pone mala cara.

—Una ráfaga de viento, quizás —murmura tan flojo, que Julia apenas lo entiende.

—¿Qué has dicho?

—¡Una ráfaga de viento! —dice señalando hacia la tormenta—. ¡O viento previo! ¡Ni idea de cómo se llamará eso! Esos vientos que anuncian chaparrón o tormenta, y que a veces son rachas bastante fuertes. ¡Significa que las condiciones atmosféricas están cambiando y por lo que se ve allí al fondo es, sin duda, lo que está pasando!

Eddi tiene razón. Esas oscuras nubes siguen creciendo en vertical hacia el cielo rojizo.

Julia traga.

—Si es así, tendremos que meternos en el agua y bucear lo más rápido que podamos, antes de que eso nos aparte aún más del portal.

Entonces ve algo que la asusta aún más. Señala con dedos temblorosos hacia el agua entre las raíces.

—Está saliendo vapor.

En efecto; una fina neblina se eleva de entre las raíces para ser arrastrada por el viento.

Eddi arruga la nariz.

—La temperatura del aire sigue bajando, mientras que la del mar es constante. —Eddy comprueba su computadora de buceo—. Ya son menos de veinte grados. Esta es una bajada de temperatura a lo bestia, ya te digo. Tenemos que meternos en el agua si no queremos, además, enfriarnos demasiado. Y antes de que llegue la tormenta. No tengo ni idea si traerá, además, lluvia o granizo.

Julia piensa igual.

—Pues a bucear se ha dicho.

—Sí. —Eddi mira hacia Tyler que sigue tumbado entre ellos, inconsciente sobre la balsa—. No nos queda otra. —Como si fuera una confirmación, otra brisa de viento más fuerte le acaricia la cara con dedos fríos y afilados, y por primera vez oye también algo más que el suave chapoteo del agua contra las raíces: un murmullo grave, sordo, como de un tambor de hojalata. A lo lejos brillan relámpagos que caen hacia la alfombra de raíces. Un segundo trueno.

Un golpe de viento más fuerte alcanza la balsa y Julia siente un escalofrío ante la perspectiva de tener que meterse en el agua por la tormenta que se les acerca y por la temperatura, que sigue cayendo. Su termómetro indica ya dieciséis grados. A la velocidad que desciende, podría caer

granizo de gran tamaño.

Eddi parece estar pensando en lo mismo, pues ya se está poniendo la máscara y activando el oxígeno para luego ocuparse de Tyler.

Julia observa durante dos largos segundos más la tormenta y se pone también la máscara para ayudar a Eddi con el aún inconsciente Tyler.

DESMONTAR LA BALSA RESULTA MÁS DIFÍCIL DE LO QUE FUE MONTARLA. EDDI HA ASUMIDO ESA función, pero avanza muy lentamente desatando las cuerdas. Tiene que lanzar el gancho una y otra vez por encima de la balsa para pasar luego por debajo, buscar cuerda y gancho, y regresar. Luego enrollarla, emerger, lanzar y volver a sumergirse, recoger, enrollar y volver a empezar.

Desde luego tiene que reconocer que Julia ha hecho un trabajo concienzudo. Fue una buena idea la de atar las raíces entre sí. ¿Quién podría haber pensado en que tendrían que volver al agua al cabo de tan poco tiempo? Nadie sabe lo que este mundo les tiene aún preparado.

Este planeta, se corrige. Cuando lanza de nuevo la bobina por encima de la balsa, su mirada va hacia la luna que cuelga en ese firmamento.

Tiene que ser un exoplaneta, de eso está Eddi muy seguro. Era una de las teorías que barajaba Tyler. Debía haber un portal que llevara a otro mundo. A un exoplaneta similar a la Tierra.

Pero la idea es grotesca, aunque Eddi vea ahora el cielo rojo y esa tormenta acercándose, con el fuerte viento que quiere arrastrarle cada vez que asoma la cabeza fuera del agua. No quiere creérselo. Un exoplaneta. *¿A dónde hemos ido a parar? ¿Cómo puede un pozo de un templo maya llevarnos a millones de kilómetros hasta un planeta extraño?*

Conoce las teorías de los agujeros de gusano, del entrelazado cuántico y de la biomasa extraterrestre. Nunca creyó que algo así pudiera existir, pero Tyler le contagió su fascinación y entusiasmo. Un exoplaneta. Eddi sacude la cabeza mientras se sumerge de nuevo para recoger la cuerda. Piensa en las historias sobre Xibalbá, que le contaba Tyler. Los mayas incluso creían que el submundo se encontraba en la nebulosa de Orión. Sigue resultándole inexplicable cómo pudieron los mayas llegar a esa idea, pero a saber qué más debían saber los mayas..., hace miles de años.

Hoy se sabe que la nebulosa de Orión es una nebulosa de emisión en la constelación de Orión. Se encuentra, al igual que el Sistema Solar, en el brazo de Orión de la Vía Láctea. Puede ser observada a simple vista sobre el cielo nocturno como una estrella que forma parte de la Espada de Orión, al sur de las tres estrellas que componen el Cinturón de Orión.

A Eddi incluso le resuenan las palabras de Tyler al recitar la entrada de Wikipedia, pero la idea de estar ahora en la nebulosa de Orión es tan ridícula que se partiría de risa. Si no fuera porque la situación en que se encuentran amenaza con acabar con sus vidas.

Cuando emerge tras agarrar la cuerda, mira de nuevo hacia la tormenta. Se acerca aún más rápido que antes. A lo lejos puede ver incluso cómo se mueven las raíces con violencia. Debe darse prisa. Tienen que descender, y mucho, para evitar un posible oleaje. Y, de repente, lo han conseguido. Eddi lanza una última vez la bobina de cuerda y ve, al fin, el extremo clavado en una raíz. La suelta de un tirón y nada hacia Julia y Tyler, que están a unos tres metros de profundidad en las negras y turbias aguas. La luz de Julia es un auténtico faro en la oscuridad.

Cuando los alcanza, levanta el pulgar y Julia lo imita. Enganchan la cuerda de Julia a su cinturón, sueltan unos quince metros, la enganchan al cinturón de Tyler, sueltan otros quince más

y fijan la bobina al cinturón de Eddi. El radio de movimiento debería ser así lo suficientemente grande como para buscar el portal.

Pero antes de sumergirse más, Eddi comprueba los anclajes una segunda vez, para estar del todo seguro. Comprueba también que la máscara de Tyler sea estanca, el funcionamiento de su computadora de buceo y la salida de oxígeno. Todo está correcto. Pueden descender.

Hace un gesto a Julia y bajan con fuertes golpes de aleta. Durante un momento, Eddi piesda en fijar una luz a su antigua balsa, pero desecha la idea. Si el viento mueve el entramado de raíces, la luz no les servirá de nada para orientarse, y siempre pueden construir otra balsa. Así que descienden a plomo.

El profundímetro marca ya menos once metros. Menos doce. Menos trece.

Julia dijo que se acordaba de haber leído unos diecisiete metros. Así que deben seguir bajando. Eddi da impulsos fuertes con las aletas y baja envuelto de oscuridad. Su linterna solo ilumina agua oscura en la que flotan algunas partículas. Mirando hacia atrás, ve cómo su cuerda se pierde en la oscuridad. A lo lejos brilla una manchita clara: el display de la máscara de Tyler.

Y a un lado puede ver a Julia. Su foco corta el agua y se pierde en la inmensidad del océano.

Eddi se concentra de nuevo en lo que tiene delante. Su profundímetro indica dieciséis metros. Con un movimiento de brazos baja algo más. La luz solo ilumina agua y le resulta muy decepcionante. ¿De qué profundidad salieron? Aún se acuerda de esa fuerte succión. Si la ley de la conservación de impulso funciona igual en este mundo, esa corriente, que aquí se convirtió en expulsión, debió lanzarlos a todos con mucha fuerza fuera del portal.

Eddi calcula que el portal debe estar, entonces, algo más abajo. Golpea con fuerza con las piernas y desciende a veinte metros, luego a veintidós y finalmente a veinticuatro.

Allí aparecen unas formas extrañas como salidas de la nada. Cantos y relieves dentados. Eddi se asusta tanto que su corazón se acelera y no sabe en un primer momento qué hacer con tanta adrenalina. Pero entonces se da cuenta de que son formaciones rocosas. Ha alcanzado el fondo.

Con un golpe más de aleta llega a las rocas Y las toca con las manos enguantadas. Son extravagantes formaciones rocosas, muy dentadas a pesar de estar bajo el agua. Eddi esperaba encontrarse con rocas ondulantes, pulidas por las corrientes, pero ¿qué le importan las formaciones rocosas?

Busca un pozo, un túnel, un agujero redondo. ¿Cómo puede encontrarlo con estas formaciones tan llenas de aristas? Su luz no ilumina más de dos o máximo tres metros.

Se aparta empujándose con uno de los bordes rocosos y se desliza con cuidado a lo largo de la roca para encontrar solo más y más roca. El fondo marino parece ser solo un fondo escabroso de piedras. ¿Cómo van a encontrar aquí ese maldito pozo?

Eddi decide ajustar su chaleco de flotación de forma que se quede fijo en el fondo marino y traerse a Julia tirando de la cuerda. Necesitan algún sistema para registrar el fondo. Piensa en reducir la distancia entre él, Tyler y Julia a dos tramos de cinco metros, para poder nadar en formación y no correr el peligro de pasar por encima del pozo sin verlo.

Pero Eddi sabe que aquí sí que están buscando la proverbial aguja en un pajar. Una maldita rendija entre estas escabrosas rocas.

Está a punto de sufrir una ola de desesperación. Eddi lucha contra las lágrimas y sollozos, y contra lo injusta que resulta ser la vida. ¿Por qué precisamente un planeta de agua? ¿Por qué sigue Tyler inconsciente? Tyler, que se preparó minuciosamente para esta excursión, que lleva años sin hacer otra cosa que pensar en esta misión desde todos los ángulos. ¿Cómo ha podido acabar así? Y sobre todo, ¿qué más desgracias tendrán que atravesar?

Entonces se acuerda de los movimientos en el agua que percibió cuando rescató a Tyler. ¿No

se movió también algo a su lado en la oscuridad? ¿Eran sombras? ¿Otras formaciones extravagantes de roca marina?

Eddi se aparta instintivamente del fondo y toquetea su chaleco. Quiere ir de inmediato hacia Julia. Sabe que su mente le está jugando una mala pasada; que su cabeza quiere confundirlo. ¿O no?

Mira a su alrededor y detecta de nuevo un movimiento a su lado. Algo se desliza.

Da media vuelta.

Oscuridad.

Otro deslizamiento percibido justo con el rabillo del ojo.

Debe ser algo grande.

Eddi jadea. Sacude con fuerza brazos y piernas. Su foco se mueve erráticamente por la oscuridad, como la hoja de una espada en plena contienda.

Otro movimiento, justo fuera del cono de luz. Otro más. Quiere gritar, pero es imposible con la máscara. Solo puede golpear a su alrededor y dar patadas y...

Un toque en su hombro.

Eddi grita. Salen burbujas de su máscara cuando da media vuelta, con los puños cerrados para atestar un golpe, que bajo el agua resultaría ridículo.

Pero frente a él está Julia. En el reflejo de su máscara ve su propia cara esbozada. Eddi ve miedo y locura, y un movimiento a su espalda.

Esta vez no se lo ha imaginado, porque Julia también abre los ojos espantada y retrocede con fuertes movimientos de remo.

Pero no hay escapatoria posible, pues tras Julia se mueve la oscuridad. Se convierte en una superficie gris oscura que pasa a menos de dos metros de ella y toca la cuerda a la que está atado Tyler un par de metros más allá.

Eddi ya solo siente el tirón y esa cosa se lleva a Julia y a Eddi consigo.

Xibalbá, 7 de mayo de 2045

—¡DIEGO!

¿Dónde estará su hermano? Mierda. Adriana ha fracasado. Prometió a su madre cuidar de Diego y ahora ha desaparecido.

—¡Diego!

Sabe que no puede oírla, pero gritar su nombre le sirve para cerciorarse de que ella sí que aún existe. Pues el entorno no da indicio alguno de ello. Solo hay oscuridad, total y absoluta oscuridad. Enciende los focos, pero no iluminan nada. Mierda. Ahora se da cuenta también de que los mensajes en el cristal de su visor tampoco están en verde, sino en rojo. «Modo de emergencia», pone en el borde superior de la pantalla.

Cambia al menú de estado. Mierda. El traje no tiene energía. Se le ha agotado toda. No ha mirado antes de cruzar, pero las baterías deberían haber estado al menos dos tercios llenas. Que el sistema aun reaccione se debe a la batería de reserva, pilas AA convencionales pensadas para puentear un cambio de baterías principales. No puede arrancar ninguno de los sistemas activos. Los motores, la luz, la calefacción..., todo está apagado.

Incluso el mantenimiento de vida, ya que las baterías no se cambian nunca bajo el agua. Así que está respirando el último resquicio de oxígeno que queda dentro del traje blindado. El traje es espacioso; calcula el volumen del espacio interior en unos cuarenta a cincuenta litros. ¿Cuánto le durará? Luego morirá asfixiada. Solo pensar en ello la hace jadear.

Tranquila, Adriana. Aún no has muerto.

Comprueba los sistemas pasivos. Solo funciona aquello que no consume energía, o solo muy poquita. El radar está desactivado, pero el profundímetro funciona. Está descendiendo a velocidad constante. Eso significan dos cosas. Primero, que lleva más tiempo bajando de lo que pensaba. El traje es acelerado por la gravedad de la Tierra hasta que esa fuerza se ve compensada por la resistencia que opone el agua.

Segundo, que baja a bastante velocidad. Si parte del hecho de que tiene a su alrededor la misma agua que al otro lado del pozo, la fuerza de gravedad que arrastra el traje hacia abajo debe ser mayor. Pero eso es imposible. La Tierra no puede haber incrementado su gravedad. Adriana sacude la cabeza. Debe equivocarse. La temperatura del agua es bastante más elevada que en el templo. Eso se deberá a una menor densidad del agua. ¿Se explica con ello la mayor velocidad de descenso? Debe ser eso.

Un momento. Temperatura del agua: diecisiete grados. Es demasiado caliente. A no ser..., a no ser que se encuentre dentro de una estructura volcánica. No sería inusual en México. ¿Y si el pozo se comunica directamente con una chimenea volcánica que expulsa periódicamente agua

caliente? Debería tener una estructura de válvula. Eso explicaría también ese brillo que ha visto en el pozo.

El ser humano ve lo que quiere ver. Los mayas vieron allí un camino hacia Xibalbá, y tampoco es que se equivocaran mucho. Y luego se ha dejado contagiar por las mágicas ideas de Drake y de El Flaco. El dedo sangrante de Diego no ha influido en nada. La erupción habría tenido lugar sí o sí. Les bastaba con esperar. ¡Si al menos pudiera consultárselo a un volcanólogo! Pero esta es la única explicación que tiene sentido por ahora.

Sentido sí, pero no salvación. Cae y cae en una oscuridad que le parece infinita. El profundímetro muestra ya seiscientos cincuenta metros. ¿Qué profundidad tendrá esta jodida cueva? ¿Encontrará en el fondo los cadáveres del equipo de Drake? ¿Se encontrará con Diego? Ese pensamiento le causa un gran dolor. No puede ser. Cambia al menú de estado. ¿Se habrán recuperado las baterías? Pero vuelve a decepcionarse. ¿Qué más puede hacer este traje? El contenido en sal del líquido apenas ha cambiado. Sin duda no está hundiéndose en agua de mar. Intenta remar con brazos y piernas, pero sin los amplificadores de fuerza no hay forma de mover las articulaciones. ¿Y si abre el traje? La mataría y de todas formas es imposible con el traje bloqueado. Debe acostumbrarse muy lentamente a la presión.

A los ochocientos metros entra luz por el visor. Es un brillo débil que parece surgir del fondo. Pero ella no puede cambiar la dirección de su mirada. Todo lo que ve es una corriente lechosa que pasa frente a ella. Por su velocidad puede al menos calcular a qué ritmo está descendiendo; como en un ascensor de un edificio bajo. Mira de nuevo el valor. Ha descendido. Debe ser por la mayor presión que hay aquí abajo.

Si al menos pudiera ver de dónde viene esa luz. Pero igual es mejor así. Se imagina una potente corriente de lava que calienta el agua y su traje se fundirá tan pronto entre en contacto con ella. Pero esa temperatura tan constante no parece confirmarlo. Le da esperanza. Es una sensación totalmente inútil, pues sigue estando a punto de asfixiarse.

Entonces el traje toca fondo.

HA ATERRIZADO EN UN MUNDO DE ENSUEÑO. SE DARÍA UN PAR DE BOFETADAS PARA RECUPERAR la conciencia, pero no puede hacer ni eso. ¿Son estas imágenes las que se ven antes de morir? Es totalmente surrealista. A su alrededor se extienden paisajes de colorido fabuloso, como sacados de un cuadro de van Gogh, si el pintor hubiera buceado alguna vez en un mar tropical y se hubiera tomado una buena dosis de LSD. Hay pequeños portales unidos con arcos, paredes con almenas que se entrecortan, tubos de distintos diámetros que se unen y separan, árboles cabeza abajo que extienden sus raíces hacia arriba, gigantescas butacas con cojines sobre los que nadie jamás se ha sentado, mangueras de color claro, como espaguetis, que descienden de la oscuridad atravesando este paisaje y hundiéndose en el suelo.

Todo está fantásticamente iluminado. Los arcos irradian un verde saturado, los tubos cambian de naranja a rojo como si fueran venas y arterias, los árboles tienen coronas de color lila y raíces azules. Todo está inmóvil, como un decorado de cartón-piedra. Nada se mueve. Debe ser una proyección de su cerebro febril. Adriana ha visto ya algunos arrecifes. Los corales pueden adoptar formas sorprendentes, pero esto de aquí es incomparable. ¿Podría haberse topado con un ecosistema hasta ahora oculto a la biología conocida? Pero esas estructuras no parecen estar emparentadas con nada que ella conozca. Contradice el hecho de que hay una evidente conexión entre ambos mundos. No solo ha traído consigo agua del templo, sino también toda una selección

de los microorganismos más frecuentes. El intercambio es inevitable.

¿Cómo es entonces que todo esto le parezca irreal? Adriana piensa hasta, de golpe, que se da cuenta de algo: no hay movimiento alguno. En un arrecife de coral, las estructuras calcáreas son rígidas, pero entre ellas nadan peces, crustáceos, moluscos y otros bichos. La vida se distingue por su movimiento. ¿Significa eso que aquí todo está muerto? ¿De dónde sale la energía para esta maravillosa iluminación? La energía supone que hay un metabolismo, es decir vida. ¿O tiene que ver con el volcán, capaz de calentar tanto el agua? ¿Podría ser que se trate de estructuras puramente químicas, parecidas a las cuevas con estalactitas y estalagmitas, que también crecen sin estar vivas?

Sería una química muy sofisticada, pero no imposible. Si esta cueva está aquí desde hace miles de años sin que nadie la toque, podría haber habido reacciones exóticas que requieren mucho tiempo. Adriana cambia al software de sistema y ve que la cámara funciona; al parecer es un sistema pasivo. ¡Genial! Toma fotos, una detrás de otra, a lo largo de varios minutos. Luego las vuelve a mirar en secuencia rápida, como en un folioscopio.

El resultado es sorprendente: ¡Sí que hay movimiento! Pero es tan lento que no lo percibe con sus sentidos humanos. Las mangueras pulsan, las raíces tientan y los inmensos cojines se van inflando. Nada es aquí lo que parece y Adriana no tiene ni idea de cómo valorar eso. Igual se trata de un último regalo de su fantasía para distraerla de su inminente muerte.

Adriana sigue fotografiando. Es divertido descubrir nuevos movimientos repasando las fotos. Tiene la sensación de que está tras la pista de los secretos de este mundo. Lo que es una pena es que jamás nadie sabrá de su existencia. Y que no pueda compartirlo con Diego. Esa idea oscurece su ánimo, por lo que no le sorprende mucho que en las fotos aparezca una sombra. El cerebro es un órgano fantástico.

Pero la sombra está allí. No saca más fotos, pues ahora puede verla en su visor. Tiene una forma curiosa que cambia frente a sus ojos. La estructura básica la recuerda a una colchoneta de aire de la que cuelgan apéndices que se mueven como brazos. No parecen tener articulaciones y pueden moverse y girar como gusanos en cualquier dirección. La sombra está descendiendo hacia el suelo. Toca uno de los arcos verdes que pierde de inmediato su color. La sustancia luminosa verde parece pegarse a los tentáculos del ser que ahora se acerca lentamente. Adriana quiere apartarse, pero Bobby no se lo permite.

El ser se detiene a metro y medio de distancia, más o menos. Adriana traga. En el fondo, le gustaba más el paisaje inmóvil de antes. Ni siquiera está segura de cómo se mueve ese ser, que parece estar ahora pensando en cómo comerse a su presa; momento que aprovecha Adriana para repasar las fotos de la cámara. En la ampliación se ve claramente: la estructura en forma de colchoneta se mueve como rodando por el agua. Unos pequeños bultos en la parte inferior se mueven hacia atrás, mientras otros arriba van hacia delante. Parece que avanza como esos vehículos con cadenas, los tanques o las orugas.

El ser mueve sus tentáculos. Adriana respira más deprisa. ¿Podría tratarse del animal que atacó a El Flaco y luego a Diego y que los marcó con golpes? Igual la ha seguido y está enfadado porque no quería llegar aquí. *Pues ya ves, seguiste a quien no debías.*

El movimiento de los tentáculos es fascinante. Parece la actuación de un mago que intenta distraer la atención de los espectadores con grandes gestos, solo que este ser tiene siete u ocho brazos. Ya que van cambiando, se unen entre sí y se vuelven a separar, cada vez que los cuenta obtiene un resultado distinto. ¿Pretendrá hipnotizarla de esta forma?

Los tentáculos realizan un compás final. En ese momento expulsan el colorante verde cosechado antes de los arcos. Las partículas brillan en el agua y..., eso es imposible, pero lo ve

con total claridad: Forman las palabras «No temas».

Adriana quiere dar un salto hacia atrás, pero Bobby no se mueve. El mensaje flota ante ella y se va disolviendo lentamente a medida que las partículas de color se dispersan. Esas palabras deberían darle esperanza, pero lo único que siente es un escalofrío por la espalda. Un ser tan extraño no debería hablar su idioma, ¿verdad? ¿Es una señal de esperanza o más bien un mal augurio? Ella misma escribió eso en la arena, allí arriba, junto al templo. El ser las ha seguido, eso está claro. La vió escribir eso e incluso ha reproducido la «e» minúscula tal y como Adriana se ha acostumbrado a hacerla, como una «E» mayúscula pero en versión pequeña. Parece que ese ser tiene algo así como memoria fotográfica. Pero ¿entenderá lo que significan esas palabras?

Ahora lo sabrá, pues una vez dispersadas las partículas del todo, el ser se acerca de nuevo. Ha enrollado sus tentáculos alrededor de una de las mangueras de color claro y la arrastra ahora consigo. Adriana respira más deprisa. ¿Qué quiere de ella? ¿La atacará ahora igual que a El Flaco? ¿Podrá protegerla el traje blindado contra las descargas eléctricas?

El ser flota directamente frente a ella. El movimiento ondulante recorre el cuerpo del ser de un lado al otro, luego regresa y se para. Los tentáculos crecen. Tantean hacia delante, para rodear el traje, se acercan por todos los lados. Debe haberse descontado, porque ahora son al menos veinte. Uno de ellos se coloca atravesado sobre el visor de cristal. En su interior hay algo que pulsa. ¿Serán vasos sanguíneos?

Entonces, la fina manguera que sujeta el ser comienza a brillar con intensidad. Se ilumina tanto que Adriana tiene que apartar la mirada e incluso cerrar los ojos. Ojalá la cámara esté grabándolo todo. Oye un chasquido. Se le ponen los pelos de punta y huele como a tormenta. Sus dedos de manos y pies tiemblan, luego también las mismas manos y pies, los brazos y las piernas. ¿Qué carajo está pasando? Si no es un ataque, ¿qué es, entonces?

El traje blindado pita. El hardware va notificando dispositivo a dispositivo su encendido. Primero se enciende el mantenimiento de vida y comienza a soplarle aire fresco en la cara. Entonces se activa el display del casco. Adriana se asusta al ver caracteres cirílicos. ¿PB? ¿Qué significa eso? ¿Es eso incluso una B? Pero entonces parpadea la pantalla y se sobrepone la versión en inglés. Los amplificadores de fuerza liberan de nuevo las articulaciones. Ya puede girar la cabeza. El motor ronronea. Lo apaga para no estropear al ser. Para no dañarlo, se corrige a sí misma.

No es un ataque. El ser está cargando las baterías del traje blindado. ¡Le está salvando la vida! Adriana sigue el estado de carga en el indicador dentro del casco. Se detiene al llegar al sesenta y tres por ciento. *Va, sigue, por favor.* Pero el ser no le hace ese favor. ¿Por qué no sigue cargando las baterías? *Pues porque no querrá dañarlas, tonta del bote.* Sesenta y tres por ciento, esa debía ser la carga que tenía cuando cruzó el portal. El ser debe haberlo comprobado ya al otro lado, antes de cruzar. Pero desconoce la tecnología humana. No sabe cuánta energía es demasiada energía. Así que no suministra más que la que había antes en las baterías.

Que haya elegido precisamente escribir «No temas» podría tener entonces sentido. Igual quería ayudar a El Flaco. ¿Qué le dice eso de este ser? Adriana ya no recuerda cada palabra, pero sin duda fue una conversación larga. Expresaron suposiciones y describieron posibilidades. Y precisamente va este ser esponjoso y elige «No temas». ¿Entenderá lo que significa? El español es un idioma complejo, y las letras no son autoexplicativas. En la reproducción de este concepto no hay ni miedo ni afirmación alguna. O este ser ha aprendido español de alguna forma, en cuyo caso podría saber decir algo más que solo eso; o le ha leído de alguna manera el pensamiento, cuando escribía esas palabras.

Adriana tiene una cara muy expresiva; no le resulta fácil ocultar lo que está pensando. Entre

personas suele ser más bien una desventaja. ¿La estuvo observando para ver lo que pensaba? ¿Que intentaba tranquilizar a su hermano? Eso significaría que el ser dispone de sentido de visión y ciertas experiencias con seres humanos. ¿O es que ha descodificado sus pensamientos en otro nivel, algo así como leyendo las descargas en las sinapsis de su cerebro? No sería demasiado extraño, ya que puede canalizar energía eléctrica. El cerebro funciona nada menos que con electricidad. Pero no resulta nada fácil descifrar esos impulsos eléctricos cuando no se sabe nada de los seres humanos. La conclusión es, en todo caso, evidente: ese extraño ser sabe con quién está relacionándose aquí.

Adriana comprueba de nuevo las baterías. Sesenta y dos por ciento. No debe perder más tiempo. Sus reservas no durarán eternamente y no puede confiar en que ese ser la vuelva a ayudar. Activa con cuidado el motor. Acelera solo un poco para no herirlo. Sus tentáculos se sueltan. Ya no la sujetan. Ahora ya cuenta menos de diez tentáculos que se van retrayendo y escondiendo bajo el colchón. Adriana levanta el brazo derecho para saludarlo, pero el ser no responde.

Igual no puede leer sus pensamientos. El traje blindado podría actuar como jaula de Faraday. Entonces igual analizó el efecto de sus palabras en Diego. Hay muchas maneras de alcanzar una decisión. Igual haya sido al final nada más que una feliz casualidad. ¡Son tan distintos! Incluso entre los humanos, que aprenden desde su nacimiento a hacerse entender por los demás, una buena comunicación es difícil de encontrar.

Doscientos metros y ya empieza a clarear. Adriana está sorprendida. Sus brazos brillan aún en un claro tono azul, pero aquí debería reinar la oscuridad, si es que se encuentra en una cueva volcánica bajo el templo. Que haya claridad solo puede significar una cosa: que está en mar abierto. ¿La ha arrastrado la corriente por todo el laberinto hacia afuera, hacia el Mar del Caribe? Pero ¿cómo es que el agua apenas es salada? También podría ser un lago de agua dulce, pero en México no hay ningún lago con esta profundidad.

Aquí hay algo que no cuadra. Cincuenta metros más hasta la superficie, según el profundímetro. Pero aun así hay demasiada luz. Sigue ascendiendo. ¿Qué ha pasado aquí? Debería alegrarse de que haya una superficie, pues allí podría haber sobrevivido Diego. Llevaba un buen chaleco de flotación. Le debería bastar con insuflar aire para flotar sin esfuerzo hacia la superficie. Bobby lo tenía mucho más difícil, sobre todo sin energía.

Habría preferido que la superficie se acercara tal y como se espera que sea, pero por un lado hay demasiada luz, y tampoco parece ser correcta la velocidad de ascenso. El radar ve la superficie a trece metros de distancia, mientras que el barómetro la sitúa a diecisiete. Uno de los dos instrumentos debe estar desajustado. No es el radar; se da cuenta en el momento en el que sale a la superficie.

La luz reinante la ciega tanto que tiene que oscurecer el visor. ¿Qué le ha pasado al Sol? Luce con demasiada intensidad, cegándola. Adriana mira a su alrededor. No hay tierra a la vista. Muy a lo lejos, casi en el horizonte, brilla una especie de alfombra de algas. La cruzan unas olas de unos tres metros de altura que se extienden, a parecer, hacia el infinito. El cielo tiene un tono rojizo, como si comenzara el ocaso. No hay pájaros. Debe estar muy lejos de la costa.

Adriana comprueba el barómetro. Está totalmente loco. Si se pone cabeza abajo, indica un bar y medio; pero si lo saca del agua indica solo 0,7 bar. No es que sepa de montañismo, pero debería ser la presión del aire en la cima de una montaña muy alta. Pero dentro del agua tampoco

coincide la presión con la profundidad. Es como si la Tierra fuera ahora, de golpe, más pesada. ¿No lo había notado ya antes, por la velocidad de descenso? Mira la brújula en la pantalla del visor. La aguja virtual está tan confundida que va dando saltos en triangulo. A veces el Sol está al Este, luego al Norte... Apaga el instrumento. Igual se ha dañado con las descargas eléctricas.

¿Qué es todo esto? Aún no se ve capaz de entender nada de este lugar. La verdad se aloja en su estómago, que se contrae. Es como si de repente le bajara la regla, y eso que toma la píldora y aún faltan dos semanas. Pero Adriana no afloja. Simplemente no puede ser. Adriana aumenta un poco el volumen de Bobby hasta quedar flotando en la superficie del agua. Necesita unos instantes de calma. Estar tumbada ingrávida sobre el agua, dejarse llevar por ella, siempre la ha relajado mucho.

Pero no hoy. Pues ahora, en la dirección en la que según el Sol debería ser el norte, ve algo que no debería estar allí. Es una luna. Pero no la Luna, su Luna. Está cubierta de nubes que la rodean como tormentas y posee un anillo de dimensiones descomunales. Tiene que pensar en Saturno, pero si eso es un planeta deberían estar ahora en su luna. Sin embargo, en el Sistema Solar no hay ninguna luna con agua líquida en su superficie. Así que solo hay dos explicaciones posibles: O ha abandonado el Sistema Solar, o simplemente ha muerto y no se ha dado cuenta todavía.

DIEGO. NO DEBE DEJARSE ARRASTRAR POR LA CORRIENTE. AUNQUE ESTUVIERA MUERTA, DEBE encontrar al portero de este nivel para convencerlo de que aún le quedan cosas importantes que hacer en el mundo de los vivos. Tiene que recuperar a su hermano. Adriana comprueba primero en entorno con el sónar de personas y el radar. Hay un par de sombras que debería comprobar, así que se pone en marcha.

El primer objeto en la pantalla del sónar es una acumulación de plantas acuáticas, aunque no sabría decir de qué especie. Pues esas plantas se mueven. Si no fuera por su color verde, se las podría tomar por nidos de serpientes marinas. Pero cuando Adriana se acerca, no parecen tener interés alguno en ella. Al menos es lo que parece. De repente se da cuenta de que una de esas serpientes se le ha quedado pegada al antebrazo como una sanguijuela, chupándole la sangre.

Aunque el metal del traje es demasiado duro, no parece que le moleste mucho. Aparece otra en su rodilla. La siguiente se ha pegado bajo el visor y con ayuda de la cámara descubre una cuarta en su espalda. La aparición de la última serpiente puede seguirla en directo en la pantalla de la cámara. No llega nadando desde el nido. Primero se pega una especie de germen al traje, más o menos del tamaño de la yema del dedo. Y de allí nace la serpiente. Cuando se arranca una, se descompone en trocitos. No parece haber causado ningún daño al traje, pero Adriana se aparta, por si acaso, del nido y le quita todas las serpientes pegadas a Bobby.

El segundo objeto es un colchón muerto. Lo compara con las fotos tomadas mientras Bobby era recargado y el parecido es espeluznante. No sabe si realmente está muerto. Pero le faltan los tentáculos y el movimiento como de cadena alrededor del cuerpo. ¿Estará durmiendo? Mejor no se acerca demasiado, no fuera a molestarlo. Solo porque uno de esos seres haya sido amable con ella, no puede aplicarse lo mismo a todos los demás.

El tercer objeto tampoco es Diego y se alegra, pues está flotando totalmente sumergido. Es como si se estuviera manteniendo aquí arriba con todas sus fuerzas. Su forma cambia constantemente, por lo que no sabe qué podría ser. Adriana prefiere mantener cierta distancia y utiliza el modo zoom de la cámara para analizar el objeto. Parece constar de un núcleo de

máximo diez centímetros, con cuatro protuberancias. A ellas se adhieren cientos de apéndices en forma de lápiz de hasta un metro de largo. En su parte exterior poseen laminillas por las que parece respirar. Al menos se abren y cierran a un ritmo determinado, idéntico para todo el objeto.

Cuando Adriana pone el zoom al máximo, encuentra un patrón curioso. Se parece a las dos letras «AQ». Piensa en seguida en su hermano. Utiliza guantes para agua fría de la marca Aquallung. AQ. El logo aparece en letras grandes en el cierre de velcro. Adriana está muy segura por la cantidad de veces que le ayudó a cerrar los velcros.

Nada hacia el objeto. Cuando está a unos cinco metros, esos animalillos en forma de lápices se sueltan. Solo queda uno, pataleando como si le resultara desagradable. Sus hermanos forman detrás una nube de pinchos en la que esconden de nuevo sus cabezas. La nube mantiene una distancia constante de cinco metros hacia Adriana.

Le gustaría poder susurrarle *No temas*. Pero igual es mejor que la fauna local la tenga algo de miedo. Comer o ser comido, ¿no va así la cosa? El último lápiz aún pegado al objeto parece tener dificultades para sujetar el guante; pues ahora ya puede ver claramente lo que es. Las laminillas a los lados se mueven con rapidez, pero lápiz y guante se hunden más y más. Adriana desciende y se acerca desde abajo. Alarga una mano, pero intenta tocar solo del solitario guante. Ya que el lápiz viviente no puede marcharse, lo ayuda lo más suavemente que puede con el dedo meñique. Un hilillo se desprende del material. De donde ha salido hay un agujero. Allí debía estar el pulgar.

Adriana coge el guante y sale a la superficie para mirárselo con más detalle. Lo estruja y comprueba la resistencia del material. En seguida aparecen nuevas grietas. Este guante no puede ser de Diego. Gira el interior hacia afuera. Dentro hay una etiqueta con la marca y tres iniciales: «FRS». Podría ser Floriana Ramírez Sánchez. Aunque también Frank R. Schuster, Fjodor R. Shostakóvich o Felipe Rey Sagrado. Las iniciales de su madre tampoco son tan inusuales.

¿Debería quedárselo? Diego se alegraría mucho de este hallazgo. Pero para eso debe encontrar primero a Diego. Deja el guante flotando en el agua. En cuanto se ha apartado un poco, la nube de pinchos que formaban los lápices se deshace y los animales se agrupan de nuevo alrededor del guante. ¿Qué esperarán sacar de él? El material no debe ser muy nutritivo, que digamos. Aunque igual se debe a esa base en común. Al igual que los cangrejos ermitaños se «alquilan» una concha como casa, los lápices podrían depender de objetos flotantes como este.

El sónar le da otro aviso. Adriana se detiene. Uno de los lápices se le acerca. Un solo ejemplar no puede hacerle daño, así que deja que se acerque y se adhiera a su rodilla. *¿Qué quieres de mí, pequeño?* Se entera en seguida. Cuando el lápiz se marcha y regresa con su familia, deja sobre la rodilla del traje una mancha de color dorado que no se deja quitar.

Adriana no está muy segura: ¿Le ha dado las gracias por devolverles el guante, o se le acaba de cagar encima?

INCLUSO LA LONGITUD DE LAS OLAS NO ACABA DE SER CORRECTA. ADRIANA ES BUENA SURFISTA. Cuando el fondo marino está muy abajo, hay una clara relación entre la altura de las olas y la distancia entre ellas. Al surfear aprendió a calcular el tiempo que le quedaba hasta la siguiente cresta. Pero aquí no puede hacer esos cálculos.

Aunque a estas alturas ya sabe por qué. El planeta anular se está poniendo lentamente. Eso significa que la luna en la que se encuentran no muestra siempre la misma cara al planeta, como sucede con la Luna terrestre. El Sol tarda bastante más en ponerse que el planeta. Eso significa a

su vez, que está más cerca o es más caliente que el Sol que ella conoce.

Estos conocimientos no sirven de mucho, aparte de la deducción trivial de que las quemaduras solares serán aquí más rápidas si mantiene demasiado tiempo la cara expuesta al sol. Así que cada doscientos metros más o menos se gira para ponerse cara abajo. Así recorre con rapidez la distancia hasta ese arrecife de algas que veía desde lejos. Ojalá encuentre aquí a Diego. Si estuviera en su lugar, buscaría la estructura que más llamara la atención a su alrededor para esperar allí un rescate.

El problemilla en todo esto es que Diego no es del tipo de personas que espera a ser rescatado, aunque sea lo más razonable. Al contrario; apostaría cualquier cosa a que ha salido en su busca. El tiempo, sin embargo, está esta vez excepcionalmente de su lado. El aire debería habérsele acabado a Diego hace rato. Así que solo puede estar en la superficie, si es que ha logrado alcanzarla.

Se acerca lentamente a esa alfombra de algas. De cerca no se parece en nada a los bosques de algas terrestres. Más bien recuerda a las lentejas de agua. Las hojitas son redondas y muestran un tono azul verdoso. Eso no es clorofila pero seguro que es otra sustancia capaz de convertir la luz en energía química. Las hojitas flotan planas sobre la superficie. El oleaje no parece afectarlas, lo cual indica una buena sustentación. Adriana intenta subirse a ellas y realmente parece como que esa capa sería capaz de aguantar su peso. Diego podría haberse subido encima para descansar.

Pero desgraciadamente no hay ni rastro de su hermano. Observa paciente el entorno para que no se le pase nada por el subir y bajar de las olas, pero al final no le queda más remedio que reconocer que simplemente no está aquí. ¿Quién dice que la salida del pozo lo ha escupido en el mismo sitio que a ella?

Se sumerge. Adriana ya vio antes que de esa cosa que sigue llamado alfombra de algas, a falta de otro término, salen mangueras hacia las profundidades. Justo debajo de esas hojas, del tamaño de una uña, no son más que hilos no más gruesos que un sedal de pesca, pero que se unen para convertirse en mangueras. Ni un solo componente de esa cadena parece artificial. Incluso las hojas son todas distintas, aparte de ese color uniforme. Adriana sigue una de esas mangueras hacia abajo, donde primero se hace oscuro antes de comenzar ese conocido brillo. Eso ya lo ha visto antes, así que vuelve a subir.

Pero algo ha cambiado aquí, aunque no ha estado ni media hora alejada. Las hojas se han enrollado formando tubos y están a dos o tres metros bajo la superficie, sujeta allí por los finos hilos. Donde antes brillaba el sol se ha hecho oscuro. Una única y gran nube de tono negro y violeta cubre casi todo el cielo. Hace viento; pero a pesar de la baja presión, el aire golpea con fuerza contra el agua. Las olas, bastante más grandes que antes, salpican espuma. Adriana no tiene nada que temer. Esa tormenta no puede hacerle nada con el traje. Pero sabe que Diego está en algún lugar por ahí fuera. Desea que haya encontrado tierra, aunque no parece haber nada de eso por aquí cerca.

Precisamente en ese momento baja una especie de balsa por la vertiente de una ola. No se le ocurre otra forma de llamar a eso. Aunque parece la balsa que construirían unos niños con restos de madera mal atados, que se retuercen y están constantemente a punto de hundirse, pero aún lo suficientemente estable como para soportar un cuerpo.

Diego. Adriana ya ha puesto el motor a plena potencia antes de comprender lo que está viendo. También podría ser alguien del grupo de Drake, pero no sabe por qué está segura de que ahí se le está acercando Diego.

Y tiene razón. Solo que el momento no parece muy adecuado. Y justo cuando alcanza la balsa y coge el cuerpo de Diego entre sus brazos, la balsa se descompone definitivamente.

—¡Oye, no me dejes sola! —Grita, pero nadie la puede oír, claro.

Ni siquiera Diego. Tiene los ojos cerrados. Ya que no lleva la máscara puesta tiene que mantenerle la cara por encima del oleaje. El viento arrecia y ahora empieza incluso a llover como una auténtica catarata. Pero nada puede impedir que proteja a su hermano; ni siquiera los rayos que caen al mar muy cerca de ellos.

Busca a tientas el brazo de Diego. Aún lleva la computadora de buceo. Su pulso está en sesenta. Típico. A su alrededor se hunde el mundo, pero Diego duerme como un bebé saciado. Eso lo ha heredado de su padre. Adriana lo mira con mucho amor. En momentos como ahora se siente como si fuera su madre, pero no es así.

Pero ¿qué será eso que tiene pegado a los cabellos? Toca los minúsculos cristales blancos que se funden al entrar en contacto con la mano metálica del traje. ¿Y ahora qué está pasando? Consulta la temperatura del aire. ¿Seis grados bajo cero? ¿Cómo es que no lo ha notado antes? ¡Diego se congelará! ¿Dónde está su maldita máscara? El agua está bastante más caliente que el aire. Le moja la cara, pero no ayuda mucho. Así que le cierra con la mano nariz y boca y se lo lleva bajo el agua.

Treinta segundos. Sesenta. Y vuelta arriba. La frecuencia de los rayos ha bajado. Ojalá suba luego también la temperatura. Vuelve a sumergirse una segunda y luego una tercera vez. A la cuarta, Diego protesta. Da patadas como loco contra el traje blindado. Eso debe doler. Se creerá que quiere matarlo. Adriana asciende y suelta la mano de su cara al llegar a la superficie. Diego sigue pataleando e intenta apartarse de ella. Entonces se queda quieto de repente. Debe haber reconocido a Bobby.

—¡¿Estás loca?! —grita.

Su voz le llega como desde muy lejos. Habría comprendido las dos palabras igualmente si no hubiera oído nada. Pero no puede quitarse el casco así como así, y el micrófono y altavoz exterior están en algún lugar en la panza de Bobby.

Así que señala hacia arriba, hacia las oscuras nubes, de las que ahora va cayendo menos lluvia. Diego la mira extrañado, pero se da cuenta del frío que está haciendo. Se sumerge. Adriana tiene la tentación de seguirlo, pero prefiere confiar en su hermano. No será tan estúpido como para huir sin máscara. Al cabo de un escaso minuto emerge de nuevo y hace la señal de OK. Sus labios han adoptado ya un tono azulado.

Al cabo de cinco minutos, la tormenta ha pasado. Solo a lo lejos caen aún rayos. El cálido sol le da una idea a Adriana. Infla el volumen de flotación tanto que al final parece un trozo de gomaespuma flotando sobre el agua. Entonces se gira de espaldas y se sube a Diego encima, sobre la isla flotante que ahora es Bobby.

—Ya iba siendo hora —dice Diego y se quita el traje de buzo—. ¿No habrás traído algo de comer, por casualidad.

Diego. Su voz es algo más grave que de costumbre. Se deberá a la atmósfera más tenue aquí.

—Lo siento, hermanito —dice y acude la cabeza.

—Pues gracias por salvarme.

—Ha sido un placer.

Tiene muchas preguntas pendientes, pero se permite el lujo de mirar al cielo en silencio durante diez minutos, sabiendo que su hermano está seguro sobre su panza.

—Estamos en un planeta fuera de la Vía Láctea, ¿no? —pregunta Diego.

Adriana abre los ojos y se asusta. Está muy oscuro. Sobre ellos se extiende un firmamento negro plagado de pequeñas lucecitas parpadeantes.

—¿Te has vuelto a poner el traje? —le pregunta.

Tiene mala conciencia. Seguro que Diego se habrá quemado la piel bajo la radiación ultravioleta de este sol.

—Sí, claro. No se aguanta más de diez minutos bajo este sol sin protección.

Vaya. Resulta que es un jovencito razonable.

—¿Cuánto he dormido? —le pregunta.

—Casi cinco horas.

Adriana mira el reloj. El día aquí debe tener unas treinta horas.

—¿Ha salido ya el planeta ese de nuevo?

—¿Te refieres a la luna?

—No, estamos en una luna. Lo que hay en el cielo es un gigante gaseoso como nuestro Saturno. Giramos alrededor de él y esta es una de sus lunas.

—¿Te refieres a eso? —Diego señala por encima de los pies de Bobby hacia el cielo.

Adriana levanta la cabeza y Bobby oscila algo en el agua, por lo que Diego debe sujetarse. Por encima de los pies de Bobby cuelga una hoz dorada. Pero no tiene anillo.

—Ese no es nuestro planeta—dice Adriana.

—Parece la Luna creciente.

Diego tiene razón. Adriana incluso cree reconocer la mancha que parece la mujer con el cántaro y las partes más claras, tan típicas de la Luna terrestre.

—Estaría bien que fuera nuestra Luna —dice ella—. Pero debe tratarse de otro planeta.

—Muestra fases como la Luna.

—Eso es normal. Venus también tiene fases visibles, observado desde la Tierra.

Diego se gira hacia ella. A la luz verde del visor, su cara parece la de un fantasma. Le gustaría poder apartarle las greñas de la cara, pero las manos de Bobby son demasiado duras para eso.

—Entiendo. ¿Estamos fuera de la Vía Láctea entonces? —pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Es tan diferente todo.

Diego señala hacia el cielo. Y tiene razón al haberse modificado la distribución de manchas claras y oscuras. Adriana tampoco reconoce ninguna constelación. Pero la Vía Láctea sigue siendo una banda brillante que cruza el firmamento. Si estuvieran fuera de ella, deberían poder ver la forma en espiral.

—Creo que seguimos en una galaxia —dice Adriana—. Que sea o no la nuestra, no tengo ni idea.

Si tuviera un ordenador conectado a Internet podría descubrir a dónde han ido a parar. Pero su smartphone no tiene conexión desde que cruzaron el portal.

—Mira, las estrellas desaparecen en el horizonte —dice Diego.

—¿Cómo dices?

Levanta la cabeza. Diego tiene razón. Es como si alguien allí estuviera levantando la cortina en la que están pegadas las estrellas. El final de la cortina es una línea recta que poco a poco va ascendiendo hacia el cielo. Al llegar a unos sesenta grados se para.

—Fascinante —dice Diego.

A Adriana se le acelera la respiración. Este maldito planeta intenta de nuevo matarlos. Adriana se acuerda del gigante gaseoso. La gravedad de un planeta tan pesado y cercano debe

crear mareras gigantescas.

—Eso no es bueno —dice Adriana—, nada bueno.

Ahora incluso ya comienza a oír un ruido de fondo.

—¿Cuándo lo notaste por primera vez? —pregunta ella.

—Hará un minuto, quizás. ¿Por qué?

En la Tierra, el horizonte toca el mar a unos dos kilómetros y medio cuando estás sentado en la playa. Este planeta es más grande, pero seguro que no más de un veinte por ciento. Y la pared de agua es alta. Muy alta. ¿Qué le dice eso de la distancia? Nada. Al menos a ella. Sabe demasiado poco de relaciones geométricas y no es buena en cálculo mental.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo nos queda —dice.

—¿Y?

—No el suficiente. No tienes máscara, así que tenemos que mantenernos en la superficie.

—Si te ayuda en algo, puedes dejarme aquí solo.

—Ni hablar, Diego.

—Adriana, un muro de agua así no debe tomarse a la ligera. Tiene una energía impresionante. Caerán sobre nosotros toneladas de agua.

—Eso me es igual.

—Tu traje blindado tampoco es indestructible. Pero puedes sumergirte. En el fondo del mar estarás segura.

Eso es cierto. Ya estuvo ahí abajo. Esas criaturas complicadas del fondo no podrían existir si la ola de marea pasara por ahí una vez al día. Pero no va a dejar a Diego solo. Si hay que morir, morirán juntos.

—No puedes obligarme —dice Adriana.

—Oye, esas palabras son mías.

Adriana infla aún más el volumen de aire de Bobby, hasta que los recipientes elásticos casi revientan. Si consigue sujetar a Diego con fuerza, tendrán posibilidad de sobrevivir. El traje no se quedará demasiado tiempo bajo el agua. El mayor peligro está en que la ola choque contra Bobby y destroce el blindaje. Si pierde su flotabilidad ya no podrá mantener a su hermano en la superficie.

Tendrás que aguantar la respiración durante un rato —dice Adriana.

—Esa es mi especialidad.

ADRIANA NOTA QUE LA OLA SE ACERCA POR UNA RARA SENSACIÓN EN EL ESTÓMAGO. SE MUEVE con rapidez hacia arriba sin que en la superficie del agua se pueda ver algo. Igual no asusta tanto porque la oscuridad oculta lo más terrorífico. Adriana comete el error de encender el foco por encima de sus pies, pues allí aparece una montaña que, desde su perspectiva, tiene una altura infinita.

Tiene que tragar. Todo parece suceder a cámara lenta. Primero cree aún que se debe a su tensión, pero igual es por la mayor gravedad. La ola es bastante menos empinada de lo que creía. No es una pared a 90 grados; la inclinación será más bien de unos 75 grados. Abraza a Diego con más fuerza. Aun sí, no será un paseo agradable.

Entonces llega la pared. Bobby es arrastrado hacia arriba. Cae espuma sobre Diego, pero el agua no es tan densa como para impedirle respirar. Aunque hay un problema, y es que el traje comienza a deslizarse cuesta abajo. Igual lo ha inflado demasiado. Bobby está flotando

demasiado sobre el agua como para poder cruzar la cresta de la ola. Adriana mira hacia abajo. Están a unos cinco metros de altura y la ola los arrastra con ella. Si eso no para, la marea los arrastrará alrededor del planeta entero hasta llegar algún día a tierra firme, donde la ola romperá con toda su violencia.

No son buenas perspectivas, pues también se están alejando con cada minuto que pasa del portal que debería llevarlos de vuelta a casa. Adriana se mira los menús.

—Ahora igual nos mojamos un poco más —dice.

Diego se limita a hacer el símbolo de OK. Ya tiene suficiente con respirar en el momento adecuado. Adriana quita un poco de aire de flotación. El traje se hunde en el agua y nota cómo son arrastrados hacia arriba. Pero no es suficiente. Vuelve a deslizarse un poco hacia abajo. En este planeta pesa, con Diego, seguramente el equivalente a 500 kilogramos. Saca más aire. Ahora el agua cubre también la parte superior del traje. Nota como Diego encaja con habilidad los pies con las aletas debajo de los muslos rígidos del traje blindado. Bobby sigue ascendiendo como en un ascensor.

Adriana mira hacia atrás y se asusta. El haz de luz del foco no alcanza la superficie del agua. Si caen desde esta altura, el traje estallará contra el agua, dura como hormigón. Resbalan un poco hacia abajo solo para volver a ser absorbidos hacia arriba. El juego continúa. Arriba, abajo, arriba, abajo. Tienen que acabar con eso. Diego ya la mira rogándole que haga algo. Ahora se lleva la mano a la garganta y tose agua.

Adriana suelta un poco más de aire. El traje tiene ahora casi la misma fuerza de ascensión que justo tras llegar, cuando se hundió inexorablemente hacia el fondo. Pero esta vez puede defenderse. Tiene el motor a la espalda. Si lo pone ahora en marcha, acelerará en la dirección equivocada. Muestra a Diego como advertencia un símbolo de círculo, pero no parece entenderla. Da igual. No puede esperar más. Adriana sujeta a Diego más con más fuerza aún con su brazo izquierdo y estira a la vez el derecho para que funcione como freno y haga girar el cuerpo alrededor de su ombligo. Entonces saca más aire y acelera. Sale disparada justo por debajo de la superficie hacia arriba.

En ese momento, Diego se suelta de su mano derecha. Aún lo sujeta con la izquierda, pero por el cambio ha perdido su sujeción sobre el traje. Ahora cuelga como una muñeca de su brazo y está completamente bajo el agua. ¡Ojalá haya podido coger mucho aire! Adriana intenta acercarse más a la superficie del agua, para poder sacarlo, pero el motor a su espalda ya no es allí suficientemente potente y vuelven a resbalar montaña abajo. Pasa a máxima velocidad y va contando. Al llegar a veinte, Diego se queda muy quieto. Al llegar a cuarenta se mueve y quiere soltarse del agarre. Al llegar a sesenta pierde una aleta. A los ochenta sale Adriana disparada por encima de la cresta y aterriza sobre la suave ladera opuesta de la ola. Se gira de inmediato e infla el sistema de flotación, saca a Diego del agua y lo pone sobre su panza donde lo sacude hasta que resucita escupiendo agua, como si se hubiera convertido en un dragón de agua.

—Has vuelto —dice.

Diego escupe y tose, pero al menos logra asentir.

El mar parece de nuevo pacífico. Adriana utiliza el sónar para ver qué tiene a su alrededor. No hay ningún lugar al que ir. El fondo del mar está demasiado lejos. Que Diego haya perdido su máscara los obliga a quedarse en ese mundo bidimensional de la superficie. Adriana no tiene la sensación de que aquí haya mucha vida, pero no comparte esa idea.

Diego se ha desencajado el hombro izquierdo al caerse de Bobby. Está sentado con las piernas estiradas sobre el blindaje que vuelve a ser una balsa, se apoya sobre el otro brazo y mira al cielo.

—¿No te tranquiliza saber que aún estamos en la Vía Láctea? —pregunta Adriana.

—Pues no lo sé. ¿Importa acaso? Nadie nos vendrá a recatar.

—Encontraremos el camino de vuelta.

—¿En serio lo crees? Puedes ser franca conmigo, hermanita. Ya soy mayor. Y ni siquiera hemos encontrado indicio alguno del grupo de Drake.

Eso es también un problema para Adriana. Esperaba haber salido más o menos en el mismo sitio que los otros. Pero eso parece tener una tolerancia bastante grande.

—Los encontraremos y volveremos juntos.

—¿Cómo?

—Estoy convencida de que se trata de un agujero de gusano.

El telescopio Wang Zhenyi encontró realmente hace tres años un candidato a agujero de gusano. El descubrimiento estuvo en todas las noticias del mundo. Al principio se pensó que el objeto era un agujero negro, pero los científicos vieron que no tenía horizonte de sucesos; es decir, que no mostraba la típica radiación Hawking en un horizonte de sucesos. Los científicos tuvieron entonces la idea de medir las emisiones de ese objeto con más precisión y se toparon con una distribución de isotopos totalmente atípica para esa región del espacio. Resultó que coincidía exactamente con la distribución alrededor de otro objeto identificado como agujero negro. La materia debía haber cambiado de lugar a través de una conexión entre ambos objetos.

—Pero eso es demasiado especulativo —dice Diego y habla como muchos de los físicos que criticaron ese descubrimiento, publicado en una revista especializada china.

No obstante, los medios se lanzaron de lleno en el asunto. Como explicación más extendida de ese fenómeno surgió la suposición de que debió crearse poco después del Big Bang, cuando la materia aún estaba mucho más condensada en el espacio.

—Estamos aquí, Diego —dice Adriana—. El dolor en tu hombro te confirma que no estás soñando. No puedo encontrar ninguna de las constelaciones conocidas.

—Pero, ¿no se requiere una cantidad ingente de energía, para abrir un agujero así?

—Sin duda; pero el sol la suministra gratuitamente en cantidades también ingentes. Basta con recolectarla.

Ahora es cuando Adriana se da cuenta. ¡Esa gran superficie azul verdosa bien podría ser una planta energética! Las mangueras entrelazadas y de tono claro llevan la energía allí donde también hace falta. Un agujero negro artificial seguramente necesite muchísima energía. Basta con seguir las mangueras.

Adriana mira a su hermano. Sin máscara respiratoria será un problema.

—Dices que basta con recolectarla. Pero ¿quién demonios la recolecta? ¿Me lo puedes decir?

Esa es una buena pregunta.

—Podrían ser esas criaturas con aspecto de balsa flotante que te han traído hasta mí y que me han salvado la vida.

Recorre la superficie del mar con el foco de su traje. No se ve balsa alguna. Solo al final del rayo de luz se eleva una joroba brillante fuera del agua, que podría ser la de una serpiente marina. Y desaparece de inmediato. No vale la pena comentárselo a Diego.

—Mira, una estrella fugaz.

¡Cierto! La estrella necesita un tiempo inusual para hundirse en el océano.

—¿Has deseado algo? —pregunta Adriana.

—Sí, pero no te lo puedo decir.

—Lo sé.

Sigue buscando estrellas fugaces por el cielo, pero no ve ninguna más. Aunque otra cosa la llama la atención: el cielo irradia una tranquilidad infinita. En la Tierra es algo poco usual, porque siempre hay todo un megaejército de puntitos brillantes que cruzan el firmamento con rapidez.

—¿Sabes lo que más me llama la atención? —pregunta Adriana.

—¿Qué?

—Que no parecen saber aquí nada de viajes espaciales. Son capaces de generar agujeros de gusano, pero no veo ningún satélite surcando el cielo.

—Igual no les hace falta. Con agujeros de gusano se llega mucho más rápido a cualquier sitio.

—Pero no se trata solo de viajar. Nuestros teléfonos, la geolocalización, la meteorología, la búsqueda de materias primas, la producción en ingravidez..., todo eso funciona solo con satélites en órbita.

—Igual no necesitan nada de eso.

Pues sí, igual. O ya lo tienen en el agua. El océano puede parecer peligroso y mortal para seres adaptados a la presión reinante en la superficie. Pero quien se las apaña con la presión, dispone allí todo lo que se necesita para la vida. Oxígeno, energía y alimento.

Xibalbá, 7 de mayo de 2045

Julia siente como si la partieran en dos por el vientre. El tirón y el brusco cambio de movimiento son tan fuertes, que ve relámpagos frente a los ojos. Siente como latigazos ardientes en los flancos y las piernas.

Una parte de su mente racional comprende que algo se ha enredado en la cuerda y que está siendo arrastrada junto con Tyler y Eddi.

La cuestión está en ese algo. Vio detrás de Eddi una sombra en movimiento, pero nada pequeño, sino gigantesco. Toda la superficie detrás de él se movía. Fuera lo fuera esa cosa, debía medir varios metros. Puede que un pez; un tiburón o una ballena. En todo caso ese algo la está arrastrando sin piedad.

Julia mira a su alrededor, pero solo ve desaparecer las burbujas de aire como una ristra de perlas brillantes. Su foco ilumina una y otra vez una piel gris oscura, llena de manchas. Parece estar llena de ampollas, fofa, llena de manchas y pústulas. No hay ni rastro de Tyler ni de Eddi. Aunque igual están al otro lado de este monstruo.

La cuerda.

Julia toquetea por su cinturón, encuentra la cuerda y tira de ella en la dirección del movimiento. Eso hace que salga disparada hacia el ser, aunque el choque es menos violento de lo esperado. La piel es tan blanda y fofa como parece.

A Julia le produce asco, pero sabe que lleva un traje muy cerrado. Sea lo que sea este ser y de lo que esté hecho, no entra en contacto directo con su piel, y eso la tranquiliza.

Aunque también se da cuenta de que es un primer contacto con un ser extraterrestre. ¡Un primer contacto!

¿O procede ese ser del inframundo? ¿Viene directo del infierno?

Ese mundo bien podría ser un ejemplo de todas las representaciones del infierno. Monstruos, cielo en llamas, tormentas y setas repugnantes.

La mente se le distrae, pero Julia logra concentrarse en el aquí y ahora. Y aquí y ahora está siendo arrastrada lejos del portal por una ballena extraterrestre. ¡Seguramente del único camino de regreso a casa!

En el fondo solo le queda una opción: cortar el cabo con el cuchillo que lleva al cinto. Entonces quedará libre y podrá regresar nadando. Pero ¿liberará con ello también a Tyler y Eddi? ¿Darán vueltas en la oscuridad como lastre desechado mientras el ser desaparece? ¿Es solo un ser, o son dos o incluso más? No tiene ni idea, pero sabe que tiene que hacer algo y pronto, antes de que sea demasiado tarde. De repente tiene el cuchillo entre los dedos de la mano derecha. Con la izquierda aún sujeta la cuerda.

Es una especie de navaja automática que saca la cuchilla de golpe del interior con solo apretar un botón. Diez centímetros del mejor acero para cuchillas de afeitar. Además, el lado opuesto al filo está dentado a modo de sierra. Lo necesitará para cortar la cuerda de polímero reforzado.

Julia nota como el ser acelera. El agua tira de ella con más fuerza que antes. Las burbujas de su máscara se alejan en horizontal como un chorro plateado.

Ahora o nunca.

Si espera demasiado, ya no podrán regresar nadando. Si no es que ya es demasiado tarde.

Julia agarra el cuchillo con fuerza, aplica el borde de sierra sobre la cuerda y da un tirón con fuerza. Nota como la tracción de la cuerda cesa de golpe. En el instante siguiente frena con fuerza por el rozamiento del agua y queda libre. Da vueltas como una peonza loca. Algo toca su espalda y la hace girar aún más, como una pelota hinchable. El golpe la deja sin respiración. Vuelve a ver estrellitas blancas y a la luz de su foco ve algo parecido a una aleta caudal deshilachada y de varios metros de ancho. La visión es tan extraña como espeluznante. ¿Acaba realmente de ver a un alien? ¿Ha estado incluso colgando de uno por la cuerda?

Entonces distingue un punto de luz no demasiado lejos.

La luz va creciendo. Se acerca. Julia parpadea porque piensa que todo gira alrededor de ella. Pero la luz sigue allí, como una estrella en el firmamento, constante, aproximándose a ella. Y la luz se convierte ni más ni menos que en Eddi, que se acerca nadando. Eddi, el pitbull, el rompeolas inasequible al desaliento. No la deja sola. Ese pensamiento la consuela un poco. La consuela mucho. Nada hay peor que sentirse sola en este mundo tan extraño. Totalmente desamparada.

¡SE ESTÁ DESMAYANDO!

Eddi ve cómo el cuerpo de Julia flota flácido e ingrávido en el agua.

Aprieta los dientes y golpea con fuerza las aletas para alcanzarla, aunque ha perdido una de las dos cabalgando con ese bicho. Su avance es lento, pero constante y fuerte. Por algo entrena cinco días a la semana en los aparatos del gimnasio. De algo tiene que servir todo ese sufrimiento.

Al fin la alcanza. Su primer vistazo es a su máscara, pero está bien sellada. Su segundo vistazo va a las pulsaciones que indican su computadora de buceo. Ciento treinta pulsaciones por minuto, pasable para estas circunstancias. Las suyas seguro que son aún mayores, pero ¿qué le importa a Eddi su ritmo cardíaco?

Agarra a Julia y se la asegura con la cuerda al cinturón. Entonces mira a su alrededor, pero el bicho ha desaparecido, y Tyler con él.

Eddi aprieta los puños con fuerza. Ese monstruo debe haberse comido o tragado entero a Tyler. ¿O se habrá roto la cuerda? No, la tensión desapareció de golpe y quedó liberado. Seguramente haya sido Julia quien cortara la cuerda; sería algo típico de ella, tan pragmática siempre.

Pero ¿dónde está Tyler? Debería estar atado a él o a Julia, pero la cuerda de Julia no mide ni un palmo de longitud.

Eddi mira en la dirección en la que ha desaparecido el animal. Piensa en esos ranasapos, los horrendos monstruos de las profundidades con su gigantesca boca llena de dientes afilados y ojos como globos. Algo así coincidiría aquí: una boca como un túnel que surge de la oscuridad y se

desliza hacia ellos en completo silencio, se abre como una pinza de excavadora y se los traga.

Pero el océano es siempre el océano, y nada se manifiesta para tragárselos. Seguramente ese bicho no iba a por ellos, sino que salió ahuyentado por ellos.

Eddi piensa en las rayas espinosas, que se ocultan a menudo bajo la arena. O en pulpos que pueden cambiar el color de la piel como los camaleones. Ese ser podría haber adoptado la forma de una roca y Julia y él lo despertaron.

A Eddi solo le queda esperar que no regrese a por ellos. Sigue mirando unos segundos en la dirección en la que desapareció Tyler Drake y luego vuelve a centrarse en Julia. Tiene los ojos entrecerrados. Parece que está volviendo en sí.

Eddi la sujeta para que lo vea cuando se despierte.

Su plan funciona. Julia parpadea, mira confusa a su alrededor, lo reconoce y parece aliviada, hasta que regresa el recuerdo de esa bestia marina. Julia se gira nerviosa mirando a su alrededor en pánico, pero Eddi logra calmarla con suaves movimientos de sus manos. *Todo ok*, le dice con gestos. Ha desaparecido.

Ella lo mira, agarra el corto extremo de su cuerda y señala a lo lejos.

Eddi se encoge de hombros y levanta su extremo cortado. Mide unos siete metros.

Los ojos de Julia se ponen tristes al comprender lo que ha sucedido. Señala en la dirección en que se ha marchado el animal y traza un interrogante en el agua.

Eddi entiende su pregunta: *¿Vamos a por Tyler?*

Esa es la pregunta del millón. ¿Deberían ir?

El corazón de Eddi le dice que sí, pues Tyler Drake es un buen hombre, un amigo de fiar y un jefe de primera.

Pero la cabeza de Eddi dice que no. Igual el ser ese se lo ha comido, o sigue tirando de él. Podría estar ya a kilómetros de distancia; una distancia que ellos no podrían recorrer jamás. Y sin duda no en ambos sentidos, pues siguen sin encontrar el portal. Y es que ya es cuestionable que lleguen a encontrarlo, y mucho menos si antes van en busca de Tyler.

Julia parece leer sus pensamientos, pues tras la máscara surgen lágrimas, pero no sacude la cabeza. Se limita a llorar.

Es contagioso: Eddy se suma a ella con lágrimas que brotan repentinamente también de sus ojos.

Lo siento, Tyler, le pasa por la cabeza, luchando por no sollozar. *No debería haber acabado así, ni la expedición ni tu vida. Al menos has visto y vivido Xibalbá. Espero que te haya llenado de felicidad.* Entonces Eddi se pilla santiguándose.

Julia lo imita. Luego busca la mano de Eddi y la sujeta unos segundos con fuerza. Al final ambos asientes y nadan lado a lado en dirección contraria.

EL SER SIGUE NADANDO, IMPERTURBABLE, SIN REDUCIR LA VELOCIDAD. ES UN ALGO GIGANTESCO, de unos treinta metros de largo y unas doscientas toneladas de peso. Podría tener cierto parecido con una ballena, pero su piel es más fofa y está más llena de manchas con formas muy extrañas y sinuosas, con cierto aire aerodinámico, pero poco naturales desde el punto de vista humano, como si las estrías se unieran para hacer crecer aquí y allá una aleta.

Seguramente Tyler Drake bautizaría a ese ser con el nombre de leviatán. Es un monstruo marino cósmico de la mitología judía. La traducción de leviatán sería algo así como el enrollado. Y así es también lo que parece: una mezcla de ballena y serpiente y dragón, y algo más,

completamente extraño.

El leviatán también tiene una boca. No es horizontal, sino vertical y divide su cráneo en dos mitades. Llega a abrirse unos tres metros. De su comisura inferior cuelgan unos diez metros de cuerda de buzo, y de la comisura superior unos cinco.

Cuando el leviatán percibe una corriente caliente del fondo del mar, modifica su rumbo y desciende. Se desliza sobre placas de roca que bajan repentinamente en vertical. Desciende más y más en la oscuridad. De allí asciende calor de fuentes térmicas, a cuyo alrededor se han formado microorganismos que se mueven como plancton por el agua.

El leviatán alcanza la corriente cálida y abre de nuevo la boca para absorber ese plancton. Cuando entra en las fauces del leviatán se crea un espectáculo impresionante. El plancton comienza a centellear con brillos azules, verdes, rojos y blancos, como la lluvia de unos fuegos artificiales.

En ese brillo mate generado por la bioluminiscencia del plancton puede verse por un momento a Tyler Drake en el interior de las fauces del leviatán. Cuelga entre dos bolsas de piel flácida llenas de purpurina negra. Las bolsas se mueven. De su piel surgen apéndices como dedos que se mueven por encima de Tyler Drake. Tantean a su alrededor y exploran cada centímetro cuadrado de su cuerpo.

Así desaparece Tyler lentamente entre las bolsas. Pero el plancton le alcanza, casi como atraído por un imán. Se acumula alrededor de su cabeza y de sus hombros. Cubre la cabeza de Tyler como una máscara de luz brillante.

Los apéndices como dedos siguen tanteando por su piel. Por encima de su barriga, su pecho, brazos y manos. Eddi no le puso los guantes, por lo que los apéndices se introducen por el resquicio entre piel y traje de las muñecas. Se deslizan más, se hacen más finos y largos, tantean su avance, a lo largo del antebrazo y utilizan las fuertes venas como carreteras. Perciben su pulso, sienten el calor de su cuerpo. Tocan la parte interna del codo y el bíceps hasta la axila. Allí toca un nudo linfático hinchado y una raíz de pelo inflamada. Luego siguen por la axila hasta la clavícula y la raíz del cuello.

Allí, el traje queda más pegado al cuerpo por la sujeción de la máscara, pero esos finos dedos, que se adhieren a su piel como lombrices, se introducen con fuerza en la blanda carne y superan el obstáculo de la máscara.

Se desplazan por su barbilla, por la barba sin afeitar, hasta la mandíbula.

Allí, las lombrices se hacen finas como hilillos. Hilos que se extienden por su cara. Hilos de piel flácida con un núcleo negro que se deslizan por sus mejillas, sus labios, la nariz y las orejas. Pero no taponan ningún orificio corporal y registran que Tyler respira una mezcla de oxígeno.

Fuera de la máscara, el plancton se acumula en capas cada vez más gruesas. Ya cubren con casi dos centímetros de espesor su cabeza, desde el cuello hasta la coronilla, con una brillante luz. Drake brilla como un casco de pura luz.

Para entonces, el leviatán ha alcanzado ya el final de la corriente cálida, cierra la boca y da la vuelta para dirigirse de nuevo a la superficie del agua.

Pero el espectáculo en el interior de su cavidad bucal aún no ha acabado. La colorida luz de la bioluminiscencia ilumina la cara de Tyler, recubierta de hilillos. Un par de apéndices finos tocan sus párpados; comprueban la resistencia de las pestañas, levantan un párpado y estudian el globo ocular. Detectan la película húmeda en la que hay nitratos. Perciben las glándulas lacrimógenas. Luego siguen su estudio por la frente alrededor de las cejas y llegando al cabello cortado bien corto.

Cuando los gusanos se extienden alrededor de su cráneo, el plancton brilla con mayor

intensidad. Por el casco de plancton se mueven estrías de luz que forman patrones ondulantes que brillan alrededor de la cabeza de Tyler. Son formas extrañas, líneas dentadas, espirales retorcidas, puntos y otros dibujos. Es como si el plancton estuviera interactuando con Tyler Drake.

Dentro de ese brillo parpadeante los gusanos siguen pegados a la cara de Tyler. Tiene los párpados abiertos, por lo que entra una fuerte luz en sus pupilas iluminando el fondo del ojo.

En sus labios se mueve también un conglomerado de gusanos. Se enrollan, entrelazan, tensan y giran formando así un tubo del groso de un dedo. El tubo crece lentamente pero sin parar hacia los labios de Tyler. Otros gusanos le abren los labios y otros aplican cierta fuerza para que abra las mandíbulas.

Aparece la lengua de Tyler con un recubrimiento blanco y que quiere evitar que entre esa manguera, pero unos gusanos la sujetan y presionan contra la mandíbula inferior.

Mientras los finos hilos tantean por sus dientes y se quedan un rato analizando un empaste, el tubo sigue creciendo y desaparece al final dentro de la garganta de Tyler Drake.

En ese momento, su cuerpo sufre un espasmo, pero el leviatán lo mantiene bien sujeto.

El plancton brilla en tonos rojos, amarillos y verdes. Rojo, amarillo y verde...

Xibalbá, 7 de mayo de 2045

EL CIELO ROJO, PARECE EN LLAMAS.

¿Es el amanecer o el ocaso?

Debajo, campos de un intenso verde que se mecen con la suave brisa del viento.

Maizales hasta donde alcanza la vista. Majestuosos maizales con mazorcas rebosantes y rodeados por hermosas plantas de alubias; a sus pies, calabazas del tamaño de sandías gigantes. Las hojas de las mazorcas están abiertas y revelan los brillantes granos de maíz, perlados con gotas de agua.

Las alubias son igualmente hermosas; aunque las calabazas se lleven el premio por su hermosura.

La agricultura sostenible de los mayas. Maíz, alubias y calabazas. El maíz sirve a las alubias como tutores naturales para su crecimiento. Las alubias, como leguminosas que son, entran en simbiosis con bacterias especiales que absorben el nitrógeno del aire. El nitrógeno ayuda al crecimiento de las alubias y abona a largo plazo el suelo cubierto de restos de plantas en descomposición. El tercer compañero, las calabazas, cubren el suelo con sus grandes hojas que impiden la aparición de malas hierbas y lo mantienen húmedo bajo la sombra que proyectan.

La escena parece sacada de un libro de diseñadores, donde solo la saturación del color es algo excesiva. Podría bien ser un cuadro de arte pop de Andy Warhol.

La escena se transforma. El observador invisible flota por entre los maizales, acelera y asciende.

Detrás de los campos se elevan templos mayas. El cielo es ahora rojo oscuro. Una puesta de sol con fuegos encendidos en pebeteros.

Hombres y mujeres que caminan en largas filas junto a los templos. Llevan escasa ropa. Su piel está plagada de símbolos mayas dibujados en color amarillo. La pintura la obtienen del maíz.

El observador asciende más y más por encima de la multitud. Son cientos de mayas que se agolpan a los pies de un grandioso templo, levantando la mirada hacia el altar, nueve escalones más arriba.

El rectangular altar de piedra parece un cuadrado negro en el cielo en llamas.

Aparece un hombre. Seguramente un sacerdote. Lleva el cabello trenzado y el cuerpo totalmente pintado. En las manos sujeta una daga de sacrificio.

Ahora va más rápido. El observador pasa a toda velocidad junto al hombre y desciende las escaleras. Un prisionero es llevado a rastras escaleras arriba. Los ojos llenos de terror. Va desnudo. Sus mejillas brillas de rubor.

Un potente rayo vela momentáneamente la imagen. Cuando la fuerte luz cesa, puede verse la

daga levantada con su negra cuchilla. En el filo se reflejan las llamas de los pebeteros; un repentino brillo más intenso y la hoja se clava en el blando cuerpo del prisionero. La boca desgarradoramente abierta. Sangre. Un corazón palpitante que realiza su último latido.

De nuevo un rayo.

Un pozo redondo. El sacerdote está frente a él y sujeta en sus manos el corazón de desgraciado guerrero. La sangre gotea de entre sus dedos.

El sacerdote abre la boca y entona una especie de cántico. Pero no se oye nada. Solo son imágenes.

De nuevo un rayo. El sacerdote se presiona el corazón contra la frente, cierra los ojos, dice algo y se sube al borde del pozo. Salta hacia el agua de color azul oscuro.

Burbujas plateadas de aire rodeadas de estrías rojas, como si fuera humo.

Un brillo lejano, azul y blanco.

La sensación de caer cada vez más y más rápido, hacia ese brillo.

Entonces, luz blanca y pura. La luz es tan intensa, que los ojos de Tyler se sienten maltratados por miles de pinchazos. Quiere cerrar los ojos, pero no puede. Quiere girar la cabeza hacia un lado, pero no puede. Está totalmente paralizado y solo puede mirar hacia esa luz universal y soportar el dolor.

Por suerte, la intensidad decrece.

De nuevo aparecen imágenes. Agua oscura. Un brillo rojizo. Formas negras, extrañas.

De repente, un cielo rojo. Una luna gigantesca cuelga de él.

Xibalbá.

¡Los mayas conocían el portal!

Sus pensamientos vuelven a explotar. El observador vuela hacia la luna, asciende más y más. Las dimensiones son más claras. El océano es infinito, va de horizonte a horizonte, con una infinita alfombra de raíces flotando.

No hay tierra por ningún lado. Pero sí mareas. Una ola de descomunal altura se desplaza alrededor del planeta. No va demasiado rápido, tiene todo el tiempo del mundo. El planeta es grande, más grande que la Tierra.

Tyler lo comprende de inmediato, pero no sabe cómo ha llegado a saberlo.

Sigue ascendiendo cada vez más alto. El cielo rojizo cambia a lo lejos a un azul mate y, detrás, brilla la negrura del espacio. El firmamento está plagado de estrellas, estrellas desconocidas.

El observador sigue subiendo. El planeta se convierte en una bola, la luna en una canica.

Aparecen otros planetas, una galaxia llena de estrellas y milagros, una nebulosa que Tyler reconoce de imágenes de la NASA.

La nebulosa de Orión.

Otro rayo.

Dolor.

Oscuridad.

Azul centelleante en estrías arremolinadas. Tyler no reconoce a la primera de qué se trata, pero crece y se convierte en pequeños seres que se mueven por el agua. Le viene el plancton a la mente. Bioluminiscencia. Ha leído algo sobre eso. El plancton brilla cuando acecha peligro, pero esa capacidad lumínica se utiliza también como medio de comunicación. Un fenómeno interesante de la ciencia.

Es un espectáculo muy hermoso. Tranquilizador. Pacífico.

Hasta que surge de la oscuridad un ser horroroso. Posee un cráneo gigantesco y huesudo. La

boca es vertical, en lugar de horizontal. Parece fofo y carnoso, pero se desliza con elegancia entre el plancton y lo recolecta con su inmensa boca abierta.

Algo más hay ahí dentro. Algo que brilla con intensidad. Parece una cabeza humana.

Tyler nota cómo se le acelera el pulso. El corazón está a punto de salírsele del pecho y quiere cerrar los ojos, pero no puede.

Debe ver cómo esa cabeza va creciendo. Reconoce las formas. Una máscara de buceo. No una cualquiera, sino la de su expedición. El plancton brillante cubre el visor.

Otro rayo blanco.

Dolor.

El blanco se convierte en leche cuajada. Asoman dos ojos oscuros entre una extraña acumulación de gusanos.

Tyler conoce esos ojos azul grisáceos.

Los ve cada mañana en el espejo, mientras se afeita.

Xibalbá.

El lugar del miedo.

Quiere gritar, pero no puede. Tiene algo en la garganta. Nota ese algo hasta el esternón. Nota cómo se mueve. Cómo infla y encoge rítmicamente sus pulmones.

Xibalbá.

El lugar del miedo.

¿Es realidad o es un sueño?

¡Un sueño! No puede ser otra cosa.

Otro rayo blanco.

Más dolor.

Aparecen caras. Caras mayas. Todas llenas de esos extraños gusanillos. Un hombre, una mujer, otro hombre..., un niño. Las caras cambian con una rapidez cada vez mayor. Deben ser cientos, igual incluso más.

Y luego los cambios se van ralentizando.

Aparece una cara femenina. Tyler cree reconocerla, pero tampoco está seguro. Es mexicana, no es maya. Su cabello tiene mechas canosas.

Otro rápido rayo.

Adriana en la pastelería.

Y entonces lo sabe. Debe ser la madre de Adriana. El parecido es evidente.

De nuevo un rayo.

La madre, rodeada de gusanos.

Un último cambio de imagen. De nuevo Tyler con los ojos abiertos de par en par.

¿Realidad o sueño?

Tyler sabe ya cuál es la respuesta.

Otro rayo blanco.

Dolor.

Nada.

DOLOR Y NADA ES TAMBIÉN LO ÚNICO QUE XIBALBÁ TIENE PARA OFRECER A EDDI Y JULIA.

Nadan juntos a escasos dos metros del fondo y escanean con sus focos las escarpadas rocas en busca del portal.

Ya que Eddi perdió una de sus aletas al chocar contra aquella inmensa bestia, solo logra la mitad de impulso que antes. Su pierna le arde ya de tanta contracción muscular y está a punto de sufrir un calambre. Para evitarlo, Eddi cambia con frecuencia a desplazarse solo con los brazos, pero a estas alturas ya le arden casi igual que la pierna. También le duele la espalda. De hecho, toda ella es ya solo dolor.

Por ello se extraña que Julia aguante tan bien, pero seguramente no sea más que la fuerza de la desesperación. Ambos saben que se están quedando sin oxígeno y que solo les quedará una opción: emerger y esperar que alguien los rescate. Pero ¿quién podría lograr ese milagro? ¿Juan, El Flaco?

La mera idea es tan ridícula que Eddi la desecha de inmediato. Si el mexicano no llegó a pasar con ellos por el portal, lo más probable es que no busque ninguna forma de seguirles. Se guardará el dinero de Tyler y eliminará todas las pistas de su participación en esta expedición. Nunca aceptó este encargo, y listos. Que le pareció demasiado extraño, complicado o a saber qué.

Eddi haría lo mismo, por lo que no se hace ilusiones de que El Flaco pueda aparecer por aquí como su glorioso salvador. Deberán salvarse a sí mismos. ¿Cómo?

Es imposible encontrar ese portal sin conocer sus coordenadas. Podrían pasar a solo dos metros de él sin llegar a verlo. Ni siquiera saben qué aspecto tiene. ¿Es también un agujero redondo? ¿Un pozo?

Eddi no lo cree. ¿Quién habría construido aquí las paredes de un pozo? Así que debe ser algo natural. ¿Una grieta, una cueva en el fondo? Podría ser cualquier cosa.

Así que sería pura casualidad que llegaran a encontrarlo. Pero dejar de buscarlo significa rendirse y abandonarse. Y Eddi no es de los que se rinden fácilmente.

Siempre ha sido un luchador. Cuando algo se le mete en la cabeza, va hasta el final. Así que ignora el dolor en brazos y hombros, espalda y piernas y sigue nadando más y más.

Pero no hay nada. Solo rocas, rocas y más rocas. Entre ellas sombras y agua.

Eddi no ve peces, ni corales, ni nada lejanamente vivo. Solo roca desnuda.

Mientras la observa, sus pensamientos siguen martilleándole la cabeza. ¿En qué planeta habrán aterrizado? ¿Cómo se habrá creado? ¿De dónde sale toda esta agua y el oxígeno? ¿Era antes un planeta helado y ahora se ha fundido el hielo? ¿O llegó el agua aquí con el impacto de meteoritos? ¿Se evaporó parte de ella para crear la atmósfera? ¿Por qué brilla el cielo rojo?

En la Tierra brilla en un tono azul porque la luz del Sol consta de distintos colores que se dispersan de distinta forma cuando cruza la atmósfera. Las moléculas de gas dispersan las longitudes de ondas azules más que las de otros colores. Y estos rayos de luz azul se reparten por todo el cielo, por lo que parece ser azul.

¿Podría ser que en Xibalbá, como en nuestros amaneceres y atardeceres, la luz del sol local tenga que cruzar una mayor parte de la atmósfera y dispersar los tonos azules y verdes mientras queda el rojo como dominante?

Eddi tiene claro que todos estos pensamientos solo sirven para distraerse. Su espíritu solo quiere ocuparse de lo inevitable: su final. Incluso ha desactivado la pantalla de su computadora de buceo para no tener que ver constantemente la cantidad de oxígeno que le queda. Tener ante los ojos la cuenta atrás de tu muerte no favorece precisamente la concentración en lo que estás haciendo.

Y Eddi se concentra de nuevo en las rocas, la sombras, las grietas..., para no pasar nada por alto.

Pero un tirón de la cuerda le hace girarse. Su corazón se dispara de nuevo, pero no es ningún

animal el que tira de ella, sino Julia. Da tirones de la cuerda y gesticula mucho señalando el suelo.

Eddi solo ve rocas grises, pero se acerca en seguida a ella. Nota como su cara se pone roja de nerviosismo. ¿Ha encontrado Julia el portal?

Se acercan juntos a una grieta. Algo brilla con tonos dorados, como un reflejo. ¿Es el brillo como en su portal?

Eddi se esfuerza al máximo para nadar hacia el brillo. ¡Allí, de nuevo! Un ligero brillo cuando el foco de Julia toca la roca.

Alcanzan la escarpada grieta. Algo cuelga de ella. Una cadenita dorada.

Esa visión resulta algo estrambótica, pero realmente se trata de una cadenita de oro. El cierre está roto, pero en el centro entre los finos eslabones dorados, hay un colgante. Mide unos cinco centímetros de largo, labrado con filigranas y con un nombre grabado.

Eddi coge la cadena en la mano y la gira entre los dedos. A la luz del foco puede leer el nombre: Floriana. Lo muestra a Julia que también lee ese nombre y se encoge de hombros. ¿Qué más puede hacer? Es un maldito collar que aquí solo parece totalmente fuera de lugar.

Pero Eddi se lo mira de nuevo. Floriana no le dice nada, pero una cosa es evidente: La cadena ha sido hecha por el hombre y, como parece, no era maya, sino alguien más moderno. Se le acelera el pulso y comienza a sudar. Eso significa que aquí han llegado otras personas. ¿Fue arrastrada también por el portal al bucear por el cenote? ¿Perdió entonces esa Floriana la cadenita? Parece una pulsera, para la muñeca o el tobillo. ¿Se quedó enganchada aquí en la roca? ¿Buscaba también el camino de regreso?

Claro que lo hizo. Floriana. Igual es la clave para regresar a la Tierra.

Eddi señala a Julia que allí donde ha encontrado la cadena debe colocar una luz, para poder buscar con ese punto como referencia central. Lo señaliza haciendo un movimiento en espiral con la mano.

Julia comprende y se desprende una luz del cinturón. Su cara brilla entonces con brío. Eddi también siente cómo recupera fuerzas. ¡Deben estar muy cerca!

Colocan la luz y comienzan a buscar el portal trazando círculos cada vez más amplios.

Siguen sin encontrar nada. Pero se atienen a su plan sistemáticamente y colocan más puntos de luz para crear como un signo de más en el fondo, una cruz. La distancia del centro a los extremos es la longitud de la cuerda de que aún disponen. Eddi calcula que son unos cincuenta metros.

Luego avanzan de cuadrante en cuadrante, pero siguen sin encontrar nada. Absolutamente nada.

Dolor y nada.

Eddi quiere seguir, pero Julia le toca el brazo. Parece agotada y así se lo hace saber. *No puedo más: necesito una pausa.*

Cuando Julia se lo comunica, Eddi nota también como le abandonan las fuerzas. Sus párpados son de repente pesados como el plomo y apenas puede mover ya los brazos. Su pie ya es casi insensible del todo.

Así que hacen lo único que les queda por hacer: ajustan sus chalecos y cinturones para quedar flotando a unos dos metros por encima del signo de más y hacen una pausa.

Eddi no sabe para qué, pero sí que la necesitan, y Julia incluso más que él.

Observa de nuevo la cadenita dorada. Pero ya no siente estímulo alguno, sino ojos que se le llenan de lágrimas. Qué injusto que es todo. Encuentran algo que parece un indicio, pero nada. Nada de nada. Es tan frustrante que pierde toda motivación. Eddi querría golpear algo con los

puños, repartir hostias, romper algo, pero solo aprieta los puños sujetando la cadenita dorada entre los dedos; respira hondo y la guarda en un bolsillo de su cinturón.

Luego siente el fuerte impulso de consultar la computadora de buceo y verificar el tiempo que les queda, pero no lo consigue. No puede hacerlo. Ya no quiere saberlo. Se acabó. Sabe que se ha acabado. Es el final.

Eddi nota cómo regresan las lágrimas y cierra los ojos. Ya no puede ver más rocas, enmarcadas por los bordes iluminados de su máscara. Quiere tener otros recuerdos. Piensa en Chicago, en su casa, un viejo loft industrial con paredes desnudas y suelo de hormigón gris, pero con un encanto industrial que a Eddi le maravilló. Lo decoró con hermosos muebles y sillones de brillantes colores. Había arte por todas partes e incluso dos estatuas modernas que consiguió en una subasta.

Se acuerda de Toni, su mejor compañero en el gimnasio, con el que entrenó durante varios años varias veces por semana. Piensa en Mónica, su última novia con la que tuvo hermosos momentos, hasta que sus vidas se separaron. Y al final piensa en la pequeña y amable turca de la pastelería, dos calles más allá en Nueva York, donde vive ahora, que siempre le sonríe y le da los buenos días con tanto amor cada mañana cuando pasa a recoger su chai-latte y su bollo.

La turca sin nombre.

Eddi se ha propuesto pedirle una cita en cuando regrese de la expedición. ¿Lo conseguirá? Se imagina su sonrisa, su cabello negro, sus profundos ojos oscuros, la cara redonda, cómo le entrega su pedido y le guiña el ojo con tanta simpatía, que según percibe solo lo hace con él y con ningún otro cliente. Solo pensar que igual también pierde eso hace que las lágrimas surjan con más intensidad. ¿Por qué es la vida tan injusta? Xibalbá ... Menuda idea más imbécil la de salir a buscarlo.

Debería haberse quedado en Nueva York, hablar con la simpática turca, invitarla a cenar, a un par de cócteles y pasar una hermosa noche con ella. Y si al final las cosas fueran bien, incluso dar un paso más allá con ella.

Un hermoso pensamiento.

Pero Eddi sabe por qué está aquí y por qué se sumó a la expedición de Tyler Drake. Es su sed de aventuras. En casa, sin trabajo o como empleado de una pastelería, se le caería el techo encima. Cada día lo mismo. Eso no es para Eddi. Eddi quiere viajar, vivir experiencias, descubrir cosas nuevas. Y eso es lo que ha conseguido. *¿Por qué estoy entonces flotando aquí regodeándome en mis desgracias? Rendirse no es una opción, Eddi. Esa mierda de portal estará en algún sitio. Si arrastró a Floriana por él y perdió aquí la cadena, no puede estar lejos.*

Eddi abre los ojos de golpe para darse cuenta de que el símbolo de más está bastante más abajo de lo que pensaba y ya no en el centro..

Eso es ... extraño.

Eddi busca a Julia con la mirada. Flota no muy lejos de él, fijada por la cuerda, y parece tener los ojos cerrados. La pantalla está apagada.

Eddi mira confuso hacia abajo. ¿Cómo puede ser que con chaleco y cinturón de plomos bien ajustados hayan variado de altura? Eso no tiene sentido. No deben ascender.

Comprueba las opciones, pero todo está bien ajustado.

Su mirada va hacia arriba, hacia la superficie, pero allí no hay más que oscuridad, como antes. Con la frente arrugada enciende su computadora de buceo y se asusta. El profundímetro ya no muestra veintidós metros de profundidad, sino treinta y uno. Y el fondo está a unos siete a diez metros por debajo de ellos.

Eddi mira durante unos segundos la pantalla. No lo entiende. ¿Cómo puede variar la

profundidad sin que hayan nadado? Eso es algo imposible.

No lo es, susurra una voz en su cabeza, y añade: *las mareas*.

Eddi se da cuenta. Esa inmensa luna con un anillo. ¡Claro!

Siente excitación y comienza a temblar. Con una luna tan grande y cercana, debe haber unas mareas inmensas. Mucho más fuertes que en la Tierra. Lo más probable es que haya una ola gigantesca que se desplace por la superficie de este exoplaneta con la velocidad de la rotación de la luna.

Eddi siente mareo con solo pensar en ello. Se imagina una montaña de agua de cientos de metros de altura con forma parabólica que se desplaza alrededor del planeta y arrastra consigo la marea alta.

Eso explicaría por qué ascienden. El agua que se acerca los hace subir lentamente.

Pero ¿qué altura tendrá esa montaña de agua?

Eddi da media vuelta y nada rápido hacia Julia. Si tiene razón, deben ascender cuanto antes. Pues cuando esa montaña de agua ascienda más de sesenta metros por encima de ellos, tendrán el mismo problema que en el pozo del cenote. Podrían morir por la mezcla de oxígeno en los pulmones. *No*, se corrige. *Moriremos si nos quedamos aquí abajo.*

Pero ¿qué les espera en la superficie? ¿Seguirá allí la tormenta? ¿Era quizás el anuncio de la montaña de marea? ¿Qué altura alcanzará? ¿Treinta metros? ¿Cien metros? ¿Un kilómetro? ¿Será un muro que los destrozará?

Eddi no tiene respuestas. Solo le queda nadar y corregirse de nuevo.

Xibalbá no solo les proporciona dolor, sino también los sucesos más endemoniados que pueda llegar a imaginar. Desde luego, hace más que honor a su nombre.

Xibalbá, 7 de mayo de 2045

TYLER RECUPERA EL CONOCIMIENTO CON LA MISMA VELOCIDAD CON LA QUE LO PERDIÓ ANTES. Sabe, en ese mismo instante, que ha regresado a su cuerpo.

A su alrededor todo es oscuro. No hay ninguna luz deslumbrante que atraviese sus párpados cerrados. ¿Dónde está? ¿Sigue preso dentro de esa pesadilla? ¿O es que la pesadilla no es otra cosa que la realidad? ¿Está realmente en Xibalbá, cubierto de gusanos alienígenas, mientras es transportado por ese océano en el interior de las fauces de un leviatán?

Párpados cerrados. ¡Eso es algo distinto! Y lo que es distinto es también bueno. Muy bueno.

Tyler traga, pero se da cuenta de que aún tiene algo dentro de la boca y la garganta. Es como una manguera. Tyler fue intubado durante un corto tiempo tras un accidente y se acuerda de ello.

Nota cómo el miedo quiere volver a apoderarse de él, pero esta vez consigue que esa sensación pase de largo. Tyler permanece muy tranquilo. ¿Qué más puede hacer? No puede moverse, pero respira y vive. Y puede abrir los ojos.

Esta vez no hay luz cegadora que se espere y que le clave agujas en el cerebro. Frente a su cara flota una agradable tiniebla azul que flamea con delicadeza.

Tyler quiere mover la boca pero no funciona. Puede emitir algunos ruidos desde el pecho que resuenan extrañamente distorsionados en sus oídos. ¿De qué le sirve emitir gruñidos estomacales? ¿Qué es, además, aquello que en la visión cubría su cabeza; ese casco de luz?

Al pensar en ello, aparece la imagen de nuevo ante él. Por primera vez es consciente de que aquello debe estar por fuera de la máscara, como un recubrimiento. Y si centra bien su mirada con más intensidad, puede ver finas estructuras irregulares. Casi como en aquellos televisores antiguos de tubo, en los que podía verse la trama de puntos. Pero en su visor no hay trama alguna, sino un patrón natural, irregular; tan fino que puede generar imágenes. Y se mueve. Se va desplazando como si se tratara de un montón de hormiguitas.

Aparece otra imagen, pero no en el visor, sino dentro de su cabeza. Ve cómo el leviatán se sumerge con las fauces abiertas y recolecta plancton.

¿Pueden ser plancton esas hormigas? ¿El plancton se ha acumulado alrededor de su casco? ¿Se está comunicando con él?

Tyler ya había leído cosas sobre la luminiscencia del plancton. También sobre descargas eléctricas y procesos químicos. ¿Es posible que el plancton esté conectado a él de esa forma? Es una idea grotesca, pues para ello debería el plancton tener alguna forma de pensamiento colectivo.

Tyler piensa en un banco de peces, que para protegerse de los enemigos se junta en formaciones específicas y nadan juntos de forma sincronizada. ¿Podría funcionar el plancton de

forma similar? ¿Minúsculos seres vivos en Xibalbá que le retransmiten imágenes?

Algo flamea de nuevo agradablemente por el visor. Tyler entrecierra los ojos. ¿Ha sido eso un sí?

Espera, pero no hay más reacción. ¿Qué ha significado eso? ¿Ha sido una reacción casual o una respuesta?

Y el plancton es solo uno de los misterios; lo que tiene dentro de su cuello es otro muy distinto.

Al pensar en los gusanos se acerca de nuevo el pánico, pero vuelve a quedarse alejado de su espíritu. Como si alguien hubiera tendido una barrera a su alrededor. Siente el miedo y el pánico, así como el reflejo de huida, pero las emociones están frente a él como en una mesa de disección. Puede verlas, pero ellas no llegan a él.

¿Qué está pasando aquí? ¿Algo está protegiendo su mente para que no pierda los estribos? ¿Está realmente dentro de un leviatán y se comunica con el plancton?

De nuevo un suave flameo sobre la máscara.

A Tyler le parece otra vez que es un sí. Alucinante. ¿Realmente se está comunicando con un colectivo marino extraterrestre?

Sin duda ha estado mostrándole imágenes de los mayas, del pozo y de Xibalbá. ¿Ha sido una especie de saludo de bienvenida? ¿Está aplicándole intencionadamente respiración artificial para ayudarlo? Los gusanos pueden parecer asquerosos, pero igual actúan con buena intención. En los libros de ciencia ficción y en el cine, los primeros contactos son siempre negativos. Los aliens siempre quieren extinguir a la humanidad, quieren el planeta para ellos, quieren sus recursos. ¿Y si esta vez es al revés?

De nuevo un flameo verde y suave.

Tyler siente que está enloqueciendo. *¿Es eso un sí?*, quiere saber, y pone todas sus fuerzas en ese pensamiento. Pero no parece haber reacción. ¿O sí?

El plancton comienza a moverse. En el centro de su visor se separa lentamente de forma circular, como si quisiera abrir un paso. En el hueco, de unos cinco centímetros, Tyler descubre algo pálido. Centra más la mirada. Es piel gris, tras la cual pulsa algo de color negro, como venas bajo la piel. Ese vástago pálido crece en tamaño y se acerca al visor. Entonces toca el cristal como si fuera un dedo. La yema se aplana. La negra vida interior se vuelve más visible. De repente parece como un hueso, un hueso muy puntiagudo.

Tyler quiere aguantar la respiración pero no puede. Tiene que respirar. Quieren que respire.

En ese momento, el hueso perfora la pálida piel exterior y se apoya con un clac contra el cristal. Entonces se retira para golpear el visor con más fuerza. Tyler nota la vibración y ve una tela de araña de finas grietas en el visor.

Tyler abre los ojos de par en par. *Está destruyendo mi máscara.* El miedo quiere volver a apoderarse de él, pero se queda, como antes, retenido por algo.

El hueso negro golpea una segunda vez contra el cristal. Las grietas crecen y el plancton luce excitado.

Al tercer golpe, el pincho de hueso atraviesa el visor. Tyler ya ve cómo se introduce a lo bestia en su cabeza por encima de la nariz y perfora su cerebro para matarlo, pero el pincho se detiene justo ante sus ojos y se retira lentamente.

Tyler está temblando. Su cuerpo sabe que debería tener miedo.

El agujero en el visor no es muy grande, quizás unos cinco a ocho milímetros de diámetro, pero suficiente para que el plancton se dirija a él. Luce en todos los colores posibles, no brillantes sino más bien mates, pero va hacia el agujero.

Tyler ve cómo llena el agujero y poco a poco va entrando al interior. Ya se está desplazando por la cara interior de la máscara.

La luz se intensifica y se vuelve más clara. Se acerca a su cara.

Nota de repente frío en la piel. Una gota. Otra más. Siente contactos fríos en los ojos y en la nariz, así como junto a los oídos. Son contactos suaves, pero los percibe como un milllar de pequeñas patitas que se arrastran repulsivamente por su piel.

Quiere gritar, pero no puede. No debe. Solo puede estar allí, respirar, y dejar que todo eso suceda.

Aun así intenta moverse, liberarse, pero le resulta imposible. Sea lo que sea que tiene dentro se lo impide. Le proporciona aire para respirar, lo mantiene con vida y quiere, sin duda, que contacte con el plancton.

Lo siente cómo se mueve alrededor de su nariz. Le hace cosquillas en los pelos de la nariz y luego más adentro. Nota una ligera quemazón. El plancton intenta, al parecer, meterse en sus fosas nasales. La quemazón llega hasta la raíz nasal. Los ojos le lagrimean.

El plancton no parece molestarse por ello y sigue avanzando por el interior su cabeza.

Tyler respira entrecortadamente. Piensa en lo que está sintiendo en ese momento. Conoce la anatomía humana por el buceo y ha estudiado mucho el tema de la compensación de presión. Así que se imagina lo que podría estar intentando el plancton: quiere llegar hasta el nervio olfativo a través de la nariz y de los senos nasales. Luego seguramente por él hasta el bulbo olfatorio y así hasta el cerebro.

Tyler lo sabe con absoluta certeza cuando piensa en ello. Si el plancton es una especie desconocida que quiere comunicarse con él, tiene que llegar a su cerebro. Primero lo probó con imágenes, pero era una comunicación en un único sentido. Tyler no podía responder. Claro que podía pensar, girar los ojos o mostrar emociones en su faz, pero ¿era el plancton capaz de poder leer e interpretar su mímica con precisión?

No tiene ni idea, pero ya va notando como entra profundamente en su cabeza tras la raíz nasal. Quiere meterse en su cerebro y comunicarse allí con él para lograr una comunicación bilateral. El plancton parece trabajar de forma visual, lo cual tiene sentido. Es minúsculo y está formado por seres microscópicos. Bajo el agua, los sonidos no tienen mucho sentido, aunque las ballenas y delfines se comunican así; pero para eso también tienen los órganos pertinentes. Estos minúsculos seres vivos no tiene volumen suficiente para ello. En su lugar cuentan con la bioluminiscencia: estímulos visuales basados en procesos químicos.

En el cerebro humano también hay procesos químicos, y ¿qué es exactamente un cerebro? Una red neuronal de sinapsis por la que transcurren impulsos eléctricos. ¿Es el plancton algo parecido? ¿Un colectivo de minúsculos seres vivos que se combinan como una red neuronal para generar complejos pensamientos e imágenes que funciona a través de procesos químicos? Debe ser así, Tyler simplemente lo sabe. Y no tiene miedo. Sea lo que sea que tiene en la garganta, le quita el miedo. Así que deja que suceda. Ya no se resiste al plancton.

Intenta incluso calmarse y abrirse. Nota el cosquilleo detrás de su nariz, pero de repente se disuelve y se distribuye por todo el cráneo.

Es una sensación fresca que le hace temblar.

Tyler respira más profundamente y los gusanos se lo permiten. Ahora está lleno de plancton. En su cabeza brillan felicidad, alegría, miedo, temor, amor, odio, rabia. Todo el espectro de emociones se desenrolla y despliega en su interior. Aparecen imágenes; algunas de ellas recuerdos de su infancia. Tyler en el jardín de infancia, en una pendiente tras un edificio donde habían encontrado un sendero secreto para jugar. Imágenes de la escuela. Bailes en la

universidad. La primera chica. El primer beso en el coche. Libros. Su amor por mundos lejanos. Xibalbá. Una vasija volcada de los mayas. Un doble fondo.

¡El códice! El quinto códice aún existente.

El cerebro de Tyler arde ahora con fuerza. Le saltan las lágrimas. El códice significa algo especial. Hay algo allí que el plancton ha hallado en su cerebro.

Sin duda está leyendo sus engramas y escanea sus recuerdos. Y aprovecha para analizar el códice. Lee sobre el cenote Chac Mool, el acceso a Xibalbá, el camino de los señores.

Esto último bulle literalmente en su cabeza.

Ante su ojo interior aparece, de la nada, un símbolo maya en trazos brillantes de color azul. Se forma directamente en el interior de su cabeza.

Tyler puede verlo y a la vez no, pero está allí y conoce ese símbolo. Es el símbolo de los señores.

Tyler lo comprende y piensa: *¿Sois vosotros los señores?*

Al ardor cesa. Tarda un momento hasta que aparece un nuevo símbolo.

Tyler también lo conoce.

Es el símbolo que significa Sí.

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

¡Ascendemos demasiado rápido!, piensa Julia cuando adelanta a sus propias burbujas del respirador, que desaparecen en las profundidades como puntos brillantes bajo la luz de su foco. Pero también nada como loca junto a Eddi en dirección a la superficie. Eddi había gesticulado con tanto nerviosismo diciendo que tenían que subir, que Julia ni siquiera preguntó por qué.

Debe ser algo relacionado con el agua, pues aunque ascienden con rapidez, la profundidad se reduce demasiado despacio. Ya deberían haber llegado a la superficie y no seguir aún a quince metros de profundidad.

El nivel del mar debe estar cambiando. Una ola, seguramente. Eso coincidiría también con los gestos de Eddi. Pero la ola debería ser muy grande para mantenerlos aún a varios metros de la superficie a pesar de subir tan rápido. De lo que antes eran veinticinco metros, ahora debería haber al menos cincuenta o sesenta hasta el fondo. Así que debe ser una ola gigantesca que va ascendiendo lentamente.

En la mente de Julia aparecen las mareas. Y luego se acuerda de esa monstruosa luna en el cielo. ¿O son ellos los que están en la luna y ven el planeta alrededor del que gira?

Eddi se esfuerza aún más junto a Julia, que levanta la mirada y ve un brillo rojizo sobre ellos. La superficie está allí.

Estarán a unos tres metros cuando nota la inquietud. Es un ir y venir que la agarra. No hay ni rastro de la alfombra de setas.

Eso es quizás lo que más la irrite, pues antes estaba por todas partes. ¿A dónde se habrá ido? ¿La ha empujado la ola llevándosela por delante?

Al fin alcanzan la superficie. Sobre su visor cae espuma y agua como si hubieran salido en medio de una cascada fluvial. Por suerte aún lleva la máscara.

Pero eso no ayuda contra la extraña sensación en el estómago. Ha sido casi como en un ascensor, cuando asciende a toda velocidad. Lógico: ¡La montaña de la ola los sigue levantando! El ascenso en la superficie es naturalmente mayor.

Julia pasa la mano por el visor para ver algo, pero a su alrededor solo hay nubes de espuma.

Al fin un breve momento de visión clara. Frente a ella solo hay oscuridad. ¡La montaña de agua! Por suerte, no es un muro vertical, pues en ese caso los destrozaría; pero calcula que debe tener un ángulo de unos 70 grados. Por suerte, sus chalecos de flotación funcionan, en esa constelación, como corchos.

Eso espera Julia, al menos. No quiere ni imaginarse lo que pasaría si se rompe la ola y caen millones de toneladas de agua sobre ella.

Durante unas vacaciones en Hawái, Julia vio a los surfistas sobre olas monstruosas y se acuerda de un accidente donde se hundió uno de ellos. Sus colegas lo rescataron con motos de agua y estuvo a punto de morir; pero esas olas no eran ni una fracción de la altura de esta que tiene enfrente.

Es una ola terrorífica. Julia no solo la ve y la siente, sino que la oye: un murmullo grave como de tambores por todas partes a su alrededor.

El mundo de Julia se vuelve repentinamente de un radiante blanco.

Sigue una vibración dentro de la vibración. El agua explota. Un chorro duro golpea frontalmente a Julia llevándola hacia abajo.

¡El impacto de un rayo! ¡La tormenta!

La había olvidado, pero ahora siente los fuertes vientos. Algo la golpea dolorosamente en la nuca.

Julia se gira esperando encontrarse con algún horrendo ser marino, pero tras ella no hay nada.

De nuevo le toca algo la espalda. Esta vez lanza la mano y logra cogerlo.

Descubre sorprendida un bloque lechoso y con hilillos negros del tamaño de una pelota de golf. Parece casi un mármol de carrara.

¡Granizo!

Su computadora de buceo muestra también una temperatura ligeramente por encima de los cero grados. La temperatura del aire debe haber bajado a lo bestia con la tormenta, mientras que la del agua sigue estando entre los quince a veinte grados. La meteorología no es su especialidad, pero sabe que en el encuentro de aire húmedo y caliente con un frente frío produce granizo. El aire húmedo se condensa y congela. Los cristales de hielo se juntan y caen finalmente de las nubes al suelo.

Otro golpe más de uno de esos granizos, esta vez sobre un hombro. Es casi un puñetazo. Julia gime y golpea salvajemente a su alrededor.

Por suerte está Eddi ahí cerca, a menos de tres metros, nadando hacia ella.

Otro rayo de un blanco cegador y otro chorro de agua que golpea su cara. Eddi desaparece un instante para salir a la superficie directamente junto a ella. La agarra y mantiene sujeta.

Julia lo imita. Sigue con el bloque de hielo en la mano y se lo enseña e Eddi. Asiente, como si ya hubiera visto él mismo el granizo, señala a sus visores y mantiene la cabeza bajo el agua. Lógico, ¡hay que proteger los visores!

Julia lo imita de inmediato y se mantienen así, agarrados en uno a la otra, con las cabezas bajo el agua iluminando el hueco entre sus cuerpos, mientras las pelotas de granizo golpean sus espaldas.

Pero no se atreven a sumergirse. No quieren arriesgarse con el ascenso. Siguen subiendo como en un ascensor.

Julia no lo entiende. ¿Hasta dónde subirán?

Se atreve a mirar una vez más sacando la cabeza de debajo del agua. Solo hay espuma, oscuridad y un trozo de cielo lleno de nubes tormentosas. Luego otro rayo brillante, un granizo y mete de nuevo la cabeza bajo el agua. No les queda otra que esperar y confiar. ¿Cuánto tiempo podrán esperar? Sus reservas de oxígeno siguen bajando, pero con esta tormenta y la situación en la superficie sería una estupidez quitarse las máscaras.

Y estar en una fuerte tormenta con granizo en mar abierto es también una locura.

No tiene ni idea de si sobrevivirán este viaje. Solo le queda agarrarse a Eddi y esperar.

De repente, Eddi parece estar muy lejos de ella, a pesar de flotar a su lado.

Julia se acerca más a él y presiona su cuerpo contra el de Eddi. Hunde la cabeza en su

hombro para proteger el visor y le rodea la cintura con sus piernas.

Él responde al abrazo y pasa sus manos alrededor de su cintura. Pero no la toca el trasero, como a ella le pasa absurdamente por la cabeza. Eddi, el pitbull, inasequible al desaliento, el alma caritativa, su corcho flotador.

Así aceptan la situación y esperan a que la tormenta acabe. Y que el descenso al otro lado de la montaña de agua sea suave. Pues si la ola rompe, lo más probable es que ambos mueran.

LA OLA NO ROMPE.

La sensación de subir en ascensor al cielo cesa casi de golpe. Julia siente un momento de absoluta ingravidez y levanta sorprendida la cabeza. Lo que ve le corta la respiración.

Frente a ella se elevan las nubes de tormenta al cielo, con sus intermitentes rayos en el interior. Parece como la vivienda de un dios rabioso. Pero está claramente recortado con un borde nítido. Esa visión recuerda a Julia a una apisonadora, aunque consta solo de tormenta, rayos y granizo. Y ya pasó.

Ya no hay espuma que salpique contra su visor ni granizo que golpee su espalda como un boxeador rabioso. Algunos aún flotan como manchas tenues en el agua.

El ascensor ha llegado al ático y ahora comienza el descenso.

Eddi ha sacado también la cabeza del agua, pero mira en dirección opuesta. Julia se da cuenta de que aún cuelga de él. Se suelta.

Cuando mira en la misma dirección que él, se queda sin respiración.

Deben estar al menos a cien o a doscientos metros de altura. Por suerte, la montaña de agua desciende suavemente por detrás. Sobre el horizonte hay una media luna dorada en el firmamento. El cielo brilla ahora con mucha más luz que antes. ¿Cómo es posible?

Lógico; la tormenta limpiadora, como suele decirse. Con la diferencia de temperatura asciende con el tiempo vapor caliente del mar, se acumula en la atmósfera y modifica la intensidad de la luz. Todo está brumoso. Luego llega la montaña de agua y empuja las masas de aire húmedo frente a sí. Y con eso las comprime. Se crea la apisonadora y aspira aire frío de capas superiores al mismo tiempo.

A Julia ya le va bien. Le gusta el aire más despejado. Además, todo parece más amable que antes. Ya no está todo iluminado por esa luz roja infernal. A lo lejos pueden verse incluso algunas manchas verdes. La alfombra de setas ha desaparecido en su mayor parte. De vez en cuando ve un par de esas formas negras asomar fuera del agua, pero el muro de la marea se ha llevado seguramente consigo a la mayor parte, presionándola como una alfombra compacta.

Eddi toca su hombro y señala a lo lejos. Julia sigue el dedo con la mirada y descubre una línea verdosa, a unos cinco a diez kilómetros de distancia, que se eleva de la oscura superficie del océano. Parece muy recta y se extiende mucho por el horizonte.

Julia quiere girarse hacia Eddi, pero ve por el rabillo del ojo que se quita la máscara y cierra la salida de aire. Buena idea. Julia hace lo mismo. Aunque descienden lentamente, nota por primera vez un momento de paz en Xibalbá. Nunca lo hubiera dicho, pero la vista es realmente hermosa.

La voz de Eddi le resulta extraña cuando pregunta:

—¿Estás bien?

Julia se encoge de hombros.

—No sabría decirte. Podría estar mejor, sin duda, pero también mucho peor.

Eddi sonríe con amargura.

—Menudo viaje que nos hemos dado sobre esa ola gigantesca.

Julia se limita a asentir. Su mirada aún reposa en la lejanía, en aquella línea verde. Igual es por algún condicionamiento humano, pero el verde siempre resulta relajante. Quiere ir allí. Verde significa, de alguna forma, vida.

A pesar de ello, pregunta:

—¿Y ahora qué?

Eddi suspira.

—No tengo ni idea, Julia. El portal podría estar en cualquier sitio. ¡Allí! ¡O allí! ¡Y también allí! —Señala con la mano por todos los lados antes de sacudir la cabeza—. La montaña de agua nos puede haber desplazado a kilómetros de distancia, o igual no. Antes estaba todo esto cubierto de esas alfombras negras de setas, pero ahora...

—¿Qué hay de esa isla?

—¿Quieres decir eso verde?

—Sí. Parece casi una isla.

Eddi guarda silencio durante unos largos segundos y suspira de nuevo.

—Ya ves que serán un par de kilómetros, ¿verdad?

—¿Se te ocurre algo mejor? ¿Así, sin balsa donde poder estirarnos para descansar?

Eddi frunce los labios. En sus ojos hay dolor, pero también algo más. ¿Instinto de supervivencia? ¿Esperanza? Entonces dice casi susurrando:

—¿Dejamos por ahora el portal de lado y cambiamos planes?

Julia asiente. Eddi se aparta y mira de nuevo hacia la isla verde. Se ha hecho más pequeña, pero eso se debe a que aún están descendiendo.

Julia siente la repentina necesidad de consolarlo.

—Eddi.

Él no reacciona; solo se deja llevar por la flotación de su chaleco.

Se acerca a él y lo abraza de nuevo, mientras la cálida agua del océano chapotea suavemente contra sus cuerpos.

—¡Saldremos de esta! ¡Te lo prometo!

Las comisuras de sus labios hacen el intento de esbozar una sonrisa, pero bajan de nuevo. Sin embargo, Eddi le responde:

—Sí, saldremos de esta. Sobreviviremos a Xibalbá.

Con suavidad pero también firmeza la aparta de si y comienza a nadar en dirección a la isla verde.

Julia lo mira unos segundos y comienza a nadas tras él, con lágrimas en los ojos.

EDDI NO SABE QUÉ ES PEOR: SI EL NAUSEABUNDO OLOR A HUEVOS PODRIDOS O EL DOLOR EN SU cuerpo. Han alcanzado la isla nadando por etapas, cambiando el estilo de natación para no cansarse demasiado y con los chalecos de flotación siempre inflados al máximo.

Aun así, la distancia es enorme. Eddi ya conoce la natación de largos trechos por su formación de buzo. Siempre consiguió sus tres kilómetros en hora y media. Desde la cima de la ola calculó la distancia entre cinco y diez kilómetros. Es decir, de dos a tres entrenamientos seguidos. Siempre estaba al final de sus fuerzas sin haber buceado antes durante horas.

Y así es como le arden consecuentemente piernas y brazos. Siente la zona lumbar en llamas.

Un doloroso pinchazo le recorre cada dos por tres desde la cadera hasta los tobillos. Seguramente el nervio ciático, ofendido por tanto esfuerzo.

Pero ya casi lo han conseguido. La isla verde está ya a solo unos cincuenta metros de ellos.

Solo una piscina olímpica más. *¡Una más!*, se dice Eddi a sí mismo, mientras observa ese verdor sobre el agua.

La orilla es negra y parece toda embarrada. La zona verde comienza tras uno o dos metros más adentro y Eddi espera que sea capaz de sostyenerlos y que puedan descansar sobre esta isla. Necesitan descansar.

Eddi ha notado varias veces ya cómo se le cerraban los ojos mientras nadaba. Necesita una pausa, está sediento y tiene hambre. Tiene la lengua como pegada al paladar y la garganta es casi papel de lija. Ya pensó en tragar un poco de agua mientras nadaba, pero desechó en seguida la idea. Respirar es una cosa; beber de un océano extraño en el que flotan hilillos negros es otra muy distinta. Pero sabe que en algún momento beberá. Y ese momento ya no está muy lejos.

Como apenas puede levantar los brazos, cambia a posición de espaldas y mira hacia Julia, que llega nadando detrás de él. Eddi se asombra de nuevo por lo mucho que aguanta la arqueóloga. Ese cuerpo tan delgado atesora mucha energía. Eddi se confiesa a sí mismo lo agradable que le resultó que ella lo abrazara con brazos y piernas, aunque no desde un punto de vista sexual. En su vida de Chicago y Nueva York ya cuenta con suficiente sexo. Pero la presencia de Julia le ha conmovido de alguna forma; le ha salvado prácticamente de la locura y el miedo.

Rema un poco más con los brazos y espera a que ella lo alcance. Tiene la cara roja, pero los ojos enmarcados por sombras oscuras. Julia señala hacia la isla con un gesto de la cabeza.

—¡Vamos, Eddi, es la recta final!

Sí, el esprint final, asiente, se gira de nuevo boca abajo y levanta sin saber cómo el brazo del agua para moverlo por encima de la cabeza y dejarlo caer por delante. Aguantar..., ya casi le resulta imposible. También está seguro de que se quedará dormido nada más salga del agua. No puede imaginarse seguir despierto más tiempo. Está tan cansado, tan agotado; le quema la cara. Supone que debe ser por el sol que luce aquí, esa intensa luz que cae del cielo. Por suerte, el océano es negro y no le ciega ningún reflejo. Teme haber pillado ambos una grave insolación. Pero ¿qué es una insolación comparada con morir ahogado?

Julia grita entre estertores.

—¡Tierra! ¡Tierra, Eddi! ¡Tierra!

Eddi da una brazada más y toca con las manos algo resbaladizo. Es como un entramado de raíces que se mete en el agua; un entramado de raíces denso sobre el que se ha acumulado lodo. Le recuerda a la tierra húmeda al margen de los ríos.

Eddi agarra, hunde los dedos y trepa como puede hacia arriba. Es una dura batalla, con brazos y piernas pesados como el plomo y una espalda que amenaza con partirse en dos en cualquier momento. Eddi lo consigue y se sube a esa isla para hundirse en el lodo hasta los tobillos.

Ya solo le faltaba eso. Levanta la pierna con un gruñido. Necesita de todas sus fuerzas para sacar el pie de esa pasta.

—¡Cuidado! —le dice a Julia, que sale del agua con mucho esfuerzo—. Aquí te hundes.

Julia se limita a asentir y se pone de cuclillas. Es más lista que él y se mueve como una foca. Se arrastra panza abajo buscando agarre con los dedos en el lodo y avanza poco a poco. Apoya el cuerpo en el suelo con toda su superficie, para hundirse lo menos posible. Chica lista.

Eddi se inclina para ponerse a cuatro patas, se aplana como una esterilla y se arrastra como

ella hacia delante. Parecen tardar una eternidad hasta recorrer los dos metros que faltan para la alfombra verde.

Cuando Eddi la alcanza no puede evitar soltar una carcajada. Sale de él sin querer. La alfombra verde se siente como césped. Finos tallos y hojas que se retuercen entre sí.

Eddi se traga la pegajosa saliva que tiene en la boca y se arrastra medio metro más. El suelo aguanta. ¡Les aguanta!

Se tumba exhausto sobre la hierba verde y se queda inmediatamente dormido.

LO DESPIERTA UNA SUAVE CARICIA EN SU HOMBRO. SOLO PUEDE GEMIR. PARECE HABER DORMIDO dos minutos, lo cual no ayuda mucho. Todo en Eddi es puro dolor.

Quiere volver a hundirse en la cálida oscuridad pero algo vuelve a sacudirle el hombro.

Abre los ojos con la respiración entrecortada. Julia está frente a él de rodillas.

—Eddi, ¡tienes que ver esto! —le dice con nerviosismo en la mirada.

Eddi logra salir de su soñoliento estado ante esa mirada. Pero el cuerpo se niega a responder. Necesita cuatro intentos hasta lograr incorporarse un poco.

—¿Qué pasa? —Pregunta, intentando coger aire. Apenas puede respirar. ¿Será que no es cosa de su cuerpo, sino de la mezcla de gases en esta atmósfera alienígena? ¿Estarán envenenados? El olor a huevos podridos es brutal. Prácticamente lo ahoga. Pero nadie muere por olores nauseabundos, así que Eddi se traga el asqueroso sabor y logra sentarse.

Julia también se incorpora. Puede ponerse de pie sobre el césped y señala en una dirección.

—¡Tienes que ver una cosa, Ven! —Julia se aparta con pasos inseguros. El suelo se mueve suavemente de un lado al otro.

Eddi claro de pronto que están sobre una isla artificial. Es una isla flotante.

Pero le importa una mierda si la isla flota o no. Solo quiere dormir, aunque algo en la voz de Julia hace que se ponga en pie.

Siente sus piernas como si fueran de goma y de cristal a la vez. Teme que se le rompan en cualquier momento, pero parecen aguantar su peso. Y logra mantenerse en pie, aunque no sabe cómo. Increíble...

Camina lentamente por ese suelo oscilante hasta Julia. Está a unos veinte metros de distancia en el borde de la superficie verde y mira el agua.

Eddi sabe qué está mirando. Lo sabe en seguida. Una zona gris con la forma casi de una persona. Se ha presionado contra la hierba verde. Detrás, en el lodo negro pueden verse huellas de arrastre. Y un poco más allá, en el borde, una huella profunda. Es como una huella de pie sobredimensionada. Eddi se rasca la cabeza mientras observa las huellas. Entonces cruza la mirada con Julia.

Ella asiente.

—No estamos solos aquí.

Eddi no dice nada, se pone en cuclillas y mira de cerca las huellas de arrastre. Luego la superficie gris, donde algo ha estado tumbado y que tiene la forma de un torso humano.

—Demasiado grande para una persona —dice.

Julia asiente, pero señala hacia otro lugar.

—La huella de una mano. Una mano humana.

Eddi mira confuso esa mano en la que se acumula agua.

—No puede ser de hace mucho —murmura—. Con esta biomasa y la montaña de marea que

debe pasar por aquí una vez al día, no puede quedarse la huella así todo el tiempo.

—Por eso te he despertado. Aquí ha estado alguien hace poco.

Se miran mutuamente hasta que Eddi pregunta en voz baja:

—¿El Flaco?

Julia se encoge de hombros.

—Podría ser. Todo esto parecen huellas de un traje blindado.

El corazón de Eddi se acelera.

—Eso incluso tendría sentido —dice pensativo.

—Sin duda. El Flaco vio como cruzamos el portal. Debió ir en busca de un traje blindado de su centro de buceo; allí vi algunos. Lo lleva al portal, se mete en el pozo y aparece también aquí por algún lugar. Aquí se sube a la isla y mira a su alrededor. Y... —se interrumpe. ¿Qué más puede decir? ¿Dónde podría estar El Flaco?

Eddi se pone de nuevo en pie y mira alrededor. Estudia las huellas y analiza el entorno.

—Aquí —dice—, más huellas.

Julia se acerca y coloca su mano en la huella para comparar el tamaño. Expulsa aire con un silbido.

—Aquí han estado dos personas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que esta mano es más grande, masculina. La otra era más delicada, de mujer. Y aquí, fíjate, todas estas estrías. Alguien ha estado caminando mucho de arriba abajo. Esa es la huella de una aleta de buceo, ¿no?

Julia tiene razón. Aquí han estado al menos dos personas. Alguien con un traje blindado y alguien sin. Un hombre y una mujer. Eso tiene poco sentido para Eddi, pero le da lo mismo; alguien ha estado efectivamente aquí hace no mucho tiempo.

Nota el nerviosismo en sus tripas.

—¿Sabes lo que eso significa? —dice Eddi.

—Sí —dice ella—. Ayuda.

Julia escudriña a su alrededor, pero no ve a nadie. También Eddi da un par de vueltas, escaneando la isla con la mirada, pero no ve nada, ningún escondrijo donde ocultarse. Solo hierba verde, rodeada de negro y océano por todas partes.

Julia se pone a su lado y parece totalmente perdida.

Eddi se lleva la mano sobre los ojos para protegerse del sol y gira una vez más, pero sigue sin ver nada.

—En tierra no están —dice, por muy obvio que suene—. Aunque con un traje blindado sería también difícil.

—Pues entonces están en el agua —dice Julia acabando ese pensamiento.

Eddi asiente.

—Y tampoco podrán bajar a mucha profundidad, si uno de ellos no tiene traje blindado. Aunque lleven helio consigo, no pueden pasarse la vida ahí abajo. Así que, ¿qué hacemos?

Julia se desplaza ya por el lodo negro para llegar al borde y meterse en el agua. Eddi se queda en el borde.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Quieres volver a sumergirte?

Julia gira la mirada hacia él, con esperanza en los ojos.

—¡Tenemos que hacerlo, Eddi! ¿O quieres quedarte aquí y esperar?

Para su propia sorpresa asiente.

—Sí, si alguien bucea aquí en busca del portal, puede que regresen aquí arriba para hacer una

pausa y descansar. Además... —Eddi levanta un poco los brazos para dejarlos caer de nuevo.

Julia lo pilla.

—No puedes más.

Eddi sonríe con amargura.

—Sí, estoy hecho polvo, no puedo moverme más por ahora. Y no sé de dónde puñetas sacas la energía tú.

Julia se encoge de hombros. Mira unos segundos hacia el agua oscura.

—Voy a bajar. Igual están estudiando la isla.

Esa idea no le gusta nada a Eddi, pero tampoco quiere darle órdenes.

Pero Julia le ha leído el pensamiento.

—Me ato la cuerda y tú sujetas el otro extremo; no bajaré mucho.

Eddi asiente tras un breve momento de duda.

—De acuerdo. No puedo quitarte la idea de la cabeza, ¿verdad?

—Lo dudo mucho —dice sonriendo—. No puedo quedarme aquí sentada esperando a ver si llega ayuda o no. Eso me vuelve loca.

—Entiendo. ¡Pues en marcha! —Eddi comienza a soltar cuerda del rollo en su cinturón.

EDDI SUJETA LA BOBINA CON LA MANO. SE HA DESENROLLADO DEL TODO. EL EXTREMO desaparece en el agua por el borde del lodazal. Julia lleva ya varios minutos abajo cuando siente un tirón de la cuerda. La señal de que debe ayudarla a salir.

Eddi activa la función de autoenrollado de la bobina y va recuperando cuerda metro a metro. Al final sale Julia de entre un círculo de burbujas de aire, levanta la mano con el pulgar hacia arriba, señal de ok, y sale de agua con ayuda de Eddi tirando de la cuerda. De nuevo se arrastra por el lodazal hasta alcanzar su mano que la sube a la zona de hierba.

Julia desconecta el equipo de buceo y se quita la máscara. Su cara brilla en un tono rosado y le brillan los ojos.

—¡Increíble! —dice de sopetón—. ¡Es inaudito!

Eddi la mira confuso.

—¿Qué es inaudito?

—¡Ahí abajo hay una ciudad entera!

—¿Una ciudad?

—Bueno, una especie de jardín. Como un parque del revés. Crece hacia abajo. Está lleno de tubos luminosos, hojas y frutos. Es simplemente increíble, Eddi.

Eddi la mira incrédulo durante un momento.

—¿No estarás alucinando?

—No, es increíblemente hermoso lo que hay ahí abajo. No puedes ni imaginártelo. Gruesos tallos desaparecen hacia las profundidades. Es como una ciudad que crece hacia abajo. Una ciudad natural —Julia hace un gesto con la mano—. No te lo puedo explicar mejor, pero me da la impresión de que todo tiene su sentido. Creo que con estas hojas verdes producen energía.

—¿Por fotosíntesis?

—Sí, no sé. De todas formas es muy hermoso. —En sus ojos hay sin duda un gran brillo y Eddi la cree. Lo cual lleva a otro pensamiento.

—¿Eso significa que, sea quien sea que estuvo aquí arriba, podría estar investigando esa ciudad?

Julia asiente de inmediato.

—Y las capas más inferiores también. Puede que esos gruesos tallos lleven al portal.

Eddi traga con dificultad. Tendría sentido. Un portal necesita energía. Y ¿de dónde puede sacar energía un planeta de agua? De las mareas, de geotermia o quizás de estas plantas bioenergéticas, o lo que sea que están pisando.

—Si tienes razón —dice—, contamos con dos posibilidades. O bajamos ahora y nos sumergimos el máximo posible a ver qué nos espera allí, o nos quedamos aquí arriba esperando. ¿Cuántas horas nos quedan de oxígeno?

La cara de Julia se alarga.

—Muy pocas. No podemos permitirnos ningún fallo más.

Es lo que temía Eddi.

—Okey —dice con suavidad—. Pues descansemos y esperemos. Si ahora malgastamos el oxígeno que nos queda para descubrir que asciende ayuda del fondo, pero ya no podemos ir con ellos, sería insoportable.

Julia asiente. Eddi ve cómo Julia lucha consigo misma, que quiere volver a bajar, pero su argumento es irrebatible.

Eddi se le acerca y le pone una mano en el hombro.

—Bajaremos más tarde —dice—. Bajaremos, pero permite que descansemos un poco los dos.

Por un momento cree que le llevará la contraria, pero Julia asiente.

—Tienes razón, necesitamos una pausa. Pero no excesiva, pues no sé cuánto más aguantaré sin beber algo.

Sí, eso tampoco lo sé yo. Eddi solo piensa en esas palabras. Libera a Julia de la cuerda, la ayuda a quitarse la máscara y se tumba de nuevo en la hierba. Dirige su mirada a lo lejos, al océano. Julia se sienta a su lado y ambos se quedan mirando un buen rato al horizonte.

—¿Realmente hay allí una ciudad?

—Sí —dice Julia—. Gigantesca, llena de luces de colores, todo un espectáculo de color bajo el agua.

Eddi sacude la cabeza.

—Si es así, aquí habrá vida inteligente, ¿entiendes? Seguramente produzcan energía mediante fotosíntesis. Construyen cosas, utilizan los recursos naturales, el agua caliente.

—Y tienen un portal hacia nuestro mundo. ¡No lo olvides! Eso no lo han hecho seres humanos.

Eddi resopla.

—Vida inteligente en un planeta lejano, unido a la Tierra por un portal. Eso es ciencia ficción.

—Yo lo llamo realidad. Lo de aliens en una nave espacial, eso sí que es ficción y muy improbable. Pero biomasa que se desarrolla y comunica de alguna forma entre sí y forma estructuras inteligentes..., eso es mucho más probable. Piensa en la inteligencia artificial que se crea en redes informáticas. La vida inteligente aquí podría aparecer también en un planeta de agua. El agua es el componente principal de la vida. Si puede surgir vida en algún lugar, este es idóneo para ello.

Eddi ya no aguanta de pie ante la idea de seres extraños, de una inteligencia alienígena en cuya isla está sentado.

Aunque le duele todo, se levanta y se acerca al borde del agua. Mira hacia abajo, pero solo ve el océano negro. Se queda un rato mirando hasta que sí llega a ver algo. Luces. Primero mates,

azul y verde, luego amarillo y rojo. Entonces se intensifican. Algo se acerca a la superficie y debe ser muy grande.

Entonces se desplaza rápido hacia un lado y algo sale del agua a menos de diez metros de distancia. Es ese algo, el animal que se llevó a Tyler consigo.

Salta a cuatro, cinco, seis, siete metros por encima del agua antes de caer de lado como una ballena rompiendo la superficie. Todo el animal brilla en múltiples colores brillantes, que cubren como puntos de luz su piel grisácea.

Julia suelta un grito y se pone a su lado.

—¿Has visto eso?

Eddi se limita a asentir y mira el agua, en la que ya no hay nada aparte de las olas generadas por el chapuzón. Traga y su corazón late fuerte.

¿Qué acaba de pasar? ¿Un aviso? ¿Casualidad?

De nuevo brilla algo colorido, esa vez justo al borde de la isla frente a ellos. Las luces se acercan a la superficie más lentamente para dar paso a unas fauces grandes como el portón de un garaje. El agua resbala por la piel grisácea y llena de manchas. Por todas partes brillan puntos rojos, amarillos, verdes, azules y blancos.

Y Eddi tiene la sensación de que, de alguna forma, los colores quieren decirle algo. Pero no lo comprueba hasta que Julia se lleva las manos a la boca y gime:

—¡Tyler!

Por la cabeza de ese ser vibras las luces. Las manchas se mueven y enredan hasta crear formas.

Eddi observa todo anonadado sin poder creérselo. Las formas se convierten en letras, un poco desenfocadas, pero claramente legibles.

Y sobre la cabeza huesuda del ser aparece escrito en puntos de luz: «¡Hola Julia, hola, Eddi! Soy yo, Tyler».

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

Cuando Adriana abre los ojos se asusta tanto que Diego casi se cae de la panza de Bobby. Logra sujetarlo en el último segundo, aunque lo hace por el brazo dolorido. Diego suelta un berrido.

—¡Mierda! ¿Qué haces? —grita.

—Gírate.

Diego se apoya sobre el brazo sano y le da la espalda.

—Ostras, es tierra.

—No estoy muy segura.

—Pero fíjate, esto no es agua.

—Pero no me da la impresión de que sea tierra firme.

A sus pies, a unos diez metros de distancia, surge una colina del agua. No llega a tener más de diez metros de altura, pero se extiende realmente hasta el horizonte. La orilla es negra, pero se tiñe poco a poco de verde un par de metros más adentro. Es el mismo tono que la alfombra verde de la que salen como cuerdas hacia las profundidades.

Adriana rema con los brazos hasta alcanzar la estructura.

—Ahora podrás convencerte tú mismo de si es o no tierra firme.

—¿Crees que esto es seguro, hermanita?

—No veo peligro alguno evidente.

—De acuerdo.

Diego se levanta. Debe haberse quitado el traje de buzo durante la noche. Solo lleva puesto el bañador. Adriana intenta estabilizar el traje blindado. Diego salta entonces hacia el lado contrario y se hunde hasta la cadera en esa masa negra.

—Menuda asquerosidad —dice—, pero parece inofensiva.

Diego sale del agujero y se arrastra a cuatro patas hacia delante. Cuando ha alcanzado la superficie verde se pone en pie, cambia de una pierna a otra y da un salto.

—Esto es estable. Parece como si estuviera sobre hierba suave. Hierba muy suave como si hubiera estado lloviendo dos semanas seguidas. ¿Lo oyes? Borbotea.

Adriana no lo oye. Ha lanzado a Diego el traje de buzo, ha girado el traje para ponerlo panza abajo e intenta así alcanzar a Diego. Arrastra la imponente barriga metálica sobre la masa negra y avanza con los brazos. Las piernas dejan tras de sí un rastro de destrucción. Se siente como si estuviera cruzando un lodazal.

Se lo imaginó más fácil, pero olvidó que los motores en las articulaciones están pensados para funcionar bajo el agua donde el traje no pesa nada. Está metida hasta la cadera en esa masa

viscosa.

—Ten, agarra esto —le dice Diego y le lanza un extremo de su traje de buzo.

Adriana lo agarra.

—A la de tres —dice él y cuenta.

Al llegar a tres, Adriana tira del traje y Diego se apalanca en el suelo para tirar de ella. Durante un momento hay un equilibrio de fuerzas, hasta que Diego cae hacia atrás y Adriana da un brinco hacia delante. ¡Se ha liberado! Adriana intenta levantarse, pero no es buena idea, pues los pies se hunden de nuevo en el suelo.

—Debes salir del traje, hermanita.

Tiene razón, pero le da miedo. Tendrá que respirar también el aire del planeta.

—¿Estás bien? —pregunta Diego, que debe haber notado sus dudas.

—Sí..., no. Me pregunto si el aire...

—Oye, llevo respirando este aire desde que me encontraste. Al principio es un poco inusual, pero...

—¿Porque es muy tenue?

—Porque apesta.

Eso la sorprende.

—¿Cómo perdiste tu máscara?

—No lo sé. Tras cruzar el portal tuve la sensación de que me asfixiaba. Entonces noté una sombra y en seguida perdí el conocimiento.

Una sombra, vaya.

—Te ha salvado uno de esos seres —dice ella—. ¿Lo entiendes?

Diego asiente.

—Debe haber sido así. Nadie llega a la superficie por sí solo.

—Sí lo hace, pero solo cuando comienza la descomposición.

—Igual es por eso que huele así.

—¿Tan malo es?

—Te toca, hermanita. Pruébalo tú misma.

Adriana asiente. Va siendo hora de que el cangrejo ermitaño salga ya de su concha. Ojalá nadie se aproveche de que quede tan vulnerablemente expuesta.

Adriana respira hondo. Es un aire húmedo, lo cual ya es algo, pero realmente es más tenue que en México. Y apesta. El típico olor a huevos podridos. Intenta respirar por la boca, pero las moléculas alcanzan igualmente los sensores olfativos de su nariz. Se libera del todo del traje blindado y descubre que hay dos fuentes de mal olor. Una de ellas es ella misma.

Juntos arrastran el traje hasta la parte de hierba, que parece tierra firme.

—Tenemos que vigilarlo —dice Adriana—. Uno de los dos se queda siempre aquí. Si no, no podremos volver a bucear.

—De acuerdo.

—Tú haces la primera guardia.

—Pero...

—Yo soy la mayor. Yo estoy al mando.

—No puedes... —comienza Diego—. Bah, es igual. Pues me quedo aquí. Ojalá encuentres algo de comer.

Adriana también tiene hambre. Pero primero tiene que eliminar una de las fuentes de mal olor. Camina por el elástico suelo en paralelo a la orilla hasta que ya no ve a Diego. Entonces se quita el biquini, lo deja lo suficientemente lejos de la orilla, e intenta meterse en el agua. Ya que se hunde rápido con los pies en la masa negra, resbala los últimos metros sobre el trasero.

Se mete en el agua. Debe estar a unos treinta grados, pero es refrescante tras la larga estancia en el interior de Bobby. No tiene jabón, pero se tumba de espaldas y pasa las manos un par de veces por el cabello. Luego orina, nada un poco por esa línea costera y vuelve a subir a tierra. No puede impedir que en sus pies se acumule algo de esa masa pegajosa. Se acuclilla sobre el suelo verde y observa los restos. No parecen algas ni plantas verdes, sino más bien recuerdan a los micelios de hongos. Mientras mantiene el pie al sol, la masa se vuelve gris y cae finalmente como grumos al suelo.

De repente, del suelo salen finos hilillos que agarran los grumos y se los llevan. Adriana retrocede medio metro asustada. Arranca sin querer un par de esas hojas verdes. También se vuelven rápidamente grises bajo ese sol y los restos son reciclados por los hilillos marrones. Se levanta con rapidez. ¿Qué pasará si se tumban de noche a dormir sobre esta alfombra verde? ¿Se los llevarán esos hilillos marrones bajo tierra? Pero seguramente su biomasa sea incompatible.

Adriana recuerda el encargo de Diego de encontrar comida. Se pone de nuevo el biquini y mira hacia el sol. No debe caminar demasiado por aquí sin protección. Sube la colina. A unos cincuenta metros de la orilla alcanza la máxima altura de la estructura. Hace señas hacia Diego, pero él no la llega a ver. Por el otro lado, la superficie se extiende hasta el horizonte, lo que por su tamaño y la extensión del planeta bien podrían ser de siete a ocho kilómetros. Lamentablemente no hay ningún árbol al que pudiera trepar para mirar más a lo lejos.

Adriana se agacha y arranca un par de esas hojas verdes. Se las mete en la boca rápidamente antes de que se vuelvan grises. Tienen un sabor muy amargo, así que las escupe. La hierba escupida se queda en el suelo sin que pase nada. Parece que a los hilillos no les gusta. Solo cuando el sol seca la humedad, los hilillos recuperan los restos grises.

Adriana se gira. Ha visto suficiente.

—AQUÍ NO HAY NADA INTERESANTE —DICE ADRIANA.

—¿Ni siquiera empanadas?

—Tampoco. Incluso he probado esas hojas verdes; asquerosas.

—Yo también. ¿Has visto cómo...?

—Sí, los hilillos curiosos.

Adriana recuerda como salieron disparados del suelo. Pero no se llevaron nada que resultara extraño para ellos. Vuelca el traje blindado hacia un lado. Está intacto. Pero las hojas sobre las que ha estado el traje se vuelven de inmediato grises cuando les toca la luz solar.

—Fíjate —dice Adriana.

Aún no había visto tantos hilillos de golpe. Todo un mar de hilos. Pero el espectáculo no dura ni un minuto.

—Parecen saber cuándo hay algo que cosechar —dice Diego.

—Sí, aquí hay órganos sensoriales.

—¿Nos están observando?

—Más bien no. Creo que son sensores químicos, como nuestro olfato o gusto. Si encuentran material para el que están programados, lo comunican a los hilillos.

—Por eso no nos hacen nada.

—Al menos, por ahora. No hay que excluir la posibilidad de que sean capaces de aprender.

—¿Y qué pasa con el material que se llevan? —pregunta Diego.

—Tengo una sospecha. Vemos de nuevo lo que queremos ver: una isla.

Adriana coge carrerilla y salta al agua cálida. Se sumerge un par de metros y mira hacia arriba. Frente a ella se extiende un paisaje parecido a un jardín botánico, aunque todo cuelga del techo. ¡La isla que han encontrado funciona totalmente al revés de lo que un ser humano esperaría! La cara superior, expuesta al sol, probablemente sirva para la obtención de energía. Esas hojas verdes deben extraer también oxígeno, carbono y nitrógeno de la atmósfera. Los hilillos transportan entonces todo hacia el interior. La energía va a parar al plancton, que ilumina de forma mágica ese escenario. Las estructuras, que parecen como árboles que crecen hacia abajo, brillan en tonos naranja. Sobre ellos hay brotes azules de los que cuelgan frutos de un rojo oscuro.

Es un ecosistema muy variado, cuyos componentes solo van revelándose poco a poco a sus inexpertos ojos. Adriana sube a coger aire una y otra vez, pero no se siente satisfecha y vuelve a sumergirse. Cada vez descubre más detalles. Allí hay, por ejemplo, mangueras marrones que recorren el suelo. Muestran una pulsación intermitente y se mueven. Igual que todos los demás seres vivos aquí, están en constante movimiento, inducido por las corrientes y el oleaje.

Las plantas deben ser extraordinariamente robustas, ya que tienen que soportar el paso diario de la ola de marea. Pero eso debe ser también más fácil, cuando la base sobre o bajo la que todo crece puede adaptarse a la ola. Igual hasta podrían los humanos aprender algo de eso. En lugar de construir edificios cada vez más resistentes a las cada vez más fuertes tormentas tropicales, podrían construir estructuras capaces de adaptarse a esas fuerzas.

Adriana no se cansa de mirar. Esta isla invertida es mucho más impresionante que el paisaje que vio en el fondo. Parece increíblemente viva, sobre todo por haber sido construida, o haberse creado a sí misma, tan cerca de la fuente de energía más importante. ¿Cuánta coordinación habrá hecho falta aquí? ¿Existirá algún mando central o es más bien un bosque primigenio que ha crecido por sí mismo? Cada nueva mirada plantea nuevas preguntas.

Diego no ha resistido la espera y se ha sumergido junto a ella. Le toca ahora el hombro y señala hacia delante. ¡Uau! Una de las colchonetas inflables con brazos de tentáculos se les acerca. El ser coge un fruto rojo y presiona sobre él con otro tentáculo hasta que salen del fruto muchos cristalillos de brillo blanco. Entonces sacude sus brazos de tal forma que los cristales ascienden. Caen como nieve al suelo y parecen anclarse allí. ¿Acaba de sembrar ese ser nuevos árboles? Al parecer, no solo hay aquí abajo un jardín, sino también jardineros.

—¿Era como este el animal que me trajo hasta ti? —pregunta Diego después de emerger resoplando junto a ella.

—No estoy muy segura. Te entregó tan rápidamente, que no llegué a ver si tenía tentáculos. Pero uno de esos seres me recargó la energía del traje blindado, de eso estoy segura.

Estas colchonetas parecen ser una de las especies más importantes del planeta. Igual son las que lo dominan. Al menos son las responsables de que funcione y florezca. ¿Será eso suficiente? Para los humanos no lo sería. No querrían ser solo jardineros.

—Se encargan de poner aquí orden —dice Diego—. Nos ayudan. Incluso nos salvan la vida. Me apuesto cualquier cosa a que también saben cómo podríamos regresar a casa. Y seguro que

saben incluso dónde está el grupo de Drake. —Adriana piensa en el encargo que se ha hecho a sí misma. ¿Estará Tyler también buscándolos a ellos? Probablemente no. Seguramente ni se imaginan que fueran tan locos como para seguirlos a este planeta.

—O al menos serán capaces de descubrirlo —dice Diego.

—¿El qué? —Adriana ha perdido el hilo.

—Pues eso, dónde están Drake y sus amigos —dice Diego.

—Sí, eso es. Tenemos que entrar en contacto con estos seres. Deben conocer el camino.

—Pero ¿cómo?

Esa es la pregunta del millón. Estos seres viven en el agua. ¿Cómo se comunicarán? Las ballenas y delfines se comunican con ayuda de ondas sonoras. Pero el ser que la ayudó no parece saber emitirlas. La mostró letras en español. Aunque estos seres hubiera tenido contacto con los mayas, la escritura española no era aún conocida allí. El ser debe haber reconocido el significado de otra forma. Igual por casualidad. Al menos, por pura suerte. Pero sabe que deben tener sentido de la vista.

—Dibujaremos lo que queremos saber de ellos —dice Adriana.

—¿Bajo el agua?

—Sí, en el templo maya también escribimos en la arena. A ver si se nos ocurre alguna forma de hacerlo.

—La pantalla de tu casco —dice Diego.

Adriana sacude la cabeza.

—Desde fuera no puede verse bien.

—Pues le damos la vuelta para que el ser pueda ver la cara interior. Sería perfecto, porque brilla y puedes llenarla con las imágenes que quieras.

—Pero para eso tendríamos que desmontarla del traje blindado.

A Adriana le duele el estómago. El traje blindado es su único vehículo para sumergirse.

—Puedo hacerlo —dice Diego—. Soy muy habilidoso.

—¿Solo con tus dedos? —Adriana sabe de lo que es capaz su hermano, pero ¿eso?

—Ya sabes que en el cinturón llevas una pequeña caja de herramientas, ¿no? —Diego se sube a la isla y se dirige al traje blindado para darle de nuevo la vuelta. Se inclina, chorreando agua, sobre Bobby. Algo hace ruido y al final levanta la mano triunfante con un destornillador y unos alicates entre los dedos—. ¿Qué te dije?

—Eres el mejor, hermanito.

—Eso me lo dices cuando haya desmontado la pantalla.

—Y si funciona bajo el agua.

Diego inclina la cabeza hacia los lados.

—Parto de ese supuesto. Si entrara agua en el traje, tampoco tendría que estropearse de inmediato.

—No lo sé. En la práctica pasa que el traje es chafado en las profundidades a la más mínima grieta que tenga. Montar la electrónica resistente al agua igual no tiene una gran prioridad.

—Confía en mí, hermanita.

Adriana suspira. No le contradice, pero se preocupa. Si luego el traje ya no es estanco, pueden llegar a pasarlo muy mal.

—¡JA! —DICE DIEGO.

—¿Ya lo tienes? —Adriana se quita el traje de buzo de su hermano, que ha utilizado como protección contra el sol.

—¡Y tanto que ya lo tengo!

—Perfecto. ¡Déjame verlo!

Se acerca al traje blindado que parece una ballena enana destrozada en la playa por un par de buitres.

—Aquí.

Diego gira el display. Cuelga de unos cables del aro del cuello del traje y muestra la temperatura y la presión atmosférica actuales.

—¿Y cómo pinto cosas yo allí?

Normalmente utiliza el enfoque de los ojos para elegir puntos del menú. Pero eso no funcionará si el casco no es estanco y la pantalla flota libre en el agua.

—Para eso me he inventado algo genial —dice Diego—. Mueves el brazo derecho como un pincel.

Coge el brazo del traje y lo mueve hacia un lado. En la pantalla aparece una línea horizontal.

—Incluso ya he probado si es estanco.

—Y lo es ¿no?

—Si no lo fuera ya se habría quemado toda la electrónica.

Diego ha arriesgado la pérdida del traje blindado. Pero si no logran un medio de comunicación, morirán igualmente, con o sin traje.

—Maravilloso, Diego.

—Yo me lo imagino así —explica el chico—. Te metes en el traje y te pones el casco.

—Pero el casco no es estanco...

—Arriba sí. Tienes un cierto volumen de aire para respirar. Yo te bajo en el agua dentro del traje. Entonces dibujas como loca hasta que se te acaba el aire y yo te saco para que puedas respirar. Así podréis hablar todo el tiempo que queráis.

—Un buen plan. —Está realmente orgullosa de su hermano. La cuestión es qué pensaran los seres de ese intento. Igual ni muestran interés por ella, como los hilillos pasaron totalmente de su saliva.

—Por mí puedes empezar ya —dice Diego, y ella asiente.

ADRIANA SE BALANCEA EN EL AGUA COLGANDO DE UN CABO DE SEGURIDAD. SE SIENTE UN POCO como una marioneta que Diego sostiene desde la isla. Hay algo más de mar de fondo que antes. Ojalá no se acerque de nuevo una tormenta. Por el cielo no se ve nada.

Sujeta el display en su brazo izquierdo extendido. El lado interior está orientado hacia delante, por lo que no puede ver lo que está dibujando. Arriba, en la isla, ensayó un poco los movimientos. El programa que ha escrito Diego utiliza el movimiento de su brazo derecho como herramienta de pincel de un programa primitivo de dibujo. Se sorprendió que un traje blindado de buceo se entregara con un programa de dibujo, pero seguramente se deba al sistema operativo de licencia barata que ha utilizado el fabricante para el traje.

Utiliza el motor para flotar hacia el jardín. Tiene que procurar mantener su posición vertical. Solo así se queda la burbuja de aire dentro del casco y que necesita para respirar. En el cuello, el traje ahora no es estanco, porque de él salen cables que llevan al display.

Es una situación muy surrealista, porque tiene la sensación de estar cabeza abajo. El traje

blindado está bien tarado, por lo que no hay un arriba y un abajo para ella. Pero el paisaje que tiene enfrente indica claramente una dirección. Adriana siente el deseo de girar ciento ochenta grados, pero lo reprime conscientemente. Así que se mete cabeza abajo en ese jardín mágico. Espera que, en cualquier momento, salga de una cueva un conejo blanco. El entorno es tan hermoso y a la vez tan extraño, que fascinación y miedo se equilibran a la par.

El miedo viene sobre todo por el temor que puedan entender todo mal. Ella ve lo que quiere ver: un jardín y seres extraños y serviciales. ¿Y si los visitantes de otro mundo les resultan totalmente indiferentes? No puede eliminarse del todo esa posibilidad. Si en la Tierra se paseara un extraterrestre por un parque, seguramente sería de inmediato rodeado por todo un ejército armado hasta los dientes. Aquí no llama la atención en absoluto. El ser colchoneta hacia el que se dirige sigue con su rutina de prensar frutos rojos, lo que de por sí ya es una información interesante. Si estos brillantes cristalillos son semillas, en un ecosistema de crecimiento natural deberían sembrarse por sí solos, sin necesidad de ayuda externa. Esto significa que este mágico bosque es en realidad un parque, o una plantación, creada por los seres y con una finalidad: seguramente la producción de biomasa que en algún momento deberá ser cosechada. Se está moviendo, en cierta manera, a través de un maizal extraterrestre.

El jardinero con el que quiere hablar sigue sin dar signos de interés por ella. Adriana esperaba algo más de él. Agarra con total tranquilidad un fruto tras otro, los chafa y lo deja caer para que se hunda hacia el fondo. Adriana sigue uno con la mirada, pero lo pierde en la oscuridad. Por encima del jardín se extiende un cielo negro. Es un parque de noche, iluminado por miles de farolillos y luciérnagas. La música es un lejano rumor que su casco amortigua en gran medida.

El ser de otro mundo está todavía a unos tres metros. No le hace caso alguno. Adriana enciende la pantalla. De inmediato se da la vuelta. Debe ser la fuente de luz que atrae su atención. Aquí abajo, la luz es vida, y todo lo que crece en esta granja brilla con su propia combinación de colores. Podría haber pensado que estos seres reaccionan a los colores.

Se le está acercando. Adriana ha pensado en una estrategia. Primero quiere explicar la función del display con un dibujo de su propio cuerpo. El ser debería así reconocer que se trata de una representación simple de la realidad. Mueve el brazo derecho como si se dibujara a sí misma y espera que aparezca una figura humana con dos brazos dos piernas y una cabeza, como practicó en la isla.

El ser se detiene un momento como si estudiara sus movimientos. Entonces se acerca más, extiende dos tentáculos y toca con ellos la pantalla. Los extremos deshilachados de los tentáculos se deslizan alrededor de la electrónica como con curiosidad. Adriana nota una ligera tracción. El ser quiere quitarle su pizarra. ¿Pensará que es un regalo? Sería lógico. Está de visita en este mundo y un regalo sería apropiado.

Pero aún necesita la pantalla, así que no la suelta. El ser tira con más fuerza y de repente se rompe en dos uno de los tentáculos. Ups. *Lo siento, ser extraño. Pero no ha sido culpa mía, ¿ok?* En efecto, el ser no parece reprocharle el accidente. La tracción del otro tentáculo cesa de inmediato. El trozo de cuerpo arrancado resbala y cae de la pantalla. Pero el ser también deja que caiga el muñón que quedó en su cuerpo. Adriana espera que los restos caigan a las profundidades, pero en seguida descienden de arriba los conocidos hilillos que se llevan los restos hacia el jardín invertido. El ser, por su parte, parece no tomar nota de eso. La pérdida de su tentáculo no lo ha asustado, pues ahora se acerca otro nuevo.

Y justo ahora le empieza a costar respirar. Hora de ascender a por aire. Tira de la cuerda. Cuando Diego nota el tirón, la ayuda recogiendo cuerda. Emerge frente a la isla, suelta la

pantalla, que queda segura colgando de los cables, y ventila el espacioso casco.

AL SEGUNDO INTENTO, EL SER MUESTRA MÁS CURIOSIDAD. ¿O SERÁ PORQUE HA ENCENDIDO ANTES la pantalla? Ahora se le acerca a un par de metros, lo cual resulta práctico porque así tiene más tiempo para la comunicación. Con la mano izquierda señala al display. El dibujo de su cuerpo no ha salido tan mal, como pudo comprobar al emerger. Luego señala hacia su propio cuerpo. El ser imita sus movimientos y señala al final hacia sí mismo.

Vaya. ¿Ha habido ya cierta comunicación? El ser avanza tentáculos hacia la pantalla. Pero no intenta quitársela, sino que se limita a tocar el dibujo. Luego se aparta un metro y mueve sus tentáculos, como si dibujara algo en la pantalla. Adriana sigue sus movimientos que, por la gran movilidad del tentáculo, le recuerda a un baile. Sí, el animal dibuja en el agua los trazos que ha hecho ella en la pantalla.

Es difícil decir qué significará eso. Adriana suspira. El ser parece tan inexperto en comunicación como ella. Pero un alienígena en la Tierra tampoco lo haría mucho mejor si quisiera comunicarse con un humano cualquiera, como el jardinero de un parque público.

Lo intenta con otro dibujo: un grueso punto central y luego un par de círculos a su alrededor. En los círculos pone manchas más pequeñas, donde la quinta y sexta es especialmente gruesa y la sexta, además, tiene un anillo. Es el dibujo del Sistema Solar. El ser la imita, pero al llegar al tercer planeta para de dibujar. Ese no solo tiene un anillo, sino una manchita adicional. Luego hay dos objetos más en órbita, lo que da un total de cinco planetas alrededor de su sol. Apostaría cualquier cosa a que eso es el sistema solar de aquí.

Adriana tiene que emerger.

—Me ha mostrado el sistema solar de aquí —dice.

—¿En respuesta al dibujo del nuestro? —pregunta Diego.

—Sí.

—Bien, pero no es lo suficientemente específico. No sabemos si ha reconocido nuestro Sistema Solar.

Eso es cierto. El ser podría haberse limitado a corregirla suponiendo que dibujaba el de aquí con errores. Aun así, ha sido un intercambio de conversación enorme. ¿Qué probabilidades hay de que un humano cualquiera fuera capaz de dibujar el Sistema Solar correctamente?

TIENE QUE HACER PREGUNTAS CONCRETAS. A LA SIGUIENTE INMERSIÓN RENUEVA EL DIBUJO DEL Sistema Solar, pero junto al tercer planeta dibuja una versión pequeña de un cuerpo humano. El ser parece dudar ante ese detalle. Entonces dibuja una figura igual en el aire, o mejor dicho en el agua. Pero no se detiene y repite el dibujo cuatro veces más.

Cinco figuras humanas. Eso serían Drake y su equipo más ellos dos. ¿Es casualidad solo porque el número cinco sea un número tan bonito? Tiene que preguntar, pero primero necesita aire.

Cuando regresa, el ser ha desaparecido. Mierda. Adriana espera y, en efecto, vuelve a aparecer. Desciende de arriba, que en este mundo es abajo. Pero ahora está casi irreconocible. Lo que antes era gris y negro, ahora brilla en todos los colores. ¿Qué pretende? Se coloca a unos dos

metros de ella, vibra con fuerza y expulsa todas las partículas de color de su cuerpo al mismo tiempo. Parecen coordinarse y forman en el agua una pantalla sobre la que se extiende una esfera brillante y pulsante. A Adriana le parece como si estuviera reflejándose en esa pantalla de cine, pero antes de poder convencerse, la esfera se deshace.

Fin de la representación.

¿Qué ha visto allí? ¿Podría ser el paso, el portal que la ha traído hasta aquí? La entrada a un agujero de gusano tiene que ser esférica. No está muy segura de lo que vio en el pozo. Había una luz y una fuerte corriente, todo mezclado con un miedo inmenso por Diego. Adriana tiembla con solo recordarlo. Un tentáculo se le acerca y se apoya con delicadeza sobre la mano que sujeta el display. Tiene que ascender para comentar ese descubrimiento con Diego.

—¿Y entonces te succionó a través de él? —pregunta Diego.

—No, la imagen desapareció.

Adriana recuerda la maravillosa paleta de colores de esa representación. El ser no utilizó técnica alguna para eso. Los puntos de luz eran sin duda el equivalente del plancton terrestre en este planeta. Pero ¿cómo les ha enseñado el ser la forma que tenían que adoptar? Adriana no vio comunicación alguna, pero igual tuvo lugar antes. Qué pena no haberse traído los instrumentos de medición que tenía Drake. Si aquí no hay magia, lo cual considera bastante improbable, debería poder descubrir el principio físico de esa conversación. Apuesta por impulsos eléctricos o electromagnéticos. Una transmisión química también sería posible, pero seguramente fuera más lenta.

No debió abandonar sus estudios de electrónica solo porque su padre no se las apañaba bien con Diego sin ella.

—¿Pudiste ver si estaba dentro del pozo?

—No, el entorno no se reconocía.

—Pues pregúntaselo. Ahora sabemos que el ser conoce el portal.

—No estoy muy segura de eso. Al menos, en lo que se refiere a su función.

—¿Por qué te ha enseñado entonces precisamente el portal? Es evidente que no eres de aquí, así que tienes que haber llegado a través de esa esfera.

Diego tiene razón. Están complicándose demasiado las ideas. Será mejor preguntar directamente al ser dónde se encuentra el portal.

Adriana mueve la mano en círculo. Esa es la esfera. Entonces, con un par de movimientos, dibuja un ser humano y añade una flecha que sale del cuerpo hacia el portal. Puede interpretarse de muchas maneras, pero igual cualquier respuesta puede resultarles de ayuda.

El ser mueve un tentáculo también en círculo, dibuja un ser humano y añade la flecha. Eso es, sin duda, la respuesta menos útil de todas. ¿Confirma que llegaron a través de la esfera? ¿O entiende su deseo de regresar allí? Adriana está confusa. La comunicación por imágenes tiene sus límites.

Pero lo intenta de nuevo. Ahora intenta dibujar mejor la esfera. Luego añade una grieta vertical y en ella dibuja un pequeño ser humano. El ser extraterrestre se queda como pensando un

momento. Adriana se está quedando sin aire, pero no quiere interrumpir sus pensamientos. Aguanta la respiración todo lo que puede y sale luego disparada hacia arriba.

—No deberías forzarte —dice Diego.

—Es que parecía estar estrujándose el cerebro.

—Ehh..., ¿literalmente? ¿Cómo una esponja?

—No, hombre, pensando. Estaba pensando. Tengo que bajar de inmediato.

Cuando regresa, el ser ha vuelto a desaparecer. Pero regresa en seguida y esta vez acompañado de un colega. Los dos se juntan por el lado más corto de sus espaldas y se funden en una colchoneta más grande. Los tentáculos traseros del anterior segundo ser se desplazan hacia delante, donde se juntan en un espacio sorprendentemente pequeño. El ser parece ahora una escobilla de mano con mango especialmente grueso.

El proceso ha tomado un par de minutos, así que Adriana tiene que salir a por aire. Cuando regresa, el ser doble se ha llenado de plancton brillante a su alrededor. Brilla con unos dibujos animados de los más cursi. Pero esto es pura realidad. Adriana ya se imagina lo que vendrá ahora, pero sucede de forma distinta a la esperada. El ser se coloca primero en posición transversal para que ella pueda ver la parte inferior de la colchoneta. Entonces, el plancton de colores se pone en movimiento. Se distribuye por la base de la colchoneta como si se tratara de una pantalla.

Y comienza una escena. Reconoce la construcción esférica que parece incluso algo técnica, porque su contorno se divide en varios bloques. El pozo en el templo maya era algo parecido. Pero en el templo no había el hilillo brillante que va desde el borde del pozo a su interior. Parece venir de más lejos y desaparece por el borde de la pantalla. Igual se trata de algún tipo de alimentación eléctrica. Un agujero de gusano necesita cantidades ingentes de energía. ¿De dónde pudieron salir en la Tierra? Los sistemas volcánicos bajo México podría ser una fuente.

La película se detiene unos instantes. Entonces surge dentro del círculo una esfera de superficie negra que parece un cuerpo extraño. Se hincha hasta tocar los bordes. Aparece un ser de dos patas. No se muestra con detalle, como si la colchoneta no estuviera muy segura de la forma. Pero por su forma de caminar es sin duda un ser humano. El bípedo no duda y salta de cabeza al interior de la bola negra.

La imagen desaparece. Adriana aplaude. La tecnología que dominan los humanos es primitiva comparada con la de estos seres, que ni siquiera dominan el vuelo espacial. Suelta el último resto de aire y nada hacia la superficie.

—Me habría gustado verlo yo mismo —dice Diego después de que Adriana le contara lo que ha visto.

—Igual te lo enseñan otra vez a ti —dice Adriana—. Si se lo pides con amabilidad.

No lo cree, ya que al ascender se dio cuenta de que los dos seres se volvían a separar. Así que parecen individuos, aunque capaces de fundirse entre sí en cualquier momento. ¿Cómo debe sentirse eso de unirse con otro individuo para convertirse en uno de esa forma tan extrema? Los humanos están muy limitados en este sentido.

—Bah, da lo mismo. ¿Qué crees que significaba esa película?

Esa es una buena pregunta. ¿Una invitación? ¿O más bien una representación de sucesos antiguos? ¿O ambas cosas?

—No tengo ni idea —dice honradamente—. Si se trata de una invitación, deberíamos pedir

más instrucciones. La escena tenía lugar en tierra, sin duda, aunque por todas partes se veían charcos.

—No creía que aquí hubiera tierra por ningún lado —dice Diego.

—Bueno, si emergieras en algún lugar del Atlántico Sur, también tendrías la impresión de que la Tierra es un mundo acuático.

—Pero esa ola de marea, ¿crees que sería posible con esa altura, si no pudiera dar la vuelta al mundo sin parar?

Adriana sacude la cabeza. Sabe demasiado poco de eso.

—Tenemos que encontrar ese lugar —dice—. Aunque solo se trate de un recuerdo.

—Solos no vamos a poder. Este planeta es más grande que la Tierra y dentro de una, máximo dos semanas habremos muerto de hambre. No podemos buscarlo solos.

—Es una luna, no un planeta.

—Y tú, hermanita, una sabelotoda insoportable. Pero eso no cambia el hecho de que necesitemos ayuda.

EL SER SIGUE CONCENTRADO EN COSECHAR LOS FRUTOS DE LOS ÁRBOLES. EL SEGUNDO EJEMPLAR le está ahora ayudando. Ninguno de los dos reacciona cuando se acerca con el display en alto. Parecen considerar que la conversación ha acabado.

No debe permitir que la ignoren. Estos seres son su única conexión con su hogar. Adriana no quiere ver morir aquí de hambre a su hermano. No parece que el cuerpo humano pueda apañárselas con los hidratos de carbono locales. Al menos tienen la suerte de que esta luna no esté cubierta por un océano de agua salada.

Adriana se acerca más a los dos seres, que la evitan y se apartan. ¿Qué coño les pasa a estos dos? ¿Por qué son ahora tan poco colaborativos? Igual es su propia proyección. Les ha adjudicado instintivamente un comportamiento humano. Esos seres ya la han ayudado, así que partirá del hecho de que ese es el estándar. Pero eso es evidentemente incierto. Igual el ser solo mostró curiosidad y quiso ver hasta qué punto era ella capaz de hacer algo con energía suficiente. ¿Cómo piensa alguien que puede compartir su inteligencia así como así con otros?

Los humanos deben ser para ellos como escoria, un error de la evolución; individuos condenados a estar solos y morir solos, y a los que les falta la capacidad de conectar sus conciencias entre sí. Los primeros diez mil habitantes de Uruk podrían haber desarrollado ya entonces juntos la capacidad cerebral de una supercomputadora. Pero en su lugar necesitaron miles de años de desarrollo de su civilización para llegar al lugar en que estos seres se encuentran aquí desde hace tiempo.

Adriana sacude la cabeza. No importa qué ha hecho mal o qué ha pensado. Necesita respuestas, para Diego y para ella. Adriana nada hacia uno de los seres y le presiona el display contra la piel. La electrónica dura corta sin problemas el blando tejido. Es como si la estructura del ser se apartara voluntariamente del camino que recorre la pantalla. Es también una forma efectiva de parar un golpe.

Pero no la única. Por su brazo izquierdo nota un repentino dolor. Es como si un tiburón intentara arrancarle el brazo. El dolor es más fuerte de lo que su conciencia es capaz de aguantar.

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

¿Es realmente Tyler?, se pregunta Julia una y otra vez. No puede imaginarse que ese ser parecido a una ballena y parado ante sus narices pueda ser el jefe de expedición Tyler Drake.

Pero también resulta estrambótico tener delante una ballena cubierta de puntitos de luz y que utiliza su piel como pancarta publicitaria. Es tan ridículo que no puede ser verdad.

Igual sí que ha muerto en el pozo del cenote y todas las impresiones hasta ahora son solo fantasías de su conciencia moribunda. ¿O es que han llegado al inframundo, no solo a un planeta lejano, sino a la misma muerte?

Pero para ello se percibe todo demasiado real. El apestoso olor a azufre, el lodazal bajo sus pies, la suave brisa, el ondular de las olas, la quemazón del sol, el dolor muscular de tanto nadar y bucear.

Si esto es el infierno tampoco está tan mal.

La ballena Tyler se eleva un poco más para sacar más superficie de su cabeza fuera del agua.

«Tenemos», aparece en letras brillantes sobre la ballena.

Eddi busca la mirada de Julia. Entonces se ríe.

—¿Qué significa eso de ‘tenemos’, Tyler? ¿A dónde tenemos que ir? ¿Sabes dónde está el portal?

Aparece un «Sí», seguido de un «venid». La ballena se hunde un poco.

Julia y Eddi no se mueven En serio pretende que se metan en el agua para ir hacia ese monstruo? Solo la idea de nadar hacia un ser de veinte o treinta metros de largo vuelve loca a Julia.

«No temáis», aparece sobre la ballena. «Debemos darnos prisa».

Eddi se acuclilla y mete la mano en el agua. La ballena se acerca y empuja a Eddi con mucha suavidad con su cabeza.

—¿Cómo es eso posible? —Oye Julia decir a Eddi.

Aparecen dos palabras sobre la piel del animal: «Colectivo» y «simbiosis». Y luego de nuevo: «¡VENID!»

Julia se acuclilla también para tocar la ballena. La superficie es viscosa como la grasa de una pieza de tocino. Cuando aparta los dedos, ve que tiene minúsculos puntos de luz sobre las yemas. Se acerca los dedos a los ojos y ve que son minúsculos seres vivos que se mueven. Se los quita de los dedos. Entonces expulsa aire con decisión y se sienta al borde de la isla.

Eddi la observa con su típica mirada crítica y la frente algo arrugada.

—¿Realmente queremos hacer esto?

Como respuesta, Julia se mete en el agua.

—¿Que alternativa tenemos? Además, es evidente que nos quiere ayudar. —Nada el medio metro que hay hasta la ballena y toca su piel. Entonces dice en voz bien alta: —¡Hola, Tyler!

«¡Hola, Julia!», aparece sobre la piel. «Qué bien que estés aquí».

Julia no puede evitar sonreír y toca suavemente el costado de la ballena. Se mueve con cuidado, pero el movimiento de un animal tan grande la asusta un poco. Nota la fuerza de los músculos bajo la grasa. Pero aún no sabe cómo va a nadar con la ballena. Tendrán que anclarse de alguna forma a ella. ¿Igual con el resto de la cuerda que tienen?

Mientras piensa en eso se le agrandan los ojos, pues de la piel de la ballena sale algo que parece un dedo. Se vuelve más grueso y pulsante y se convierte en una extremidad.

Surgen un segundo, tercer, cuarto y quinto dedo. Crecen más y más; diez, quince, veinte centímetros y más. Es como una horrenda mano de gigante.

—¡Cuidado! —Grita Eddi—. ¡Apártate, Julia! ¡Quítate de en medio!

Pero Julia no se mueve. Se queda muy quieta, incluso vuelve a apoyar la mano sobre el cuerpo de la ballena.

«No temáis», aparece sobre la piel. Julia apenas puede leerlo de lo cerca que está, pero no tiene miedo. Algo en ella le dice que realmente es Tyler. Tyler, que les quiere ayudar.

Los dedos siguen creciendo y se doblan en su dirección. Julia se traga su nerviosismo y los agarra. Esos dedos parecen estables y la sujetan.

Entonces se oye un chapoteo. Es Eddi, que ha saltado al agua y nada hacia ella. Sus ojos están llenos de temor, pero no toca esas extrañas extremidades.

—¿Realmente quieres hacer esto? —pregunta al llegar a ella.

Julia se limita a asentir.

—Quiere ayudarnos.

—¿Quién? ¿La ballena?

—No, es Tyler. De alguna forma..., no sé cómo, pero noto que es él.

Eddi la mira escéptico, pero luego asiente también.

—¿Que alternativa tenemos? —dice en voz baja. Y así es; pueden quedarse en la isla esperando y morirse de sed. O de hambre y quemados por la radiación UV del sol. O ahogarse en el agua.

Julia puede darle mil vueltas al asunto, pero así es: no tienen alternativa y Eddi también lo ve así, pues se acerca a ella.

Los dedos siguen creciendo y ahora rodean también a Eddi, presionando a ambos contra su viscosa piel.

—Virgen santa —se le escapa a Eddi—. Debemos estar locos.

—No —dice Julia—, no locos, sino confiados.

«Confianza», repite Tyler con letras sobre la piel del animal. Las letras desaparecen para decir ahora «Máscaras».

Julia y Eddi obedecen. Es hora de marcharse. Un paseo a lo bestia a lomos de una ballena extraterrestre por un océano alienígena.

Julia nota la mano de Eddi que agarra la suya y entrelazan los dedos. Ambos abren su suministro de oxígeno y se asienten mutuamente. Julia golpea tres veces contra el flanco del animal. *Estamos listos.*

Las luces de la piel parpadean, se vuelven rojas, luego verdes y azules. Cuando se ponen en azul, la ballena se pone en movimiento y se hunde con un golpe de aleta caudal.

El viaje es bastante más salvaje de lo que Julia esperaba. La ballena avanza a velocidades que quitan el hipo por la oscuridad.

El profundímetro de Julia en la computadora de buceo indica que están entre quince y veinte metros bajo la superficie. La velocidad no puede saberla, pero la corriente de agua que tira de su cuerpo es muy fuerte. Los dedos de la ballena que la sujetan no parecen inmutarse. Mantienen a Julia y Eddi firmemente sujetos al cuerpo de la ballena.

Y así transcurren los minutos.

De vez en cuando brilla momentáneamente algo parecido a una cuerda, una tira de luz. ¿Una ilusión óptica?

Julia intenta girar un poco más la cabeza para concentrarse en esa luz y, efectivamente, la ballena está siguiendo una cuerda brillante que recorre el océano debajo de ellos.

¿Qué será? ¿Una baliza de señalización?

No tiene ni idea, pero sin duda le señala el camino a la ballena.

La luz de la cuerda se apaga de repente, como si hubieran cortado la corriente. Parpadea un instante y se consume en la dirección en que han venido para desaparecer en la oscuridad a sus espaldas.

En ese momento, la ballena también cambia su comportamiento. Sus movimientos se vuelven más intensos, como si añadiera más velocidad a su marcha. Que la cuerda señalizadora se haya apagado no parece una buena señal.

Eddi aprieta su mano y Julia busca su mirada. Ve preocupación en sus ojos. *¿Qué está pasando?*, preguntaría seguramente.

Julia se encoge de hombros, en la medida en que puede hacerlo bajo el agarre de esos dedos. Y estos dedos se mueven también. Una presión suave pero decidida presiona su nuca para pegar la cara con la máscara contra la piel de la ballena.

Julia tose y parpadea cuando ve lucecitas ante ella. Los puntos de luz de la piel de la ballena se vuelven más claros. Brillan entre piel y cristal.

Aparece un texto. «Estamos en peligro», las letras vibran, y luego: «En gran peligro».

El corazón de Julia se acelera mientras Tyler sigue escribiendo:

«Alguien quiere abrir el por...»

La frase se corta y las letras desaparecen.

Julia mira ahora como hipnotizada la superficie oscura delante de ella. ¿Quién demonios pretende abrir el portal? ¿El Flaco y sus acompañantes? ¿Por qué supone eso un peligro?

De nuevo brillan las luces frente a su máscara. Aparece una nueva palabra: «Extinción».

Una vibración. «¡Mira!».

De repente aparecen imágenes móviles frente a ella. Los puntos de luz están tan cerca que se marea mirándolos, pero reconoce las imágenes.

Ve una construcción circular, de aspecto técnico, sobre un suelo negro de piedra. El borde está rodeado de varios segmentos.

Julia lo asocia instantáneamente con el pozo del templo maya. Pero en la imagen no está bajo el agua, así que debe ser el otro lado, el de Xibalbá. Allí, dentro del círculo, aparece una bola de superficie negra que parece no pertenecer allí. Se infla hasta tocar los bordes.

Entonces pasan muchas imágenes a gran rapidez hasta que la superficie negra explota como un disco. Sale agua en inmensas cantidades contra Julia. Un chorro brutal, de varios metros de altura, como un géiser.

Pero algo no cuadra en la imagen. El geiser fluye hacia dentro y no hacia afuera. ¿Por qué?

La imágenes impactan contra Julia como el chorro en el pozo. De repente está en el agua,

bajo el agua, en las olas de marea y luego en el cenote, y finalmente sobre una línea costera. Reconoce México, pero el mar ha superado las costas. Ha anegado regiones costeras enteras, borrándolas del mapa. Julia ve palmeras bajo el agua, vehículos flotando, masas de basura y miles de personas. Muertos, ¡todos muertos, a miles!

La cámara visionaria cruza de nuevo la superficie del agua, a través de escombros y aguas estancadas, junto a peces y hacia una grieta cárstica. Va a una velocidad impresionante por grietas y tubos hasta que Julia aparece de nuevo en la cueva del templo. Allí sale del pozo una columna de agua que se abre camino por la roca porosa hasta el mar.

Julia se siente mareada por esas imágenes a toda velocidad, pero por suerte acaban. Las imágenes se detienen con un parpadeo de color y la presión en su nuca cesa.

Julia cree aun así que le va a reventar el cráneo.

Gran peligro, dijo Tyler. *Extinción.*

Julia teme lo peor. Dos mundos con océanos conectados entre sí de alguna forma por un tubo. ¿Qué pasa con una conexión permanente? Pues que se crean vasos comunicantes si los mundos quedan unidos por tubos. La altura del líquido en ellos se equilibrará.

El principio de la presión hidrostática y de la gravedad se utiliza también en su profundímetro y manómetro. En un sistema cerrado, los líquidos siempre buscan cómo equiparar la presión. Con el agua del tubo se quiere equilibrar el nivel del otro lado.

Pero ¿qué pasa cuando se unen dos océanos de dos mundos distintos?

El agua de Xibalbá llegará a la Tierra arrastrando consigo flora y fauna. La ola de marea presionará agua a lo bestia, la corriente negra, y lo hará sin parar.

Julia siente terror. Un inmenso terror.

Extinción.

En ese momento golpea a Tyler con la mano sobre el flanco. *Más rápido,* significa el gesto. *¡Más rápido!*

La ballena-Tyler parece darse cuenta pues la corriente en sus extremidades se vuelve más fuerte aún.

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

—¿Adriana? ¿Hermanita? ¿Qué carajo estás haciendo?

Está flotando sin casco por la superficie del agua, pero dentro del traje blindado. Diego le da unos golpecitos en las mejillas.

—He hecho una tontería —dice—. El ser debió pensar que era un ataque.

—Me has dado un susto de muerte cuando la cuerda ha dado un tirón.

—Gracias por sacarme.

—Eso era evidente. Por eso estaba yo al otro extremo de la cuerda. Pero ¿qué ha pasado?

—Me ignoraban por completo, ¿te lo puedes imaginar? —Adriana sigue sin creérselo. ¿Ha sido realmente culpa de sus proyecciones?

—Entonces les pisaste los dedos de los pies para llamar la atención, como una niña pequeña.

—Sí, y me han dado un bofetón.

—Casi te matan. Ven, vamos a la orilla. Me preocupa tu brazo izquierdo.

—Si hubieran querido matarme lo habrían conseguido. Solo querían que mantuviera la distancia. Igual los he malinterpretado todo el rato.

—¿Crees que se han enfadado?

—No, no puede aplicárseles la escala de blanco y negro. Simplemente no tienen gran interés en nosotros. ¿Qué podemos ofrecerles? Nos dan amablemente la información que pedimos y luego quieren que los dejen en paz.

—Menudo cuadro más pesimista.

—¿De los seres de aquí?

—No, de los humanos. Seguro que tenemos algo que pueda interesantes. Arte, literatura, música.

Diego es un idealista. ¿Por qué querría un ser de estos interesarse por el arte terrícola, cuando es capaz de crear escenarios maravillosos solo con plancton y la fuerza de sus pensamientos?

—Da lo mismo —dice Adriana. No quiere pelearse ahora con Diego.

—¿Te has percatado de ese hilo que baja ahora desde el bosque? —pregunta Diego.

—¿Hilo? ¿A qué te refieres? ¿Una de esas cosas que recogen los residuos?

—Más o menos igual de grueso, pero brilla en verde y es mucho más largo. Y te está siguiendo.

—¿A mí?

—Espera. ¿Puedes apañártelas sola?

Adriana asiente. Diego se sumerge de nuevo. A los treinta segundos ha vuelto.

—Sí, sigue allí. —Señala hacia el mar abierto, lejos de la isla—. Unos cuantos metros en esa

dirección.

No puede ser casualidad. La vegetación local no les ha hecho ni caso hasta ahora. No tienen nada que ofrecerles. Así que tras el hilo verde debe haber una intención.

—Quieren llevarnos hacia el portal que has descrito —dice Diego.

Es dos segundos más rápido que ella. Seguramente se estará haciendo vieja.

—Pues sigámoslo, ya —dice Adriana.

—Un momento. Primero deberíamos recomponer tu traje blindado. No sabemos hacia dónde tenemos que ir.

—Saben que no puedes bucear mucho.

—Puede ser. Pero al menos una vez nos cruzaremos de nuevo con la ola de marea.

Adriana asiente. Allí, el traje fue de gran ayuda. Diego es tan responsable y sensato que tiene la sensación de que los seres lo han cambiado por una copia. Igual la escuela a la que va no sirve de nada con él.

SALEN HACIA ALLÁ UNA HORA MÁS TARDE. EL HILO DE LUZ LES HA ESTADO ESPERANDO. LO siguen. En cuanto Adriana acelera con el motor, el hilo también se estira con más rapidez. Si frena, el hilo también ralentiza. Así que el hilo es capaz de saber dónde están.

Pronto pasan junto a otra isla. Diego siente curiosidad sobre si eso tiene efecto en el hilo. Se sumerge varias veces y lo controla, pero parece seguir unido de alguna forma con la primera isla. Así que podrían regresar a ella si quisieran.

Adriana mira hacia atrás. Diego se ha subido a la segunda isla. Está a un par de metros de la orilla y está dándole la espalda. Es curioso que la digestión siga funcionando aunque no se haya comido nada. Aparte de por el hambre, no tienen tampoco una gran prisa. Por suerte no hay ninguna ola de marea a la vista. Coloca su mano alrededor del hilo, con mucho cuidado y lo acerca al visor del casco. Entonces hace zoom al máximo con la cámara de la frente.

El hilo vive. Por su parte superior se mueve una fina corriente de material de regreso a su origen, mientras que por la inferior llega nuevo material. El extremo está algo más hinchado, como un globo. Esa burbuja se abolla de forma irregular desde dentro. En el lugar donde entra el hilo está abollado. Es como si exprimiera el hilo de su interior, como una araña en la Tierra, pero sin patas. Pero sí que tiene un aro de boquilla. Allí donde se unen hilo y burbuja sale agua, que habrá sido acelerada en el interior de la burbuja. Así es como el hilo se mueve hacia delante.

Adriana toma una foto y la amplía a imagen de microscopio. ¡El material en las partes inferior y superior del hilo y que se mueve en direcciones opuestas parece estar vivo! Se trata de minúsculos gusanitos que se mueven por el hilo en sí. De ida son gordos y de vuelta son más delgados. En la burbuja frontal deberán descargar lo que hayan traído para que la burbuja pueda generar el hilo. Ya que los lleva por los mares, no es una construcción técnica, sino una simbiosis de distintos seres vivos. La burbuja es, así, una especie de araña alimentada por millones de gusanos que traen comida. Seguramente el hilo de luz mismo sea un ser vivo, pero necesitaría un microscopio de verdad para descubrirlo.

—¡Acabé! —dice Diego, salta al agua con carrerilla y se limpia.

—¿Han reaccionado los hilillos al regalito que has dejado? —pregunta Adriana.

—No, no han hecho ni caso.

La vida de este planeta no es compatible con la de la Tierra. Es una nueva noticia, pues así no deben temer que la Tierra contamine estas formas de vida tan excepcionalmente eficientes. Igual

sea este el motivo por el que nunca ha habido más que un breve contacto. ¿Qué habría pasado si hubieran evolucionado de forma distinta? ¿Serían los humanos una forma de vida más en un eficiente estado de hormigas? Adriana siente un escalofrío por la espalda. La imagen de estar controlados a distancia no resulta agradable.

—¿Qué cara es esa que estás poniendo, hermanita? No te distraigas y sigamos el hilo.

LA ISLA QUE APARECE ANTE ELLOS SE LEVANTA AL MENOS UNOS CINCUENTA METROS SOBRE EL nivel del mar. Debe ser su destino. El hilo de luz los acerca hasta unos cincuenta metros de la orilla y se detiene.

Muchas gracias, piensa Adriana. Así que sí que hay tierra firme en este planeta. Diego se baja del traje blindado sobre el que ha descansado y nadan juntos hasta la orilla. Es de roca oscura, seguramente volcánica. Y seguramente sea muy antigua, ya que las rocas de la orilla son lisas, erosionadas por el oleaje.

Llaman la atención dos tubos de brillo blanco intenso, de un metro de grosor cada uno, procedentes seguramente del fondo marino. Suben a tierra firme al lado de estos tubos.

—Mejor mantén una cierta distancia —dice ella, cuando Diego nada hacia el tubo de la izquierda.

Sorprendentemente le hace caso. Juntos logran sacar el pesado traje de buzo a tierra. La orilla es relativamente plana. Adriana sale de esa vaina metálica. El suelo de roca parece totalmente estéril. En este cuerpo celeste realmente no hay ninguna forma de vida que esté por encima del nivel del mar.

Frente a ellos se eleva una colina. Los gruesos tubos también llevan hacia allí. Diego está ya a medio camino. Adriana corre tras él.

—¡Espérame, jolines! —grita. Tiene ante los ojos la imagen que le mostraron los dos seres. Diego no debería tropezarse con el portal sin ella. Le coge la mano y Diego no protesta.

Al llegar a la cima se encuentran con un cráter. Es de una forma tan regular, que a primera vista parece artificial. Al menos algo de ayuda externa sí que ha tenido, pues la estructura en el centro es claramente artificial. Podría ser una copia más grande del pozo en el templo maya: un borde con murete de piedra de medio metro de altura y unos cinco de diámetro. Y dentro, un agujero. No llevan linternas consigo. Diego escupe dentro para determinar la profundidad. Se concentran, pero no llegan a oír nada. De repente, el escupitajo regresa y choca contra su barbilla.

Diego se ríe y se limpia con la mano. Adriana siente un repentino frío. Compara ese reborde con la imagen que le mostraron. Falta la esfera negra. Seguramente sea ella el portal.

—El portal no está activo —dice ella.

—Quizás. ¿Y si es que tenemos simplemente que saltar dentro?

—A saber qué profundidad tiene. En la película que me mostraron era distinto.

—Podría probarlo. —propone Diego—. Si el agujero no me quiere, me escupirá de nuevo afuera. Ya lo has visto.

Adriana sacude la cabeza.

—Eso ni se te ocurra probarlo. Al final aterrizas sin freno en el fondo del pozo.

—Pues propón tú algo.

Diego cruza los brazos, se aparta de ella y desciende al interior del cráter.

—Diego, no te acerques demasiado.

—Sí, mamá.

Adriana suspira. En el vídeo parecía muy sencillo. La esfera apareció por sí sola, y luego saltó un humano dentro sin volver a salir. Por lo visto, tienen primero que poner el portal en marcha. Pero ¿cómo?

Sigue a Diego hacia abajo. Él mismo está indeciso frente al murete de piedra. Le coge la mano en la que pinchó en el viaje de ida y presiona la herida aún no cerrada.

—¡Ayy! —dice Diego, pero no retira el dedo. Lo sujeta sobre el agujero y mira cómo se forma una gotita de sangre. Se desprende y cae al interior del pozo.

No pasa nada. Mierda. Se repente, su antebrazo se tiñe de rojo. El agujero ha escupido la gota de sangre.

—¿Lo ves? Todo lo que cae dentro vuelve a subir. Déjame intentarlo. Seguro que es divertido.

—No, Diego, de ninguna manera, ¿Y si primero te estampas contra el suelo antes de ser escupido hacia afuera?

Diego traga.

—No funciona con la sangre —dice Adriana—. Pero es lógico. Por este lado no viven humanos. Debe haber otra cosa que pueda abrir el portal.

—¿Algo de las formas de vida aquí? —pregunta Diego.

—Quizás. Pero no podemos cazar uno de esos seres y tirarlo aquí dentro.

—¿Y qué hay del hilo de luz que nos ha traído hasta aquí?

Adriana suspira. ¿Tienen otra elección? Por el lado terrenal había biomasa de la forma de vida de este planeta que resultó clave. Así que sería lógico que aquí pasara algo similar.

—Ven, vámonos de pesca —dice ella.

El hilo de luz no ha variado su posición. La burbuja de su extremo flota a unos dos metros bajo el agua. Diego y Adriana nadan juntos en las ligeras olas. No les hace falta el traje blindado para eso.

—Yo lo intento primero —dice Adriana.

Coge aire y se sumerge. ¡Allí está el extremo! Se acerca en diagonal desde arriba, pero la burbuja mantiene la distancia y se va más hacia abajo. Mierda. Se lo imaginó más fácil. Antes aún podía levantar el hilo con las manos. ¿Intuirá lo que pretendemos hacer con él? Es imposible. Sale a la superficie y muestra sus manos vacías.

—Me rehúye —dice—. Espero no haberlos vuelto a espantar.

—Déjame probarlo a mí.

Diego se sumerge. El agua es muy transparente. Adriana ve cómo desciende en vertical. A los cinco metros se para y se orienta. El extremo del hilo flota claramente por encima de él. Se acerca desde abajo. Adriana sonríe. La cosa esa será lista, pero Diego es más inteligente. A más tardar en la superficie se habrá acabado su huida. Diego lo empuja hacia arriba. Duda, pero cuando Diego quiere agarrarlo, salta del agua, gira ciento ochenta grados y cae al mar bastante más lejos.

Diego sale del agua junto a ella.

—Debemos cazarlo juntos.

—Vale, tú tráemelo hacia aquí.

—Bien. Volveré a hacerlo desde abajo. Pero cuando salte del agua tendrás que estar

sumergida. Creo que desde arriba no puede ver si alguien lo espera bajo la superficie.

Eso tiene sentido. La burbuja tiene un sentido muy desarrollado para el movimiento. En el aire no le sirve de nada. Hace la señal de OK a su hermano. Diego nada en un arco alejándose de ella, para que el extremo del hilo brillante esté entre ellos. Vuelve a desplazarse hacia ella. A esa profundidad podría ser también un tiburón o un delfín. Adriana retrocede un poco, coge aire y se sumerge. Diego está a punto de alcanzar la superficie. La burbuja parece dudar ahora algo más que antes. ¿Intuye algo? Pero al final sale disparada del agua arrastrando el hilo consigo, gira en su eje y cae de nuevo entre las olas.

Ahora, Adriana no tiene más que estirar la mano y agarrarla. Espera un instante y ya tiene la sensación de haber llegado tarde cuando lanza su mano izquierda. Agarra el hilo justo detrás de la burbuja. Tiene un tacto resbaladizo e intenta escaparse, pero ella tiene más fuerza. En su mano brilla algo. Son los gusanitos que buscan un nuevo camino.

Le gustaría soltarlos, pero la supera el asco. El hilo no le sirve de nada así. Se limpia la mano derecha para quitarse los gusanitos de encima y agarra la burbuja justo por detrás para girar luego el hilo y sujetarla. La burbuja se hincha y deshincha, como si se estuviera ahogando. Igual es también el caso. Todo sea por Diego. No debe tener compasión ahora. Adriana sigue girando las manos y separándolas hasta que la unión entre burbuja e hilo se parte. El hilo se oscurece de inmediato. El efecto se extiende a gran rapidez. Debe haber desconectado la fuente de energía para ese brillo. El hilo se decolora, pasa a marrón y luego a negro. Al menos no se descompone. La burbuja ha dejado también de moverse. Adriana lo lamenta. Pero ¿cómo van a activar el portal, si no?

Adriana emerge. Diego ya la está esperando.

—¿Lo tienes?

Ella le muestra la burbuja. Es negra y viscosa. Por el exterior han aparecido úlceras.

—Antes era más bonita —dice Diego—. Pero no te preocupes. Me apuesto lo que quieras a que pueden repararlo.

Adriana no está muy segura de ello. La burbuja parece ser un ser vivo independiente. Parecía serlo. Ella lo ha matado. Pero no puede imaginarse que también tuviera una conciencia propia. Los seres de aquí forman una comunidad, pero eso no significa que también sean individualmente insensibles. Probablemente nada más grave que el dedo pequeño de un pie. Claro que duele cuando se golpea contra una puerta, pero no por ello deja de ser inteligente.

—Ven, vamos a probarlo —dice.

ADRIANA ESTÁ DECEPCIONADA. EN EL POZO SECO NO HA CAMBIADO NADA. ¿NO DEBERÍA HABER aparecido el portal? Se inclina algo hacia delante, pero sigue sin poder ver el fondo.

—Tíralo ya adentro —dice Diego—. No tenemos demasiado tiempo. Dentro de unas seis horas debería llegar la ola. Si nos pilla aquí, moriremos.

Lo sostiene en la mano como una araña sin patas. El animal le da pena. Del orificio por donde salía el hilo luminoso gotea un líquido aceitoso. Adriana levanta un poco el labio bajo el que la burbuja sacaba agua a presión. Allí ve muchos músculos minúsculos. La construcción le recuerda a las agallas de los peces, pero ese paralelismo debe ser una idiotez. Rasga la burbuja por un lado procurando que no se pierda nada. Dentro hay una masa viscosa en la que nadan unas bolitas. Van unidas como testículos a la pared exterior. Una sigue moviéndose. Patalea con cuatro aletas distribuidas alrededor de su cuerpo.

Un animal compuesto por otros animales, que a su vez forma un organismo gigantesco. Igual, hasta las células de este ser tengan vida propia, o la tenían, hasta que se unieron en la burbuja. En ese momento debieron ceder parte de su soberanía.

—¿Empezamos ya? —pregunta Diego.

—Pero tú espera aquí —dice Adriana.

De repente tiene una sensación muy mala que presiona casi físicamente contra la sienes, como si alguien la estuviera advirtiendo contra lo que está a punto de hacer. Pero ella sabe por qué. Es un hecho que Diego ya no tiene máscara. Si aparecen en el templo maya, necesitarán nadar al menos una hora para llegar al exterior. Eso no sería un problema si al menos ella tuviera una máscara. Podrían compartir el aire. Pero el traje blindado no permite tal cosa.

—¿Sabes qué? Lo mejor será que vayas tú al otro lado con el traje blindado —dice Adriana —. Yo espero aquí. Coges una máscara y regresas.

Si va ella primero, podría suceder que o no se activa el portal de regreso, sea expulsada muy lejos de esta isla o que la ola de marea se haya llevado a Diego. Todos son escenarios que supondrían la muerte de su hermanito, por lo que son inaceptables.

—¿Y eso ahora por qué?

—Tú mismo querías probar lo chulo que es ese traje de camino aquí.

—No, no me lo trago. Tienes miedo de que me pase algo, así que te sacrificas tú.

Qué bien que la conoce. Adriana asiente.

—¿Y si fuera así?

—Pues que sería una gran mierda. ¿Crees que me gustaría perderte?

—Solo tenemos un traje blindado. Úsalo tú. Estás más en forma que yo.

—Yo he nadado todo el tiempo mientras tú ibas cómodamente dentro del traje con propulsión. ¿Quién de los dos tiene las mayores reservas?

Adriana suspira. Lo peor de todo es que Diego tiene razón. Y ella conoce mejor el traje. Sus posibilidades de supervivencia son mayores si deja a Diego esperando. Pero ¿y si fracasa? No se lo perdonaría el resto de su vida.

Diego se coloca junto a ella y le pasa el brazo por los hombros.

—Sé que lo lograrás. Eres la mejor hermanita mayor que existe.

Le quita la burbuja rota de las manos y la tira al agujero.

No pasa nada.

Adriana suelta una carcajada histérica. Tantos nervios para nada.

PUEDE QUE LA PELÍCULA ESA QUE LOS SERES LE MOSTRARON BAJO EL AGUA FUERA UN malentendido. ¿Y si el portal solo se abre cada tercer día del mes durante diez minutos? Simplemente, saben demasiado poco de este lugar. Pero la culpa es de ella; de su jodida curiosidad que la ha traído hasta aquí, y además acompañada con total falta de responsabilidad por Diego. ¡Ojalá pudiera reparar eso de alguna manera!

—¡Anda, mira, hermanita! —dice Diego.

Parece estar de excelente humor. Al menos así lo demuestra y se mueve por la isla con alegría.

—¿El qué?

—Estos gruesos cables que salen del mar...

—¿Sigues pensando en el portal? Mejor vente aquí, conmigo. Creo que el protector de la

cabeza dentro del casco es de cuero auténtico. Puedes morderlo un rato.

Mete las manos intentando sacar la almohadilla que protege la frente. El cuero contiene células animales, ¿no es así? Diego tiene que comer algo.

—No, eres tú quien tiene que venir —dice Diego.

Adriana se levanta con un suspiro. La cabeza le sigue retumbando a pesar de los dos comprimidos que se ha tragado del pack de primeros auxilios del traje. Lo siente como si alguien hubiera colocado un sargento alrededor de su cráneo y lo fuera apretando vuelta a vuelta. ¿O es el hambre que la está torturando? Nunca había pasado varios días sin comer nada. Al menos Diego parece sufrirlo de forma distinta.

Se dirige hacia donde ha salido antes su voz. Diego está agachado junto a uno de los ramales del cable. Tiene un aspecto curioso, con ligeras pulsaciones en su interior y un brillo blanco muy intenso.

—Aquí algo está mal —dice Diego—. Esta cosa acaba aquí, en nada.

—¿Y? A saber cómo funciona y para qué sirve.

—Seguro que es una fuente de energía.

—Quizás. ¿Y?

—¡Igual activa el portal!

—Pues no lo parece. Como ves, el portal sigue desconectado.

—Claro, porque los cables están tirados por aquí. Ayúdame, vamos a arrastrarlos hasta el cráter, a ver si los conectamos.

—¿Y si nos suelta una descarga?

—No te preocupes, ya lo he probado.

—¿Que has qué? —Adriana levanta la voz.

—Sabía que te cabrearías, así que ni siquiera te he querido preguntar. Pero no te hará nada. ¡Mira!

Toca el cable y no cae al suelo.

—Está bien —dice—. Si te divierte...

Se colocan uno a cada lado del cable. Entonces lo levantan entre ambos. Es más ligero de lo que pensaban. Su pared exterior es cálida y da un cosquilleo en contacto con la piel.

—¿A dónde quieres llevarlo? —Pregunta Adriana.

—Allá arriba —Diego señala hacia delante.

Comienzan a caminar montaña arriba. El cable comienza a pulsar con más fuerza, pero no se resiste. Adriana mira por encima del hombro cómo va saliendo cada vez más material del agua. Pronto alcanzan la cima. Adriana está sudando.

—¿Y ahora?

—Hacia abajo. Lado izquierdo.

Arrastran el cable por la cima. El descenso no es más fácil porque debe tener también en cuenta la longitud del cable. Pero le sorprende que resulte tan fácil transportarlo.

—Allí —dice Diego y señala hacia un hueco en el murete del agujero, que tiene un diámetro prácticamente igual al del cable.

—Eso parece más un desperfecto del muro —dice Adriana.

—¿Y te parece casualidad que justo en el lado opuesto haya otro desperfecto idéntico?

—¿En serio hay otro?

Eso sería muy extraño. Diego asiente. Introducen el cable en el agujero. En los últimos centímetros se vuelve autónomo.

—Ups —dice Adriana.

¿Cómo es que no se dio cuenta de esos desperfectos antes?

—Vamos a conectar el segundo cable —dice Diego, y Adriana asiente. No puede ser que sea algo tan fácil. ¿El portal no se abre porque se habían olvidado de enchufarlo a la corriente?

—Cuidado, que ya casi está —dice Diego.

Han traído el segundo cable hasta justo frente al orificio derecho.

—Vamos allá —dice Adriana, se pone de rodillas y deja que este extremo del cable encuentre también su lugar final por sí solo. Se oye un silbido. En ese momento comienza un borboteo en el agujero. Sale vapor. Debe haber agua dentro, al menos en el fondo. Igual hay alguna conexión con el océano. Pues claro que debe haber forzosamente una conexión. ¿Cómo si no utilizarían los seres de agua el portal?

El vapor huele raro. ¿Es ajo? Procura no respirar mucho y mira hacia el fondo del agujero, donde hay cada vez más oscuridad. ¿Es posible que la oscuridad esté aumentando? Pero así es. Algo ahí abajo está despertando y consume hasta la última partícula de luz.

El borboteo se acerca y Adriana puede ver que la oscuridad también está ascendiendo. Se pone en pie. Diego es incluso más rápido que ella y da un paso atrás. Tiene los pelos de punta y siente un cosquilleo en la piel. El borboteo es más fuerte hasta convertirse en el ruido que suele producir una cascada.

La negrura está ahora bajo ella, con aspecto amenazador. No puede ver estructura alguna. Adriana se aparta también del murete. A saber si aguantará esa oscuridad como en el vídeo de los seres. El cosquilleo en el aire lo domina ya todo. Adriana tiene que estornudar. Diego la coge de la mano.

—Mierda —dice.

—Es algo brutal —añade Adriana—. Pero nos llevará a casa.

—Ojalá.

La oscuridad se detiene en el borde superior del murete. Pero solo por un momento. Luego se abomba por el centro como si algo estuviera presionando desde abajo. No es un proceso continuo; va el oleadas y Adriana cree poder ver los gigantescos dedos que obligan a esa oscuridad a adoptar una estructura tridimensional, a convertirse de plana a abombada, hasta adoptar una forma totalmente esférica.

Este es el portal. Adriana incluso ve la película aceitosa que se mueve por su superficie. Es como si la bola negra estuviera girando. ¿Bastará con meterse dentro? Pero no puede hacerlo. Primero debe ir Diego, con el traje blindado que tienen detrás.

—¿A qué esperas? Vete ya —dice Diego—. Y tráeme una máscara.

—Sabes que eso no es posible. No puedo dejarte solo aquí.

—Bueno, como quieras; entonces me meto yo dentro.

—¿Qué?

¡No puede hacerlo! Si se mete sin equipo de buceo, no tendrá ninguna posibilidad de sobrevivir. Adriana siente cómo se le tensan los músculos. Está a solo tres pasos de su hermano. Pero si intenta apartarlo de golpe...

—Ya me has oído —dice Diego.

Lo dice en serio. Puede ser tan cabezota como ella. Entonces se sube al muro que rodea el agujero. Su vientre casi toca la esfera oscura.

Mierda. Ha ganado. No puede obligarlo a meterse en el traje blindado e ir primero. Y él lo

sabe muy bien. Adriana respira hondo. Aprieta los puños con tanta fuerza que se clava las uñas en las palmas. Intenta aflojar los músculos, pero la posición de su hermano, tan cerca del portal, hace que su corazón vaya a mil por hora.

—¡Eh, ¿qué hacéis vosotros aquí? —pregunta de pronto una voz femenina a sus espaldas.

Adriana se da la vuelta de inmediato y ve con el rabillo del ojo cómo Diego se lleva un susto tan grande, que casi cae dentro del portal. Logra recuperar el equilibrio y salta del murete al suelo.

Es la arqueóloga que contrató Drake. Se llama Julia. Y no está sola. ¡Al final encontraron al equipo de Drake!

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

Ascendemos. Julia se da cuenta con una mirada casual a su profundímetro. La ballena-Tyler reduce la profundidad poco a poco, de forma evidente. Menos dieciocho, menos dieciséis, menos catorce. También parece ir más lenta. Deben haber llegado a su destino.

Julia estira el cuello para ver algo más. Hay luces brillando por encima de ellos, en la superficie. Pero solo en la dirección en la que han venido. En la dirección hacia la que van hay algo oscuro que surge del fondo del mar.

Una isla. Julia siente el nerviosismo. Debe ser la isla en la que está el portal, según la visión.

Ocho, seis, cuatro metros.

La ballena va más despacio. Los dedos que sujetan a Julia y a Eddi se aflojan un poco, se retiran y al final quedan libres para nadar solos el último metro hasta la superficie.

Allí se da cuenta Julia de lo gigantesca que es esta ballena. Cómo flota junto a ellos en el agua y bloquea la vista hacia la isla. Al final sale también a la superficie. Cierra la bombona para ahorrar todo el oxígeno posible para el regreso.

El regreso..., Julia no quiere siquiera pensar en ello.

El agua resbala por su máscara dejando finos hilos oscuros sobre el cristal. Los limpia con la mano y observa finalmente la isla. Parece ser volcánica, pero ya muy pulida por las olas y las mareas. Se levanta como señorial varios metros por encima del nivel del mar. Julia calcula unos treinta o cuarenta metros, igual hasta algo más. Arriba del todo ve a dos personas y cables con un curioso brillo que surgen del mar y desaparecen de la vista.

Se da cuenta de que desaparecen en el cráter. Pero ¿quiénes son esas dos personas? ¿El Flaco y un acompañante? Sean quienes sean, están haciendo algo con esos cables.

A Julia no le gusta eso, ha llegado ya a la orilla y se agarra a las rocas. Logra salir del agua y nota a Eddi justo junto a ella. Él también se sube a la orilla con un golpe de su única aleta. Entonces se la quita. Julia se ha quitado ya las suyas.

Pero la roca no es tan lisa como esperaba y deben avanzar con mucho cuidado por ese resbaladizo suelo en pendiente antes de que el camino se vuelva más liso y firme.

Las dos personas han desaparecido de la vista. Deben estar en el portal.

¡Mierda!

—¡Rápido! —grita Julia a Eddi y exige a su cuerpo un último esfuerzo. Comienza a correr por las escarpadas y pulidas rocas hacia el borde superior. El cráter estará a unos veinte metros. Quince. El cable de luz pulsa con mayor intensidad. Algo huele aquí intensamente a ajo. Es un olor inesperado, pero Julia lo ignora. Saca fuerzas de donde no hay y alcanza el borde del cráter.

La vista es igual a la visión que tuvo. En el cráter hay un reborde bajo, parecido al murete del

templo maya. De él surge una esfera negra. El portal. La superficie brilla aceitosa, como una esfera, una bola absolutamente perfecta.

La visión es de por sí sobrecogedora, pero las dos personas presentes completan ese cuadro de locura. Julia conoce a una de ellas. Es Adriana, la buzo profesional que compitió contra El Flaco. Está cerca del muro, mientras un adolescente está subido a él. La esfera casi toca su vientre.

Eddi gruñe a su lado cuando ve lo mismo que ella, pero parece no tener aire para gritar algo. A Julia aún le queda algo de aire.

—¡Eh, ¿qué hacéis vosotros aquí?

La joven buzo se gira de golpe y el chico casi se cae dentro del portal, pero logra bajar del muro.

Julia aprovecha la ocasión y levanta las manos.

—¡Que nadie se mueva! —grita con determinación—. ¡Apartaos de eso!

El chico no reacciona; solo se queda mirándola incrédulo.

—¡Apartaos! —Repite Eddi con tono militar.

El chico parece resistirse.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Es que vosotros no queréis volver? —dice en un inglés con mucho acento.

—¡Claro que sí! —responde Eddi—. Queremos volver. Pero no tenemos ni idea de cómo funciona el portal.

Julia toca a Eddi en el brazo y le hace bajar la mano.

—Pero Tyler sí que sabe cómo funciona. Aunque no tal y como lo estáis haciendo. Tyler dijo que si lo activáis así, supondría el final de la Tierra.

Todos la miran ahora, incluso Eddi. Lógico, Eddi no vio las imágenes que le envió Tyler.

La chica parece ser la que mejor se controla.

—¿Por qué sería el final de la Tierra?

—Porque el portal se abre en una dirección —dice Julia—. Si lo activamos, la ola de marea enviará con cada pasada cantidades ingentes de agua hacia la Tierra. Agua llena de esporas, de los seres vivos que hay aquí, de hongos, flora y fauna que no existen en la Tierra en estas cantidades. ¿Qué creéis que pasará entonces?

Nadie responde a su pregunta; solo el chico sacude decidido la cabeza.

—Eso me da igual. Tengo que meterme ahí. No podéis entenderlo. Es por mi hermana.

—¡No vas a ir! —le grita la chica—. ¡Sé razonable de una vez! ¡Podemos compartir el oxígeno!

Eddi se suma a la discusión.

—¡Nadie se marcha ahora! Aún tenemos tiempo.

—¿Tiempo? —el chico ríe—. ¿De qué tiempo crees que disponemos? —Y señala a lo lejos. Para sorpresa de Julia puede ver en el horizonte una raya negra. Está muy lejos, pero es la siguiente ola de marea. Y si llega, inundará el portal y comenzará el fin del mundo. *Al menos, el fin de mundo que conocemos.*

El chico suelta una carcajada histérica.

—Tampoco tenéis ni idea de cómo hacerlo de otra forma. Malditos gringos, no decís más que tonterías. Este es el portal y vamos a atravesarlo. Al menos yo. —El chico vuelve a subirse al murete. Su cuerpo está a escasos centímetros de la esfera.

Entonces les alcanza una voz extrañamente húmeda que parece cubrir toda la isla. —¡Atrás!

Todos dan media vuelta.

—¡Tyler! —gime Julia.

Y en efecto, allí está Tyler Drake, en el borde del cráter. Pero tampoco es Tyler Drake, pues su cara es extraña, como si tuviera la piel rasgada. Tras unos instantes se da cuenta Julia de que no es la piel la que está rasgada, sino que son gusanos que la cubren. Todo se mueve, sus mejillas, su barbilla, su cara. Solo quedan libres los ojos. Además, tiene luces brillantes y parpadeantes por el cabello y las sienes. Se acerca a ellos con movimientos curiosos.

—Sé cómo abrir el portal de forma correcta. Y podemos lograrlo antes de que llegue la ola de marea. Pero para eso tienes que bajarte primero del murete, jovencito.

El chico no parece querer hacer caso a las instrucciones de Tyler. Lo mira paralizado. Adriana y Eddi también miran asombrados a Tyler. O a lo que una vez fue Tyler.

Se les acerca con pasos inseguros. Es como si no supiera bien cómo se utilizan las piernas. Se detiene a poca distancia. Apesta a azufre y a algo alcalino. Como jabón, sin perfume alguno.

—¡Que todo el mundo se tranquilice! —Dice con esa voz curiosamente húmeda. Cuando mueve los labios, ve Julia por qué le sale esa voz tan extraña: en su boca también se mueven gusanos.

Julia siente un mareo, pero tiene el estómago vacío. Lleva muchas horas sin comer. ¿O han sido días ya? Ni siquiera sabe cuánto tiempo llevan aquí. Ni si el tiempo transcurre aquí como en la Tierra.

—¡Bájate de ahí! —Repite Tyler. Esta vez con bastante más firmeza, por lo que el chico obedece. Se baja del murete y traga con fuerza. Se acerca lentamente a ellos. Pasa incluso de largo de su hermana y se para a dos metros de Tyler. Inclina la cabeza a un lado.

—¿Qué demonios eres?

Tyler esboza una sonrisa espantosa.

—Yo tampoco sé exactamente qué soy, pero por ahora da igual. El problema es el portal..., y la ola que se acerca. Lo abriré para nosotros. Lo abriré correctamente para nosotros.

El chico sigue delante de él. Lo mira y luego resopla.

—¿Y eso cuánto va a tardar?

—Será lo suficientemente rápido para que podamos ponernos a resguardo. Antes de que llegue la ola de marea. —Tyler pasa de largo junto a Diego tras decir esto. Asiente hacia Julia y Eddi, luego a la chica buzo, y camina hacia el portal.

El chico quiere seguirle, pero esta vez es Eddi quien se lo impide. Lo agarra con fuerza del brazo.

—Tú te quedas aquí tranquilo conmigo.

El chico berrea y golpea a Eddi, pero este es demasiado fuerte para él. Lo mantiene sujeto. Algo brillante y dorado cae al suelo.

Mientras Eddi y el chico siguen peleándose, Adriana se agacha para coger eso brillante que ha caído. Se pone en cuclillas y levanta con mirada extrañada algo del suelo.

Julia se da cuenta de que es la pulserita dorada con el nombre de Floriana que encontraron en el fondo.

Adriana la mira y luego alza la vista hacia Eddi.

—¿De dónde habéis sacado esto?

Eddi ha girado al chico delante de él y le sujeta los brazos a la espalda para que no se pueda mover.

—Eso —le dice— lo he encontrado en el fondo del mar, donde pensábamos que podría estar el portal. Estaba en una grieta, a unos veinte metros de profundidad. ¿Por qué quieres saberlo?

La chica se levanta con la cadenita colgándole de los dedos.

—Porque esto pertenecía a mi madre.

Se hace un instante de silencio, hasta que el chico pregunta con voz queda:

—¿Nuestra madre?

La chica asiente.

—Sí, esto era de Floriana. Me acuerdo muy bien. Fue un regalo.

El chico traga de forma sonora.

—Entonces, debió ser absorbida de alguna forma durante una visita al cenote y cruzó el portal. Igual aún está por aquí. ¿Puedo verlo?

Eddi aprieta sus brazos con más fuerza.

—Solo si prometes no hacer burradas.

El chico resopla, pero asiente.

Eddi duda un momento, pero luego lo deja libre para que pueda acercarse a su hermana y ver la cadenita. Incluso se la quita de las manos y la mira durante unos segundos. Entonces da media vuelta y sale corriendo. No hacia el portal, sino hacia el mar.

Adriana suelta un grito y quiere sujetarlo, pero sus dedos solo tocan el aire. Eddi gruñe también de sorpresa y quiere agarrar al chico. Incluso llega a tocarle el brazo, pero sus dedos resbalan. Eddi pierde el equilibrio y cae de rodillas.

El hermano de Adriana corre ya por el borde del cráter y desaparece de la vista.

—¡Diego! —grita Adriana—. ¡Detente!

Las dos mujeres salen corriendo tras él. Incluso Eddi se ha incorporado y las sigue protestando y gruñendo.

Cuando alcanzan el cráter, Diego ya casi ha llegado al agua. Su hermana grita de nuevo:

—¡Diego! ¡Para ya!

Pero no la escucha. Con tres saltos osados cruza las rocas escarpadas, alcanza el borde de la isla, se agacha y salta hábilmente a las negras aguas del océano.

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

—¡No! —Grita Adriana, pero Diego ya se sumerge bajo una ola. Joder, Diego, ¿es que no puedes escuchar a tu hermana ni una sola vez? ¿Cómo pretende él solo encontrar lo que queda de su madre en este gigantesco mundo? Si es que queda algo de ella, aparte de la maldita cadenita. Si al menos hubiera dejado Eddi la cadena donde la encontró, en lugar de traerla...

El corazón se le acelera. Debe ir tras él. Adriana prescinde del traje blindado. Con él nadaría más rápido, pero para ponérselo necesitaría al menos cinco minutos y Diego habría desaparecido.

—Déjale ir —dice Eddi, y señala al horizonte.

La ola de marea. Se los tragará a todos si esperan demasiado. Y si el portal aún está abierto cuando llegue, el agua cruzará y será una catástrofe mundial en la Tierra.

Pero Adriana sacude la cabeza. Aunque parezca imposible, debe intentarlo. Julia asiente. Entiende lo que está pensando.

—Ponte mis aletas —le dice—. Nosotros saldremos también sin ellas del templo maya.

Una buena idea. Adriana muestra con la mirada todo el agradecimiento que puede. Ya que ha llegado en el taje blindado, no tiene aletas propias. Julia levanta el brazo con sus aletas y las entrega a Adriana, que se las pone.

—Espera un momento, chiquilla —dice Eddi—. Tengo algo para ti.

Normalmente ignora a los hombres que la llaman chiquilla, pero Eddi parece tan agotado que seguramente no pueda pensar en las palabras que elige. Se lleva la mano a su brazo, donde el traje tiene un pequeño bolsillo y saca algo alargado. ¿Es eso un cuchillo? Adriana sacude la cabeza. Con eso no impresionará a Diego.

—Espera, mujer —dice Eddi—. Me guardé esto para un caso de emergencia. De absoluta emergencia —dice en voz alta hacia Julia—. Si hubiéramos estado justo a punto de morir.

—¿Qué es eso?—pregunta Adriana.

—Un estimulante. Durante unos noventa minutos te sentirás como supermán. No, más incluso, porque tendrás fuerzas sobrehumanas. No es magia, es solo un buen cóctel químico.

—¿Y después?

—Para entonces habrás vuelto con tu hermano.

Eddi desenvuelve lo que llevaba en el bolsillo. Es una jeringuilla.

—Pínchate en el muslo.

—Nosotros prepararemos el portal —dice Tyler—. Pero debemos cruzar antes de que nos alcance la ola de marea.

Hayáis regresado ya o no, es algo que no dice.

—Gracias —dice ella.

Esperadnos, que vuelvo en seguida, es algo que no dice.

Julia asiente. Tiene una lágrima en el ojo. Adriana no tiene tiempo de despedirse de todos. Se clava la aguja en el muslo, coge carrerilla montaña abajo, tropieza casi con las palas, alcanza la orilla de la rocosa isla y salta al agua.

ADRIANA NECESITA UNOS INSTANTES PARA ORIENTARSE. HA BAJADO LA MONTAÑA EN LÍNEA RECTA y se ha zambullido más o menos en el lugar hacia donde los había llevado el hilo luminoso. Diego ha hecho lo mismo. Intuye cuál será su objetivo. Julia, ¿o fue Eddi?, les contó cómo habían estado siguiendo el mismo hilo. Así que el lugar donde hallaron la pulsera debe estar cerca de la primera isla flotante. Allí debe haber algún lugar donde el fondo no esté a varios cientos de metros de profundidad, porque Eddi no podría haber encontrado la cadena sin un traje blindado.

Pero ¿qué espera encontrar Diego? ¡Su madre desapareció hace mucho tiempo! Es imposible que se haya escondido allí abajo. Solo hay una posibilidad: Está muerta. ¿Y si es esa certeza, precisamente, la que Diego está buscando? La vida aquí es incapaz de hacer nada con las células humanas. Sea lo que sea que dejan aquí atrás, aunque sea un cuerpo muerto, la microflora de este planeta no lo toca. Pero la descomposición se producirá igualmente, porque cada ser humano arrastra consigo sus propias bacterias en cantidad suficiente, aunque tardará algo más, porque el contenido de oxígeno en el aire y, consecuentemente, en el agua, es bastante menor que en la Tierra.

¿Querrá Diego encontrar el cuerpo de su madre, e incluso recuperarlo? ¿O ha sido su huida solo una reacción de cortocircuito cerebral?

Adriana encuentra el hilo. Tiene aspecto triste y cuelga fofo como los cables colgantes de alta tensión en pleno verano. No debería haberle arrancado la burbuja del extremo. *Típico humano.* Allí donde van, siempre tienen que romper algo. Adriana nada más deprisa. El cóctel de drogas la ayuda mucho. Por la velocidad junto a la que pasa al lado del hilo calcula que va casi al doble de velocidad de lo normal. ¿Cuánto tiempo podrá aguantar este ritmo? Eddi dijo algo de noventa minutos. Tampoco puede tardar hora y media.

Cuanto antes encuentre a Diego, mejor. Adriana emerge un instante. La ola de marea ha crecido claramente, pero parece seguir aún detrás del horizonte. En ese momento aparece delante de ella, a lo lejos, un punto negro sobre la superficie. ¡Diego! Nada con todas sus fuerzas, suma sus brazos a la fuerza de las aletas y poco a poco va perdiendo el aliento. Las drogas la hacen creer que no siente dolor, pero no pueden enriquecer el aire con más oxígeno. Incluso Supermán debe rendirse a la física.

Nota que se acerca primero por el lento movimiento del hilo. Parece que Diego nada muy cerca de él, por lo que lo está moviendo. Lo siguiente que ve son burbujas, que debe haber dejado Diego tras de sí, y finalmente sus aletas. Adriana ha bajado un poco la velocidad porque tiene que coger aire con más frecuencia, pero a Diego parece que le pasa lo mismo. La tenue atmósfera se cobra también su tributo.

Alcanza a su hermano cuando sale un momento a descansar a la superficie. Ha llegado subrepticiamente desde abajo y se hace notar arrancándole una de las aletas. De esa forma impedirá que sigua huyendo. Sale a la superficie justo frente a él. Diego se pone a gritar. Adriana no entiende sus palabras porque traga agua al soltar los gritos. Se lanza sobre ella y la empuja al fondo.

Adriana no se resiste, aunque le resultaría fácil gracias a la inyección. Deja que Diego crea que la supera en fuerzas. De todos modos, su única posibilidad está en que entre en razón. Bajo el agua reina el silencio. Adriana se siente tranquila. Su corazón se ralentiza. Su mirada alcanza a kilómetros de distancia. Se les acerca uno de esos seres colchoneta. Pronto les dirá eso de «No temas». Adriana sonríe bajo el agua y luego sacude la cabeza. El ser parece haberla entendido, pues da media vuelta y se aleja.

No necesita ayuda para que Diego entre en razón. Y realmente nota como tira de ella hacia arriba. Inhala el tenue aire con avidez. Diego la sacude, pero la deja seguir respirando.

—¿Por qué no me dejas simplemente en paz? —grita—. Sólo quiero que...

No acaba la frase. Seguramente ni siquiera sabe qué es lo que realmente quiere.

—Mamá murió —dice Adriana—. Nosotros estamos vivos, eso es lo que cuenta.

Diego la vuelve a sacudir, pero no responde. No la contradice.

—Yo también preferiría estar muerto —dice.

—¿En serio? —Adriana nota un nudo gigantesco en la garganta.

—Sí, yo... —dice, mientras clava la mirada a lo lejos.

Adriana se gira para mirar en la misma dirección. La ola de marea comienza a mostrarse en toda su grotesca y brutal belleza.

Adriana sacude la cabeza. No, ella no quiere morir. Está triste porque su madre ha muerto, y no quiere en ningún caso que le pase algo a su hermano, pero ELLA NO QUIERE MORIR. Y si eso es así, llegó el momento de soltarlo todo.

—Creo que te entiendo —dice Adriana—. Siempre pensé que era algo muy complicado, pero en el fondo es muy sencillo. Quieres estar allí donde está mamá. De acuerdo. Me gustaría tenerte conmigo, pero no puedo obligarte. Lo he intentado constantemente, pero me equivocaba. Lo siento.

Le da un beso en la mejilla. Tiene la piel rasposa. Está haciéndose mayor. Adriana se percata de esa sensación. Le brotan lágrimas de los ojos, pero en el fondo no siente pena alguna. Más bien una determinación. Una autodeterminación, que le da fuerzas adicionales para regresar. ¿O será el cóctel de drogas? Incluso logra sonreír, le da a Diego la aleta que le ha quitado, da media vuelta y comienza a nadar hacia la isla.

Xibalbá, 8 de mayo de 2045

Cuando se acerca a la isla ve a gente haciéndole gestos en la orilla. Tyler, Julia y Eddi siguen sin entrar en el portal. El ruido de la gigantesca ola de marea comienza a oírse tan fuerte que no entiende lo que le dicen. Que hay prisa, eso sin duda. Ojalá hayan encontrado los tres una forma de cerrar el portal tras cruzarlo. La huida de Diego ha impedido que pudieran hablar sobre ello. Pero ¿no decía Tyler que sabía cómo hacerlo? Tendrá que confiar en él.

Adriana nada con todas sus fuerzas. Nunca había hecho un esfuerzo tan grande como ahora. Igual cuando nació; de repente se acuerda de eso. El cordón umbilical se había enrollado alrededor del cuello, pero aún logró respirar con todas las fuerzas de su minúsculo cuerpecito. ¿Es ese un recuerdo real? Adriana se siente como si tuviera que luchar para abrirse camino por un canal de parto para salir.

Llega a la orilla. En lugar de las manos de la comadrona, la reciben Julia y Eddi. Los dos se la llevan consigo hacia el portal. Adriana busca el traje blindado, pero este se levanta por sí solo del suelo frente a ella. Tyler se ha metido dentro. Evita mirarle a la cara. Los gusanos que se mueven bajo la piel la llevaron casi al borde de vomitar. ¡Pero es una gran idea que utilice el traje! Ahora ya no tendría tiempo de ponérselo correctamente. Los segundos que quedan son suficientes para ponerse las botellas de oxígeno de Tyler a la espalda y colocarse la máscara.

El portal vibra ante sus ojos. Es como si no quisiera devolver nada de lo que lo cruce, y en el fondo así es. El agujero de gusano solo conoce una dirección. Si pone el pie dentro, será imposible volver para rescatar a Diego. Los demás la meten prisa, pero Adriana sigue dudando. ¿Puede realmente abandonar aquí a su hermano? Parece que la fuerza que antes tenía para tomar la decisión de salvarse a sí misma se ha agotado. No puede ser por las drogas. Aún deberían durarle una hora más.

Entonces llega corriendo.

—¿Tenéis una máscara para mí? —pregunta sin parar de correr.

Adriana suelta un sollozo. No tiene palabras.

—No, pero es igual. Al otro lado compartiremos contigo el oxígeno —dice Julia.

—¿Estáis seguros de que la Tierra no sucumbirá? —pregunta Adriana.

—Tyler me ha asegurado que eliminó vuestro error —dice Eddi.

—¿Qué error?

—Ya conoces a Tyler. A veces se pasa un poco con el secretismo.

Tyler Drake es un hombre de negocios. El conocimiento sobre cómo se activa el portal con seguridad vale su peso en oro, por lo que no lo compartirá. Comprensible desde un punto de vista empresarial. Pero desde el humano..., seguramente ni siquiera entienda por qué supone que es un problema para ella. Pero tiene razón. Debería alegrarse de que pronto estarán todos en lugar seguro.

Diego está a su lado. Tiene los ojos abiertos de par en par. El viaje de ida fue muy caótico. Pronto pondrá un pie por primera vez de forma consciente en un portal que lleva a otro mundo. Su hogar. Los pensamientos de Adriana están hipercentrados. Puede ver cómo vibra el portal. Muestra un ritmo que casi parece un lenguaje. Hay frecuentes repeticiones y otras vibraciones que son más raras. ¿Y si se trata realmente de un objeto vivo? Los seres que habitan esta luna han solucionado todos sus problemas de forma orgánica. ¿Puede haber agujeros negros de componentes vivos? No lo sabe.

—En marcha —surge la voz de Tyler por el altavoz del traje.

Piensa en los gusanos bajo la piel de ese hombre. ¿No será peligroso traerlos consigo a la Tierra? De nuevo recuerda a ese ser extraño que atacó a El Flaco, pero que la ayudó a ella. ¿Hasta qué punto es razonable? No lo sabrá nunca, pues no se atreverá a cruzar el portal jamás por segunda vez.

De repente está sola sobre el murete. Los demás han dado ya el paso decisivo. Se hace oscuro. La ola está casi sobre ellos. Adriana se da un empujón.

EL PORTAL NO EXISTE. SIMPLEMENTE CAE A LAS PROFUNDIDADES. ¿SE TRATARÁ DE UNA proyección? Una trampa, entonces. Los ha atraído para que se lancen a la muerte. Tyler, sin duda. Era claramente visible que ya no es la misma persona. Ahora chocarán todos con el duro suelo de este pozo y morirán. Al menos, una muerte rápida.

Adriana extiende los brazos. Cae como hacia un espejo. Ve su imagen allí. La superficie del espejo se mueve. Es de agua. ¿Una haloclina? Adriana cambia su posición en el espacio para no chocar contra ella como una rana, sino para zambullirse en ella con elegancia.

Funciona. No ha chocado conta la roca. Aún no, porque la pared de la cueva está muy cerca y lleva demasiado impulso. Adriana gira y se protege la cara con la máscara, hasta que algo la lanza hacia un lado y da varias volteretas por el espacio. Al final puede sujetarse a una estalagmita.

Alguien se le acerca. Primero se alegra porque es Diego, y luego se asusta por haberlo reconocido tan deprisa. No lleva máscara. Diego señala hacia la suya. Adriana coge aire y se la entrega. Se la acaba de poner cuando dos buzos más llegan arrastrando una especie de ataúd. Debe ser el traje blindado. Ya no tiene energía.

Igual debería haberle dicho a Tyler lo que le pasó al llegar a Xibalbá. Pero él tampoco comparte todos sus secretos con ella. Al menos, tiene amigos que lo sacarán de aquí. ¿Son realmente sus amigos? Difícil de decir. Julia depende seguramente de su riqueza. Pero Eddi parece tener su propia vida independiente.

Deja que los dos vayan delante con Tyler. En el depósito hay aire suficiente para el viaje de vuelta y esta vez tampoco hay nadie que les juegue malas pasadas.

Si no fuera por ese cansancio.

Adriana intenta mantener los ojos abiertos, pero no lo consigue. Tampoco tiene fuerzas para nadar. El tarado de su chaleco es perfecto, así que se desliza panza abajo con el impulso restante

por la cueva hasta darse con la cabeza contra la pared. La roca la golpea, pero sigue sin poder abrir los ojos. Tiene que dormir. Dormir.

La tocan unas manos, le dan golpecitos en la mejilla, masajean sus hombros, pellizcan sus brazos. Ruido y voces ininteligibles. Luz, primero agradable, luego fuerte y mordiente como nunca antes la había experimentado. Un pinchazo en su muslo. Sus músculos se tensan. Aprieta los dientes y ya no consigue separarlos. Babea y coge aire por la nariz. Es aire fresco, denso, caliente y húmedo; y si no oliera a productos químicos, todo estaría bien.

—¿Gué bazza...? —pregunta, aunque intentaba decirlo bien.

—El cóctel de drogas —dice Eddi—. Cuando se acaban sus efectos, lo mejor es quedarse en casa en la cama.

—¿Estoy en mi cama?

—No, en Chac Mool, en la salida. Pero te llevaremos a la cama, tranquila.

—¿Hemos regresado todos?

Quiere saber si Diego lo ha conseguido. Los demás le importan un rábano, al menos comparado con la necesidad de saber que su hermano vive.

—Sí, hermanita, estoy aquí —dice él.

Adriana respira hondo y se tranquiliza. Diego está aquí. Ahora todo irá bien.

—Solo tenemos que sacar a Tyler. Tuvimos que dejarlo en la cueva cuando te desmayaste —dice Eddi.

—Pero eso no es problema —dice Diego—. Tiene aire suficiente, solo que está sin energía. Mientras lo traen, me quedo aquí, cuidándote.

UNA LARGA HORA MÁS TARDE, ADRIANA ESTÁ SENTADA AL BORDE DEL ESTANQUE QUE FORMA LA entrada al cenote con las piernas en el agua. Así las mantiene alejadas de los ávidos mosquitos. Surgen unas cuantas burbujas a la superficie, seguidas de dos cabezas con máscara de buceo y luego el cuerpo de un gigantesco extraterrestre.

El traje blindado apenas es reconocible. Está cubierto de plantas acuáticas, algas y barro.

—¿Qué os ha pasado? —pregunta Diego.

—Tuvimos que tomar un desvío. El traje no cabía por el pasadizo normal —dice Eddi.

—¿Y pasasteis por un barrizal?

—Más o menos. Cruzamos por un pasadizo muy poblado de plantas cerca de la superficie, con mucha luz solar. ¡Y ahora echadnos una mano!

Diego se levanta.

—Tú te quedas ahí sentada, hermanita.

Ariana intenta igualmente levantarse pero se marea, por lo que mete de nuevo las piernas en el agua. Eddi y Julia empujan el traje blindado hacia arriba. Diego se emplea a fondo con todas sus fuerzas y al final lo consiguen.

—Ya puedes abrirlo —dice Eddi desde el agua.

Diego sacude la cabeza.

—Ya lo habéis visto todos. ¿Y si eso es contagioso?

—No lo es.

—¿Ahora también eres médico?

Eddi suspira, sale del agua y se inclina sobre el traje blindado. Da unos golpecitos contra el cristal del visor y desde dentro responden otros golpecitos. Eddi abre los tornillos de la parte

superior. Sale vapor cuando Tyler se incorpora. Adriana se tapa instintivamente la boca con las manos. La cara de Tyler no se ha normalizado. Se mueve algo menos, pero no puede mirar a Tyler sin horrorizarse. De alguna forma había esperado que los gusanos hubieran desaparecido tras el transporte. Pero ¿por qué lo harían?

—¿Tiene alguien un espejo? —pregunta Tyler.

Julia le pasa uno sin decir palabra. Tyler lo usa para mirarse por todos los lados.

—Impresionante —dice—. No me miréis así. Tengo buenos médicos para esto.

—Los tienes —dice Eddi.

—Pero tendréis que llevarme a mi habitación de forma que nadie pueda verme. Y luego traes al hotel a los mejores cirujanos que el profesor Tabarinski pueda recomendar.

—Claro. Ya verás como pronto vuelves a ser el de antes.

—Mejor, amigo mío, seré mejor. Y aprovecharé para hacerme ese retoque del tabique nasal que me había propuesto hace tiempo.

Puerto Aventuras, 10 de mayo de 2045

Diego tenía de nuevo razón. Con esos pantalones largos azul marino y la camisa blanca que encontró Adriana en el armario de su padre, Tyler parece demasiado elegante para los huéspedes americanos del hotel, todos con bermudas y chanclas. Pero a Diego no parece preocuparle nada, pues se da cuenta de las interesadas miradas de las jóvenes rubias y morenas que han hecho ese largo viaje hasta el Yucatán en busca de fiesta y sol. Seguramente crean que es uno de los pocos mexicanos ricos de la zona.

¡Si supieran lo mucho que se equivocan...! La camisa, de aspecto maravillosamente pasado de moda, la llevó su padre seguramente en alguna boda. Desde que regresaron del inframundo no han llegado a verse; solo hablaron una vez por teléfono con él. La obra en que está trabajando le dará pronto dos semanas de vacaciones.

Adriana suspira. Ha decidido disfrutar al máximo la velada a la que Tyler la ha invitado. Mañana ya tendrá ocasión de volver a las labores cotidianas.

Se alejan ya de la zona de piscinas. Diego, que lleva al cuello el colgante de su madre, ralentiza el paso, como si quisiera disfrutar un poco más de esas miradas. En la escuela volverá a ser el hermano de la buceadora profesional pobre. Al menos ha prometido que a partir de ahora se esforzará más. Si logra acabar con buenas notas, igual consigue ir a la universidad. Adriana le aconseja el mundo de la construcción. Sería perfecto. Aquí construyen un hotel de lujo tras otro. Si tiene suerte, podría llegar a jefe de su propio padre, que tiene que ganarse el pan como simple albañil.

Adriana se para delante del escaparate de una boutique. La oferta es estándar: joyas de oro y plata, corales..., pero los precios son el doble de lo que pueda encontrarse fuera del hotel. Se encoge de hombros. La culpa de que expriman a los turistas la tienen los mismos turistas, cuando se niegan a abandonar sus hoteles de todo incluido. Diego la aparta del escaparate para continuar caminando. Pasan por dos restaurantes de bufet libre. Adriana va leyendo los nombres. No, Tyler los ha invitado a uno llamado «Caribe».

Tras una fuente de agua se abre una plaza adoquinada en gris, detrás de la cual se oye el rumor del mar. Al otro lado encuentra un local construido con troncos de árboles y un techo de hojas de palma, como los que había por aquí hace mucho tiempo, cuando las playas no estaban rodeadas de hoteles. Un rótulo de madera anuncia su nombre. Aquí es el lugar.

—Un momento —dice un hombre alto, fuerte y de piel oscura—. Este es un acto privado.

—Estoy invitada.

El hombre la mira de arriba abajo y levanta la ceja izquierda.

—¿Invitada?

Pronuncia la palabra como si fuera totalmente imposible que ella pudiera estar en la lista de comensales. Seguramente crea que es una prostituta, aunque se extrañe por traer consigo a un chico joven.

—¿Algún problema? —dice alguien desde el fondo.

Los anchos hombros del vigilante no dejan ver quién está hablando, pero ha reconocido la voz. Es George.

—Esta jovencita... —comienza a decir el portero.

—... está con nosotros —acaba George la frase.

El vigilante sonríe. *Claro, porque la pagas*, parece pensar. *Que te diviertas.* Se hace a un lado.

—Me ha salvado la vida, ¿lo sabía? —dice George—. Si alguna vez necesita un buzo profesional muy capaz, contrátela.

La cara del vigilante se oscurece aún más. Hace una inclinación de cabeza. Adriana le sonríe. No podía saber que las cosas no siempre son lo que parecen.

—Entra, por favor —dice George—, los demás ya están aquí. ¿Qué te apetece tomar?

—Yo...,ehh...

—¿Un batido de fresa, quizás?

Adriana se sonroja. Aún se acuerda de su encuentro en el café. ¿O es esto ya un intento de ligar con ella? Ha estado muy ocupada últimamente, por lo que ya no sabe cómo sientan esas cosas. Pero George es casi treinta años mayor que ella. Es imposible que pueda creer que tiene posibilidades.

Adriana sacude la cabeza. Ya vuelve a pensar demasiado. Y esa noche quiere diversión.

—¿Nada de batidos? —interpreta George ese gesto de Adriana—. ¿Un cóctel, entonces?

Hace siglos que no se toma un cóctel, si no se cuenta la cola con ron.

—Un margarita, por favor.

George se la engancha al brazo y la arrastra hasta el bar, donde un mexicano con gigantesco sombrero está mezclando cócteles. Mira a su alrededor, pero Diego parece haber desaparecido. ¿No habrá dado media vuelta para ir a visitar a las chicas de la piscina? Luego oye su voz desde un rincón del local y se tranquiliza.

—Aquí tienes, tu margarita —dice George—. Te preocupas demasiado por tu hermano.

Ella le coge el vaso y brindan. Si supiera que estuvo a punto de dejar atrás a Diego para que muriera en Xibalbá... Pero incluso ahora, que ya ha podido descansar una noche entera, sigue sin quitarse de encima la mala conciencia.

—Bueno, cada vez menos, creo.

—Tampoco lo tienes nada fácil —dice George—. Yo no veo a mis hijas con tanta frecuencia como quisiera. Pero tienen buenos trabajos y sus propias familias.

—Si al menos estuviera segura de que Diego está bien...

—Mira, Adriana, si Diego quiere, podría ofrecerle una especie de formación dual. Trabajaría la mitad del tiempo en mi empresa, cobrando, evidentemente, y financiaríamos sus estudios. Es difícil encontrar a gente buena, y además bilingüe, porque habla muy bien el inglés.

Es una oferta fantástica. ¿O formará parte de su estrategia de ligoteo? ¿Utilizar a su hermano para llegar a su corazón? Pero George no parece que necesite esas tretas. No debería ser siempre tan desconfiada.

—Si a él le apetece, yo no tendría nada en contra —dice Adriana—. Es un buen chico.

—Aunque hay una condición para ello —dice George.

—¿Quieres quedarte con mi primer hijo?

—Jajaja, no. Tiene que comprometerse a trabajar al menos cinco años con nosotros una vez finalizados los estudios. Transcurrido ese tiempo le condonaremos los costes de su formación.

George, el hombre de negocios. Adriana se tranquiliza. Prefiere mil veces que eso sea un acuerdo de negocios que no una ración de compasión privada.

—Me parece muy justo —dice ella— Nuestro abogado se pondrá en contacto con tu oficina.

George mantiene la cara inexpresiva mientas mete la mano en el bolsillo de la camisa y saca una tarjeta de visita para entregársela a ella. Un trocito de papel. Eso está aún mas pasado de moda que la camisa de Diego. Seguramente no tenga George ni siquiera un ordenador cuántico en su despacho.

—¿A qué viene esto? —pregunta ella—. ¿Es que ya te marchas?

—No, es para vuestro abogado. ¿Cómo quieres, si no, que nos contacte?

Adriana sonríe.

—¿En serio crees que tenemos un abogado?

—Oh, perdona, lo dijiste tan seria, que pensé...

—¡Oye, George, no puedes robarnos a Adriana todo el tiempo! —grita Tyler desde un rincón.

—Parece que tenemos que cumplir con nuestros deberes sociales —dice George, la coge del brazo y se la lleva hacia la mesa con los demás.

—Perdona, George, ¿te importaría dejarnos un momento? Tenemos que… —Comienza Tyler señalando hacia el bar, al otro extremo de la sala.

Lleva la cara vendada, unas grandes gafas de sol y una gorra de visera que le cubre la frente. Adriana busca movimientos delatadores, pero no ve nada.

—No será necesario —dice Adriana—. Ya se lo he contado todo yo.

Tyler pone cara de sorpresa. Sin los vendajes, seguro que volvería a ser el gringo mimado que seguramente también es.

—Bueno saberlo —dice.

—¿Es un problema?

—No, solo que no tengo ningún contrato para él.

—¿Contrato? —pregunta Adriana.

—Nos piden un juramento de silencio —dice El Flaco. El amargo olor de su cigarrillo alcanza la cara de Adriana.

—En el fondo es un NDA, un Non Disclosure Agreement. En el certificáis que nada de lo que hemos vivido juntos se hará público sin nuestra autorización.

Tyler reparte un par de hojas, limpiamente impresas con letra muy pequeña.

—Es evidente que sabré honrar debidamente vuestra colaboración —dice Tyler—. Cincuenta de los grandes para ti, Adriana, y por mí pues veinte para ti, George, aunque no te hagan falta.

—¿Y yo qué? —pegunta El Flaco.

—Tú ya cobraste y firmaste, ¿no te acuerdas?

—Mierda. ¿Qué hay de mi tratamiento en el hospital?

—Eso lo he pagado ya del todo.

—Me refiero a las secuelas, el trauma y esas cosas. Igual quedo incapacitado de por vida.

—No te pases, El Flaco —dice Eddi, mientras tensa los músculos bajo la camisa.

—Déjalo —dice Tyler—. Solo está jugando. Él sabe qué ha firmado.

—Mis veinte mil los puedes donar a algún centro asistencial de menores —dice George—. Pero quiero ver el recibo.

—De acuerdo —dice Tyler—. Haré que te redacten uno para ti.

—Yo no estoy de acuerdo —dice Adriana.

—¿Cómo dices? —pregunta Tyler

—No seas tonta, niña —dice El Flaco—. Coge los cincuenta mil. Tyler es un sabueso duro de roer. Ni siquiera yo he conseguido sacarle más de eso.

Ella sabía que El Flaco lo intentó. Pero ella no lo dice por el dinero.

—Aquí, en el párrafo tres, querido Tyler, dice que solo podremos hacer públicos los hechos que hemos vivido, bla bla bla, con tu permiso.

—Sí, ¿y?, quiero guardar en secreto nuestros conocimientos. No creo que la Tierra esté actualmente lista para un portal así a otro mundo.

—En eso te doy la razón —dice Adriana—. Pero quiero que no solo tú, sino todos estén de acuerdo. Y la penalización contractual debe ser tan alta que realmente nos duela incumplir.

—El patrimonio entero —dice El Flaco—. ¡Eso sería justo!

—Pretendes que tenga que preguntar a cada uno de vosotros antes de poder publicar nada sobre el templo? —pregunta Julia.

Adriana puede entender a la arqueóloga. Un descubrimiento así podría darle una fama científica de incalculable magnitud. Las universidades se matarían por ella. Ya no necesitaría de aventureros como Tyler para financiar sus trabajos.

—Creí que quedaba más que claro que igual nunca puedas escribir nada sobre esto —dice Tyler—. Al igual que El Flaco no podrá jamás llevar a nadie más al templo secreto en el futuro.

Julia se pone de pie de un salto. Corre al bar y pide un margarita.

—A mí me parece lógico —dice El Flaco—. Pero hay un problemilla: ¿y si alguno de mis antiguos clientes desea repetir esa excursión?

—¿Cuántas veces ha pasado eso? —pregunta Tyler.

—Todavía no ha pasado.

—Pues ya lo aclararemos cuando llegue el momento. Esos aventureros —Tyler lo dice con desprecio, como si él no fuera uno de ellos—, siempre quieren ver cosas nuevas. Nunca volverán a pedirte lo mismo.

—Para mí es realmente una sorpresa —dice Julia al regresar, dando sorbitos a su cóctel—. En Nueva York ya me hiciste firmar el NDA, pero partía del hecho de que sería solo hasta hacer algún descubrimiento.

—Entonces es que no lo leíste bien, Julia. Pero tienes razón. Yo también partía del hecho de que podríamos sorprender a la humanidad con este magnífico templo. Pero las circunstancias han cambiado. No podemos arriesgarnos a que alguien abra el portal y entre de forma tan ingenua como nosotros. Hemos evitado una catástrofe por los pelos. ¡Imagínate que las grandes potencias se enteraran! Cantidades infinitas de recursos a solo un tiro de piedra. Estallaría una guerra en Yucatán.

Julia suspira.

—Pues creo que tendré que cambiar de profesión. Nunca haré un descubrimiento similar a este. Cuando esté en un desierto desenterrando viejos trozos de arcilla, no podré evitar pensar en el templo maya. ¿No necesitáis a alguien más en el equipo, Adriana? Me sacaré los títulos de buceo que hagan falta para ello.

Adriana sonríe. Sabe que Julia no lo dice en serio. La vida como guía de buceo es más dura que cualquier otra cosa que la americana pudiera haber vivido.

—¿Qué hay del cambio que he sugerido? —pregunta—. Al menos, así podríamos todos tener capacidad de codecisión.

—Es una buena idea —dice Julia—. Así, al menos, no tendré la sensación de depender exclusivamente de Tyler.

—Yo me fío de mi amigo —dice Eddi.

—Y yo me fío de mi hermana —dice Diego.

El Flaco sonríe.

—Que el gringo no sea el único que decide es una idea bastante atractiva. Por mí, vale.

Aprieta su cigarrillo sobre la mesa de madera. No se produce ninguna mancha de quemado. Adriana golpea el sobre de la mesa con los nudillos. Todo es de plástico. Toca una de las hojas de platanera que cubren el techo. También son falsas. Espera que no sea un mal augurio.

—Yo solo estoy aquí por casualidad —dice George—. Así que firmaré lo que la mayoría decida.

—Pero mi dinero sí que lo cogéis, ¿no? —pregunta Tyler—. Gracias, Eddi, eres un auténtico amigo.

Adriana también puede entenderle. Él lo puso todo en marcha. Sin su dinero nadie sabría nada del portal. Aun así, considera justo que todos tengan derecho de decisión. El dinero compra equipos y tiempo, pero no personas.

Nadie dice nada. Tampoco es que haga falta. Tyler asiente y saca el teléfono del bolsillo del pantalón.

—Señora Myers, hay un par de cambios para los contratos de NDA que comentamos. ¿Se los dicto así, en bruto y usted los pasa a limpio? Comencemos por el párrafo tres. Ah, y adelante por favor la cita con el Profesor Tabarinsky. Dígale que los indeseados huéspedes no se portan como es debido. Parecen haberse acostumbrado a la mayor presión atmosférica. Pero al menos ya no tengo más visiones.

Nota del autor Tim L. Rey

Queridas lectoras y queridos lectores:

Este ha sido el primer y emocionante viaje al misterioso inframundo de Xibalbá, ¿o ha sido a un exoplaneta del Cinturón de Orión?

Espero que hayan disfrutado de su lectura como yo de su escritura. La colaboración con Brandon Q. Morris ha sido muy interesante, pues también entramos en una especie de simbiosis como la de Tyler y los aliens. Escribimos casi en paralelo los dos escenarios de acción. Uno cada uno. ¿Han sabido reconocer quién ha escrito qué parte? ¿O acaso no importa?

Nos fuimos lanzando los capítulos del uno al otro y cada uno generó ideas nuevas que el otro continuó. Como una partida de ping-pong. Ha sido una experiencia muy enriquecedora trabajar así. Igual habrá un segundo viaje apasionante a Xibalbá. Hay bastantes posibilidades de ello.

Como autores independientes dependemos de ello (valga la contradicción). Recomienden el libro y recomiéndennos como autores. Brandon es más de ciencia ficción dura, mientras yo soy más de thrillers de ciencia ficción. En cada libro me centro de un tema, como por ejemplo un misterioso accidente en un reactor en el libro «Reaktor» o las consecuencias de modificaciones en el ADN humano, en la serie de «Evolution».

Un cordial saludo,

Tim L. Rey

Al abrigo de la hoguera

Queridas lectoras y queridos lectores:

Hoy es viernes 24 de noviembre de 2023. Cuando lean este texto, ya habrá comenzado el nuevo año. Estamos en 2024 y la cosa parece ponerse interesante. ¿Por qué? Pues porque los acontecimientos de la novela de Brandon Q. Morris que más se acerca a la actualidad, «El Faro» (hardsf.space/links/2524936), comienza el 20 de febrero de 2026, es decir dentro de dos años. ¿Parecerá que el libro ha quedado anticuado, con una historia de un futuro que no ha tenido jamás lugar? ¿O se leerá más bien como un informe de un mundo alternativo en el que han pasado algunas cosas de forma diferente? ¡Ya veremos!

Como autor, suelo pensar a menudo en cosas así. Con «El Portal» no ha sido distinto. Claro que el tema de un paso hacia otro mundo no es nada nuevo. El mismo Tyler Drake comenta la frecuencia con la que se encuentran referencias así en todas las religiones. En la ciencia ficción me di cuenta de ello por primera vez con la obra «2001 Una odisea del espacio» de Arthur C. Clarke. Espero no hacer demasiado espóiler si revelo que aquel monolito..., bueno, ustedes ya lo suponen. Un paso hacia otro mundo resulta muy práctico para un autor, porque nos ahorramos los años o siglos necesarios para viajar a un planeta exótico. Con un portal, prácticamente tropezamos sin querer y llegamos a él, como Dorothy, que viaja en un tornado desde Kansas al país de los Munchkins en El Mago de Oz.

Me ha gustado mucho escribir esta historia en colaboración con Timo, y de hecho es mi primera novela con un portal. Y seguramente no sea la última. Ya lo habrán notado: ¿Qué pasó con Floriana? ¿Cómo se las apañara Tyler a la larga con esos extraños gusanos en su cuerpo? ¿Lograrán mantener el portal realmente en secreto?

Así que ya me alegro de poder poner manos a la obra con la continuación (que aquí puede reservarse por adelantado: hardsf.space/links/4408212), ya que trabajar con Tim ha sido muy satisfactorio. Nos fuimos lanzando la pelota en uno al otro, y me imagino que ese lejano mundo de Xibalbá está resultando algo más fantástico que si lo hubiera escrito solo uno de nosotros. Ya suelo escribir sin planificación previa, pero el hilo que tenía que continuar con cada capítulo, con lo que Tim había descubierto antes en esta historia, subía el listón de la sorpresa un buen tramo más. Un ejemplo concreto: siempre pensé que El Flaco sería arrastrado con los demás al otro lado, y de repente resulta que está esperando en la cueva a que llegue Adriana.

El interior de los cenotes se describe de forma bastante realista. Realmente se puede bucear o hacer esnórquel en ellos. Yo mismo estuve en Chac Mool. Pero lo del laberinto de cuevas en su interior es pura fantasía. También sería fantástico (okey, cambio de tema algo forzado...), si le dieran una valoración al libro; la mejor forma de hacerlo es por aquí: hardsf.space/links/4408133. Para nosotros es de suma importancia.

Si quieren saber más sobre Floriana, abónense a mi newsletter en hardsf.space/suscribir/. En agradecimiento recibirán una pequeña «precuela» de su historia.

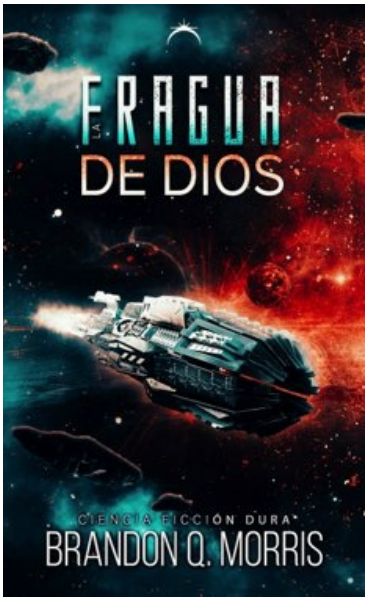
De nuevo, ¡muchas gracias por leer mis libros!

Muchos saludos

Brandon Q. Morris

Otros títulos de Brandon Q. Morris

La Fragua de Dios



El destino de la humanidad está en manos de una farsante…

En un pequeño observatorio del suroeste de Estados Unidos, durante un control astronómico rutinario, Celia descubre algo extraño en la nube oscura LDN 63. Y es que, allí, todo parece desarrollarse con una rapidez mucho mayor de la que se considera posible.

Sin embargo, nadie la cree porque, en una ocasión, ya hizo un descubrimiento —supuestamente revolucionario— falseando los datos.

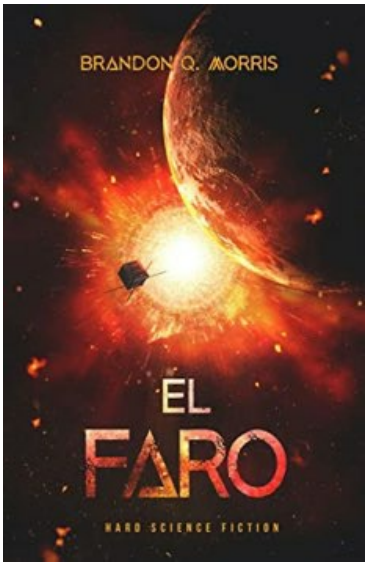
Celia sabe que la nube oscura es su oportunidad para recuperar su carrera y su vida. Por ello, no vacila en embarcarse en un viaje hasta confines inimaginables. Debe desvelar el secreto de la «Fragua de Dios», cueste lo que cueste... pero ¿y si va más allá de sus propios límites, de los de la ciencia y de los de toda la humanidad?

La historia de un descubrimiento transformador.

Puedes adquirir este libro en el siguiente enlace:

hardsf.space/links/3653437

El faro



Peter Kraemer, un profesor de física y aficionado de la astronomía, realiza un descubrimiento que incluso hasta a él le cuesta creer: las estrellas desaparecen de un día para otro, sin dejar rastro. Los investigadores con los que contacta le brindan explicaciones lógicas y tranquilizadoras para cada una de ellas. Pero, cuando Peter determina que esas desapariciones misteriosas se acerca cada vez más a nuestro sistema de origen, se vuelve cada vez más paranoico. Es el único que percibe la catástrofe que se avecina. Cuando cree que ha encontrado una manera de evitar el desastre inminente, hace todo lo posible para detenerlo, aunque eso le cueste su trabajo, su matrimonio, sus amigos y su vida.

Puedes comprar este libro en: https://hardsf.space/links/2524936

Helio-3: Batalla por el futuro

El sistema estelar es perfecto. Los recién llegados han emprendido un largo y peligroso viaje —una expedición sin retorno— en busca de helio-3, esencial para la supervivencia de su especie. El descubrimiento de este extraordinario sistema solar, con sus cuatro gigantes gaseosos, ofrece una oportunidad única para cosechar el raro isótopo.

Entonces se produce un inquietante descubrimiento: ¡No están solos! Hay otra flota que también depende del helio-3. Ambas especies son tan dependientes del helio-3 como ellos mismos. Y las dos especies son tan fundamentalmente diferentes que la comunicación y el compromiso parecen imposibles. Todo lo que queda es una lucha, a muerte, por el futuro...

Puedes adquirir este libro en el siguiente enlace: https://hardsf.space/links/3189094

Desastre en Tritón

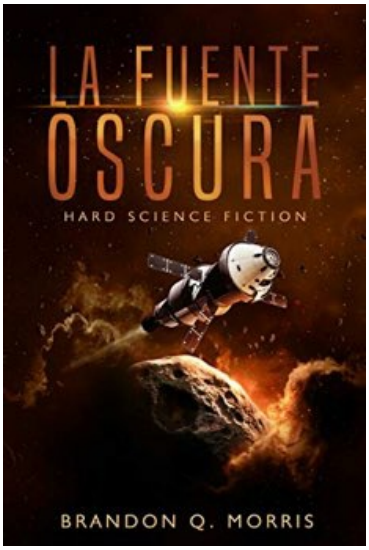
Nick Abrahams ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero le aburre su labor como anfitrión de giras espaciales. Solo cuando su mujer le abandona intenta cambiar de vida.

Acepta la tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de realizar una sencilla reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra convertido en multimillonario, lo que le permitirá cumplir su sueño de comprar un viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta ya que, de todos modos, no le gusta mucho la gente. Una vez en el espacio, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos a la hora de describir su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia a la humanidad...

Compra este libro en: https://hardsf.space/links/1449023

La fuente oscura

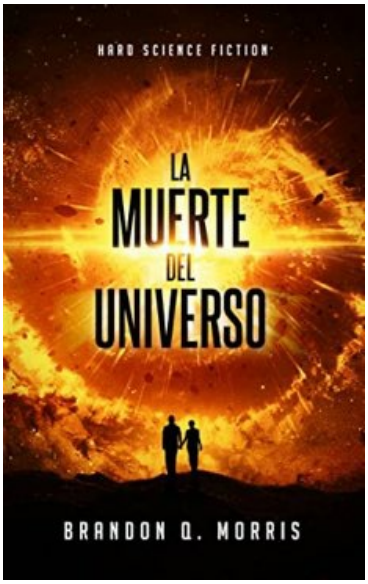


Doce años después de cortarse la comunicación, unos científicos reciben sorprendentes datos del cometa 67P. Algo imposible, porque el módulo que antaño aterrizó en su superficie quedó dañado y defectuoso. Sus enigmáticos mensajes ponen en pie de alerta a todos los científicos del mundo.

Ante los descubrimientos, que pasan pronto de sensacionales a muy preocupantes, la NASA decide enviar una nave tripulada al cometa. Pero la conexión con los astronautas se interrumpe y ya nadie puede parar el oscuro peligro que se cierne sobre la supervivencia de la humanidad.

Consigue este título en: https://hardsf.space/links/1729166

La muerte del universo

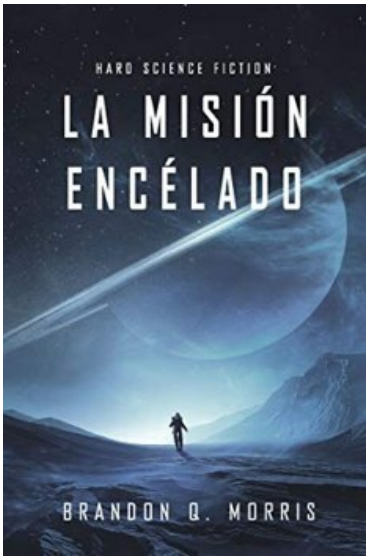


Durante miles de millones de años, los humanos, habiendo conquistado la maldición del envejecimiento, se extendieron por toda la Vía Láctea. Son capaces de vivir todos sus sueños, pero para su gran decepción, nunca se han encontrado con ninguna otra especie inteligente. Ahora, la humanidad misma está al borde de la extinción porque el universo está muriendo de una muerte prolongada pero inevitable.

Solo tienen una esperanza: el Proyecto de Rescate, que fue diseñado para alimentar el agujero negro en el centro de la galaxia hasta que se convierta en un cuásar, entregando la energía que tanto necesita la humanidad durante sus últimos alientos. Pero entonces sucede algo que nadie esperaba, y la humanidad se ve obligada a verse a sí misma y su existencia de una manera completamente nueva.

Puedes comprar esta novela en: https://hardsf.space/links/2082344

La misión Encélado (Luna helada 1)



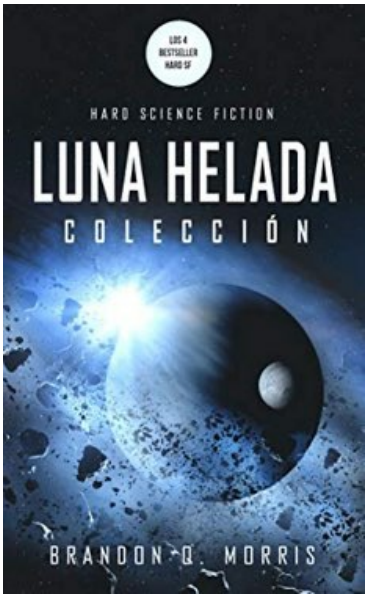
En el año 2031, una sonda robótica detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que existen indicios de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a veintisiete meses muy difíciles: si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, deberá utilizar una nave perforadora para penetrar en la capa de hielo de un kilómetro de espesor que sepulta la luna. Si realmente existe vida en Encélado, solo podría estar en el fondo del océano salado y cubierto de hielo, que se formó hace miles de millones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, la misión se ve sacudida por el desastre y las posibilidades de que la tripulación consiga llegar a Encélado, por no hablar de volver a casa, parecen sombrías.

Puedes adquirir este título en: https://hardsf.space/links/709463

Luna helada – La colección



Los cuatro exitosos libros de la serie Luna helada se ofrecen ahora como un conjunto, disponible solo en formato *e-book*.

La misión Encélado: ¿Hay realmente vida en la luna de Saturno Encélado? ILSE, la Expedición Internacional de Búsqueda de Vida, se dirige al mundo helado donde se sospecha que un océano subterráneo alberga formas de vida primitivas.

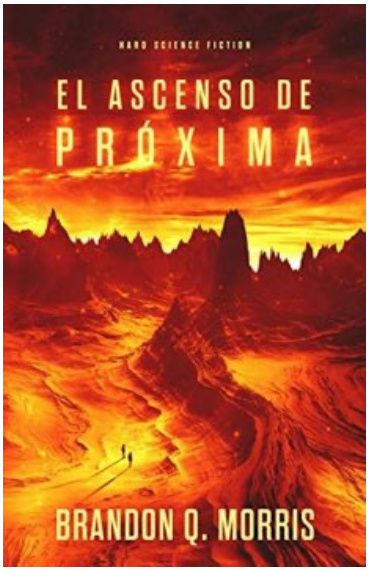
La sonda Titán: Una vieja sonda robótica de la NASA se despierta misteriosamente en la luna de metano de Titán. La tripulación de ILSE intenta resolver el enigma y descubre un peligroso secreto.

Encuentro en Ío: Con destino a la Tierra, ILSE llega a Júpiter cuando la tripulación recibe un mensaje alarmante. La luna volcánica Io puede albergar una amenaza inminente que podría acabar con la Tierra tal y como la conocemos.

Regreso a Encélado: La tripulación recibe una oferta para volver a Encélado. Su misión, recuperar el cuerpo del doctor Marchenko, dado por muerto en la expedición original. No todos buscan el mismo objetivo.

Consigue toda la serie en: https://hardsf.space/links/1548306

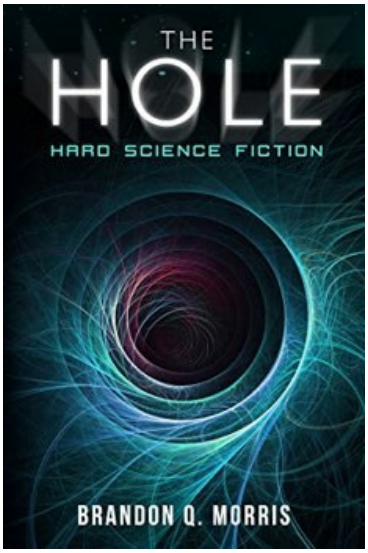
El ascenso de Próxima



A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b, en el sistema estelar más cercano al Sol. Los astrofísicos sospechan que una erupción solar masiva está a punto de destruir esta civilización hasta ahora desconocida. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un multimillonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada a Próxima b, a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea, si logran sobrevivir al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

Compra este título em: https://hardsf.space/links/1453754

The Hole



Un misterioso objeto amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio la advertencia de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación de parias exiliados busca minerales raros en un asteroide solitario.

Cuando otros científicos reconocen finalmente el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados son los únicos que pueden salvar nuestro mundo, sabiendo que El Agujero se precipita inexorablemente hacia el Sol.

Consigue este libro en: https://hardsf.space/links/1306601

Nación de Marte (Parte 1)

La NASA por fin lo ha conseguido. El primer ser humano acaba de pisar la superficie de nuestro planeta vecino. Es el comienzo de una larga expedición de investigación que ha enviado a cuatro científicos al espacio.

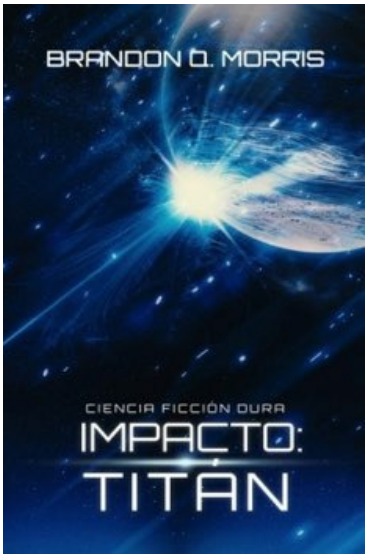
Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos que tienen este destino. La iniciativa de financiación privada Marte para todos también tiene como objetivo el Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los retos surgen incluso antes de que alcancen la órbita de Marte. La nave espacial Santa María del MpT sufre una avería por el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie prevé la inminente catástrofe que amenaza su propia existencia—por no hablar de los obstáculos diarios que les plantea una estancia prolongada en un planeta alienígena. En Marte comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

Puedes comprar este título en: https://hardsf.space/links/1316050

Impacto: Titán



¿Cómo evitar acabar con la Tierra si ni siquiera sabes quién envió al asesino?

Hace 250 años, la humanidad estuvo a punto de ser destruida en la Gran Guerra. Poco antes, una nave espacial llena de investigadores y astronautas había encontrado un nuevo hogar en Titán, la luna de Saturno, y sobrevivido adaptando genéticamente a sus descendientes al hostil entorno.

Los Titanes, como se hacen llamar, se enorgullecen de su sociedad cooperativa y pacífica, mientras que, sin que ellos lo sepan, la humanidad se recupera lentamente en la Tierra. Cuando un trozo de roca de 30 kilómetros de ancho escapa del cinturón de asteroides y parece estar en curso de colisión con la Tierra, los Titanes temen que pueda ser un bombardeo mortal. ¿Serán capaces de impedir el impacto y evitar así una guerra con los terrícolas que, de otro modo, sería inevitable?

Puedes adquirirlo en: https://hardsf.space/links/3402094

Extracto: La Fragua de Dios

Órbita de la Tierra, 7 de mayo de 2144

La Tierra emitía un zumbido profundo.

Jaron buscó a tientas, con la mano derecha crispada, en la dirección de donde procedía el sonido y, con obediencia, la nave ajustó el rumbo.

Clic. Diez metros.

Clic. Veinte.

Abrió el puño. Los pulsos de radar recorrían las capas superiores de la atmósfera a la velocidad de la luz.

Pling-pling, pling-pling, pling, pling. PLING.

Jaron había estado esperando el PLING. Cuanto más fuerte era el pulso, más cerca se encontraba el objeto. En este caso, el sonido procedía de Cosmos 4222, el satélite ruso que había perdido su propulsión en una colisión.

Pling-pling. Plong.

—¿Has oído? —le preguntó Norbert, su copiloto.

—¿Cuánto tiempo llevamos haciendo esto juntos? —replicó Jaron.

—No sé. ¿Dos, tres años?

Jaron bajó los cuatro dedos. A Norbert le pareció como si estuviera saludando. Una fuerza lo presionó contra el respaldo de su silla mientras el remolcador aceleraba.

Clic. Treinta metros. Según sus cálculos, habían alcanzado el plano orbital del objetivo. Cosmos 4222 corría peligro de colisionar con un antiguo satélite meteorológico estadounidense. Si eso ocurría, habría mil pedazos más de escombros circulando en esa órbita.

Pling. Pling. Pling.

Cosmos 4222 estaba muy cerca.

Plong. Plong.

Pero eso era bueno, porque el satélite meteorológico se dirigía hacia una casi e inevitable colisión.

Casi. Dependía de ellos evitarla... y a sus consecuencias.

—¿Siempre tienes que complicarte tanto? —preguntó Norbert.

Jaron no respondió. ¡Cómo si tuviera elección! La mecánica orbital y las capacidades del remolcador le imponían límites técnicos. Podría haber rechazado aquel trabajo, pero entonces se habría visto obligado a despedir a Norbert y a su amigo Jürgen antes de junio.

—Jurgen, encárgate del brazo —ordenó.

—Me llamo Jürgen —lo corrigió el alemán, como hacía cada vez que Jaron pronunciaba mal su nombre.

Pling. Pling. Pling. PLING.

Plong. PLONG.

Demasiado cerca. En su percepción interna, Cosmos 4222 flotaba con indiferencia delante de ellos, como una sombra. Casi lo habían alcanzado cuando un proyectil rojo se acercó por la derecha. Jaron imaginó al satélite meteorológico desplegando sus paneles solares como alas y batiéndolos para alcanzar su objetivo un segundo antes.

Jaron giró la mano para que la palma quedara hacia arriba y volvió a recoger los dedos. Las correas se tensaron.

—Jurgen, el brazo en tres... dos... uno... ¡ahora!

—¡Lo tengo! —exclamó Jürgen.

Jaron contó mentalmente. El brazo apresó al satélite defectuoso. Cuatro abrazaderas lo rodearon. Cosmos 4222 viajaba más despacio que ellos.

¡Ahora! Un desagradable chirrido recorrió la nave. La inercia del Cosmos 4222 tiró de ellos. Pero sus tres toneladas eran impotentes frente a las quince del remolcador. Arrastraban al cacharro con ellos, le gustara o no.

PLONG. PLONG.

El satélite meteorológico. Jaron anticipó el punto de colisión más probable. Había avanzado un poco, pero no lo suficiente. El Aquiles, el remolcador espacial, se interponía en el camino.

—Ese trasto viene directo hacia nosotros —advirtió Norbert.

Por supuesto. Aunque era de prever porque no podía cambiar de dirección, por lo que no representaba ningún peligro real. En ese momento, el vector proveniente del sonido en su percepción atravesó el remolcador. Pero Jaron solo tuvo que mover la mano para frenar, y el punto de colisión ya no existía. El satélite meteorológico se cruzaría en su camino a 30 metros. Habían evitado el peligro. *Lo evitarían*, mejor dicho, ¿qué podría ir mal?

El motor de frenado lo empujó contra el arnés.

PLONG.

Su asiento vibró. Vale, algo había ido mal. Los nuevos valores proporcionados por el radar eran imposibles, pero muy reales.

—Mierda —espetó Norbert.

El satélite meteorológico debió activar su motor para esquivar al remolcador al que, supuso, detectó como obstáculo. Mierda. Eso no debió suceder porque se había informado y el satélite se hallaba inactivo. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para salvar la nave utilizando el motor principal. Jaron apretó su mano izquierda en un puño y la acercó a su cuerpo con brusquedad. Los propulsores correctivos se activaron. Normalmente, eso solo haría que el Aquiles girara sobre su propio eje pero, ahora, formaban una unidad con Cosmos 4222; una especie de haltera. En un extremo estaba la nave; en medio, el brazo de diez metros de largo; y, en el otro extremo, el satélite ruso. El remolcador no giraba sobre su propio eje, sino alrededor del eje común de la barra, que se encontraba fuera de la nave.

Con un poco de suerte, Jürgen no se soltaría. Si aflojaba su sujeción en el brazo en una reacción instintiva... El movimiento de rotación impulsaba a Jaron hacia un lado, contra el asiento, que todavía vibraba.

Luego, se produjo un estruendo, un sonido que le desgarró el corazón. No por temer por su vida, sino por el daño que el Aquiles estaba a punto de sufrir. ¿Había cometido un error? Lo curioso es que no saltó ninguna alarma. El remolcador parecía no haber sufrido daños.

—Hemos perdido el brazo —informó Jürgen.

¡Oh, no! El brazo de tracción estaba casi nuevo. Jaron titubeó. Mierda. Mierda. Mierda. Al hacerlo, también perdieron el Cosmos 4222. ¡Qué desastre! Sin el satélite a cuestas, no recibirían la bonificación de la ONU ni le pagarían por la chatarra. ¿Y quién tenía la culpa?

—Norbert, conecta con la OOS ya. ¡Tendrán que pagarnos esto! —exclamó Jaron.

—Jefe, no te ofendas, pero será mejor que dejes hablar a Jürgen, ¿vale?

Norbert tenía razón. Él estaba demasiado enfadado.

—Jürgen, ¿podrías hacerlo tú, por favor?

—Claro, jefe.

—Aquí la Oficina para el Espacio Exterior, ¿en qué puedo ayudarles?

¡Qué rapidez! Por lo general, no lograban comunicarse con la oficina tan rápido.

—Aquí Jürgen Härtl, del remolcador espacial Aquiles. Orden 2Z guion 5, A mayúscula, C mayúscula, z minúscula, b minúscula, guion 2 4 3.

—Gracias, Jürgen. Espere. Ah, lo del Cosmos 4222, sí. Según los datos de NORAD, el objeto todavía se encuentra en su órbita, aunque con parámetros ligeramente modificados.

—No se trata del Cosmos 4222, sino del satélite meteorológico que habría colisionado con él —explicó Jürgen.

—El GOES-41.

—Ese.

—El GOES-41 también sigue en órbita.

—Supongo que hemos cumplido nuestra misión, ¿no? —afirmó Jürgen—. Hemos evitado la colisión.

¡Qué inteligente! Jaron no le habría dicho eso al tío de la OOS. ¡Casi habían enviado a su tripulación y a él a tomar por…!

—La misión consistía en incautar el Cosmos 4222 y eso no se ha llevado a cabo. Lo siento.

—El GOES-41 dañó parte de nuestra nave porque ejecutó su programa de evasión en el último segundo, a pesar de que el satélite figuraba como inactivo en la descripción que se nos proporcionó sobre la misión.

—Espere un momento, Jürgen. Ah, aquí lo tengo: «GOES-41 se considera inoperable por falta de combustible». No dice que esté inactivo. Debieron tenerlo en cuenta.

«¡Me cago en la puta!», Jaron dio un manotazo a la consola.

—Shhh, jefe —susurró Norbert en el canal privado—. Dejemos que Jürgen lo intente.

—Sin embargo, según las condiciones de la OOS, dan por hecho la responsabilidad en caso de descripciones de trabajo incompletas —insistió Jürgen.

—No falta ninguna información. Inoperable no es lo mismo que inactivo, no hay nada que discutir. El satélite ya no recibe órdenes, pero eso no significa que no evite las colisiones por sí solo. Espere, lo consultaré con mi supervisor.

En la línea se oyó música clásica. Era Mozart, pero muy distorsionado. Jaron apretó los dientes. La OOS no pagaría, estaba seguro. Por tanto, se quedaría sin dinero y Norbert y Jürgen, sin trabajo. El banco, al que aún debía los pagos del brazo, le embargaría el remolcador. Y se quedaría atascado en la Tierra, sin un duro. ¡Qué pesadilla!

El técnico de la OOS volvió enseguida.

—Vale, tengo buenas noticias: puedo ofrecerles una cuarta parte del monto del contrato como compensación. Al fin y al cabo, sus esfuerzos parecen haber evitado el peligro de colisión con Cosmos 4222, y el GOES-41 podría volver a estar operativo en modo emergencia.

¡Un cuarto! Eso apenas cubría los pagos restantes por el brazo. Pero no podría conseguir uno nuevo. Mierda. Se entrometió en la conversación:

—Escucha, OOS.

El hombre ni siquiera había dicho su nombre.

—¿Sí?

—¡Debido a vuestros pésimos datos, casi nos matamos! ¡Exijo el importe total!

—Lo siento, señor... Como le acabo de explicar a su colega...

—No me importa. ¡Necesito ese brazo y vais a pagar por él!

—Pero en el contrato...

—¡A la mierda el contrato! Quiero...

De repente, hubo un ruido tan fuerte en la línea que Jaron se arrancó los auriculares. ¿Qué había sido eso? Pulsó el micrófono, pero la conexión se había interrumpido.

—¿Qué ha pasado, Jürgen? —preguntó.

—Corté la conexión antes de que nos quedáramos sin nada —respondió este.

—¿Estás loco? ¡Eso es un motín!

—Déjalo, jefe —intervino Norbert—. Jürgen aprovechó al máximo.

—Pero ¿se supone que debemos recoger los siguientes trozos con las manos? Estamos desempleados.

—Tengo una idea mejor —afirmó Norbert—. Tejeremos una red.

Observatorio Lowell, 8 de mayo de 2144

—¡Hola, Angela! ¿Cómo te fue? —preguntó Celia.

—Oh, demasiado bien —respondió su colega—. Me esperaba lo peor cuando vi a los cuatro, pero estaban muy interesados.

Celia observó a los hombres, quienes desaparecían en el interior del edificio principal. Detrás de ellos, las luces de las aceras se apagaron.

—Gracias por cubrirme —dijo Angela—. Mi ex es un idiota. Me acaba de decir...

—No hay problema —la interrumpió Celia—. De todos modos, no tengo nada mejor que hacer. ¿Heather te dijo quién vendrá en el segundo turno?

—No, me ha avisado de que alguien hizo una reserva en línea, aunque ni siquiera sabe de cuántos es el grupo.

Heather era la asistente de la oficina de turismo. Cuando Angela pasó junto a ella, Celia olió su perfume. Parecía recién aplicado. Quizás lo de su ex era solo un pretexto y Angela tenía otros planes, pero a Celia no le importaba. Le encantaba disfrutar de las largas noches en aquella solitaria montaña. A las ocho y media y a las diez y cuarto, podías reservar 75 minutos y tener acceso exclusivo al mejor telescopio del Observatorio Lowell por 700 dólares y que un científico ejerciera de guía.

A Celia le gustaban los turnos nocturnos. Cualquiera que gastara esa cantidad de dinero por una hora y cuarto estaba muy interesado o era un imbécil con la billetera demasiado abultada. Los aficionados eran amables, pero ella prefería a los imbéciles porque le encantaban los desafíos. A veces lograba hacerlos sentir insignificantes, al menos, por un instante, ante el enorme tamaño del universo que les mostraba. No era raro que los adultos sollozaran.

Pero lo mejor de estas ocasiones era que después, Celia tenía el universo para ella sola. Entonces, podía utilizar el telescopio de 32 pulgadas con el *hardware* adicional más moderno, que no era nada barato, para ella y su investigación.

No es que tuviera otra opción. Era el único telescopio al que tenía acceso. Desde el incidente, ni siquiera podía intentar usar uno de los grandes telescopios del espacio o de la Tierra. Era la aspirante a astrónoma que intentó fingir un descubrimiento sensacional valiéndose de datos falsos. La comunidad científica nunca la perdonaría. El que hubiera conseguido un trabajo allí fue gracias a su capacidad para explicar temas complejos de una manera comprensible.

No había sido fácil. Al principio había mandado solicitudes, que eran rechazadas de inmediato. Luego, decidió cambiar de táctica. Celia llegaba como una turista más y, tras mezclarse entre los demás, comenzaba sus propias explicaciones, incluso antes de que lo hiciera el guía. Dio la casualidad de que, una noche, el astrónomo jefe era el encargado de la visita. Cody no la reprendió en aquel momento sino que, atento, escuchó sus disertaciones.

—Lo has hecho muy bien —la había avalado después—. Por fin he entendido la rotación de las galaxias como para explicársela a mi hijo. ¿Te gustaría trabajar aquí?

Cuando Celia dijo su nombre, él se estremeció aunque, de todos modos, selló su ofrecimiento con un apretón de manos. No trabajaría como astrónoma, sino como guía del museo. Pero Cody sabía que también usaba los instrumentos para llevar a cabo observaciones personales cuando tenía tiempo.

—Buenas noches —saludó una voz masculina—. Usted no es Angela, ¿verdad?

Celia se sobresaltó. No lo había visto llegar.

—Esta noche la reemplazaré —explicó, tendiendo la mano.

El hombre le dio un débil apretón. La miró brevemente y, luego, bajó la vista.

—¿Reservó la visita VIP para las 10:15? —preguntó Celia.

Consultó su reloj. Las diez y diez. Debía ser él al que esperaba.

—Sí, pero el programa decía que Angela sería la guía.

—La estoy sustituyendo. Me llamo Celia Baron. ¿Qué le gustaría ver?

Intentó mantener un tono alegre, pero no lo consiguió. Ese hombre parecía desagradable. Angela había tenido suerte de no quedarse esa noche.

—Yo... En realidad... ¿Puedo cancelar la reserva?

—No es necesario que le muestre las maravillas del espacio, pero los reembolsos solo están disponibles hasta veinticuatro horas antes de la cita. Lo siento.

—Pero Angela podría...

Su compañera era muy guapa y aparecía en la web. Debía pedirle a Heather que, en el futuro, no figuraran sus nombres en la página.

—El Observatorio no garantiza quién ejercerá de guía. Lo confirmó específicamente cuando hizo su reserva.

Celia palpó el gas pimienta que llevaba en el bolsillo. Este tío estaba empezando a asustarla. También había un botón de alarma oculto bajo los controles del telescopio. Se instaló hace tiempo, después de que una colega fuera acosada por cuatro adolescentes drogados.

—Sí, lo entiendo —dijo el hombre—. Es que... oh, no importa. Esto debe parecerle muy extraño. Por favor, disculpe. No quise confundirla. Empecemos.

«¿Qué significa eso?», se preguntó. Celia dejó su mano izquierda en el bolsillo con el pequeño contenedor de gas. Mejor prevenir que curar. Luego, abrió la puerta de la cúpula del telescopio. El aire cálido los recibió. Encendió la luz rojiza, abrió el techo corredizo y encendió el ordenador que operaba el telescopio.

—¿Ve ese punto blanco brillante? —inquirió Celia, señalando la pantalla—. Es Encélado, una luna de Saturno. Mide apenas quinientos kilómetros de diámetro. El hecho de que parezca tan brillante se debe a su capa de hielo reflectante.

—¿Es la luna donde se supone que vive esa cosa en el océano? —preguntó el hombre, que se había presentado como Rudy.

—Sí, esa. Es un ser vivo formado por miles de millones de células individuales esparcidas por todo el océano. Pero es tan extraño que no mantenemos contacto con él.

—Extraño, sí, comprendo. A veces, mi hijo adolescente habla un idioma extraño. Pero, parece humano cuando está recién duchado.

La guía rio.

—Por cierto, tenemos suerte —dijo Celia—. Hoy no solo es visible Saturno, sino también Júpiter. Allí hay más mundos de hielo y se encuentran los volcanes más grandes del sistema solar.

Rudy se cubrió la boca con la mano y fingió un bostezo, lo que provocó que ella bostezara de verdad.

—Disculpe, señorita Baron, pero estoy más cansado de lo que pensaba. Espero que no le importe si acortamos la visita.

Celia comprobó la hora en la pantalla: 22:52, indicaban los dígitos LED rojos. En vez de los

75 minutos previstos, solo había pasado media hora. Pero eso no le suponía ningún problema. Así, podría dedicar más tiempo a su tema favorito.

—Como quiera —dijo.

Por lo general, invitaba a la gente a unirse al club de patrocinadores del observatorio, sin embargo, ese hombre no le daba buena espina, aunque debía reconocer que se había portado con suma educación.

—Gracias, me marcho entonces.

Rudy asintió, a modo de despedida, cuando ella le abrió la puerta y él salió de la cúpula. Celia lo observó alejarse. Él se giró un instante, probablemente irritado ya que no lo acompañaba a la salida. Celia se despidió con la mano y él le devolvió el gesto. Luego, desapareció detrás del centro de visitas, que estaba cerrado a esa hora. Poco después, oyó crujir la grava del camino de entrada. Debía ser su coche. Solo entonces, Celia respiró aliviada al saberse sola.

Justo entonces, su vejiga se activó. Buscó la tarjeta de acceso al centro de visitas. Al encontrarla, Celia caminó por el sinuoso sendero de grava hacia el edificio grande y plano que parecía aferrarse a la ladera de la montaña. Acercó la tarjeta al lector y la puerta se abrió.

—¿En qué puedo ayudarte, Celia? —la saludó el edificio.

Recientemente, al centro se le había dado un alma, como la llamó el proveedor de tecnología. A Celia no le agradaba. Un edificio era un edificio. No debía pretender estar vivo.

—Necesito ir al baño —respondió ella.

—Te mostraré el camino.

Desde el techo, dos reflectores bajaron y dibujaron flechas en el suelo. Celia sabía cómo llegar, pero al menos, el sistema automático le iluminaba el pasillo.

Un fuerte olor a producto de limpieza flotaba en el baño. Celia casi tropieza con un robot, con forma de tortita, que limpiaba los azulejos. Ella abrió el cubículo y se sentó en el inodoro. El asiento ya estaba precalentado. A Celia aquello le resultaba intolerable, ya que era como si el edificio estudiara cada uno de sus movimientos. Casi esperaba que también analizara su orina.

—Desactiva la cámara —ordenó.

—¿Quieres que apague las cámaras del baño? —preguntó el edificio—. Entonces, no podré garantizar tu seguridad visualmente.

—No importa, hazlo.

—Como desees. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme.

Celia no respondió. No pudo verificar que todas las cámaras estuvieran apagadas, pero la promesa del sistema fue suficiente para ella. Se relajó y orinó. Luego, el baño la ayudó a asearse. Al menos, eso fue agradable. No tenía ese lujo en su pequeño apartamento en las afueras de Flagstaff.

Sin más indicaciones, el edificio le mostró el camino de vuelta.

—Gracias por permitirme ayudarte —dijo la voz cuando Celia abrió la puerta lateral.

El ambiente parecía mucho más fresco. Las noches de mayo eran así. Pero Celia ya estaba acostumbrada y un suéter grueso la esperaba en la cúpula. Mientras iba por el camino de grava, algo chasqueó a su derecha. Cogió el aerosol de gas pimienta. ¿Había regresado aquel hombre? Otro crujido y, de pronto, un ciervo apareció en la senda. Le asintió como si se conocieran desde hacía mucho y el animal se marchó. Celia oyó unas cuantas ramitas más rompiéndose y, luego, volvió el silencio, aunque notaba su pulso en los oídos.

Se detuvo y cerró los ojos. El ciervo la había asustado más de lo que quería admitir. Pero ¿por qué? Quizás fueron los ojos. Había en ellos una profunda compasión, como si el animal la viera como una pobre criatura atrapada en su mundo, incapaz de encontrar una salida por mucho

que lo intentara. Solo porque había tomado un camino equivocado al hallarse en una encrucijada.

Sin embargo, no era el ciervo el que se compadecía de ella. Era la propia Celia.

CELIA ESPERÓ UN RATO HASTA QUE TODOS LOS MOVIMIENTOS DEL TELESCOPIO SE DETUVIERON. Quería hacer un espectrograma del sector, lo que le indicaría de qué estaba hecha la nebulosa oscura. Eso funcionaba mejor cuanto más brillante era la nebulosa, porque así podía evaluar más luz. También estaba interesada en cualquier estructura en el oscuro caos. Lynds solo había expuesto placas fotográficas del telescopio Palomar, disponibles para su trabajo en ese momento. Celia, al menos, podía tomar sus propias fotografías y la tecnología era mucho más avanzada. No sabía exactamente lo que esperaba.

Pero así era como funcionaba la ciencia. Celia jamás presentaría una tesis para, luego, intentar demostrarla. Lo había hecho una vez. En aquel momento, solo había aceptado los datos que se ajustaban a su tesis. Era como si tuviera anteojeras. Durante unas semanas se había convertido en una estrella, pero todo le explotó en la cara cuando alguien había vuelto a hacer las mediciones. Aquello supuso el mayor error de su vida que y puso fin, abruptamente, a la carrera científica que acababa de comenzar.

Procedió a grabar el espectrograma. El instrumento auxiliar tardó unos minutos en recoger suficiente luz. Había calculado que le tardaría unos dos años en recorrer la totalidad del catálogo LDN de esa manera. Pero si encontrara algo, la comunidad investigadora podría mostrarse más dispuesta a aceptar sus resultados, después de tanto tiempo. Y si no lograba nada, lo que era más probable, era igual, total, ya se había acostumbrado a su trabajo como guía de museo.

«Necesitamos personas con talento para que otros se entusiasmen por la ciencia», así lo expresó su jefe cuando la contrataron.

Órbita de la Tierra, 9 de mayo de 2144

—La escobilla del aseo nos llama —dijo Norbert.

—Permíteme —pidió Jaron.

Escobilla de aseo, así llamaban Norbert y Jürgen al Arrecife Espacial Beta, uno de los grandes puestos de avanzada de la humanidad. La escobilla... eran las habitaciones, alojadas en un cilindro inflado. El tronco estaba formado por los módulos de laboratorio y tecnología. Habían sido montados de forma lineal.

—No lo sé, jefe. ¿No quieres que yo me encargue? —preguntó Norbert.

Jaron rio. Norbert temía que ofendiera al recepcionista, como la última vez.

—No, lo haré yo —afirmó.

Podría controlar su genio. A veces había que expresarse con firmeza para lograr algo. Jaron no tenía idea de cómo mostrarse. ¿Quizá la gente sonreía cuando se erguía y sacaba pecho? Pero sabía exactamente cómo sonaba su voz.

—Como quieras —se resignó Norbert.

—Aquí Recepción de Arrecife Beta —anunció una voz aguda—. ¡Remolcador C24, está utilizando una órbita protegida!

¿Qué clase de saludo era ese? Por supuesto que él ordenó al remolcador que orbitara a Arrecife Beta. Al fin y al cabo, quería atracar allí.

—Aquí remolcador Aquiles. Gracias por el aviso, Arrecife Beta —dijo—. Estaba a punto de pedir una asignación para acoplamiento.

—Lo siento, remolcador C24, pero se encuentran en la lista de no atracar. Por favor, cambien de órbita. Inténtelo en Arrecife Alfa o Gamma.

El recepcionista no utilizó el nombre de su nave, sino el número. Eso se consideraba de mala educación y Jaron se estaba cabreando.

—Eso no puede ser —replicó—. Nunca me han sancionado. Aquiles, cambio.

—Espere, C24. Lo comprobaré. Ah. Adeuda sus tarifas de acoplamiento.

Mierda. Estaba seguro de haberlas pagado... ¿O había abonado las del año anterior?

—¿No pueden hacer una excepción? Les pagaré directamente en su oficina.

—No. No es posible sacarles de la lista, a menos que paguen la cantidad adeudada.

¡Joder! Jaron intentó dar un puñetazo al escritorio, pero se golpeó la rodilla. Norbert rio. Debió haber anticipado el arrebato de Jaron y apartó el escritorio. En condiciones de gravedad cero, se podía mover en silencio. Jaron contuvo la risa, apuntó unos 70 centímetros más abajo y estiró el brazo hacia un lado. Con el dedo extendido, pinchó a Norbert entre dos pliegues de su abdomen. Su copiloto chilló y Jaron rio. Norbert tenía muchas cosquillas.

—¿Va todo bien por ahí arriba? —preguntó el recepcionista, que aún no había dicho su nombre.

Estrictamente hablando, se hallaban debajo de él, pero nadie que trabajara en una estación espacial necesitaba ese tipo de información. Tal vez, era algún becario. Sin embargo, aquella pregunta le dio a Jaron una idea.

—En realidad, no —dijo—. A mi copiloto le duele mucho el estómago. Creo que necesita atención médica.

En caso de emergencia, a nadie se le negaba ayuda.

—No lo hagas —susurró Norbert—. ¡O vendrán por mí!

Jaron cubrió el micrófono para que el recepcionista no lo oyera.

—¿Por qué no lo había dicho antes? —inquirió la voz de Arrecife Beta.

—Empezó a encontrarse mal hace poco —explicó Jaron—. Los dolores de estómago son complicados. Me alegro de que estuviéramos cerca.

El recepcionista suspiró.

—Atraquen en K2. Enviaré un equipo de primeros auxilios.

—Por favor, no —susurró Norbert.

—Gracias, muy amable —contestó Jaron al micrófono—. Estoy preocupado por mi colega.

—Pero eso no significa que no tengan que pagar —agregó el recepcionista—. Serán eliminados *temporalmente* de la lista de no atracar.

EL ARRECIFE SE EXTENDÍA COMO UNA LÍNEA DELGADA, DE LA QUE EMANABA UN SONIDO AGUDO. El tono se hizo más profundo y amplio a medida que el remolcador se acercaba a la estación. Había pequeños picos, desviaciones de mayor frecuencia, cada una de las cuales representaba un puerto. Si se tornaban más ruidosas, se podía acoplar naves en ellos.

Un zumbido sombrío acechaba de fondo. Era el gigantesco módulo cilíndrico que oyó Jaron. El puerto K2, que les asignó el recepcionista, se hallaba justo delante. Por lo tanto, los sanitarios no tardarían en llevar a Norbert a la enfermería. No debió usar eso como excusa. ¿Qué pasaría si, en el mismo momento, alguien estuviera gravemente enfermo y no pudiera ser atendido con rapidez?

—Lo lamento —confesó Jaron.

—No te preocupes, jefe —dijo Norbert—. Saldré de esta. Hubiera sido peor si no pudiéramos atracar.

—Podríamos haber aguantado unas semanas más en órbita —agregó Jaron.

—Y te arruinarías aún más, jefe.

Eso era cierto. Necesitaban material para la red que Norbert quería construir. Sin esa herramienta, ya no podrían recibir encargos de la OOS. Al fin y al cabo, no se podía sacar un satélite de órbita con las manos.

El zumbido grave se intensificó de tal manera que a Jaron se le puso la piel de gallina. El sonido agudo estaba tan cerca que casi podía alcanzar la fuente. Jaron imaginó la escobilla de aseo en el espacio. El nombre encajaba bien con la impresión que le daba el sistema de sonido a partir de los datos del radar. En su imaginación, el mango estaba hecho de plástico blanco y el cepillo, de cerdas amarillentas. Un olor desagradable llegó hasta su nariz.

—Jürgen, ¿eres tú? —preguntó Norbert.

—No tengo idea de qué estás hablando —contestó Jürgen.

—Espera, abriré la ventana —dijo Norbert.

En ese momento, el mundo se transformó. Una escultura sonora tridimensional se convirtió en una estructura compacta de la que procedían pitidos desde todas direcciones. Ahora, solo la frecuencia de los pitidos revelaba cuánto espacio le quedaba a la nave espacial (bueno, a su carcasa exterior) en una dirección particular. Jaron se apoyó en el respaldo de su silla. No porque tuviera miedo, sino para asegurarse de que su cuerpo estuviera en la posición correcta. Justo delante de él se hallaba el adaptador de acoplamiento. Tenía que hacer coincidirlo, no en ángulo, sino desde delante.

Le había llevado su tiempo aprender esta técnica. Su copiloto de entonces, Martin Wicha, se

lo había ideado. Bueno, no exactamente. El extécnico de una marca de automóviles alemana, que componía música electrónica en su tiempo libre, la había transpuesto de la ingeniería automovilística. Básicamente, el ordenador de la nave componía ahora un mundo de pulsos y pitidos de velocidad variable para él. Siempre fue impresionante lo real que se volvía ese mundo en su conciencia. Imaginó las señales como bastones de diferentes longitudes que se extendían hacia él desde todas direcciones. No debía tocar sus delicadas puntas bajo ninguna circunstancia.

—Lo estás haciendo muy bien —exclamó Norbert.

Jaron le había dicho muchas veces que no gastara saliva, pero el alemán aún no parecía confiar plenamente en sus habilidades, ni siquiera después de dos años. Quizá debería... Jaron presionó algunos botones.

—¿Oye, qué haces? —protestó Norbert—. ¡Mi pantalla!

—No la necesitas.

Norbert no precisaba la pantalla. ¿Cómo iba a ayudar una proyección plana a aparcar una nave espacial en una estación tridimensional? Solo la imagen que Jaron tenía en su cabeza era completa. Y también demostraba esa... ¡Mierda! ¿Qué era lo que venía desde atrás? Jaron corrigió con los propulsores hacia la izquierda.

—¡Ay! —exclamó Norbert—. Pero ¿qué haces?

—¿Qué ocurre? —preguntó Jaron.

—Acabo de echarme el té caliente por encima —dijo Norbert.

—Y yo de esquivar a un imbécil —explicó Jaron—. Recepción de Arrecife Beta, ¿qué fue eso?

—Hmm, lo siento, C24. Alguien debió saltarse la cola. Recibirán una penalización, por supuesto. El puerto K2 es muy popular.

—Bueno, ¿y nosotros qué hacemos? —preguntó Jaron.

El remolcador había alcanzado una órbita ligeramente superior debido a aquella maniobra. La estación se alejaba despacio, supuso Jaron, por el sonido agudo y el zumbido bajo.

—La F1 se encuentra libre —informó el recepcionista—. ¿Pueden llegar hasta ella o necesitan otra órbita para adaptarse?

Norbert le dio unas palmaditas, pero él ignoró el contacto.

—Podemos hacerlo —aseveró.

—Bien, entonces redirigiré a los servicios de emergencia hacia allí. Arrecife Beta, fuera.

—¡Pero jefe, la F1 se encuentra del otro lado! —exclamó Norbert.

—Sí, ¿y?

—Tenemos que...

—Lo sé.

Mientras que el módulo cilíndrico rotaba para crear gravedad artificial, los módulos lineales no lo hacían. Eso ayudaba con el acoplamiento, pero complicaba el proceso si el puerto asignado se hallaba del otro lado. K2 estaba a estribor, F1 a babor. Jaron se sumergió bajo la órbita del arrecife para alcanzarlo. Luego giró el remolcador para que se acercara desde babor.

Entonces comenzó el acercamiento. El espacio volvió a convertirse en un telón de fondo de pitidos a diferentes velocidades. Esa fue una idea brillante. Antes de que Martin lo programara, siempre había dependido del copiloto para la aproximación final. Su conciencia clasificaba hábilmente las frecuencias y las convertía en vectores. Faltaban tres metros, dos, uno. Una suave sacudida recorrió el remolcador. Luego, un claqueteo que sintió en su médula. Eran las abrazaderas que ahora anclaban su remolcador al Arrecife Beta.

Habían llegado. Se oyó un fuerte golpe en el mamparo. Eran los servicios de emergencia.

Jaron pudo reconocerlos por el olor que traían desde el puesto médico. Norbert les siguió la corriente. «Gracias, amigo», gimió para sí cuando lo pusieron en la camilla, que raspó el suelo.

—Lo tengo —dijo una voz femenina.

—Te esperaremos donde acostumbramos encontrarnos cuando estamos aquí —dijo Jaron.

NORBERT NO REGRESÓ HASTA DOS HORAS DESPUÉS. SE REUNIÓ CON ELLOS EN EL PEQUEÑO CAFÉ, en centro del tramo lineal. Jaron prefería colgarse del techo y captar el bullicio de la estación con todos los sentidos. Allí siempre pasaba algo, porque la cafetería estaba situada entre los laboratorios y los talleres, cuyos equipos siempre tenían algo que decirse. Era una pena que no permitieran dormir en ese lugar. Se suponía que era por razones de seguridad aunque, en realidad, solo querían generar ingresos para el hotel del cilindro.

—Tienes buen aspecto —bromeó Jaron.

—Muy gracioso —contestó Norbert.

Su copiloto sonaba diferente de lo habitual.

—¿Norbert? —preguntó Jaron.

—¿Qué?

Desde luego, le ocurría algo.

—¿Qué sucede? —preguntó Jaron—. Venga, dilo.

—Nada —negó Norbert.

—Jaron tiene razón —confirmó Jürgen—. Pareces deprimido.

—Si insistís... encontraron algo —admitió Norbert.

—¿Encontraron? —preguntó Jaron.

—Durante el chequeo, el escáner emitió un pitido cuando pasó por mi estómago.

—¿Te han dicho algo más? —preguntó Jaron.

—Sospechan que es cáncer —murmuró Norbert—. Pero tranquilos, no os preocupéis por mí.

—¿Cáncer? ¿¡Tienes cáncer!? Que me parta un rayo si no me preocupo —dijo Jaron—. El cáncer no es una gripe. ¿Y ahora?

—¿Ahora? Nada.

—¿No es tratable?

—Sí, pero resulta caro. Demasiado. No puedo permitírmelo.

Mierda. Tenía razón. Los tratamientos médicos eran caros. Sobre todo, en órbita. Pero no iba a decepcionar a Norbert.

—Tonterías, Norbert. Pagaré... —comenzó Jaron.

Aunque en realidad, no podía. Todavía debía los gastos de acoplamiento a la estación, había perdido el brazo robótico y no disponía dereemplazo para él. En ese momento, ni siquiera contaba con los medios para ganarlo que Norbert necesitaba.

—Lo lograremos —afirmó Jürgen—. Venderé uno de mis riñones.

—El tráfico de órganos es ilegal —le recordó Norbert—. Además, no sería suficiente. Los nuevos riñones artificiales son baratos y bastante buenos.

—Podría intentarlo en Spaceland —dijo Jürgen.

Spaceland era una estación espacial privada que se había dotado de reglas y leyes flexibles y no reconocía la jurisdicción de ningún país. Allí, alguien se podía deshacer de un riñón a un precio razonable. Pero Jaron no lo permitiría. Financiarían el tratamiento de Norbert de otra manera. Las misiones que les encargaba la OOS no eran tan malas. Solo necesitaban la red.

—Eso está descartado —aseveró Jaron—. Recuperaremos algunos satélites antiguos y tendrás el dinero para el tratamiento, Norbert. Pero primero tenemos que ocuparnos de la red.

PRIMERO, VISITARON EL TALLER EN EL MÓDULO C PORQUE JARON HABÍA COMPRADO ALLÍ EL brazo robótico. Sin embargo, el mamparo estaba cerrado. Delante de él flotaba un cartel de advertencia: «Precaución, vacío». Jaron presionó el botón de llamada. El mamparo tardó diez minutos en abrirse. El dueño de la tienda los saludó. Aún llevaba la parte inferior de un traje espacial y el casco doblado hacia atrás.

—Lo siento, muchachos. Tenía que soldar un poco.

El hombre señaló una manta brillante que debía medir dos metros de alto y tenía una cicatriz visible.

—Buen trabajo, ¿verdad? —comentó el mecánico, pasando su guante por la soldadura.

—Tiene muy buena pinta —afirmó Jürgen, quien sabía mucho sobre trabajos de reparación.

—¿Qué necesitáis? No querréis devolver el brazo que os vendí, ¿verdad? Todas las ventas son definitivas, sin excepciones.

—No, no te preocupes por eso —dijo Jaron—. Por desgracia, perdí el brazo. Aunque eso no fue culpa tuya.

¿Cómo había dicho que se llamaba aquel tío? Jaron no lo recordaba.

—Lo lamento, amigo. ¿En qué puedo ayudaros? Será mejor que os lo diga ahora: el plazo para un brazo de reemplazo es de tres semanas. Dado que la mayor parte de la capacidad de transporte se ha destinado a la obra principal, aquí solo recibimos entregas esporádicas. Por suerte, aún tengo suficiente trabajo con las reparaciones. Esta fue por el impacto de un asteroide.

Señaló de nuevo la soldadura.

—Claro —dijo Jaron—. No, no necesito un brazo nuevo. Estaba pensando en una red.

—¿Una red? ¿Algo como esto?

El mecánico se agachó y abrió un armario. Sacó una bola negra y se la arrojó a Jaron, quien la atrapó. Era una red delgada, de plástico.

—Sí, algo así —contestó Jaron.

—Puedes quedártela como regalo —dijo el hombre.

—La necesito un poco más grande y más estable —apuntó Jaron—. Debe tener, al menos, cinco metros de diámetro y dos metros y medio de profundidad. Y que sea capaz de resistir fuerzas como las que se generan al transportar *hardware* desde la órbita.

—¡Vaya! Eso es lo que yo llamo una buena red. Así que ¿no vas a pescar con ella?

—No. Bueno… solo satélites antiguos.

—Bravo. Alguien tiene que hacer ese trabajo —exclamó el mecánico—. Antes de que sus escombros colisionen con el arrecife...

—Sí. Por desgracia, las tarifas de las OOS bajan cada año —comentó Jaron—. Cada vez vale menos la pena.

—Podrías intentar vender piezas viejas a Spaceland. Les interesan siempre.

Por segunda vez, alguien mencionaba el nombre de esa estación. Spaceland pudo independizarse porque no se lanzó desde la Tierra. Según el Tratado sobre el Espacio Exterior, cualquier objeto en órbita se regía por el sistema jurídico del país, desde cuyo suelo, se puso en órbita. Pero como Spaceland estaba hecha de chatarra de cuya propiedad se había renunciado, según los operadores, no había necesidad de subordinarla a ninguna legislación. Aunque era

probable que esa opinión solo se mantuviera hasta que se convirtiera en una molestia demasiado grande para un país importante.

Pero, tal vez, el mecánico tuviera razón. Al menos, debería preguntarle a Spaceland qué ofrecerían por un satélite viejo. Eso también tendría la ventaja de que podría vender cualquier chatarra, no solo lo que los datos de la OOS sugerían que podría causar una colisión. El esfuerzo sería mucho menor. Quizá valió la pena ir allí.

—¿Tienes una red como esa? —continuó Norbert—. ¿O podrías conseguirnos una?

—Puedo conseguir cualquier cosa, aunque eso requiere tiempo y dinero. Por desgracia, ahora no dispongo de ninguna red que coincida con vuestras especificaciones, lo siento. ¿Por qué no lo consultáis con vuestros compañeros del módulo K? Tienen mejor relación con el departamento de Investigación que yo.

—Gracias por el consejo, tío —dijo Jaron.

Aún no podía recordar el nombre del hombre. Tendría que preguntárselo luego a Norbert.

Jaron sabía quién era el jefe del taller del Módulo K: Max Glasow. Lo conocía porque estudiaron juntos. Todos lo llamaban el escocés. Probablemente, Glasow procedía de Polonia, pero su apellido a menudo se confundía con Glasgow.

Jaron se impulsó con el pie para descender y buscó el cable que atravesaba la sección lineal. En total, había cuatro cables similares, uno en cada dirección cardinal. Corrían desde el primer módulo, A, hasta el cilindro del hábitat, y se empleaban para su orientación y para la comodidad de todos, porque hacía que el movimiento de un módulo a otro en gravedad cero fuera más fácil. Donde el cable se fijaba a la pared interior, se incrustaron pequeñas flechas en la pared que indicaban la dirección hacia el módulo de vivienda.

Pasaron por varios laboratorios. Cada vez que Norbert saludaba a alguien, Jaron también lo hacía. En el primer laboratorio olía a menta, en el segundo a desinfectante, y, en el tercero como si algo se quemara. En este no les devolvieron el saludo. Las tres o cuatro personas presentes parecían enfrentarse a un problema. Por suerte, no era asunto suyo.

Jaron había estado contando para saber cuándo se acercaban al taller K. No había ningún sonido procedente de esa dirección, por lo que probablemente, el mamparo estaría cerrado. Esto no era raro cuando se trabajaba. Norbert lo tenía bien sujeto. Jaron avanzaba a tientas y sintió la frialdad del mamparo metálico. El director de la estación —cuando todavía se hablaban—, le había explicado una vez que el mamparo podría resistir incluso pequeñas explosiones. Jaron se impulsó al borde del mamparo hasta que encontró el timbre y lo presionó.

No se movía, pero había una ligera corriente de aire. Al parecer, alguien había abierto una especie de mirilla desde el interior.

—Chicos, ¿no leísteis el anuncio en la sede? —preguntó una mujer—. El paso al módulo habitacional estará cerrado durante dos horas. Desde el Módulo G se ha creado un servicio de transbordador de sustitución bajo demanda.

—No queremos ir al módulo habitacional —dijo Jaron—. ¿Está el escocés? Solo tengo que preguntarle algo.

—Sí, aunque ocupado —afirmó la mujer—. Hemos enfriado la celda de reparación y Max está sentado frente a un ordenador cuántico abierto. No hay forma de llegar a la puerta con facilidad.

—Pero puedes darle un mensaje.

Ella suspiró.

—Vale.

—Necesito una red de nanofibras para capturar desechos espaciales. ¿Podrías decírselo?

—Ya que me lo pides con tanta amabilidad, cómo negarme. Espera un momento —pidió la mujer.

Tenía una voz, profunda y cálida, que lo conmovió. La brisa cesó de golpe.

—¿Crees que tendrá una? —preguntó Norbert.

—Por lo visto, acaba de comprar una de las impresoras 3D más avanzadas. No existe nada parecido en ningún otro arrecife —afirmó Jürgen.

—Ojalá funcione esa herramienta milagrosa —murmuró Jaron.

—Si es tan nueva, seguramente será cara —supuso Norbert.

—Por desgracia.

La corriente corrió de nuevo.

—Espero que traigas buenas noticias —dijo Jaron.

—Yo... ¿Cómo supisteis que venía? —preguntó la mujer.

—El jefe lo sabe todo —afirmó Norbert.

—Bueno, Max puede imprimiros esa red. Pero tardará dos días.

—¿Y el precio…? —preguntó Jaron.

—Quiere discutirlo contigo esta noche en Insomnia —contestó la mujer y, de nuevo, se sintió extrañamente atraído por su voz.

Insomnia era discoteca y bar a partes iguales, y el único local en el que se podía beber alcohol en el arrecife.

—Está bien. Con una condición —dijo Jaron.

—¿Una condición?

Jaron la imaginó frunciendo el ceño.

—Acompáñame a la reunión —pidió.

—Bueno, si quieres, me encantaría —rio—. Me llamo Sofia, por cierto. Sofia Schauer.

—Encantado de conocerte. Jaron Lewis, capitán del Aquiles.

Algo tocó su brazo. No fueron Norbert ni Jürgen. Un olor sutil así se lo indicó. Jaron cogió la mano de Sofia. Un hormigueo recorrió su cuerpo.

Capitán del Aquiles, sí, claro. Era un fanfarrón. El Aquiles era un remolcador barato, de casi ochenta años y solo apto para la navegación en órbita terrestre baja y media. Seguro que ella lo sabía. Probablemente, se estaba riendo de él y aceptó por no arruinarle el negocio a su jefe, el escocés.

Jaron cerró la ducha y se sacudió. La ráfaga de aire fresco que venía de abajo se llevó el agua. Oyó un golpe. Seguro que otro cliente esperaba fuera. No había suficiente espacio en el cilindro habitable para poner una ducha en cada habitación. Extendió la mano por encima de su cabeza. Allí, encima del cabezal de la ducha, había un compartimento donde debería estar la toalla. La sacó y se secó. La tela se hallaba húmeda. Jaron la olió. Estaba recién lavada, pero probablemente aún no del todo seca.

Se la enrolló alrededor de las caderas y abrió la cabina. Había alguien fuera. Jaron buscó el cable del techo. Le indicaba la dirección correcta.

—¿Te ayudo? —preguntó un hombre.

«Ya me has ayudado. Ahora sé dónde estás».

—Gracias, puedo orientarme —dijo Jaron.

Cerró la puerta de la ducha tras él. Automáticamente, comenzó el procedimiento de limpieza.

—Me alegro de que te hayas dado prisa —comentó el extraño—. No me dejaban entrar en el burdel hasta que me hubiera duchado, y este cubículo es el único que no está reservado para las próximas horas. Solo quiero una mamada.

Jaron no respondió. La existencia del burdel era un secreto a voces. En teoría, se trataba de una unidad residencial de alquiler a corto plazo. Él nunca había ido. El holoproyector cumplía sus deseos igual de bien y era mucho más barato.

Llegó a su casillero. La cerradura reconoció su huella digital y la puerta se abrió con un ligero sonido metálico. Jaron se puso la ropa interior y el chándal. ¿Y ahora? Probablemente, Norbert y Jürgen ya estaban en Insomnia, bebiendo cerveza. Pero aún faltaban cinco horas para su reunión con el escocés a las 20:00 hora estándar. Lo mejor sería que durmiera un poco.

La manga de su camisa vibró. Jaron la apretó para apagar el despertador. Lo había fijado para las siete y media. Eso significaba que había estado profundamente dormido durante casi cuatro horas. Jaron rodó sobre su espalda y desabrochó la correa elástica que lo sujetaba al colchón. Habían alquilado cabinas cerca del eje de rotación del cilindro porque eran más económicas. El inconveniente era que la gravedad artificial, creada por la rotación constante, era mucho menor. Por suerte, eso no le molestaba, porque estaba acostumbrado al Aquiles, donde viajaba sin gravedad.

La baja gravedad bastaba para crear una ilusión de arriba y abajo. Eso le facilitaba mucho la navegación. Sin tener que andar a tientas, supo dónde había colgado sus cosas. Su imagen interior de la cabina resultó ser exacta. Jaron se vistió. Luego cambió de opinión y sacó una camisa limpia de su bolsa de viaje. La olió y, con suavidad, pasó sus dedos sobre ella. Casi como nueva. Estupendo.

Negó con la cabeza. Pensaba demasiado, como siempre. Sofia solo accedió a asistir a la reunión por el bien de su jefe. Tal vez, incluso fueran pareja.

Jaron salió de la cabina. Por el pequeño sonido supo que la puerta se había cerrado automáticamente. Se estiró. En la cabina no había sitio para eso. Fuera no había cables; en la gravedad del módulo habitable, no servían para nada. Sin embargo, se habían instalado paneles con señales táctiles. El centro de control se encontraba a la izquierda, todas las demás instalaciones a la derecha.

Siguió las marcas hasta una escalera. Allí metió la cabeza en la portilla y la inclinó primero hacia la derecha y, luego, hacia la izquierda. El sonido que provenía del agujero que se hallaba encima de él le indicó que solo le seguía un hueco corto. Así que no era esa escalera. Una flecha elevada en la barandilla apuntaba hacia arriba. Pero él necesitaba bajar. Jaron giró 180 grados. En la pared opuesta había una segunda escalera. Allí la flecha apuntaba en la dirección que buscaba.

Jaron no sudaba al escalar porque la gravedad artificial se lo hacía más fácil. Más o menos, cada nueve escalones llegaba a un nuevo piso y se orientaba con las placas que indicaban qué instalaciones se podían encontrar allí. Al principio, eran solo viviendas y luego oficinas. Las instalaciones de ocio estaban en el exterior. De pronto, alguien se le acercó, jadeando. Jaron se detuvo para dejarlo pasar. El hombre se disculpó por haberse equivocado de escalera y

desapareció por un pasillo lateral.

En el sexto, oyó música. ¿Había llegado ya a Insomnia?

—Hola, cariño —le saludó una voz masculina—. Bienvenido.

—Estoy buscando el bar —respondió.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro.

—Lástima. Yo también te habría hecho un buen precio. Piénsate, ¿vale? Insomnia está en el noveno, a la derecha.

—Gracias —dijo.

—De nada.

Subió tres pisos más y giró por el pasillo de la derecha. Sintió como si fuera cuesta arriba. La gravedad era casi tan alta como en la Tierra. Jaron no estaba acostumbrado a una gravedad tan fuerte. De repente, un mamparo le cerró el paso. Lo tocó y, en su interior, sintió las vibraciones de un bajo profundo. El bar debía encontrarse detrás. Buscó el botón del timbre y lo presionó.

Con un chirrido, el mamparo se apartó y desapareció en la pared. Una nube de sudor y aire viciado lo rodeó. Jaron sintió náuseas. Se concentró en sus otros sentidos, aunque eso no mejoró las cosas. Innumerables voces parecían sisear.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz profunda.

—Yo... solo necesito un momento.

Dos manos fuertes lo agarraron por los brazos para que no colapsara. ¿Un robot en recepción? Eso debía ser nuevo.

—Muchos de nuestros clientes ya no están acostumbrados a la alta gravedad que tenemos aquí —explicó el robot.

—Gracias, ya me encuentro mejor —respondió Jaron.

Y así era, probablemente porque pudo concentrar sus pensamientos y sentidos en el robot.

—¿Tiene reserva? —preguntó el robot—. Ahora, voy a soltarle.

Las manos lo liberaron. Sin embargo, sintió que seguían ahí, en caso de que sus fuerzas volvieran a abandonarlo.

—Vengo a una reunión —dijo—. Con Max Glasow.

—El escocés, por supuesto. Se encuentra en la mesa catorce con unos amigos. ¿Quiere que le acompañe hasta allí?

—Eso me vendría de perlas, gracias.

Cogió el brazo del robot y lo sostuvo por encima del codo mientras este avanzaba por la estancia. Jaron escuchó música, pero sobre todo el susurro de la tela. Más al fondo, la gente se movía. Quizá, bailaban. Fue entonces cuando la ayuda del robot resultó útil.

—Listo, hemos llegado —anunció el robot.

Jaron recorrió el brazo del robot hasta llegar a su mano. Al tacto resultaba agradable. La capa superior era cálida y suave. Sin embargo, debajo había un material mucho más duro.

—Es casi real —observó Jaron.

—Por favor, no diga eso.

—Oh, lo siento. No pretendía ofenderte.

—Lo sé. Por eso le pido que no vuelva a decirlo. Mi piel es real, aunque sea diferente a la suya, y puedo quitármela durante los EVA.

—Sí, es verdad. Disculpa.

Era un robot sensible. Nunca se había encontrado con uno en una estación espacial.

—¡Hola, jefe! —gritó Norbert—. Ya era hora. Ven, ya hemos bebido un poco.

Su voz lo delataba. Jaron sintió el respaldo de la silla bajo la mano del robot. Se sentó de modo que quedara frente a su copiloto. Luego, palpó hasta encontrar la mesa. Era redonda.

—Bueno, le dejo con sus amigos —dijo el robot—. Me encantaría charlar con usted en otro momento.

¿El robot acababa de coquetear con él? Nah.

—Por supuesto —contestó—. Y gracias.

—Qué tal, jefe —dijo Jürgen, dándole una palmada en la espalda—. ¿Quieres una cerveza?

Jaron asintió.

—¿Sabías que aquí tienen su propia microcervecería? La Riff-Pils es muy buena. Aunque la cebada viene de la Tierra.

—Entonces tomaré una de esas Pils, Jürgen.

Si no hubiera pasado con ellos tanto tiempo, ni siquiera sabría que existía una diferencia entre la Pils y la Pilsner que vendían algunas grandes cervecerías.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo la mujer.

¿Cómo se llamaba? Se lo había dicho. ¡Lo había olvidado! Ella se sentó a su izquierda. Tomó nota de ello.

—Sí, Sofia nos ha preguntado por ti —intervino Norbert.

Eso es, Sofia. Sofia Chávez. No, Schauer.

—Dormí cuatro horas seguidas —confesó.

—Supongo que era muy necesario —dijo ella con su agradable voz.

Ni siquiera había oído al escocés.

—Max, ¿estás aquí? —preguntó.

—Claro —contestó este desde el lado derecho—. No nos veíamos desde hace tiempo, ¿verdad?

UNA HORA MÁS TARDE, JARON HABÍA TOMADO DOS CERVEZAS. PERO TODAVÍA NO HABÍAN hablado de la red. Estaba a punto de sacar el tema a colación cuando la camarera le entregó otra cerveza y Max brindó.

—¡Por el futuro!

—¡Por el futuro! —repitieron todos.

Jaron aguzó el oído.

—¿Qué pasa con el futuro?

—Oh, tengo planes —respondió Max.

—¿Ah, sí? —preguntó Jaron.

—Y no son ningún secreto. Quiero montar dos talleres más sobre Arrecife Alfa y Delta. Ya tengo un trato con Harry, del Arrecife Alfa. Y Winston, quien dirigía el taller de Delta, está arruinado y tiene que vender.

—Oye, serás un gran empresario —lo elogió Jaron—. ¡Felicidades!

—Gracias, amigo. Quería preguntarte algo.

—Tú dirás.

Conocía a Max Glasow desde hacía años, ya que ambos fueron aprendices en la misma empresa de ingeniería mecánica. Nunca habían pasado mucho tiempo juntos, pero se llevaban bien y se veían con frecuencia. También habían salido con la misma mujer durante un tiempo, sin saberlo. Su amistad había sobrevivido.

—No puedo estar en todas partes a la vez —dijo Max.

—Por supuesto.

—Estoy buscando una persona de confianza que se haga cargo de este taller y lo dirija por mí.

—¿Y eso significa...?

—He pensado en ti.

—Pero yo no sé nada sobre este trabajo. ¿No sería Sofia mejor candidata?

—Eres muy amable —dijo Sofia—. Pero no quiero quedarme toda mi vida aquí.

—Sofia podría ayudarte al principio —dijo Max—, y luego, cuando te hayas con el negocio, regresaría a la Tierra.

Era una oferta tentadora, aunque difícil. Podría pasar algún tiempo con Sofia, pero justo cuando se conocieran mejor, ella abandonaría la estación. Sería doloroso.

—No creo que sea lo mío —contestó Jaron—. Me gusta demasiado ser el capitán del Aquiles.

—Norbert me ha dicho que no os va muy bien con la OOS. Si trabajaras aquí unos años, tendrías suficiente dinero para alquilar un carguero interplanetario. Entonces podrías visitar parte del sistema solar, en lugar de orbitar la Tierra siempre.

—No sé —dudó Jaron.

Quizá no quería que nada cambiara. Después de todo, tendría que dejar de pensar en su destino por no haber salido de la órbita de la Tierra, a pesar de que había querido volar a las estrellas cuando era niño.

—No tienes que decidirlo ahora. Tómate tu tiempo.

—¿Cuánto, Max?

—En dos semanas debo saber a quién dejo en el taller. Así que puedes contestarme antes de esa fecha. Y ahora, brindemos. ¡Salud! ¡Por el futuro!

Dos cervezas después, estaban todos enganchados, balanceándose de un lado a otro al ritmo del bajo retumbante de un DJ que no conocía. Entonces recordó que ni siquiera había abordado el motivo principal de su encuentro. Jaron se soltó, aunque le resultó difícil, porque el cálido y suave cuerpo de Sofia seguía tocando su costado izquierdo. Ni siquiera sabía si lo hacía a propósito o, simplemente, había bebido tanto que su coordinación fallaba. Ella cantaba, casi siempre entonando bien, lo que contradecía que fuera efecto del alcohol.

Jaron retiró un poco su silla y se enderezó.

—¡Max, tenemos que hablar de la red!

Aunque gritó, había demasiado ruido. Sin embargo, Max debió haberlo oído porque el grupo, que se balanceaba, se detuvo.

—¡No hay problema! —gritó a modo de respuesta—. Ya he impreso dos redes como esa con nanofibras de carbono. Ven a verme dentro de dos días.

—Pero también tenemos que hablar de precios.

—¿Qué te parece cuarenta mil?

Eso fue lo que recibió por el último encargo y, aproximadamente, lo que debía abonar por atracar y hospedarse allí.

—No puedo permitírmelo —dijo.

—Vale, te propongo algo: me pagas el cincuenta por ciento de tu próximo trabajo y ya está.

—Max, no quiero limosna. No deseo estar en deuda con nadie.

—No lo estarás, Jaron. ¿Cuánto habrías recibido por tu última misión si no te hubieran arrancado el brazo?

—¿¡Qué!? ¿Te arrancaron el brazo? —preguntó Sofia.

Unos dedos cálidos acariciaron su extremidad.

—¡Me refiero al brazo robótico de su nave! —rio Max.

—Ciento sesenta mil —contestó Jaron.

—¿Lo ves? Eso me daría derecho a ochenta mil dólares, no solo cuarenta como en mi primera oferta.

—Pero algunos trabajos solo generan veinte mil dólares.

—Me arriesgaré. Es una apuesta y mis posibilidades de ganar mucho dinero no pintan tan mal.

Jaron pensó en ello. Y Max tenía razón. Las probabilidades de que los ingresos de este aumentaran eran mucho mayores que el riesgo de que obtuviera menos del primer precio mencionado, que, después de todo, estaba obligado a ganar. Max seguía siendo un buen hombre de negocios, incluso después de cinco o seis cervezas. Pero eso le quitó mucha presión a Jaron. Puede que fuera una propuesta inusual, aunque no se trataba de caridad.

—Está bien. Acepto.

HARDSF.SPACE/LINKS/3653437

“El Portal”
Escrito por Brandon Q. Morris y Tim L. Rey
Copyright © 2024 Brandon Q. Morris, hardsf.space y Tim L. Rey
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Miguel Núñez
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.